BIBLIOTECA DE LA NACION

Enrique de Vedia

QUINTUAY




BIBLIOTECA DE
LA NACION


BIBLIOTECA DE
LA NACION

QUINTUAY

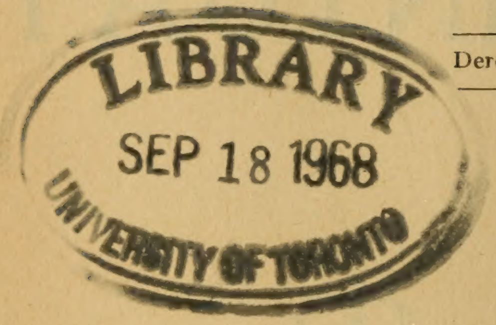
BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ENRIQUE DE VEDIA

QUINTUAY



BUENOS AIRES
1916



Imp. de La Nación.—Buenos Aires

QUINTUAY

Es mucho más fácil escribir una novela que leerla.

... ...

—Esas son preocupaciones, preocupaciones y nada más que preocupaciones.

—No, señora mía, no son preocupaciones, porque los hombres de ciencia no se fundamentan en preocupaciones, sino en lo que la ciencia enseña.

—¡Bah, bah, bah!... A mí que no me vengan con esas pamplinas; y, sobre todo, ¿de dónde sales sabiendo tanto? ¿Dónde has estudiado eso? ¿Dónde lo has estudiado? A ver, a ver...

—Si ya sabemos que yo soy un ignorante de lo que los libros enseñan; pero estas canas, mi señora, son también como páginas de libro, ¡y cuando se tiene tantas!...

—Sal de aquí con esas comparaciones, que

yo no las entiendo ; siempre estás con comparaciones y comparaciones para salir del paso.

—Así será ; pero por algo dice Martín Fierro que el diablo sabe por diablo, pero que más sabe por viejo.

—¡ Ah, sí ! ¡ Pues no !... Si hoy cualquier muchacho, cualquier muchacho, sabe más, dormido, que el viejo más viejo, ¡ no me digas, hombre !

—No lo pongo en duda, mi señora ; pero saben de los libros y no de experiencia, que son cosas muy distintas.

—¡ Pues no ! ¡ Muy distintas... muy distintas !... Como si los que hacen libros los han de inventar, ¿ no ? ¡ Los han de inventar !... ¡ Vaya, vaya !...

—Bueno, mi señora ; no se me encocore, que no es para tanto ; sofrene ese genio... ¡ Vea usted lo que es ser joven !...

—¡ Ya está el zalamero !, con la misma pavadita de siempre. Sal, hombre, sal de aquí con esas preocupaciones, que yo sé muy bien, muy bien, quien te las ha metido en la cabeza.

—Usted dirá, señora mía.

—¡ Alciro, y yo sé perfectamente por qué !

—Siga, señora ; veremos adonde va.

—¡ Haces muy bien en hacerte el inocente ! ¡ Como si no supieras que Alciro no da la ida por la venida en la esperanza de que Lola entable relaciones amorosas con el hijo del gringo, «ese», que nunca le sé el nombre ; el dueño de *La Caserta*...

—¡ No embrome, amiga, no embrome ! pero, ¿ de dónde saca esas cosas ?...

—¿De dónde?... ¿Pero te crees que yo me chupo el dedo todavía?

—¡Ni sabía que se lo hubiera chupado nunca!

—Mira, Anacleto: Alciro sueña con ese casamiento; así: sueña, y no pierde ocasión de hablar de «ése» como de un gran partido. ¡Si casi se lo mete por los ojos a Lola; y es claro que no ha de ver con buena cara los galanteos de Leopoldo, y de ahí sus ideas en punto a casamientos entre primos; ¡vejeces, ché, vejeces, y nada más que vejeces!

—Pero yo me pregunto: ¿qué precisión de que ha de ser Lola el rompecabezas de Leopoldo y no otra entre miles que hay?

—¿Y por qué no ha de ser? Vamos a ver: ¿por qué no ha de ser? ¿No se conocen desde chicos? ¿No se han criado juntos?... ¿Qué cosa más natural? Lo que es yo, no veo motivo para oponerse, ché, y lo que es por mi parte, no pienso en oponerme, si ellos se quieren.

—¿Y cómo no van a quererse por todo eso que usted ha dicho, mi señora? Pero de seguro que si no hubieran vivido así, no pensarían en tal cosa.

—¡Vaya una perogrullada! De modo que si no se conocieran, no se querrían, ¿eh?...

—No digo tal, pero me afirmo en nosotros mismos, que no necesitamos jugar de chicos ni criarnos juntos para querernos después más que regularcito, ¿no?...

—¡Bueno fuera! ¿A dónde iríamos a parar si nadie se hubiera de casar sin haber jugado desde chicos?

—Y no sería malo que así fuera, para conocerse mejor y evitarse así cada chasco...

—¡ Quién habla de chascos ! ¿Qué diría yo? ¿qué diría? ¡ Habla !

—¡ Qué ! ¿Está por quejarse?... ¡ Tendría que ver, cuando ha hecho conmigo «cera y pábilo» !

—Todo lo que quieras, pero yo no soy de la idea de impedir que Leopoldo y Lola hagan su gusto, si es su gusto, y al fin y al cabo ellos han recibido una buena educación y buenos ejemplos para que los imiten después cuando se casen.

—¿Ya estamos en eso?... Vaya que después quede todo en agua de borrajas y no pase de cosas de muchachos, que sería lo mejor... porque lo que es yo, qué quiere, mi amiga, no soy del parecer de los casamientos entre parientes... no soy...

—¡ Vuelta a las andadas !... ¡ Miren que es tener cabeza dura ! Y todo porque Alciro te ha metido esas ideas.

—Déjelo tranquilo a ese hombre, mi señora, y déjeme a mí con mi idea—dijo don Anacleto poniéndose de pie, como para alejarse.

—Espérate un momento. Vamos a ver : si nosotros hubiéramos sido primos hermanos...

—¡ Ya la veía venir !... ¡ Miren qué gracia !

—¡ Bueno, pues !

Don Anacleto quedó un instante acariciándose la pera blanca de canas y contemplando a su compañera, mientras su espíritu, en mil recuerdos, revoloteaba alrededor de ella como una nube de mariposas alrededor de un rosal.

—¿Y quién nos dice, mi amiga, que no ha

sido una suerte para nosotros el no haber sido parientes?

—No veo por qué, ché ; no veo por qué...

—Lo que es yo me digo que si puede haber un mal en que los parientes, y tan cercanos, se casen, no está mal el evitarlo, porque, como le decía más antes, ¿qué precisión que ha de ser con Lola?

—¡ Vuelta a las andadas y vuelta al mismo estribillo! ¡ es ser porfiado! Yo no tengo ningún interés en que haya de ser con ella por fuerza ; pero te pregunto : ¿si ella le está destinada... si con ella ha de ser feliz...?

—¿Destinada, dice? ¿Por quién?...

—¿Por quién?... Por el destino, ¿y qué hay con eso?

—¡ El destino!... No me embrome con esas antiguallas, mi señora. ¡ Qué destino ni qué ocho cuartos! ; no hay más destino que la voluntad y los puños del hombre, y lindos estaríamos si todos pensáramos así!

—Pero, ¿que pensáramos qué?... ¿que pensáramos cómo?...

—Que pensáramos en que tenemos un destino, sin vuelta, y que quieras no quieras, se había de cumplir no más en cada uno.

—¿Y vas a decir que no es así?... ¿vas a decir...?

—¡ Por cierto, mi amiga, como que para mí, ya le digo, el destino de uno se lo hace uno mismo con su conducta y con su voluntad, y si uno quiere ser un pillo no hay destino que valga!... ¡ Pillo no más! y si quiere ser honrado y trabajador, lo mismo ; bueno fuera que uno

hubiese de nacer para boticario o para estanciero o para juez de paz, pongo por caso; si así fuera, todo el cuento estaría en esperar sentado a que el destino llegase y le dijese a uno: «¡A la botica, amigo, que usted nació para boticario!» — terminó diciendo don Anacleto al mismo tiempo que reía de su propia ocurrencia.

—Bueno; eso no te lo discuto, porque si no crees, ¿para qué hablarte?

—Sí, mi señora, «ya está viejo Pedro para cabrero», y usted sabe muy bien que no es de hoy que pienso así y no me parece mal tampoco que uno sea fiel con sus ideas y no las ande cambiando a cada rato como se cambia caballo cuando el montado se cansa, y lo que es mis ideas «son de aguante» — dijo don Anacleto con cierta sorna al mismo tiempo que se erguía sobre la punta de los pies en un cómico gesto de orgullosa satisfacción que no pasó inadvertido para misia Indalecia, quien levantándose a su vez del sillón en que descansaba, dijo:

—Si todas tus ideas son como las de hoy, cámbialas, ché, cámbialas y vas a salir ganando.

—¡Dios me libre! Y menos para empeorar...

—¿Para empeorar?... Sí, ¡mucho!... para empeorar—y se dirigó hacia las piezas interiores contemplada cariñosamente por don Anacleto, que permaneció en el corredor de la casa—la vieja casa de la estancia paterna,—en que ella había nacido y donde él esperaba morir según un voto que mil veces había elevado y que en aquel instante rumiaba también.

«Yo querría—monologaba don Anacleto—morir aquí, bajo el alero de este corredor... miran-

do el campo para echarle mi último aliento, como le di los mejores cuando me junté con él para trabajar honradamente ; pero le pido a Dios que sea antes que ella... porque ella tiene los hijos que le darían fuerzas cuando yo me fuera para siempre, y aunque yo también los tengo, de qué me iban a servir sus consuelos cuando ella me faltara... ya viejo como estoy... y después de haber pasado mi vida, ¡ mi vida entera ! viviendo para ella... ¡ y nunca para nadie más que para ella !... porque ha sido mi único cariño de verdad... ¡ y siempre ha sido buena !... ¡ buena como un ángel !... ¡ pobre vieja !... yo no quiero que te vayas a ir antes que yo... ¿eh?... Yo no quiero verme en el mundo sin verte...»

Y con los ojos nublados por dos lágrimas inmensas bajó del corredor al jardín y se puso a expurgar una gran planta de camelia en flor, mientras el disco engrandecido y rojo del sol, como la pupila de un ojo ciclópeo, parecía contemplarlo detenido sobre la línea tangencial de la llanura.

*

* *

Cuando don Anacleto Luna conversaba a solas o en franca intimidad con su esposa, la señora Indalecia Contreras de Luna empleaba el ceremonioso tratamiento que se advierte en el diálogo que antecede : «mi señora», «señora

mía», «usted», «amiga», etc. ; pero en cuanto tenían auditorio, don Anacleto se apeaba de aquella forma, para usar la corriente entre esposos que bien se quieren ; casi, en el caso, podría decirse entre «esposos-novios», pues así lo fueron durante cerca de cuarenta años.

Pudieron tener choques de criterio alguna vez y acaso alguna discusión desentonada ; pero fueron verdaderos modelos de lealtad y de ternura recíprocas, y nunca pasó por entre ellos la nube de un recelo ni de una sospecha siquiera. Habían nacido en verdad el uno para el otro, y así vivieron en la doble felicidad de un gran afecto y de una situación económica cada día más holgada a favor del trabajo asiduo de don Anacleto y a favor también de sus condiciones privadas.

No acusaban el decoro o las virtudes de la ancianidad, tan frecuentes cuando las canas cubren como un yelmo inexpugnable un pasado de errores y de corrupción ; no. Don Anacleto y su señora fueron virtuosos y honestos en todos los días y en todas las horas, determinándolo así la educación moral que recibieron en sus hogares respectivos y la forma de vida que llevaron en el aislamiento sano de la vida de campo.

Carecían, por lo mismo, de cierta cultura intelectual, pero poseían íntegro y acrecentado el de la sólida moral que heredaran y que cultivaron en el seno dignísimo de sus propios hogares.

Ambos esposos tenían temperamentos semejantes, y si en algún caso surgía una disparidad ocasional, daba motivo al placer de abatirla para armonizar tendencias, gustos o propósitos, ro-

busteciendo así la propia energía y eficacia en cada uno de ellos por la concurrencia de la del otro.

En la circunstancia del diálogo anterior se planteaba, acaso por primera vez, un dilema de términos extremos, pues misia Indalecia había acariciado mil veces la idea de que su hijo Leopoldo se uniese en matrimonio con su prima Lola, hija de misia Eulogia Contreras de Ledesma y de don Alciro Ledesma, de noble cuna también, aunque no siempre leal con su abolengo ni consecuente siempre con la moral de sus padres.

Don Anacleto, en oposición a su esposa, era adversario decidido de los casamientos consanguíneos, sin que hubiera intervenido en ello la influencia sospechada por su cuñada, pues Ledesma no tenía opinión al respecto, ni había hablado nunca con don Anacleto de semejante cuestión.

Lo real era que misia Indalecia necesitaba explicarse el origen de las ideas que su esposo le había revelado y su suspicacia la llevó a sospecharlas en Ledesma, aprovechando la hipótesis para combatirlas con más eficacia, desde que fueran en su esposo el reflejo, no más, de las opiniones de otro.

No estaba, sin embargo, desprovista de base su sospecha, pues así como ella aspiraba a que Lola se uniese con Leopoldo, Ledesma aspiraba a su vez a que se uniese con el hijo de don Guido Bergalli, su acaudalado vecino lindero con el propio campo, y en más de una ocasión dejó acaso descubrir su recóndito anhelo.

Misia Indalecia tenía, pues, que batirse con dos adversarios temibles : su esposo y su cuñado ; pero, en cambio, contaba con la alianza eficaz de los directamente interesados, porque entre Lola y Leopoldo había algo más que una mera simpatía de infancia y ella lo sabía perfectamente a favor de esa inenarrable precisión con que las madres auscultan el corazón de las hijas, con sólo mirarles los ojos.

La primera escaramuza, precursora de una formidable campaña, había sido favorable a misia Indalecia, que contaba para el éxito final con la bondad invariable de su adversario inmediato y con la vigorosa energía que ella ponía al servicio de todo propósito y que tenía una especie de exteriorización verbal en el hábito de repetir una misma palabra o frase en el curso de sus discusiones más apacibles, como si calculase así llegar por repetición al más íntimo convencimiento en los demás.

Allí donde se oía exclamar : «¡ Ni pienso ! ¡ ni pienso ! ¡ ni pienso !» ; «¡ qué disparate ! ¡ qué disparate !, pero ¡ qué disparate !»... ; «esas son preocupaciones, preocupaciones y preocupaciones», etc., allí, allí estaba misia Indalecia imponiendo conclusiones o decisiones, y pobre de don Anacleto el día en que misia Indalecia prorrumpiese con una frasecita como la siguiente : «Lola se casará con Leopoldo... ¡ se casará con Leopoldo !... ¡ vaya, si se casará con Leopoldo !»

No era ello la revelación de una terquedad irreducible, pues misia Indalecia estaba muy lejos de ser terca y era más bien condescendiente ; pero cuando se marcaba un rumbo, mar-

chaba por él y su elocución tomaba el ritmo monótono de un tambor que redobla «¡ a la carga !»

Tal procedimento de ideación militante era común también en los procesos de su voluntad decidida y enérgica, y así en el lance inicial sobre casamientos consanguíneos había puesto, a su manera, el primer jalón de una línea matemática.

Al día siguiente, o en la siguiente semana, pondría otro y luego otro en una tan perfecta orientación hacia el triunfo, que bien pudo pensar don Anacleto desde las primeras palabras de aquel diálogo, que su hijo se casaría con Lola sin que nadie lo pudiese evitar, ni aun el mismo Leopoldo.

Aquella fuerza de voluntad que misia Indalecia ponía en todos sus actos, fué siempre para don Anacleto un motivo de viva satisfacción y de hondo orgullo, y más de una vez en situaciones difíciles para él se parapetó tras la acerada energía de su amada compañera o la buscó como su más fiel consejera para pedirle alguna indicación en la doble certeza de que sería sensata y de que tendría que cumplirla, ¡ porque para eso las daba !

Era misia Indalecia lo que en buen romance se llama : «toda una mujer», hasta la punta del cabello más largo ; porque se fundían en ella ias delicadezas más finas y las energías más corajudas ; era buena «como el pan» y severa como un preceptor antiguo ; era generosa sin límites, con la particularidad de que ni daba demás ni a destiempo, y era buena moza todavía en la sexta decena, sin afeites, y era elegante en su

misma sencillez ; y desde su marido hasta el último peón de la comarca la idolatraban y la respetaban.

Don Anacleto era también «todo un carácter» con todos menos con ella ; pero, en cambio, era un santo varón con ella antes que con nadie. Hecho al trabajo, trabajó para ella en primer término, y su aspiración, bien llenada por cierto, de ser honrado y digno, tuvo en misia Indalecia el más asiduo y riguroso estímulo, por una razón supremamente simple : lo hacía por ella.

Los dos, y a cual más, eran, como es fácil imaginar, tiernamente cariñosos con sus hijos, que marcaban casi tres épocas en la vida de sus padres : Leopoldo, el mayor, gallardo mozo de veinticuatro años, que había cursado en la Universidad de Córdoba hasta el tercer año de derecho, a cuya altura dejó sensatamente esos estudios para atender los intereses de sus padres, como lo hizo ; Carmencita, de veinte años, que había sido exclusivamente educada, moral e intelectualmente, por sus padres y por su hermano mayor ; y, finalmente, «el nene», Miguelito, el hijo de la vejez, chicuelo de doce años que jineteaba cualquier pingo y que tenía un tan enorme caudal de conocimientos en los motivos del «pago», que nunca se recurrió a él inútilmente en demanda de algún dato sobre un nombre, un camino o un detalle cualquiera, de cualquier orden, en toda la extensión de la comarca.

Leopoldo era el brazo derecho de su padre, y con grandes cualidades de administrador y de hombre de campo, era al mismo tiempo un asi-

duo estudioso y un apasionado lector de obras literarias y morales, con las que propendía a la mayor y mejor cultura intelectual de su hermana, haciéndole leer los libros que encontraba adecuados para ella, de entre los que frecuentemente recibía de sus agentes libreros de Buenos Aires.

Miguelito, en cambio, no leía más libro que el de la Naturaleza, y si éste no le enseñaba las complicadas particularidades de la divisibilidad, de teros y avestruces y de chingolos, sabía más que el más encopetado zoólogo.

Era Miguelito, sin merecerlo, «el Benjamín» de la comarca entera en homenaje a don Anacleto, como lo era en la familia y el preferido de su tío don Alciro, de quien se amparaba para contrarrestar en algo las severas exigencias de don Anacleto, que queriendo a su hijito como padre y como abuelo, anhelaba formar con él otro Leopoldo, más perfecto y más hombre.

Don Anacleto tenía para Miguelito las más implacables severidades en la «intención»—que es, por lo común, la única y última energía de los viejos,—y con la más firme «intención» de dirigir al nene por la vía más recta hacia la cumbre más alta, el «nene» gambeteaba instintivamente a las consignas paternas para marchar por las líneas más sinuosas hacia las cumbres caprichosas de su imaginación infantil, hasta perfilarse definitivamente con los caracteres perfectos de chicuelo mal criado y en quien cada vez más se diseñaba un carácter díscolo y apático, bien extraño, por cierto, al de sus ascendientes inmediatos.

Era el único de los hijos de don Anacleto que no había nacido en la estancia, en la que habían nacido también misia Indalecia y misia Eulogia. Miguelito había nacido en Córdoba durante una temporada en que sus padres vivieron en la docta ciudad, y de ahí que, cuando don Anacleto le decía que era preciso estudiar y estudiar mucho para ser un hombre de provecho, Miguelito solía contestar, mirando hacia cualquier lado, menos a quien iba dirigida la respuesta :

—¡ Tata se piensa que porque he nacido en Córdoba tengo que ser «doctor»... !

—¿ Y por qué no has de serlo, ya que tu hermano cortó la carrera?

—¡ No dije... ! ¡ Qué doctor... ! ¡ ni qué doctor... !—respondía, y se alejaba corriendo, sin rumbo, afanoso por substraerse al consejo paterno.

Ante salidas como esa, don Anacleto pensaba o lo decía en voz alta :

—¡ Y miren que es inteligente este pícaro! porque es inteligente, ¿eh?

*

* *

La estancia de don Anacleto, o, más bien de su esposa, situada en el norte de la provincia de Santa Fe, a pocas leguas del río Salado, constituía la mitad del campo heredado de su padre,

el coronel Nemesio Contreras, y conservaba el nombre con que éste le bautizó : *La Querida.* La otra mitad del campo, que correspondía a misia Eulogia, fué bautizada por don Alciro con el nombre de *Las Potrancas*, en pintoresco homenaje a sus dos hijas, pues el nacimiento de Leopoldina, hermana menor de Lola, coincidió con la muerte del coronel Contreras y con la subsiguiente división hereditaria del campo.

Cuando don Alciro se encontró con dos hijas, que fueron, por otra parte, su única descendencia, no creyó hacer cosa mejor que llamarlas, en términos camperos : «las potrancas», y de ahí el nombre del establecimiento.

De sus dos hijas, la menor—Leopoldina, de diez y nueve años—supo ponerse a la altura del apodo, pues fué una verdadera potranca, arisca y mañera, que, en competencia con las otras, corría por el campo a la par de ellas, compitiendo en cabriolas y en correrías como una loquilla desbocada.

Era la antítesis de Lola, que había heredado la línea materna, mientras Leopoldina «había salido al padre» por los cuatro costados.

Misia Eulogia era digna hermana de misia Indalecia, pero le faltaba lo que ésta tuvo : el concurso del esposo, pues, así como don Anacleto fué circunspecto siempre y correcto impecablemente en todos sus actos, don Alciro Ledesma fué inquieto y tarambana hasta que la edad le sentó el juicio—y asimismo...—dejándole, como restos de su vida pasada, la pasión de la caza como su entretenimiento predilecto.

Bajo de estatura y medio zambo ; de tez mo-

rena ; carretilludo y bocón ; dos ojillos pequeñísimos y juntos, hundidos en el fondo de sus cuencas, dos ojillos de zorrino ; nervioso y guapo como las armas, todas las aventuras lo encontraron dispuesto siempre para todo. Por eso su esposa decía que Leopoldina había «salido al padre», y acaso melancólicamente, reiteraba este juicio cuando, al frisar en los veinte años, la veía casquivana y coqueta aún en la casi desolada soledad de la estancia.

Para Leopoldina nadie pasaba cerca siquiera del campo sino atraído por ella, y los domingos, que para el caso eran iguales a los miércoles, se acicalaba y adornándose con sus mejores dijes paseaba a la tarde por los corredores del naciente, no para tomar fresco, sino por si pasaba alguien...

A la noticia, no más, de que don Alciro recibiría la visita de un comprador de hacienda o de trigo, ella pensaba invariablemnte que el proyectado negocio tenía por única finalidad verla, verla a ella, mirarla, enamorarse, hablarle, comprometerse y casarse... y loca de alegría, corría al peinador para adornarse las enormes trenzas con moños y con flores aún la víspera del día anunciado.

Nunca su pensamiento se detuvo un instante en nada que no tuviera la forma de un joven, rubio, crespo, vigoroso, rico, y que locamente enamorado de ella andaba por ahí no más, por el mundo, aguaitando el momento de encontrarse con ella.

Tenía la sensación intuitiva de la vida, de la sociedad, del mundo ; sabía que el mañana sur-

giría del hoy ; pero no se imaginó nunca que tras de una sequía sobreviniese una lluvia sino un novio—¡ un novio para ella !—porque ella estaba destinada a casarse, a casarse con alguien ; ¡ pero a casarse ! ; y si se le hubiera explicado el celibato, se habría reído a carcajadas de la sospecha no más de que pudiera comprenderla entre sus sombras absurdas...

Contrastaba singularmente con su prima Carmencita, que era en todo sentido un modelo de buen juicio, y que, imbuída en las ideas de su madre, realizaba las formas de su delicada cultura moral conduciéndose siempre en todo como una niña educada y reflexiva en la natural medida de sus veinte años.

No obstante verse con asidua frecuencia, como que las dos familias constituían el motivo casi único de sus visitas respectivas, Carmencita y Leopoldina conservaban invariable la propia línea ; aquélla abroquelada en las sanas ideas de que estaba saturada, y ésta fiel a sus devaneos y a sus caprichos, apenas refrenados por la acción intermitente del propio hogar.

En el espíritu de Carmencita gravitaban por igual la influencia de los padres y de su hermano mayor, que fué para ella como un tutor moral de insubstituíble eficacia, porque ponía al servicio de la educación de su hermana su relativo conocimiento del corazón humano, sin que le cegara la venda que cubre casi siempre, siempre más bien, los ojos de los padres y de las madres en la confiada observación de los hijos.

Leopoldo contemplaba a su hermana sin olvidar que las asechanzas del mundo podían ame-

nazarla hasta en el mismo tranquilo retiro de la estancia, y sin olvidar que un destino más o menos inmediato podía ponerla frente a frente de la sociedad, para cuya acción debía estar preparada moral e intelectualmente.

El era, pues, su maestro, su consejero y su guía, sin dejar sospechar por ella ni remotamente la causa del fin de su conducta, en la acción coincidente con sus propios padres, que tampoco alcanzaban a ver en el hijo al insuperable aliado que tenían.

De la fecunda conjunción de tales fuerzas tenían que resultar, como resultaban, la exquisita dignidad y discreción de que Carmencita era un verdadero modelo en su doble aspecto de inocencia y de cordura.

Era Leopoldina su antítesis más acabada, y todo en su prima le causaba natural extrañeza : los libros que leía, los gustos que revelaba en sus conversaciones, las ideas que sostenía como fruto de su cultura intelectual, y hasta la sencillez con que vestía y la despreocupación de sus adornos y la simplicidad ingenua de sus ilusiones de niña en los albores de una adolescencia retardada acaso.

Cuando por cualquier razón se proyectaba un viaje a Buenos Aires, nadie lo ignoraba si el proyecto era de la familia de Ledesma, así como nadie lo sospechaba cuando, por excepción, se trataba de la de Luna ; porque en este caso los preparativos se hacían sencillamente dentro de las formas habituales, mientras que en aquél, Leopoldina alborotaba la propia casa y las de los vecinos con sus agitaciones desordenadas y con

sus proyectos descabellados y con su incontenible afán de interesar a todo el mundo en el trascendental suceso, que para ella tenía dos aspectos diametralmente opuestos: ¡la desolada soledad del campo sin ella y el alboroto social de Buenos Aires con ella!

Tres meses antes de hacer un paseo a Buenos Aires, Leopoldina empezaba a prepararse y comentarlo, y seis meses después de regresar a la estancia «tenía asunto» para hablar del efecto que su permanencia había producido entre la muchachada porteña.

—Vieras, ché—le decía a Carmencita un día que había ido a pasarlo con ella,—una tarde, en Palermo, que se paró el corso un momento, en la avenida de las Palmeras, ¿sabes?... yo no sabía a dónde mirar, ché... ¡Así, se amontonaron los mozos en la vereda, y un mirarme, ché! ¡y de qué modo!...

—Ya me lo imagino—respondía Carmencita, —y estoy segura de que en el teatro sucedería lo mismo.

—¡Certísimo, ché!... ¿Cómo sabes?... Figúrate que una noche que teníamos un palco bajo en la ochava yo volteé una silla al entrar, sin querer, por supuesto, y todo el mundo se dió vuelta a mirarme. Yo me puse roja, ché, como las achiras del bañado.

—Estoy segura de que en el tren te sucedería igual cosa.

—Me dices eso de un modo... ¿Qué me quieres decir?...

—Que tú estás eternamente pensando en que

todo el mundo se ocupa de ti, y ya estoy cansada de oírtelo.

—¿Y a ti no te pasa lo mismo? ¿Me vas a hacer creer...?

—No pienso hacerte creer nada; te digo no más.

—Sí; salí de aquí con ese modito de mosquita muerta... son las peores... mucho de no fijarse en nadie y muy bien que te gusta el vecino.

—¿Qué vecino?—la interumpió con extrañeza Carmencita.

—El ingeniero Bergalli, ché; no te hagas la viva.

—No seas tonta... más fácil será que se fije en ti, porque mi tío lo llama con frecuencia, según he oído decir; mientras que aquí no viene nunca—respondió Carmencita.

—Te dije en broma, por hacerte enojar. ¿Sabes, ché, de quién creo que gusta?—dijo Leopoldina bajando la voz como para una gran confidencia.

—¿De quién?

—¿No sospechas?

—No te lo preguntaría entonces.

—De Lola.

—No me parece que Lola se fije en él—dijo Carmencita reprimiendo una ligera emoción.

—No te digo que ella guste de él; pero a mí me parece que él se fija en ella, y por algo, que he oído también...

—Te apostaría mi cabeza a que no.

—¿Por qué no? Es muy buen mozo, y muy simpático, ¿eh?

—No me he fijado, y además lo he visto poco. ¿A tu casa va mucho, no?

—Cuando tatita lo llama por asuntos del campo.

—¿Pero de visita no?

—No, de visita no.

Carmencita, que conocía algo de lo que se pensaba en la casa con respecto a Lola, oyó con cierta emoción las impresiones de Leopoldina con respecto al hijo del señor Guido Bergalli, dueño del campo *La Caserta*, lindero con *Las Potrancas*, y experimentó por primera vez la impresión de tener que guardar un secreto ante misia Indalecia.

Victorio Bergalli, ingeniero agrónomo e hijo único, con una sólida fortuna en perspectiva, era sin duda un buen partido para cualquier muchacha como Lola; pero Carmencita sabía que para misia Indalecia Lola era la destinada para Leopoldo, y creyó ver surgir la amenaza de un conflicto de familia, cuyas consecuencias podrían ser tristísimas.

Todo lo que pasaba por su imaginación en esos momentos era más o menos exacto: las relaciones amorosas de Lola y Leopoldo, la complacencia con que misia Indalecia veía esas relaciones, la decidida inclinación de Bergalli hacia Lola, la esperanza que don Alciro albergaba hacia el éxito de los proyectos de Bergalli, etcétera, etcétera.

Y todo ello podía muy bien servir de canevá para un posible drama de familia con dos protagonistas formidables en Leopoldo y Bergalli.

Un galope por *La Querida* y por *Las Potran-*

cas daba al menos experto una idea perfecta del carácter de sus dueños. En *La Querida* se veía la mano de una dirección capaz en todos los detalles, desde la tranquera de entrada hasta el puesto de los chanchos situado en los bañados del fondo del campo. Los ganados tenían potreros especiales ; los caminos parecían trazados a cordel ; la zona destinada a la agricultura, y que ocupaba la mayor extensión de la estancia, parecía un jardín que en vez de violetas o rosas estuviera plantado con trigo, maíz, lino, etc., etc. No había en *La Querida* obras de arte ni las construcciones refinadas de las industrias modernas, pues don Anacleto había querido conservar en su campo el carácter y el aspecto de las viejas estancias criollas de los tiempos en que junto a un fogón se amontonaban en grupo los gauchos que lo fueron de veras, antes de que la levita suplantara al chiripá, el estileto al facón y el acordeón a la vihuela.

En *La Querida* se recibía el aliento de las grandes épocas de nuestro país, porque don Anacleto había querido conservar, en lo posible, el cuadro campero y las costumbres de entonces, al extremo de no tener ni siquiera un simple peón que no fuera legítimamente criollo y si era posible, «del pago».

—«Yo quiero—decía en más de una ocasión —mejorar la hacienda y aprovechar la tierra inteligentemente ; pero quiero probar a mis compatriotas que eso se puede conseguir con el trabajo de nuestros hombres de campo, que son sufridos, son sobrios, son valientes y son honrados»—y en su afán por conseguirlo buscaba

preferentemente peones santafesinos porque eran los mejores para los establecimientos de la provincia como que naturalmente se interesaban en su suerte mucho más que los extraños.

A tal extremo practicaba este concepto que en cierta ocasión se le presentó pidiendo trabajo un peón muy recomendado, pero como don Anacleto notara en las primeras palabras que no era santafesino, le dijo :

—Pero... usted no es de aquí, ¿no?, amigo.

—No, patrón, soy de Santiago.

—¡ Ah ! entonces no me conviene, porque los «santiagueños» son «volvedores» y en la época de la algarroba se vuelven a sus pagos sin que los ataje nadie—y no lo tomó a su servicio, a pesar de las vivas protestas de consecuencia que aquél le daba apoyándose en un hecho que bien podía fundar uno promesa respetable : la situación en su provincia era inaguantable «para los que no estaban con el Gobierno».

Ante tan vigoroso argumento, don Anacleto remachó su decisión pensando que no habría necesidad entonces de esperar la época de la algarroba porque antes que ésta sobrevendría un sacudimiento político que voltearía al Gobierno para dar paso a la oposición, en la rotación frecuente de las situaciones provinciales de la época.

El hecho era que desde el administrador de *La Querida* hasta el muchacho que «sacaba agua» todo el personal de la estancia, salvo don Anacleto y Miguelito, eran hijos de la provincia de Santa Fe, lo que importaba también una fuerza vigorosa de amor propio colectivo, y así

todos los que formaban el personal de la casa decían por ahí, en las pulperías y en las fiestas populares a que asistían :

—«¡ Con los de *La Querida* no se puede !»

Esta expresión de amor propio daba particular cohesión al personal de *La Querida* en la que todo el mundo cuidaba con celoso afán los intereses del «patrón», dirigidos casi exclusivamente por Leopoldo, que virtualmente se encontraba al frente del establecimiento entregado poco a poco a su inteligente acción, por voluntad de don Anacleto y porque comprendía que sus fuerzas le flaqueaban después de muchos años de trabajar sin descanso.

Leopoldo estaba «en todo» y dirigía personalmente las faenas del campo, siendo el primero en levantarse al trabajo diario, y el último en recogerse después de consignar en los libros de la administración hasta el nacimiento de un corderito ocurrido en el día.

El indicaba la hora oportuna para arar, para sembrar, para recoger la cosecha, cortar el pasto, emparvarlo, enfardelar, enviar los productos agrícolas a sus destinos o a sus compradores después de tratar con éstos en condiciones tales de rectitud y de honorabilidad que a nadie se le ocurría ir a comprobar por sí mismo el grado de verdad de una aseveración de Leopoldo.

El trigo, el maíz, etc., eran invariablemente de la calidad que él decía ; el ganado que vendía se encontraba exactamente en las condiciones que él manifestaba y los grandes acopiadores de lana que recorrían la campaña compraban por carta lo que podía vender *La Querida*

y todos por igual sabían que en ningún caso y por ninguna razón serían engañados.

Con la impecable regularidad y eficacia de los procedimientos y de la administracón de *La Querida* contrastaba *Las Potrancas* en cuyo campo se advertía un profundo desorden y abandono de todos los resortes más indispensables en una buena administración.

En las faenas de la esquila, *Las Potrancas* esquilaba la última y los esquiladores imponían condiciones para hacerlo, figurando entre éstas el derecho de correr carreras, jugar a la taba, etcétera, en el propio campo, con lo que se daba ocasión para escándalos, reyertas, robos y crímenes de todo género.

Durante la yerra o la esquila, el campo de *Las Potrancas* era el centro de jugadas, a las que concurrían los desosupados y los malevos de las inmediaciones, y el comisario de policía decía que más trabajo le daba la esquila en *Las Potrancas* que todo el departamento en el resto del año.

Don Alciro se dejaba llevar «a son de camalote», y como las haciendas se reproducían solas, su fortuna crecía también, aunque restada por la falta de una acción competente y por falta, sobre todo, de una conducta discreta en el manejo de sus propios recursos.

Más de una vez don Alciro sintió necesidad de vender la lana antes de esquilar y en más de un caso tuvo que recurrir a don Anacleto en demanda de dinero para el pago de obras o de maquinarias que luego el tiempo se encargaba de destruir a favor del abandono en que quedaban.

Cada vez que se producía una petición de recursos por parte de don Alciro, se repetía la misma escena entre don Anacleto y Leopoldo, pues siendo éste el depositario de los fondos de *La Querida* a él le correspondía la entrega del dinero pedido y el natural conocimiento del motivo.

—Yo no le daría—dijo con ocasión de un pedido,—porque la mitad de este dinero lo va a tirar tío en Buenos Aires, y además, que no tenía tanta urgencia en hacer lo que ha hecho.

—Esas no son cuentas nuestras, hijo; si el hombre precisa y se lo podemos facilitar, no veo motivo... él ha cumplido siempre.

—No digo que no, tatita; pero mira que en *Las Potrancas* las cosas andan mal... allí nadie cuida nada... acuérdate de que la última tropa que mandó tío se le ahogó toda en el Salado... según dijo el capataz... y quién sabe si es cierto, tampoco.

—Nosotros no debemos meternos en eso, Leopoldo; más sabe el loco en su casa...

—Yo digo, tatita; porque fíjate que el gerente del Banco me contó, no hace mucho, que tío le había pedido un descuento de cien mil pesos porque decía que pensaba ir a Europa.

—No le he oído nada de eso ni sospechaba que tuviese semejante proyecto. ¿Tu madre qué dice?

—Yo no le he preguntado. ¿Para qué? Lo que sí sé es que tío le ofreció la firma del gringo Bergalli, ¿sabes?, para conseguir el descuento.

—¿De Bergalli?... ¿Y desde cuándo tan amigos?...

—Qué sé yo... Pero entre ellos hay algo.

—No ha de haber nada; cuentos no más— respondió don Anacleto ocultando la desagradable impresión que todo eso le produjo y deseando cortar la conversación sobre el tema.

En todo eso había su fondo de verdad, y en algo mucho más de lo que Leopoldo expresaba, pues no se requería en su caso mucha sagacidad para descubrir en don Alciro los motivos que tenía para vincularse a su vecino Bergalli.

En cuanto a la faz económica del episodio, Leopoldo sabía que don Alciro tenía viejas cuentas pendientes que debería saldar alguna vez y que iban aumentando solas como las vacas de *Las Potrancas*, y sospechaba fundadamente que la suerte de este campo podría malograrse, si don Alciro, buscando otros vínculos, caía en las garras de don Guido Bergalli.

Muy en silencio, muy en secreto, Leopoldo acariciaba un proyecto de vastas proporciones, como que consistía en ponerse en condiciones de adquirir el campo de *Las Potrancas* y rehacer en toda su integridad la vieja estancia de sus abuelos.

Su resistencia a dar dinero para don Alciro era sólo porque se trataba de cantidades relativamente pequeñas que su tío podía conseguir en otros rumbos y que sumadas luego lo pondrían en la precisión de recurrir a don Anacleto por gruesas sumas que podrían constituir el principio de una operación definitiva.

Con tal procedimiento procuraba invertir los

términos de un proceso que consideraba iniciado y de desarrollo fatal, pues bien sabía que el crédito como el descrédito aumentan solos y enormemente desde que actúe la causa que los determina o engendra.

Don Anacleto podía girar medio millón de pesos con su sola firma, mientras que la de don Alciro necesitaba ya el endoso de otra para obtener la décima parte de aquella suma ; y ambos habían partido del mismo punto, con el mismo capital, pero en direcciones contrarias : aquél hacia el trabajo y la economía ; éste hacia el derroche y la holganza.

Las dos formas iban creciendo de sí mismas como se desarrollan las ramas de ciertos helechos.

*
* *

Las sospechas que Leopoldina había comunicado a Carmencita sobre los proyectos que atribuía al ingeniero Bergalli con respecto a Lola, determinaron en aquélla una perplejidad que fácilmente se desvaneció, pues, si en los primeros momentos pensó en ocultarlos a misia Indalecia, teniendo con ésta la primera reserva que la torturaría, bien pronto halló el medio de descargar su conciencia.

Este fué revelar su secreto al mismo Leopoldo, en quien tenía más que un hermano, un confidente y un amigo. Decidido el punto, no es-

peró a que una oportunidad casual estimulase su confidencia y fué a buscarlo a su cuarto en momentos en que se encontraba en la caballeriza disponiéndose a salir a caballo para recorrer los puestos.

Entre la caballeriza y la casa se encontraba el jardín dividido por mitad con un amplio camino cubierto por el zarzo de una tupida parra y bordeado por canteros de rosas de las que algunas guías llegaban hasta el camino pasando por el grueso borde de «romero» que lo limitaba y en el que la hábil mano de don Anacleto había formado figuras de sillas, sillones y sofás en que sólo descansaban los pajaritos que pululaban en el jardín.

Por el camino central se dirigió Carmencita en busca de su hermano, a cuyo lado llegó en momentos en que se disponía a montar.

—¿Vas a salir, Leopoldo?

—¡Ché! ¿qué haces aquí?... Sí, voy a salir—repuso Leopoldo con el pie puesto en el estribo y permaneciendo en esa actitud mientras su doradillo volvía la cabeza para mirar a Carmencita .como extrañado también de su presencia en aquel sitio.

—Bueno, entonces, cuando vuelvas.

Al oir estas palabras, Leopoldo sacó el pie del estribo, y bajando las riendas por sobre el cuello del caballo, se acercó a Carmencita, con más alarma que curiosidad y le preguntó:

—¿Qué hay?

—Nada, ché... quería decirte una cosa.

—¡Hermógenes!—exclamó rápidamente Leopoldo dirigiéndose al caballerizo,—tome, pónga-

lo en el poste—y le dió las riendas del caballo al mismo tiempo en que tomando a su hermana por el brazo, le repitió :—¿Qué hay?—e inició la marcha por el camino que Carmencita había seguido y que habían de recorrer en seguida juntos.

—Una pavada, Leopoldo ; pero que necesito confesártela, porque comprendo que no debo callarla.

—Explícate de una vez, ¿qué hay?

—Mira, ayer cuando vino Leopoldina me habló de mil cosas y mil pavadas, de las de ella, ¿sabes? y entre todo lo que me dijo me confesó que ella cree que el ingeniero Bergalli festeja a Lola.

—¿Y qué más?—interrumpió Leopoldo sin dejar notar ni el más tenue asomo de una emoción.

—Nada más.

—Y de Lola, ¿qué te dijo?

—Nada, de Lola no me dijo nada.

—¿Y tú qué le dijiste?

—A mí me dió fastidio que me saliera con esa pavada y le dije que no creía que Lola se fijase en ese tipo y que apostaría mi cabeza a que no es cierto.

—¿Que no es cierto, qué?

—Todo eso, ché ; de que él la festeje.

—Sí, ya sé ; pero de ella es de quien te pregunto.

—Eso ; que yo no creo que ella se fije en él.

—Y tú, ¿por qué le dijiste eso?

—Yo nunca te he hablado de esto, es claro ; pero a mí me parece que de quien gusta Lola

es de ti—repuso Carmencita palideciendo de emoción ligeramente.

—Yo tampoco nunca te he hablado de esto, como es natural, porque en realidad no hay nada serio todavía, pero no te oculto que Lola es para mí un ideal.

—Ya lo creo; es una muchacha bonísima; llena de condiciones, y mamita, ¡cómo la quiere!

—Sí, ya sé; pero no conviene que andes hablando de esto.

—Pero, ¿con quién? ¡qué esperanza! y además que quién sabe lo que piensa tatita.

*
* *

—¡Qué! ¿Tú sabes algo?

—Yo les oí hablar una vez; pero no les podía oir bien... que tatita decía... no sé qué de que no es amigo de que se casen, entre primos... ¡no sé!...

—¿Y después no has oído nada?

—No; ¿después de esa vez?... no... no les he oído nada.

—Bueno, mi hija, ahora andate adentro, que yo tengo que ir hasta el puesto de Higinio, a ver si han bañado unas ovejas.

Leopoldo se dirigió a la caballeriza y Carmencita hacia un extremo del corredor en el que misia Indalecia se encontraba muellemente re-

costada en un sillón de paja frente a la puerta del comedor, tomando fresco y tomando mate que le cebaba Quintuay, su sirvienta preferida.

Quintuay era una india recogida de chiquita en una toldería del Chaco, por el coronel Contreras y que junto con el campo de *La Querida* había heredado misia Indalecia.

Su edad, desconocida, giraba entre cuarenta y cincuenta años, pues aquel número contaba al servicio de la familia en la que tenía todo el prestigio que su larga y leal actuación le daba. Quintuay se metía en todo y en su media lengua opinaba sobre cuanto llegaba a sus oídos finísimos de india pura, y sus opiniones tenían un raro valor en el espíritu de sus patrones.

Era el oráculo meteorológico de la estancia, y sus anuncios de lluvia, de sequía, de elevación o descenso de temperatura, se cumplían con inerrable precisión cada vez que los daba, y cabe decirlo así porque, cuando no se consideraba habilitada para un pronóstico, se refugiaba en una fórmula invariable: «¡ Quién sabe !... ¡ Quién sabe !»

Y no había poder humano que le sacase una palabra más.

Lo más curioso de sus vaticinios es que no eran el producto de la experiencia en la toldería, sino de ese portentoso instinto de su raza que permite a sus tipos aprovechar detalles casi imperceptibles, analizarlos circunstanciadamente, relacionarlos entre sí, fijarlos en la memoria estereotipándolos para siempre y utilizarlos con matemática precisión en el instante preciso en que un accidente cualquiera lo reclama.

La dirección de las nubes, la densidad que ofrecen, la forma que presentan, el vuelo de las aves, el grito de un animal cualquiera, todo ese inmenso caudal de fenómenos que para los más pasan inadvertidos, por lo mismo que se repiten a cada instante, tenían para Quintuay un valor precioso en el campo amplísimo de sus observaciones.

Tenía, empero, una grave falta entre las excelentes condiciones que la hacían estimable: era supersticiosa en extremo y llegaba hasta a llorar a gritos cuando se desoían sus anuncios lúgubres.

Tenía preocupaciones tan ridículas como la de que no se tomase la leche cuya espuma se derramara al hervir; pero en los casos en que misia Indalecia comentaba burlescamente esa u otras supersticiones análogas, don Anacleto salía en defensa de Quintuay, diciendo:

—No tiene más fundamento lo de la sal que se derrama o la del número trece; pero como estas pamplinas vienen de París, todos tenemos que temblar cuando se presentan.

Y el buen viejo tenía sin duda razón de sobra, por más que mil veces se sintiera inclinado a seguir los consejos de la agorera Quintuay.

Cuando Carmencita llegó al lado de su madre, en momentos en que recibía un mate de manos de la india, ésta le dijo:

—Hablando mucho, mucho con niño Leopoldo.

—¿Ha visto, Quintuay? Qué charla, ¿eh?

—Realmente—dijo la señora, —¿qué conferencia fué esa?

—¡ Un secreto, mamita, un gran secreto! pero de mucho interés...

—¿ Algo que se relaciona con la visita de ayer?

Carmencita quedó perpleja al oir a su madre semejante pregunta, segura como estaba de que no había sido oída la conversación de Leopoldina y se limitó a contestar en tono de fingida burla:

—¡ Eso es!... ¡ Acertaste!

El asombro de Carmencita creció de punto oyendo que Quintuay, en uso de sus atribuciones terciaba diciendo:

—Niña Carmencita hablando de niña Lola a Leopoldo, ¿verdad?...

—¡ Pero esta Quintuay es bruja! mamita— exclamó Carmencita riéndose irónicamente,— de eso hablábamos; y ¿cómo sabe Quintuay...?

—¡ Quintuay sabe!—repuso la india con tono de satisfecha al alejarse con el mate que le había devuelto su patrona.

Así que se retiró un poco, Carmencita exclamó entre asombrada e indecisa, mientras los colores enrojecían sus mejillas:

—¡ Pero! ¡ qué me dices, mamita!... Mira: yo no pensaba decírtelo; pero de veras, de Lola hablábamos.

—Te advierto que yo también lo sospeché por la forma en que conversabas con Leopoldo.

—¡ Que tú lo sospecharas, vaya y pase; pero que Quintuay...! ¿Qué motivos tiene para suponerlo?

—Eso ya no es un misterio para nadie; todo el mundo sabe que Leopoldo y Lola se quieren.

—¿De veras?... ¡Qué bueno!... Y tatita, ¿qué dice?

—El se opone... piensa oponerse... pero cederá, al fin... tendrá que ceder... vaya si tendrá que ceder. Y ¿de qué hablabas con Leopoldo?...

—Es que Leopoldina me dijo ayer que la festeja el ingeniero Bergalli y yo se lo conté a Leopoldo.

—Y de Lola, ¿qué te dijo?

—No; me habló de él no más, diciéndome que creía que gustaba de Lola.

—Tonteras, hijita, tonteras y nada más que tonteras—y notando que Quintuay se aproximaba con el mate, le dijo: — Vaya no más, Quintuay, no voy a tomar más.

La india giró sobre los talones sin tiempo para ocultar una sonrisa dibujada en toda la extensión de su boca, cuya amplitud permitía la entrada sin tropiezos de un choclo de lado.

—Ya lo decía yo... ya lo decía... ¡este Alciro!... ¿qué pensará?... ¿qué se habrá pensado? —quedó diciendo misia Indalecia medio entre dientes y como si hablara consigo misma, mientras Carmencita entró en el comedor para ocuparse en una de sus tareas cotidianas: tender la mesa para la hora de comer.

*
* *

Víctor Bergalli, en su carácter de ingeniero agrónomo, aplicaba sus conocimientos en la pro-

pia estancia de su padre, *La Caserta*, y en cuantos casos lo llamaban los vecinos en su carácter descollante de erudito diplomado. Esta circunstancia le permitió entablar relación con don Alciro y su familia, pues en más de un caso lo llamó para consultarle sobre amelgas, abonos, roturación de las tierras, cruzamiento de ganados, sistemas de abrevaderos artificiales y cien materias análogas, sin que en ningún caso pudiera obtener la cuenta de honorarios del ingeniero Bergalli y cada vez que se la reclamó recibió la misma respuesta :

—No me hable de eso, señor, entre vecinos no hay servicios profesionales sino de amistad.

—Pero, mi amigo, si yo le doy trabajo, no es por amistad, sino porque lo necesito y porque me convienen sus servicios y es muy justo entonces que se los pague, porque además, vea : cuentas claras conservan amistades, dice un refrán.

—Por eso mismo, señor, yo no quiero tener «cuentas» con usted, porque así no tengo que preocuparme de que sean claras o no.

—¿Y para qué es ingeniero entonces, sino para saber sacar cuentas?—repuso en esa ocasión don Alciro riendo intencionadamente.

—Sí sé sacarlas, señor, y por lo mismo mis cuentas me dicen que más cuenta me hace su amistad que su dinero.

—¡Total, que con tantas cuentas nos hemos enredado en las cuentas, amigo!

—¡Amigo! Sí, señor, su amigo, pero no su acreedor, en ningún caso.

Y en formas equivalentes se resolvían las divergencias de esa índole entre don Alciro y Ber-

galli, a quien le parecía un absurdo la idea de cobrar honorarios al hombre de quien aspiraba en secreto a ser hijo político.

Las circunstancias en que Bergalli podía frecuentar a don Alciro no eran propicias para insinuarse en el espíritu de Lola, pues su concurrencia a la estancia no revestía carácter de acto social, sino de asistencia profesional a los intereses agropecuarios de aquél ; pero así y todo no faltó la ocasión de una palabra amable que Lola recibió invariablemente como una mera cortesía de buen tono, ajena como estaba por su parte, a todo interés de darle otra interpretación.

Bergalli era tan extraño a su afecto, como el último poste del alambrado, y cuando recibía de él una mirada insinuante, su espíritu permanecía indiferente y sereno como la superficie de un lago en el que cae la sombra de una nube que pasa.

Bergalli conocía perfectamente el ambiente moral en que Lola había sido criada bajo la vigilancia y las aptitudes de su madre, que era, por excelencia, el alma de su hogar en el que más de una vez reemplazó, y siempre con éxito, a la acción paterna ausente por causas diversas.

Los llamados de que don Alciro le hacía objeto no respondían precisamente a propósitos sinceros de mejoramiento rural en su estancia, sino al oculto propósito de poner a Bergalli en relación con su familia y por consecuencia con Lola ; pero estos afanes chocaban con dos causas contrarias : el estado moral de Lola y las resistencias de misia Eulogia a darle entrada

en su casa, donde la presencia de sus dos hijas, y especialmente de Leopoldina, aconsejaba la abstención de visitas semejantes.

En aquella casa, pues, se agitaban en silencio y en secreto las diversas situaciones de don Alciro, doña Eulogia, Lola, y en su órbita Bergalli, que con motivo de enderezar una tranquera iba diez veces a ver a don Alciro. Si éste se encontraba en la casa, Bergalli era conducido al escritorio directa y excluivamente, y cuando se hallaba ausente, era despedido sin más ceremonia.

No era para otro ímproba tarea traducir la causa de tales procedimientos, pero a Bergalli, enamorado como estaba de Lola, se le antojaba que con ellos se quería hábilmente incitarle a la acción, estimulando con una simulada resistencia su patente inclinación a Lola.

—¡ Oh !—se decía a sí mismo tras de un desaire o un mal gesto de misia Eulogia,—¡ qué señora hábil ! Con qué profundo sentido práctico me simula una hostilidad tremenda para exaltar mis propósitos y conducirme a la situación final. Llegaremos, señora mía, sin necesidad de tales estímulos, y llegaremos pronto, porque no me gusta que «ella» se preste a esta farsa...

Decidido a poner término a las que él llamaba «estratagemas maternales», redobló sus visitas a don Alciro, hasta que encontrando propicia una situación en que hablaron largamente de grandes reformas a introducir en *Las Potrancas*, y para las que se necesitaba efectuar un fuerte desembolso de dinero, Bergalli se aventuró a

plantear su pleito, después de haber hecho entrever a don Alciro la posibilidad de aportarle el capital que necesitaba.

—Pasando a otra cosa, señor—le dijo en tono de confidencia,—si me permite, yo querría hablarle ahora de mí.

La cara de don Alciro se iluminó, como un pantano a la luz de un relámpago, y apretando sus morrudas carretillas, adoptó la actitud de quien ha de pesar cada palabra.

—Usted dirá, mi amigo—respondió clavando sus ojillos en la cara empalidecida de Bergalli.

—Yo no sé, señor, si será una temeridad lo que voy a decirle.

—Por qué ha de ser, amigo ; hable no más ; para eso estamos entre hombres—interrumpió don Alciro con vibrantes deseos de facilitar el camino a Bergalli y decirle por sí mismo todo lo que adivinaba que él le diría.

—Usted es muy bueno, señor, y me da ánimo, porque, francamente, comprendo que mi pretensión es demasiado, tal vez, tratándose de su señorita hija Lola—exclamó Bergalli por fin, asombrándose él mismo de la impensada facilidad con que lo había dicho todo en una sola palabra, que le pareció enorme, inmensa, al salir de sus labios, y cuyo eco llenaba para él en aquel instante supremo el ámbito todo del campo infinito.

—Mi amigo, lo que usted me dice me toma de sorpresa, porque nunca se me había ocurrido que usted se fijase en mi hija.

—¡ Perdóneme, señor—le repito,—si he dicho una temeridad !

—No es eso; pero ya le digo... nunca pensé... ni le he oído nada a ella ni a la madre.

—Yo no he querido dar ningún paso antes de hablar con usted, señor.

Los ojillos de don Alciro se entornaron un poco y se dijo en silencio, mirando al suelo: «¡ Pero si será pavo este mozo!... ¡ miren que empezar por mí sin haberle trucado a ella primero!... ¡ es preciso ser zonzo!...», y volviendo a mirar a Bergalli le dijo:

—Por mi parte no veo inconveniente; usted es un mozo de carrera y trabajador; pero yo solo no puedo decidir nada—y levantándose de la silla para dirigirse al interior, agregó:—Vamos a llamar a la patrona.

—¡ No!... ¡ Ahora, no!... ¡ Señor... otro día! —exclamó Bergalli, como si lo amenazara una catástrofe; pero don Alciro, a quien «se le hacía agua la boca», no quería «pleitearla» solo después, e insistió:

—¿Por qué no?, amigo, ¿qué cosa más natural?... En estos asuntos nadie mejor que la madre.

Y como Bergalli permaneciera mudo de estupor, aprovechó su silencio para acercarse a la puerta y decir en voz alta:

—¡ Eulogia!... ¡ Eulogia!...

—¿Qué quieres?—se oyó contestar en una de las piezas contiguas.

—Ven un momento.

En cuanto la señora apareció y saludó a Bergalli, don Alciro cerró la puerta y sentándose de nuevo dijo:

—Te llamé, hija, porque el amigo Bergalli

me acaba de hacer una confesión que «vos» debes conocer en seguida y dar tu opinión.

—¿De qué se trata?—preguntó misia Eulogia serenamente, adivinándolo todo.

—Señora—balbució Bergalli,—es que el señor ha andado demasiado pronto... es una idea no más...

—¡Háblele, amigo!... ¡dígale!

—No comprendo—dijo en el mismo tono misia Eulogia, tras un instante de silencio, durante el cual Bergalli pedía a sus glándulas salivares un esfuerzo supremo.

—Yo pensaba... señora—dijo por fin,—que muchas veces he pensado en hablarle... por la simpatía que me inspira la señorita Lola.

—¡Lola!...—prorrumpió misia Eulogia en un tono indescriptible, mezcla de extrañeza, de burla, de ira y hasta de risa, mientras la imagen de Leopoldo cruzaba por su imaginación; llevando a la grupa la silueta gentil de su hija, y en seguida volvió a repetir:—¿Lola?... pero es la primera noticia que tengo.

—Te diré, hija, que Bergalli no ha querido dar ningún paso antes de hablar con nosotros.

—Pero nosotros casi somos los últimos en este asunto. Porque, ¿qué podemos hacer sin consultar la voluntad de ella?

—Yo—se aventuró a decir Bergalli—no le he dicho nada... todavía... pero le he dejado comprender...

—¿Por qué no la llamas?—dijo don Alciro, y en el mismo instante pudo percibirse dos carreritas tenuísimas que partían de la pieza inmediata y algo parecido a risas distantes confu-

samente entremezcladas con el canto de los pájaros de los árboles del jardín.

—No me parece oportuno ; pero no tengo inconveniente—dijo misia Eulogia, contestando a su esposo al mismo tiempo que se ponía de pie.

—Ahora no, señora... permítame... otro día... siempre habrá tiempo... y a más me he demorado mucho—dijo Bergalli mirando su reloj—y tengo que marcharme.

—Cuando usted disponga—repuso la señora, y no había concluído de decirlo, cuando Bergalli se despedía y salía poco menos que a la disparada, en la natural emoción de aquella primera tentativa.

Así que se hubo alejado, misia Eulogia se volvió hacia su marido, diciéndole :

—¿Qué me dices de esto?...

—Que yo lo veía venir, como comprenderás, habiendo tratado tantas veces con este mozo y conociendo sus ideas en todo.

—Yo no le pienso hablar a Lola de semejante pretensión, como comprenderás.

—La cosa es que no comprendo nada, porque, ¿dónde vas a encontrar mejor partido?

—Ya sé que lo crees así.

—¿De dónde sales sabiendo eso?

—¿Para qué te lo voy a ocultar?... Indalecia me lo dijo, y me dijo que ella creía que habías hablado de esto con Anacleto.

—Pues miente tu hermana, porque yo no he hablado de esto con nadie ; ¡es gana de hablar!...

—Bueno, no te alteres ; se habrá equivocado ;

pero yo me guardaré muy bien de decir «esta boca es mía».

—Pues harás muy mal, y no vaya a pesarte después.

—¡ Pero, Alciro, no seas criatura !... ¡ Si Lola está entendida con Leopoldo !

—¿ Qué dices ?

—¡ Lo que oyes !... Y no es asunto de hoy.

—¡ Eso no puede ser !

—¿ Por qué no puede ser ?... ¿ Qué hay con eso ?...

—¡ Porque no puede ni debe ser y porque yo no lo consentiré jamás !

—¡ Alciro !... ¡ Alciro !... No seas inocente : estas cosas ni se consienten ni se niegan : se aceptan, ¿ y cómo ha de ser ?

—Eso lo veremos.

—Pues lo verás.

*
* *

Las relaciones amorosas entre Lola y Leopoldo se habían acentuado insensiblemente, como consecuencia de la relativa notoriedad que al principio, siquiera como sospecha, habían alcanzado, y aun cuando los dos estaban convencidos de que las actitudes respectivas eran las de siempre, los ojos y la voz los traicionaban en cuanto se encontraban frente a frente.

No siempre los que se aman son los primeros en saberlo, pues el recelo para la acción inicial

de una pasión que nace suele trocarse en revelación inequívoca para los que observan sin motivos que ofusquen, mientras quienes son lo ignoran, simplemente porque no se lo han dicho de palabra.

Los encuentros entre Lola y Leopoldo eran ya menos casuales y más frecuentes ; pero por lo mismo que él se preocupaba de disimular actitudes, sus mismas reservas lo ponían en evidencia—que en el proceso de los sentimientos pasionales, cuanto más enérgicamente se les quiere reprimir, en mayor cantidad de síntomas se exteriorizan,—a la manera de aquel caudal de agua que un físico encerró en una bola de plata para apreciar el límite de su comprensibilidad mediante golpes que redujesen la capacidad del recipiente, y que a la presión de los golpes escapó por los poros del metal, cubriendo su superficie con millares de puntos en que el agua aparecía clara y brillante como una mirada de amor.

En la situación de Leopoldo y Lola intervinieron, como ocurre casi siempre, factores extraños a la propia voluntad decidida, y si bien en total ausencia de éstos ellos habrían llegado naturalmente al choque ineludible de sus tendencias recíprocas para entenderse por fin con palabras, substitutivas de miradas y de insinuaciones encubiertas, el hecho es que en el caso de ellos fueron más estimulantes que el propio deseo, la tentativa de Bergalli, los propósitos recónditos de don Alciro, la tenaz resistencia de don Anacleto y hasta la misma Quintuay, que se encargó de difundir sus sospechas, trans-

mitiéndolas a todo el mundo con el más severo y previo juramento de absoluto secreto en cada caso.

Lola y Leopoldo se encontraron de repente siendo el centro de las miradas y de las observaciones de cuantos les rodeaban, y casi pudiera decirse que, impelidos por los demás, estrecharon de pronto las distancias, corrieron el velo de las indecisiones, se tomaron de las manos, se miraron en los ojos, se quisieron hablar, y al anudárseles la garganta y al temblarles los labios y al bajar los ojos, en una especie de desmayo moral, en un divino y delicioso desfallecimiento de todas las energías, rendidos de amor, se amaron!

Se amaron, como nadie nunca los superó en amar; se amaron en la forma suprema del amor; se amaron haciendo a un lado al mundo entero, y decididos a suprimir hasta el aire ambiente que se interpusiese entre los dos, se amaron para siempre.

Fué una mañana. Fué una deliciosa mañana tibia y saturada de todas las emanaciones saludables del campo al despertar, en esa hora mística en que la luz auroral aun flota en el espacio como el velo de una novia que pasó; fué una mañana divina que, a ser elegida, no sería ni más bella, ni más diáfana, ni más amorosa; fué una mañana en que mucho antes de aparecer el sol, Leopoldo abría la tranquera del campo, y tomando por el camino vecinal hacia *Las Potrancas*, dejó andar su caballo, como si hasta su caballo hubiera de saber a dónde iba y a qué iba.

Al salir de la caballeriza de *La Querida*, Quintuay le había alcanzado un último mate, diciéndole en una especie de adivinación prodigiosa :

—¡ Linda suerte, niño Leopoldo ; niña Lola queriendo, queriendo siempre !

Y cuando él se acercaba a *Las Potrancas*, aquellas palabras resonaban en su oído como un anuncio de Dios, porque en ese momento olvidaba, naturalmente, las groseras supersticiones de la india vieja, pensando en que esos seres subalternos están dotados por la Naturaleza de secretas condiciones compensadoras y de una doble vista que les permite vaticinar certeramente el porvenir.

Al encontrarse frente a la tranquera de entrada a *Las Potrancas* el sol estaba aún bajo el horizonte ; el día empezaba a clarear ; el aire estaba todavía saturado de una especie de olor nocturnal, y hasta parecía que se percibía el vaho caliente de los nidos recién abandonados.

Leopoldo pensó en seguir de largo para esperar el avance del día y encontrar levantados a sus tíos ; pero le pareció notar que su caballo se resistía a seguir, como si entendiera que en ese rumbo había llegado al fin de su jornada, y al notarlo le torneó la rienda, facilitando su posición de costado junto a la tranquera.

Leopoldo la abrió, y al entrar en el largo camino bordado de altísimos eucaliptos que daba acceso a las casas, oyó con hondo embeleso la diana matinal de los pájaros en las ramas. En medio de aquel sonoro tripudio mezclóse el ladrar cascado de un viejo perro danés que se pre-

sentó al término del camino en su nunca traicionada misión de guardián, como para advertir a los de la casa que gente extraña se aproximaba.

Que no era otra su intención lo reveló con el acto de entrar silencioso en su casilla y dejar que continuase el ladrar de los otros perros advertidos de su aviso. Leopoldo continuó avanzando al tranco pausado de su caballo que, con las orejas rígidas y paralelas hacia adelante, marchaba observando a los lados del camino como si esperara un sorpresa tras cada tronco de los gruesos eucaliptos.

Al llegar a las casas, un peón lo saludó cortésmente, diciéndole:

—¡Qué ha madrugado!... Don Leopoldo... ¡Buenos días!...

—Dios se los dé muy buenos—repuso y continuó avanzando hasta el pie de un naranjo en flor que se encontraba al extremo del departamento de la familia y en el que más de una vez había dejado su doradillo.

Al descender de éste y disponerse a bajarle la rienda para que se estuviese quieto en aquel punto, sintió un ruido a su espalda y al volverse movido por él vió que las celosías del comedor, situado al extremo de la casa, eran abiertas de par en par por Lola en persona.

—¡Qué temprano!—fué lo único que pudo decir Leopoldo al avanzar hacia el corredor en el que Lola se encontraba.

—¿Qué diré yo?... — repuso ella, permaneciendo un instante con ambas manos en las ho-

jas de la celosía, como para que se conservasen abiertas.

—¿Te extrañará mi visita a esta hora?

Lola estuvo a un paso de responder, como lo pensó: «Sólo la ausencia de tus visitas extraño»; pero reprimiéndose, se limitó a contestar:

—No sé que tengas horas determinadas para venir a casa...

Al estrecharse efusivamente la mano, Leopoldo le preguntó, conservando en la suya la de ella:

—¿Y los viejos?... ¿Se han levantado?

—¿Qué, sucede algo?

—Contéstame; no, no sucede nada, que no sea natural.

—Mamita se está vistiendo; pero tatita duerme todavía, creo.

Y al mismo tiempo que las manos de ambos se deslizaban suavemente, como resistiendo cada uno a la sospecha de la iniciativa en el otro, Leopoldo le dijo, bajando la voz:

—¿Sabes a qué he venido?

—¿A qué has venido?...

—A preguntarte si me quieres.

—Tú no necesitas que te diga; tú ya sabes...

—¡Bendita seas!...

—Que no nos oigan—dijo Lola, ahogada por la emoción.

—¡Que nos oigan todos!... ¡ahora y siempre!... porque si tú me quieres de veras, como yo, ¿qué puede importarte que nos oigan?

—Tú no puedes poner en duda mi cariño, porque sabes muy bien que no es de hoy; pero creo que tatita se opondrá.

—Y si él se opone, ¿qué haremos?

—Lo que tú digas...

—¿Qué coloquio es ese y a esta hora?...—preguntó cariñosamente misia Eulogia, apareciendo de pronto por uno de los corredores laterales.

—Buenos días, tía—le dijo Leopoldo, saludándola sin contestar a su pregunta, mientras Lola se inclinaba hacia adelante sacudiendo con la mano los volados de trencilla que rodeaban a su batón, en un movimiento que tenía por único objeto ocultar el rubor que le incendiaba las mejillas.

—Eso no es contestar a mi pregunta—insistió la señora al tiempo que recogía las guedejas sueltas de su cabello cano, que el aire de la mañana agitaba.

—¿A qué pregunta, tía?—respondió Leopoldo, con cierta turbación.

—¡Pero, hijo!... ¡no seas tonto!... ¡Si cuando vi tu caballo allí, me vine en puntitas de pie y he oído todo!

—Entonces, ¿por qué me pregunta...?

El color de Lola en ese instante subió de tono, pero no pudo menos que decir:

—Pero, mamita, si no hablábamos nada...

—¿A qué negarlo, Lola?... Si nos ha oído...

—¡Pues sabrás que no he oído nada!... ¡Ya ves!... ¡Pero me lo supuse en cuanto los vi juntos, y te hice creer!

—Bueno, tía—todo lo que usted supone es cierto, y como desgraciadamente nos amenaza la resistencia de tío, usted nos dirá lo que usted piensa y lo que debemos hacer.

—Mira, Leopoldo—dijo la señora, cambiando de tono,—hace ya mucho tiempo que yo sabía que esto iba a suceder—y dirigiéndose a Lola le dijo :—Trae unas sillas, hijita—y continuó :—esto no me toma de sorpresa y lo encuentro lo más natural... ¿qué cosa más natural que ustedes se quieran?... pero tu tío, como tu padre, no es tampoco partidario de casamientos entre primos, y me ha dicho, porque ya hemos hablado de esto, como comprenderás, que no dará su consentimiento.

—¿Entonces, tía?

—Lo dará, hijo... Si no hay más remedio.

—Yo confío en usted, tía, porque nosotros, ¿qué podemos hacer?

—Y tú no me habías dicho nada, ¿eh?—dijo la señora dirigiéndose cariñosamente a Lola, que aun permanecía de pie junto a la silla que había sacado para ella.

—Yo creía que Leopoldina te lo había dicho ya...

—Tú debías habérmelo dicho.

—Es que no había nada, todavía, mamita.

—Bueno, tía, usted me ha hecho ir más allá de donde pensé, pues mi intención fué venir a buscar una oportunidad de hablar con Lola aquí, porque no quería hacerlo en casa; pero ya que usted ha descubierto del todo nuestra situación, le pido que me aconseje lo que debo hacer ante tío : ¿le hablaré ahora o esperaré?

—Me parece lo más prudente, hijo.

—¿Qué?... ¿que espere?

—No, que le hables ahora; ve, hija, si se ha levantado tu padre.

Lola se dirigió hacia el interior y al pasar del comedor a la pequeña salita que le seguía, se detuvo un instante en la puerta de comunicación y volvió la cabeza para mirar a Leopoldo, dirigiéndole más bien una sonrisa de alegría que una mirada de amor.

—¡ Qué muchacha esta !—dijo misia Eulogia, mirando hacia el jardín,—¡ qué muchacha !... ¡ si es una criatura !... tan distinta de Leopoldina, que nadie diría que son hijas del mismo padre.

—Leopoldina es muy niña todavía.

—Dos años menos ; ¡ qué... no es diferencia !

—Dos años es mucho, a la edad de ellas, tía.

—¡ Qué ha de ser ! hombre ; es que Leopoldina ha nacido así... es un cohete... yo no sé a quién sale—dijo misia Eulogia, callando esta vez su concepto íntimo porque, como quiera que fuese, se encontraba al fin y al cabo frente al novio de Lola, ante quien ya empezaba a desaparecer su «sobrino Leopoldo» y encontraba discreto no formular sobre don Alciro apreciaciones que no fueran muy medidas.

—Dice tatita que pases—dijo Lola a Leopoldo con visible emoción,—te espera en el escritorio.

—¿ Tú qué le dijiste ?—preguntó la señora con cierta alarma.

—¿ Yo...? nada... que estaba Leopoldo... y que quería hablarle.

—¿ Y qué te dijo tu tatita ?

—Me miró fijamente, y al último me dijo : ¿ A esta hora ?... que pase.

—Ven, Leopoldo, vamos conmigo—dijo misia Eulogia poniéndose de pie y llevando al espíritu

de los novios una dulce sensación de consuelo y de alianza insuperable.

Al entrar Leopoldo en el escritorio, don Alciro simulaba buscar anhelosamente algo entre los papeles de la mesa, frente a la cual se encontraba inclinado, de pie, y sin abandonar esa actitud dijo a Leopoldo por único saludo:

—Hola, ché, siéntate un momento... ¿Cómo están por allá?... ¿En qué andas?...

—¡Pero Alciro!... ese no es modo de saludar —exclamó la señora, cuya presencia él no había advertido y ante la cual comprendió inmediatamente que debía cambiar de táctica.

—Es que busco un papel... pero... en fin...— y como abandonando el afán en homenaje a la visita agregó, irguiéndose y tendiéndole la mano:—¿cómo te va, Leopoldo?

—Muy bien, tío; y usted, ¿cómo se encuentra?

—¿Yo?—exclamó con cierta sorna, tocándose el pecho con las yemas de los anulares de ambas manos,—¿yo?... ¡perfectamente, ché!

Misia Eulogia, sentándose e invitando a Leopoldo a hacer lo mismo, dijo a su esposo:

—Alciro: Leopoldo tiene que hablar contigo.

—¡Que hable!... ¿De qué se trata?

Leopoldo, que conocía a su tío mejor que él mismo, y que nunca había sentido por él ni afecto ni consideración, le había contemplado durante la breve anterior escena con más ganas de darle unos chaguarazos que de otra cosa, aumentado su relativo encono por la actitud en que se había colocado al conocer sus intenciones, y comprendiendo que le esperaba una situación de

guerra, optó por provocarla sin rodeos ni paños tibios y contestó :

—Se trataba de una cosa muy sencilla, que ya tía conoce y que consiste en pedirle a usted también su consentimiento para que Lola se case conmigo.

—Es que no lo daré—dijo don Alciro en su tono más enérgico, apretando violentamente sus formidables carretillas y abriendo cuanto pudo sus ojillos de zorrino, que permanecieron fijos en Leopoldo como desafiándole.

—¿Y por qué no lo darás?—le preguntó misia Eulogia.

—¡Tú te callas!

—¡No faltaba más!

—¡Sí! te callas, porque Leopoldo es quien ha venido para hablar conmigo y no «vos».

—No se altere, tío—dijo Leopoldo,—si no hay que tomar las cosas así. Atiéndame un momento : nuestro propósito con Lola no es de hoy... esto viene de lejos... de muy lejos... hasta que ha llegado el momento de hacérselo saber a usted... esto es todo.

—Entonces—casi rugió don Alciro,—este no es un «pedido» de mi consentimiento sino un parte de casamiento, ¿no?

—No digo tanto, tío ; pero ya no somos unos bebés ; Lola es una mujer ya, y sabe lo que hace y está decidida a unirse a mí, y ¿qué sacará usted con oponerse, agriándole estas horas de felicidad para ella?

—¿Consejos a mí?... ¡Leopoldo!... ¡largo de aquí!... ¿Me entiendes?... ¡y ligerito! — prorrumpió don Alciro señalando la puerta.

—Conste, señor—le dijo lívido pero sereno Leopoldo,—que toda la responsabilidad de lo que suceda será de usted no más.

—¡ Pero Alciro !—intercedió misia Eulogia.

—¡ Largo de aquí, he dicho !... y cuidadito como vuelva a verte en mi casa—volvió a repetir don Alciro dirigiéndose a Leopoldo, que se limitó a decir :

—Que usted lo pase bien... pero sepa que Lola se casa conmigo—y salió seguido de misia Eulogia, mientras paseándose por el escritorio repetía don Alciro :

—¡ Lo veremos !... ¡ mequetrefe !... ¡ lo veremos !... ¡ insolente !...

Al salir al corredor se encontraron con Lola que, abrazada de Leopoldina, lloraba a sollozos, después de haber oído la escena que acababa de desarrollarse en el escritorio.

Al verla, se le acercaron rápidamente misia Eulogia y Leopoldo, diciéndole éste con profunda ternura :

—No llores, Lola, no llores... si esto ha de pasar... es lo de siempre.

—Así es, hijita—le dijo la señora,—tu padre ha tenido un mal momento ; tranquilízate... ha de cambiar... tú lo verás.

Instantes después, con el sol ya alto, Leopoldo regresaba a gran galope diciendo para sí mismo :

—¡ Viejo imbécil !... ¡ qué se habrá pensado !...

*

* *

En el punto en que el campo de *Las Potrancas* limitaba con *La Caserta* y con el camino vecinal, a cuyo lado se encontraban, una a continuación de la otra, las tres estancias de Luna, de Ledesma y de Bergalli, había un bañado que saliendo un poco de la línea del alambrado exterior determinaba una amplia curva de aquel camino.

Ese bañado era el sitio predilecto para la caza, a que don Alciro era particularmente afecto, y un día en que el ingeniero Bergalli regresaba a su campo, pasando de largo por *Las Potrancas*, vió desde lejos la *americana* de aquél detenida en el camino junto al pantano.

Al aproximarse, vió que el coche estaba solo y el caballo atado con las riendas a uno de los postes del alambrado, y vió también, yacientes en el piso del coche, dos martinetas y una garza rosada, en las cuales se amontonaban las moscas, a ratos espantadas por los colazos del caballo al defenderse de los tábanos que lo obligaban a un constante mover la cola, las patas y la cabeza, con una frecuencia y energía tales que parecía realmente impacientado de encontrarse en aquel sitio.

Cuando Bergalli sofrenó su caballo quedó por un instante envuelto en el polvo del camino,

pues aunque su galope no era muy rápido lo era más que la suave brisa que le batía la espalda y que barrió la nube de polvo en cuanto el caballo se detuvo. Así que se disipó, Bergalli se irguió sobre los estribos buscando en las inmediaciones del bañado al dueño del coche, hasta que al cabo de un largo rato de investigación, alcanzó a divisar a don Alciro que, a algunas cuadras de distancia, hacía un disparo sobre una bandada de patos, que volaban sobre las puntas de un juncal.

A la distancia, y por razón de la dirección contraria de la brisa, Bergalli no percibió la detonación, pero vió la pequeña nube de humo que salió de la boca de la escopeta, reventando de pronto, sobre el fondo verdinegro del bajo, y deshilachándose luego en sinuosos jirones como un copo de blanquísimo algodón que manos invisibles desgarraran.

Dos de los patos cayeron casi verticalmente, y don Alciro, rápido como un muchacho, corrió hacia ellos perdiéndose por un momento entre el juncal, del que salió luego, a un claro, con un pato en la mano y mirando al suelo en derredor.

En ese momento vió que un jinete se encontraba junto a su coche, y haciendo visera con la mano quedó un instante contemplándolo sin alcanzar a reconocerle porque su vista había perdido alcance con los años ; pero se tranquilizó al ver que el jinete, anticipándose a su deseo, le saludaba agitando en alto su inconfundible sombrero inglés, de brin blanco.

El saludo valía también por un llamado, y así

lo entendió don Alciro que se dirigió hacia el coche, volviendo a ratos la vista hacia atrás como empeñado todavía en descubrir al otro pato.

En cuanto don Alciro inició la marcha, Bergalli descendió de su caballo y, pasando por entre los hilos del alambrado, se dirigió a su encuentro, pensando al mismo tiempo en la diferencia que existe entre cazar patos y casar hijas, por más que en algunos casos ambas operaciones sean igualmente fáciles o idénticamente difíciles.

Todo resultaba simbólico para Bergalli en aquel casual encuentro, en sus devaneos de enamorado en cuarentena, y así, mientras marchaba, pensaba que el pato que tenía don Alciro en la mano, uno de los dos que quiso «cazar», era el emblema de Lola, una de sus dos hijas que seguramente querría «casar» también, que iba a poner en sus manos; pero al mismo tiempo pensaba que ese pato victimado por un tiro certero, podría simbolizar a Lola, muerta para sus ilusiones...

—¡ Hola, amigo !—le gritó don Alciro en cuanto le tuvo cerca.—¿Usted también anda por cazar?... No le veo con qué...

Y este saludo también le pareció alusivo a la situación de espíritu en que se encontraba; pero reponiéndose contestó:

—No, señor... pasaba para casa y me detuve al verlo—y como se encontraran ya a pocos pasos aceleró la marcha y tendiéndole la mano le dijo: — Usted siempre cazando, don Alciro; ¿cómo le va?...

—Muy bien, amigo, y ¿qué vamos a hacer?...

Ya hemos quedado para esto... cazar es una diversión muy linda y sobre todo para la salud—dijo don Alciro, continuando la marcha en unión de Bergalli, hacia el coche.

—Así es, señor—repuso éste ;—pero, usted es muy sano y muy fuerte.

—Eso se puede decir de un joven como usted ; pero, ¡ de un viejo !... sí, amigo ; los viejos no somos nunca ni fuertes ni sanos... sí, mi amigo ; los viejos vivimos la yapa de la vida y cualquier día espicha uno.

—¿ Quién piensa en eso ? ¡ Señor !

—Los viejos, amigo... los viejos que ya hemos vivido bastante y que no tenemos la vida comprada.

—Si es por eso, nadie la tiene y a cualquiera le puede suceder lo que a ese pato, que tal vez pensaba vivir mucho entre esos bañados.

—Pase usted primero, amigo—dijo don Alciro a Bergalli al llegar al alambrado, señalándoselo con la mano,—pase usted primero, que el campo es mío,—y se puso a reir festejando su amable ocurrencia.

Obedeció Bergalli, y al estar del otro lado, dijo a su vez :

—Permítame esas cosas, señor.

—Está descargada.

—Permítame, señor—insistió, y tomando la escopeta y el pato los colocó en el carruaje, al que llegó en seguida don Alciro, diciéndole :

—Muchas gracias, amigo—agregando,—¿ nos pondremos en marcha ?—al mismo tiempo que se secaba con el pañuelo el sudor de la cabeza.

—Don Alciro—dijo Bergalli, tras una breve

pausa,—aunque el sitio no es muy propio, yo querría saber si tiene usted alguna noticia que darme.

—Ninguna, amigo, como usted no ha vuelto por casa...

—Hoy, casualmente, pensaba en ir a la tarde.

—¿Y va a ir?

—Si no hay inconveniente...

—¡Cómo ha de haberlo! amigo; si usted sabe que en casa será siempre bien recibido.

—Muchas gracias; pero yo decía si no habían hablado nada...

—Mire, amigo, usted es muy hombre—exclamó de pronto don Alciro mirándole fijamente a la cara,—y tiene que tomar las cosas como macho y dejarse de aflicciones, ¿me comprende? ¿Para qué le voy a andar ocultando la verdad? ¿Yo...? ni lo sabía tampoco; pero parece que Lola está entendida hace tiempo con mi sobrino Leopoldo, y no hay caso, como usted comprende.

—¿Y eso es definitivo, señor?

—Así es; es decir: definitivo, que digamos, no; porque primero, yo no soy gustoso de ese casamiento y después que parece que Anacleto no las va con los casamientos entre primos; ¡pero vaya uno a saber!

Bergalli quedó pensativo un instante, un fugaz instante, y exclamó melancólica y resignadamente, al parecer:

—¡Y yo que soñaba con entrar en su familia!...—y quedó con la vista clavada en una flor de cardo, como si estuviera profundamente ensimismado.

—¡ Qué le vamos a hacer !, mire : si por mí fuera, «otro gallo cantaría», y no dejo de pensar que estos amoríos, que los hace la vida en familia, suelen salir mal, cuando se realizan.

—Eso no, señor ; y menos tratándose de una hija suya educada con el ejemplo de ustedes.

—Algo influye, no digo... ; pero después la vida cambia mucho a las personas... en fin, mi amigo, hay que vivir para saber lo que es el mundo.

—Usted me dijo, señor, que eso no es definitivo, ¿no?

—Es decir : yo no he dado todavía mi consentimiento, por más que mi mujer dice que el partido es muy bueno y que Leopoldo es un mozo de porvenir... y que la quiere mucho.

—Yo ya calculaba que era muy grande mi pretensión, porque ¿yo?... ¿qué soy?... ¿ni qué valgo para pretender?

—¡ No diga eso, amigo !—le interrumpió vivamente don Alciro al desatar las riendas del poste y ponerlas sobre el guardabarro, alrededor de la latiguera,—¡ no diga eso !... Usted es un hombre de carrera... Con su «buen título»... y su posición asegurada...

—¿ Y qué vale todo eso, frente a una familia como la de usted, señor?... Psh... si yo no soy nadie...

—¡ Qué !... ¿ Se va a echar a muerto por una cosa así?... ¡ No todos los tiros se pegan !... mi amigo, y cuando uno falla se mete otro cartucho en la escopeta y se sigue «vichando».

—Así es, sí señor... así es. De cualquier mo-

do, yo creo, señor, que usted no me retirará su amistad por esto.

—¡ Bueno fuera !... ¡ ni qué hablar, hombre !... ¿De dónde saca esas cavilaciones?... ¡ tan amigos como antes y más si es posible !

—¡ Gracias... mil gracias, señor, y usted disponga siempre de mí, para todo lo que quiera !

—Del mismo modo, mi amigo, y hasta otra vista—respondió don Alciro que ya había puesto el pie en la taza de la rueda delantera y que subió al coche casi al mismo tiempo en que Bergalli voleaba la pierna montando su caballo.

Un último saludo de afectuosa despedida y la *americana* partió al trote en dirección a *Las Potrancas*, y en dirección contraria, rumbo a *La Caserta*, salió Bergalli al tranco lento de su caballo, que mosqueaba sin cesar.

*
* *

Después de la ruidosa entrevista de Leopoldo con don Alciro, la casa tomó el aspecto que le daría un enfermo grave, pues hasta las gallinas parecían cacarear en voz baja, y hasta los perros, al pasar por los corredores, parecían caminar en puntitas de pie.

Los saludos matinales se producían espiando el momento de hacerlos de pasada para evitar complicaciones posibles, y en las horas de la mesa sólo misia Eulogia y Leopoldina conversaban

cautelosamente, mientras don Alciro permanecía sentado de lado, en la cabecera, sin dirigir la palabra más que a la muchacha de comedor que les servía.

Para Lola, la mesa era una tremenda tortura, sin encontrar en ningún momento la actitud que correspondía a su situación, y cuando se veía precisada a contestar algo a la señora, su voz temblorosa salía como a pedazos de su garganta, y el deseo de llorar a gritos la ahogaba.

Su espíritu sufría las transiciones violentas e incesantes de la alegría al dolor o la congoja y viceversa, ya fuese que una tribulación más o menos infundada se desvaneciese, ya fuese que el dulce recordar a su Leopoldo fuera interrumpido por cualquier detalle, que en otra situación de ánimo habría pasado inadvertido para ella.

La asaltaban todas las supersticiones más burdas, y el paso de un murciélago, el chirrido de una lechuza, el canto de los gallos, el maullar de los gatos, una copa que se rompía, todo, en fin, era para la atribulada Lola presagio agorero de horas negras, y si un peón tardaba en regresar a la estancia, y ella lo sabía, la asaltaba al instante el temor de que a Leopoldo le hubiese ocurrido algo.

Todo el mundo exterior estaba relacionado con su propia situación para alegrarla o entristecerla, y en más de un caso un bólido luminoso, atravesando el espacio, le parecía nuncio de un día de luz, o creía que el susurro del viento, en la noche, llevaba a su ventana ternísimos ecos de su Leopoldo ausente.

Desde el día de la entrevista de éste con don

Alciro, ella no había vuelto a cambiar dos palabras con su padre, quien, al recibir su temeroso saludo de las mañanas, se limitaba a contestarle interjectivamente : «¡ hum... !», a media voz.

Tal estado de relaciones se prolongaba demasiado, y ya Lola sentía sus consecuencias, visibles para todos en su propio semblante, ojeroso y empalidecido, con lo que su belleza física aumentaba, porque sus ojos y sus cabellos parecían aún más negros en el contraste con su intensa palidez, y la melancólica expresión de su mirada entristecida daba a su cara, afiladas sus facciones finas, el aspecto de una dulce imagen de un altar.

La intensidad de su angustia moral era, por una rara aberración, compartida por Leopoldina, que empezaba así a estudiar, en su hermana, las contrariedades y las ingratas sorpresas que esconden en su seno aun las pasiones más puras, y la inquieta e insubstancial chicuela, de otros días, se había trocado, así fuera momentáneamente, en una cariñosa compañera de su hermana, a quien miraba con dolor y a quien aportaba, más o menos inexperta o torpe, los ingenuos consuelos que su imaginación infantil le sugería.

Para Leopoldina el trance de Lola constituía la mayor sorpresa del mundo, porque nunca se imaginó que un novio fuera causa de tantos desvelos, de tantos suspiros y de tantas lágrimas, sino de mucha alegría contagiosa, de mucha felicidad inagotable, y de muchas ganas de reir mucho.

Don Alciro, por su parte, agregaba una nue-

va e intensa contrariedad a las diversas que agitaban su espíritu en su difícil situación económica, creada por sí mismo y por su propia torpeza, y aquella contrariedad aumentaba a las otras, por lo mismo que implicaba el alejamiento de una solución que había acariciado en sus torpes devaneos.

Él conocía, bastante aproximadamente, la robusta situación económica de su vecino Guido Bergalli; el ascendiente que sobre éste tenía su hijo Victorio; la viva simpatía de éste por Lola, y, por lógica consecuencia de todo ello, la segura posibilidad de resolver, con el concurso fácil y abundoso del ingeniero Bergalli, el problema cada vez más complicado de su situación económica, en el caso de que los proyectos de aquél fueran aceptados por Lola.

El rotundo rechazo de ésta entenebrecía su situación, y la inminencia de la cercana tempestad exacerbaba cada vez más su encono, al complicar su problema financiero por la definitiva ausencia del único factor que, según él, podía resolverlo.

Contribuía a que don Alciro mantuviese y acentuase su actitud hostil para Leopoldo, el hecho de que su resistencia tenía una causa inconfesable, y, para escudarse en un motivo decente, se convirtió en aliado de don Anacleto y en copartícipe de su actitud y de sus ideas.

De la forma tenaz e invariable con que don Anacleto mantendría su decisión, él estaba bien seguro, de modo que, a menos que aquél cediese, no tendría que ceder tampoco, y como don Anacleto era, ingénitamente, incapaz de sos-

pechar en alguien la innoble intención de don Alciro, tomaba a éste como un insuperable auxiliar para conseguir la anulación del compromiso de Leopoldo, desde que le informaron que se oponía por sus mismos motivos.

Para don Alciro la perspectiva de un éxito, que acaso podría derivar hacia Bergalli, aumentaba la fuerza de su resistencia ; pero, por otro lado, frente a su alianza con don Anacleto, se oponía la de sus respectivas esposas y la que naturalmente implicaban los mismos novios, sin dejar de tener su valor la decidida participación de Quintuay, puesta al servicio de ellos en la forma en que era capaz.

Bien comprendían todos que el baluarte más fuerte lo constituía don Anacleto, no sólo por sus dignísimas calidades morales, sino porque para Leopoldo su padre era su ídolo, y acaso no se sentía con bastante energía para torturarle en sus últimos años con una conducta resueltamente en pugna con sus anhelos.

Leopoldo, en cambio, no se cuidaba de don Alciro, y si éste hubiese sido el único inconveniente para realizar su casamiento con Lola, lo habría celebrado el mismo día en que le opuso su resistencia ; pero tratándose de su padre, la situación cambiaba en absoluto, y sólo confiaba en que cediese espontáneamente o por la suave y firme gestión de misia Indalecia, para realizar su proyectada unión matrimonial.

La buena señora agotaba por su parte todos los recursos de su dialéctica y de su ternura y de su energía para arrancar a su marido la ansiada palabra, pero don Anacleto se mantenía irredu-

cible en su decisión de no autorizar un acto que consideraba peligroso e inconveniente, por consecuencia.

En cierta ocasión en que misia Indalecia volvía a la carga, extremando un poco sus exigencias, don Anacleto llegó a decirle :

—Pero, ¿qué, están tan apurados por casarse?

—No, hijo, no hay tal apuro ; ¿de dónde sacas eso? ¡ Si no hay tal apuro ! Pero es natural que quieran acabar con esta situación que se va haciendo intolerable para todos... intolerable... así... intolerable.

—Yo no tengo la culpa, mi señora.

—Tú y nadie más, Anacleto, que tú, con esa oposición que se te ha metido entre ceja y ceja.

—Tengo mis razones.

—¡ Qué has de tenerlas... qué has de tenerlas... hombre !... ¡ No me digas... y estás haciendo sufrir a estos pobres, que bien merecen ser felices... que bien lo merecen !

—Pues, mi amiga ; si no están apurados por casarse.

—¿Qué?...—interrumpió ella vivamente.

—...Que esperen... y se podrán casar.

—¡ Cómo !... ¿de veras?... ¿Les das tu consentimiento por fin?...

Don Anacleto se golpeó la rodilla con la mano derecha, como si acabara de tomar una resolución ; lanzó un profundo suspiro ; se levantó del sillón de paja en que había estado sentado, y alzando la mano en alto dijo :

—No es eso... no... mi amiga, sino que ya estoy viejo, y no ha de pasar mucho sin que queden en libertad de hacer lo que quieran.

—¡Ave María!... ¡por Dios!... ¡Ave María!... ¿Pero cómo dices eso, por Dios?...

—Porque así es, no más... y no hay que hacerle... Cualquier día...—y se alejó paso a paso sin terminar la frase, moviendo en alto la mano en un gesto que parecía expresar la inutilidad de que se intentara rectificarle, mientras misia Indalecia, con los ojos nublados y la voz ligeramente ahogada, decía:

—Bueno, no... hablemos... más... de... eso... —y dos hilos de lágrimas resbalaron por sus mejillas, se deslizaron por el pecho, una tras otra, como ansiosas por alcanzarse, y desaparecieron absorbidas por la trama de la pollera.

En ese momento, y en el mismo instante en que don Anacleto llegaba al límite extremo del corredor, pasó Miguelito, como una exhalación, por el lado de su madre, tal vez sin notar su presencia, gritando a todo pulmón:

—¡Tatita!... ¡Tatita!... Mirá: ¡un «churrinche»!... ¡que me agarré!

Cuando Miguelito llegó al lado de su padre, que se había detenido al oirle, éste se agachó sobre él y abrazándole en silencio quedaron durante un momento formando un grupo del que se destacaba hacia un costado un brazo de Miguelito con el churrinche en alto.

*
* *

Los amores, ya notorios, de Lola y de Leopoldo llenaban por entero la atención de los ve-

cinos—que lo eran hasta diez leguas en derredor,—y constituían el tema predilecto de todas las conversaciones, desde el patrón hasta el último peón en las estancias circunvecinas, y cuando dos de éstos se cruzaban al galope, en un camino, sofrenaban los fletes para decirse jubilosamente :

—¿ Sabe, compadre, la noticia de que la niña Lola y don Leopoldo...?

En muchos casos, en muchos, la noticia era dada al propio ingeniero Bergalli, que experimentaba la sensación de quien pasa por el sepulcro de un ser querido...

Bergalli había estado enamorado de Lola hasta antes del paso que dió confesándose a don Alciro, pero desde aquel momento, y cada vez más, se sentía más profundamente, más locamente, más frenéticamente apasionado de ella, en un proceso de tal naturaleza, que cuanto más al aire libre circulaba la noticia de la felicidad de Leopoldo y Lola, más y más adentro se apodederaba de Bergalli su quimérica pasión.

Quizá—tanto es de versátil la condición humana,—quizá si sus pretensiones hubiesen sido acogidas por Lola, cualquier trivialidad hubiese sido causa de que aquella pasión se desvaneciese como el vaho de perfume que exhala un aromo en flor ; pero, por lo mismo que sucedió lo contrario, el alma entera de Bergalli se sentía exaltada y preñada de una ternura infinita y tanto más intensa y creciente cuanto que, nutriéndose de sí misma, no tenía cómo ni dónde disminuir su propio caudal.

Hijo único, era huérfano de madre, y no tenía

vínculos de parentesco con nadie en América, ni conocía más afecto, fuera de los fugaces que se contraen al pasar en la vida, que el cariño rudo de su padre enriquecido por el trabajo y la casualidad y sumergido en su fortuna, como el gusano de seda en su capullo.

Victorio Bergalli formaba en el grupo demasiado numeroso de los argentinos modernos que no han conocido abuelos, ni tíos, ni primos, ni más lazos de familia que la madre y el padre, generalmente extranjero, venido al país en busca de dinero y no de vínculos afectivos ni aun con la propia descendencia producida casi ocasionalmente y falta del estímulo recíproco del amor al suelo en que se nace, cuando padres e hijos tienen el mismo origen nacional.

Las relaciones entre Bergalli y su padre, sin dejar de ser aparentemente afectuosas, y, en lo indispensable, eran casi de carácter comercial, y cuando el hijo saludaba en las mañanas al padre contestaba, casi invariablemente : «¡ Has dormido bien, eh !» ; pero no en tono de cariñosa consulta, sino en el de quien hace notar que da buena cama después de dar buena comida.

En la mesa la conversación no era mucho más comunicativa que en el trato diario de las relaciones recíprocas, pues tanto el padre como el hijo vivían absorbidos por preocupaciones igualmente intensas y en cierto modo parecidas.

El viejo Bergalli era de una avaricia insuperable y no tenía ni más pasión ni más consuelo en su aislamiento que amontonar dinero y sacar cuentas con las que burdamente garabateaba

enormes pliegos de mal papel, que compraba a bajo precio y que no destruía hasta no utilizarlo de los dos lados y de punta a punta.

Su hijo vivía abrumado por su origen obscuro, por su título de «ingeniero» y por incontenibles ansias de figuración social ; pero para esto se alzaba como un muro insalvable la condición intelectual y moral de su padre, a quien no quería mostrar a sus amigos.

Eran éstos bastantes y de buena condición social, como que habían sido sus condiscípulos en las escuelas a que concurrió ; pero nunca les abrió las puertas de su propia casa, ni aun en los casos en que alguno de ellos le insinuó el deseo de pasar una temporada de campo en el establecimiento de su padre.

—Aquello es muy pobre, muy inhospitalario —decía,—y no hay nada que ver.

En esos casos sufría horriblemente, ante la idea de que sus amigos experimentaran el desencanto que la presencia de su padre les produciría, en el supuesto de que se lo imaginasen culto, correcto, afable, educado, y se encontraran con lo que era : un napolitano fatuo, torpe y que conservaba, como el primer día de su llegada al país, la dicción gutural que caracteriza a los hijos de aquella región de Italia.

Para el viejo Bergalli, los sonidos castellanos de la j, la t, la c fuerte, etc., no existían, y tenía un particular acierto para cambiar en débil la ere fuerte y viceversa, suavizándola cuando empezaba palabra, por la agregación de algún elemento que le permitiera satisfacer el cambio fonético.

—«Guando uno se ganza de gomer, siende que esdá gondendo»—decía.

Y muchas veces su hijo se empeñó en hacerle pronunciar claramente las palabras : «voraces remordimientos», que el viejo pronunciaba «borrace eremordimiendo», sosteniendo que lo hacía perfectamente.

La tarea que más tiempo le tomaba al viejo Bergalli era la de contestar las cartas que sus parientes le dirigían con pedidos de dinero, generalmente, y que, sin excepción, eran contestadas con las más rotundas negativas, pintándoles la situación más espantosa : por la sequía, las inundaciones, la langosta, las enfermedades del ganado y la desesperante desvalorización de la tierra, debido a las revoluciones, a las guerras y a las invasiones de los indios que asolaban el país.

A través de las cartas de Bergalli, que iban destinadas, naturalmente, a circular en su comarca nativa, el infierno resultaba un paraíso puesto al lado de la Argentina, pues no hay nada más fecundo que la imaginación de un avaro para concebir cuadros pavorosos de desolación, de miseria y de ruina, cuando a ellos recurren para negar al amigo, al hermano, al hijo o a la madre, un pedazo de pan o unas migajas de su dinero acumulado.

Entretanto, la fortuna de Bergalli aumentaba, sus tierras multiplicaban su valor y sus manos podían hundirse más hondo, cada vez, en su insaciable bolsa repleta, para darle el motivo casi exclusivo de la única felicidad que conoció en su vida—fuera de la de contestar las cartas

de sus parientes, pues cuando llenaba este «deber» y cuanto más negro era el cuadro que de su propia situación pintaba, más alegre y decidor que de costumbre se le veía.

Mientras el viejo aspiraba a vivir mucho para juntar mucho, su hijo pensaba acaso en todo lo contrario — porque no siempre los hijos coinciden con sus padres en la apreciación de ciertas cuestiones o en la contemplación de ciertos aspectos de la vida.

La muerte de una oveja era para el viejo Bergalli un motivo de tristeza, superior, sin duda, a la noticia de la muerte de un pariente, y cuando aquello sucedía inculpaba a todo el mundo por no haber evitado la «catástrofe», con la particularidad de que, en esos casos, hacía una saltante excepción con Victorio, a quien nunca hizo más reproche que el de sus excesivos gastos.

Con todo, tenía o solía tener para con su hijo asombrosos movimientos de consideración y respeto, que nacían del prestigioso ascendiente que su ilustración le daba, y si en más de un caso se mortificó ante un acto dadivoso de Victorio, al dar unas moneditas a un pobre o un traje raído a un peón, rara vez resistió la inversión de alguna suma importante si su lujo le aseguraba que era conveniente y sobre todo reproductiva.

Victorio ocultaba, misericordiosamente, a su padre hasta el más leve asomo del desconcepto en que le tenía y, por el contrario, llevado de esa perpetua preocupación, extremaba la nota de sus atenciones afectuosas consultándole, como a un oráculo, hasta la más insignificante medida administrativa que tomaba en su carácter

de técnico y de verdadero organizador del establecimiento.

Si proyectaba la división de un potrero, porque así convenía y era necesario, Victorio hacía un plano dibujado como para un concurso y lo sometía a la aprobación del padre, incitándole a que introdujera alguna modificación, y era de ver la actitud que asumía el viejo en tales circunstancias y la olímpica majestad con que opinaba con apreciaciones banales y burlas que Victorio aceptaba como coincidentes con las razones técnicas a que su trabajo respondía.

Cada escena de esta naturaleza contribuía a aumentar el prestigioso ascendiente del hijo sobre el raquítico espíritu del padre, que se envanecía de ser su consejero en cuestiones que aquél había estudiado pero en las que le reconocía la superioridad de la experiencia y del buen juicio y hasta de la inteligencia también...

Esta situación daba a las relaciones recíprocas los ribetes de una comedia trágica en la que se conjuraban las ocultas aspiraciones de uno y otro, diametralmente opuestas y profundamente ocultas, pues mientras el viejo quería acumular para sí, en el vértigo enloquecedor de su avaricia, no perdía ocasión de proclamar lo contrario jurando al hijo que todo lo hacía por él, y mientras el hijo se empeñaba en demostrar al padre que su acción y consagración a los intereses económicos tenían por único fin ponerle en situación de pasar los últimos años de su vida en la plenitud del bienestar «aquí o en Nápoles», mientras tales propósitos salían de sus la-

bios, su pensamiento se agitaba dentro de sí mismo exclusivamente...

Victorio se había criado sin madre y había pasado la mayor parte de su juventud lejos del padre, en las tareas de estudiante realizadas en las más tristes condiciones económicas, y cuando ya hombre había vuelto al lado de él pudo comprobar sin gran esfuerzo cuánto había sido de estrecho el criterio pecuniario del padre para con el hijo ausente, y una fatal e irreprimible tendencia de revancha nació y creció en su alma huérfana de todo afecto paternal legítimo.

Si en alguna ocasión pensó en reaccionar contra sus propios atormentadores pensamientos, una fuerza subconsciente... una voz íntima... un eco lejano... quién sabe qué misterioso atavismo le gritaba : ¡ No !... No lo merece.

Y cuando en alguna ocasión el padre pensaba en que su hijo era, al fin y al cabo, su hijo, y proyectó reprimir sus sordideces y abrir su bolsa para hacerle partícipe de su enorme caudal, una tendencia maldita de su espíritu ruin, le dictaba lo contrario y se decía : «Yo tenía menos cuando empecé... y nadie me dió la educación que yo te di... es justo que trabajes para mí ahora».

Y así, mientras el padre pensaba en desheredar al hijo, convirtiendo en dinero efectivo su campo y su hacienda para fugar a Nápoles con su montón de oro... el hijo soñaba acaso con un modesto mausoleo al que llevaría de cuando en cuando un montón de flores recogidas en el jardín de *La Caserta*...

*
* *

Con el transcurso del tiempo, bien que breve, para el caso, las cosas tendían a tomar su nivel en las casas de Lola y de Leopoldo, a favor de diversas influencias, entre las que actuaban, en primer término, la acción de ambas madres, y en su medida, la fuerza de la habitud, que es el sucedáneo natural de la tolerancia y de la bondad en muchos casos.

En casa de Leopoldo nadie hablaba ni una palabra de su compromiso ni de su casamiento, y a tal extremo se observaba lo que bien parecía una consigna de misia Indalecia, que hasta de don Anacleto pudo creerse, alguna vez, que deseaba concluir con la situación en que tan principal parte tenía.

Discutirla era conocerla y saber así lo que todos pensaban ; pero el silencio absoluto hecho en torno de Leopoldo y de su proyecto ; aquella especie de conformidad definitiva e inadmisible, que todos parecían acusar ; la aparente resignación en unos y otros—en la familia y en don Anacleto—todo ese silencio mutuo, se trocaba en recelosas sospechas mutuas también y recíprocas y torcedoras.

Todos se preguntaban qué pensaría él, y él, sin poder evitarlo en su noble carácter, se preguntaba a cada instante qué pensarían los de-

más, y todos juntos sentían, cada día más abrumadora y más insoportable, aquella situación, que en el fondo expresaba un homenaje tácito a la tranquilidad del dueño de casa y un compás de espera, al mismo tiempo, para dar lugar a posibles soluciones satisfactorias ; pero, entretanto, nadie se atrevía a renovar la polémica suscitada por el compromiso de Leopoldo.

Este se mantenía perfectamente equilibrado, en su doble actitud de novio fiel e invariable y de hijo respetuoso y amantísimo, por igual tan decidido a unirse a Lola como a no mortificar a su padre con el replanteo de un motivo que le contrariaba, y por su parte estaba decidido a mantenerse en tal terreno mientras no surgiesen causas que le obligaran ineludiblemente a salir de él y que jamás le serían imputables.

Su pasión, por Lola, era serena, tranquila, apacible, definitiva, y ante la perfecta seguridad de ser cumplidamente correspondido por ella, todo lo demás pasaba a ocupar un segundo plano en su vida. Lola comprendía, respetaba y aceptaba tal actitud, y el enlace espiritual entre ambos estaba consagrado ya por ellos mismos.

Don Anacleto no acertaba con la explicación de la conducta que observaba en su hijo, quien en ningún momento le había hablado de su compromiso con Lola, y esta perplejidad en que pasaba los días le torturaba también, pensando en que Leopoldo sufriese demasiado por él o en que tuviera escondido algún proyecto, con que pudiese sorprenderle desagradablemente cualquier día.

Misia Indalecia, por su parte, mantenía firmísima su decisión de no volver a provocarle la conversación sobre el tema, asumiendo así una actitud pasiva, que encuadraba perfectamente con su temperamento moral, reducido esta vez a buscar el triunfo por la acción implacable de su silencio, y así, en los casos en que don Anacleto la notaba ensimismada o cavilosa o preocupada, si le decía :

—¿En qué está pensando, mi amiga?—ella le contestaba invariablemente :

—En nada. ¿En qué quieres que piense?... en nada...

El habría preferido mil veces la tempestad arrolladora ; él, tan bueno y tan conciliador siempre, se sentía sofocado, anonadado por esa pasividad, que le era mil veces menos tolerable que todas las iracundias exacerbadas y posibles en su compañera ; él quería romper el velo de ese misterio hablando, discutiendo, para saber así lo que ocultaba, para saber así qué se pensaba ; pero todas sus tentativas eran estériles, y mientras más apacible, en la apariencia, era la situación de todos, más agitado turbulentamente sentía su propio espíritu.

La única fuente de relativa información a que podía recurrir era Quintuay, para cuya sagacidad y suspicacia no había secretos posibles, y la india vieja, que tenía en la mano los hilos todos de aquella situación en la propia casa y en la de Lola, aprovechaba toda oportunidad para poner su concurso al servicio de Leopoldo, dando a don Anacleto, incidental y despreocupada-

mente, algún informe que le sirviera para compulsar la situación.

Los diálogos entre Quintuay y su patrón se resolvían todos en el mismo sentido, desde que se había producido la situación en que la familia se encontraba.

... ...
... ...

—Quintuay, llámelo a Leopoldo.

—Niño Leopoldo fué casa niña Lola, patrón, visitando linda niña Lola.

... ...
... ...

—Vea, Quintuay, si se levantó la señora.

—Patrona, ahora durmiendo poco ; pobre patrona ; triste patrona ahora, por niño Leopoldo.

... ...
... ...

—¿Dónde está Carmencita, Quintuay?

—Escribiendo niña Lola ; siempre escribiendo niña Lola, y niño Leopoldo también escribiendo sempre...

... ...
... ...

Don Anacleto no podía pedir ni un vaso de agua a Quintuay sin que ésta lo relacionara con Leopoldo y Lola, y cada vez que ella notaba cerca la presencia de su patrón, canturreaba, como distraídamente, indescifrable cantilena, dejando percibir sólo palabras aisladas : «Lola... queriendo... Leopoldo... contentos... tristes... patrón... negando... etc.», que don Anacleto oía con cierta emoción, como si fueran voces lejanas que llegaran a él como un reproche o como anuncio de soluciones ineludibles.

Entretanto los amores de Leopoldo seguían su curso, cada vez más hondo y cada vez más impetuosos y más definitivos, y en constante comunicación con Lola, en cuya compañía, y malgrado la olímpica resolución de don Alciro, realizaban largos paseos en unión de misia Eulogia o de misia Indalecia y las muchachas.

A medida que este proceso se desarrollaba en probable ignorancia o resignación de don Anacleto y de don Alciro, se operaba otro proceso diabólico en el espíritu del ingeniero Bergalli, cuya pasión frenética por Lola era acicateada por mil motivos y especialmente por su propia impotencia.

Lola constituía una torturante obsesión para Bergalli, y la idea de que había sido desechado por preferir a Leopoldo, le mordía el alma y le inundaba de envidia y de rabia. Su pasión aturdidora no le permitía consentir en que fuesen siquiera equivalentes, y en el análisis ridículo a que él mismo se conducía llegaba a proclamarse mil veces superior a Leopoldo, y otras tantas más acreedor que él al cariño pasional de Lola.

En los soliloquios a que se entregaba desfilaban por su imaginación los más descabellados proyectos, hasta que un día, al regresar a su casa, después de recorrer una gran distancia, llamado por un agricultor del departamento vecino, llegó a un punto en que el camino que había tomado se bifurcaba en dos, con los que formaba como una enorme *i* griega echada en el campo.

Bergalli detuvo su caballo y quedó un momento pensando en Lola, y en aquellos dos ca-

minos que se tendían delante de él. Siguiendo cualquiera de los dos podía llegar a su casa, sólo que el de la derecha iba rectamente a *La Caserta*, mientras que el de la izquierda describía largas y sinuosas curvas antes de dar acceso al mismo punto.

—Pero llego lo mismo—pensaba Bergalli ;—este es más directo... ¡ bueno !... ¿y qué?... por este otro llego también... ¡ todo es cuestión de tiempo !... Vea un poco qué lección... ¿eh?... ¡ qué enseñanza !... Porque... ellos... ¡ psh !... ellos no van a ser felices siempre... hoy lo son... ¡ claro que lo son !... pero, ¿y después?... es lo de toda la vida... el cansancio... el hastío... ¡ Psh !... ¡ quién sabe !... entonces entraría yo... —y terminó su monólogo partiendo rápidamente al galope tras un violento latigazo, exclamando en voz alta :—«¡ Leopoldina !...»

Desde ese preciso instante Leopoldina significó todo un doble programa de acción maquiavélica para el ingeniero Bergalli que nunca había pensado en semejante criatura ; pero en la que se le ofrecía la posibilidad, la seguridad, para él desvanecida, de entrar en la familia de Ledesma y de poder estar en ella, como está la víbora que acecha entre las flores de un jardín.

Concebir semejante proyecto y pensar en ponerlo en práctica fué obra de poco tiempo, dado el móvil a que respondía y la índole moral de su autor. Por ligeras conversaciones con don Alciro, sabía que la situación de Leopoldo se había consolidado, y que aun cuando no se había obtenido el consentimiento de los padres, éstos se batían en retirada.

Buscó entonces, tras una bien calculada abstención, más empeñosamente que antes, los motivos para concurrir a *Las Potrancas*, y como en ésta la situación se despejaba con cierta celeridad, sus visitas se tomaban como la prolongación de las anteriores y como una delicada demostración de amistoso acatamiento para con la actitud de Lola.

En cierta ocasión, al encontrarse con ésta le presentó discretamente sus felicitaciones, por su compromiso con Leopoldo, en una actitud tal de conformidad y de respeto que hasta el mismo don Alciro llegó a aceptar un concepto que Bergalli le expresó en una de sus últimas conversaciones sobre sus pretensiones hacia Lola :

—Fué una ráfaga, quizá de romanticismo, que me pasó por la cabeza.

La nueva conducta de Bergalli le condujo a la situación que buscaba, y de tal modo consiguió inspirar confianza en la casa, que cuando llegaba a ella se dirigía resueltamente al escritorio de don Alciro, aun sin averiguar si éste se encontraba en ella, lo que hizo exclamar a misia Eulogia alguna vez :

—Este Bergalli se está tomando demasiada confianza ; bien podía golpear las manos.

Don Alciro contestaba que iba llamado por él, para tratar asuntos de campo y que no iba a estar haciendo antesalas... en el patio de la caballeriza.

El hecho es que Bergalli menudeaba sus visitas, cada vez más humilde y más respetuoso con todas las personas de la casa, y, especialmente, desde luego, con su dueña, a quien tra-

taba con los mayores refinamientos de su cultura y de su astucia, hasta arrancarle una vez esta declaración dirigida inocentemente a sus propias hijas :

—La verdad es que Bergalli es un mozo muy educado y muy culto.

Un día en que había sido llamado directamente por don Alciro, fué Bergalli sin pérdida de tiempo y en mucho menos del que se calculó que tardaría, y al entrar al escritorio por la puerta del corredor, que era la única abierta en ese momento, encontró a Leopoldina escribiendo algo en un papel, ligeramente inclinada sobre la mesa de su padre.

Al notar ella que alguien entraba, levantó la vista, y al encontrarse con Bergalli lanzó una breve exclamación y dijo :

—¡ Ah !... señor ; creía que era tatita. ¿Cómo está usted?

—Para servirla, Leopoldina : ¿se ha asustado de mí?...

—No, señor... no es eso... es que...

—Es que es preciso—le dijo Bergalli al darle la mano, reteniéndosela un instante y bajando algo la voz,—que usted no se asuste de mí... que usted no me tenga miedo.

—Miedo, no, señor... Voy a avisarle a tatita.

—Un momentito, Leopoldina...

—Voy... a... avisar...

—Atiéndame un segundo : usted es para mí un motivo de ilusiones que han brotado en mí desde que...

—¿Por qué me dice eso?... Voy a avisar...

—Porque es cierto; porque si usted no tiene ningún compromiso, yo le ofrezco...

—Voy a avisar—le interrumpió Leopoldina, desapareciendo rápidamente por la puerta interior del escritorio.

Bergalli arrojó sobre una silla el sombrero y el látigo y, poniéndose a mirar con aparente curiosidad un mapa de la provincia colgado de la pared, hizo, sin poder reprimirse, una guiñada muy significativa, al mismo tiempo que decía, por lo bajo, marcando y prolongado cada sílaba:

—¡Co... sa... he... cha...!

*

* *

La primera impresión de Leopoldina, después de su casual encuentro con Bergalli, fué de que había estado demasiado precipitada al separarse en la forma en que lo hizo; pero inmediatamente reaccionó y pensó que no debía haber dado lugar a que le dijese tantas cosas; para volver luego a pensar lo primero y así alternativamente—como, batida por las olas, oscila de un lado para otro la pequeña embarcación próxima a naufragar.

Tras la momentánea lucha entre pensamientos iniciales de un proceso profundamente psicológico, Leopoldina se planteó un primer problema arduo y grave. ¿Callaría o revelaría lo ocurrido en el escritorio? Y, sin darse cuenta de

que al proponerse esta cuestión daba el primer paso hacia Bergalli, quedó un largo rato tendida en su cama, con un libro abierto y la mirada fija en la misma línea o en la misma página.

Pensar en callar, o no, lo ocurrido valía por inclinarse a lo primero, quedando por el secreto vinculada a Bergalli, mientras que confesarlo, llamar a misia Eulogia y revelarle cuanto aquél le había dicho podía significar la necesidad de escudarse en la madre o el deseo de pedirle un consejo.

El hecho es que, al fin de poco esperar, se encontraba frente a frente de «un novio» ; veía realizado un largo sueño ; palpaba la realidad de una ilusión ; pero, si era cierto que un millón de veces había pensado en que algún día tendría «un novio», nunca había pensado en lo que haría al tenerlo.

¿Sería verdad que ese hombre estaba apasionado de ella o enamorado, no más, para empezar? ¿Sería verdad que Bergalli, «el ingeniero Bergalli», después de haber conocido centenares y centenares de muchachas, la eligiese a ella por su predilecta? Y, admitiéndolo por un momento, ¿eso habría de bastar para que ella se enamorase de él?

Porque ella no había pensado nunca en semejante situación, ni se había fijado en él sino en fuerza de las circunstancias en que él se colocó como pretendiente de Lola y que en manera alguna pudieron ser propicias para despertar en ella ni siquiera un sentimiento de mera simpatía, y más bien lo contrario.

Y en el caso de decidirse a revelar lo ocurri-

do, ¿a quién debería dirigirse? ¿quién podría indicarle sin errar el camino a seguir?...

¿Su padre?... ¡pero ella sabía perfectamente lo que pensaba don Alciro con respecto a Bergalli, y si lo encontraba insuperable para Lola podía pensar lo contrario tratándose de ella!...

¿A su madre?... pero era casi seguro que pondría el grito en el cielo y que le diría: «tú eres una chicuela y él es un veleta», porque seguramente no vería con buenos ojos el cambio de dirección en los sentimientos de Bergalli.

¿A Lola?... Sería como decírselo a Leopoldo, ¿y quién podía calcular lo que éste haría con su anterior pretendido rival?

Y después de todo, ¿por qué no habría de estar enamorado de ella? Joven, educada, rica y bien parecida, ¿qué podía faltarle para inspirar sentimientos amorosos?

Luego, pues, y después de todo, quedaba por contestar un interrogante formidable: «¿Por qué se había de enamorar de Bergalli ella que nunca había pensado en semejante cosa? ¿Bastaría o debería bastar el hecho de saber que él estaba enamorado de ella o que lo decía, para que a su vez se enamorase de él como en un rasgo de reciprocidad misericordiosa?

Y, ¿si después de enamorarse por esta vía, que equivale a la de la gratitud, se encontraba con que Bergalli le había mentido?

¡Qué desairada posición, por Dios, la de una muchacha caída en semejante chasco!...

Pero, ¿por qué pensar en eso?... ¿Qué interés podía tener Bergalli en engañarla?... ¡Bah!...

¿Por qué no había de enamorarse de ella, fi-

nalmente, cuando ya había confesado sus inclinaciones hacia Lola, es decir, hacia su hermana, con quien muchos la confundían?...

Y, sobre todas las cavilosidades del mundo, ¿con qué objeto había de mentirle Bergalli?...

Era sensato, para ella, desechar semejante sospecha por inadmisible y aceptar la verdad : estaba enamorado de ella.

Bien, pero siempre el conflicto en pie : ¿basta no estar comprometida con nadie y sentirse amada por alguien para enamorarse de éste?

A primera vista parece que no ; pero, ¡vaya una a saber!... Porque en el caso de Lola y de Leopoldo, por ejemplo, ¿cuál de los dos empezó primero?... ¡Alguien debió ser!...

Claro está, entonces, que el que primero empieza se aplica a provocar en el otro los mismos sentimientos ; esto es muy natural, ¿no?, hasta que lo consigue, y entonces llega un momento en que los dos se quieren, en que los dos se aman.

En su caso, le había tocado empezar a Bergalli, y como ella no había pensado nunca en él... ¡iba a tener bastante trabajo para convencerla de que debía ella también enamorarse de él!...

Y asimismo, ¿por qué se había de enamorar de él?... ¡Bah!...

Pero... ¿y... por qué... no?...

El era un «mozo bien» y muy culto, como lo habían reconocido ya ; era ilustrado ; ¡tenía un título!... ¡era joven, con fortuna ; buen mozo ; elegante y... soltero!

Tal balance llevaba a una conclusión admira-

ble, pues no dando saldos en contra ponía en franca marcha hacia una posible sociedad matrimonial y no tuvo mucho que cavilar Leopoldina para arribar a la conclusión de que Bergalli podía muy bien enamorarse de ella como ella de él.

En la escena del escritorio él había quedado con la palabra, y por lógica consecuencia en el deber de continuar con ella la próxima vez que se vieran ; pero en este caso, ¿cuál debía ser la conducta más discreta frente a sus expresiones de amor?

¿Se mantendría reservada? ¿Autorizaría con su actitud una declaración de amor prevista, sin estar asesorada por sus padres? ¿Correspondería aplazar una respuesta, darla a medias o aceptar de plano lo que él le dijera?

Quizás esto no fuese lo más correcto ; pero quizás fuese lo menos peligroso, porque muchas veces—según lo había leído en varias novelas, y las novelas pintan la verdad de la vida,—muchas veces se malograba un buen partido por falta de franqueza para aceptarlo en su oportunidad.

Un término medio era lo más sensato : aceptarlo *ad referendum*... Es decir, aceptarlo con cargo de pensarlo después y sobre la base, no de la declaración, sino de una simpatía que ella también había sentido siempre por él, «al extremo—pensaba Leopoldina—que cuando mamita nos dijo que era culto y muy simpático yo me fijé que era cierto».

A esta altura de sus reflexiones la asaltó una sospecha pavorosa : ¿Habría hablado con don

Alciro en el escritorio? Y en este caso, ¿qué habría dicho su padre? ¿Y en qué actitud se debería presentar ella ante él si eso hubiese ocurrido y si él no se lo dijese?

Su situación posible se complicaba cada vez más y sobre todo la invariable y habitual placidez de su conciencia, hasta ese momento, empezaba a agitarse como las hojas más finas de las plantas ante los primeros hálitos de una brisa que llega o de un vendaval que se inicia.

Leopoldina mordía en ese momento las puntas del libro que había cerrado y que impensadamente dejó posar sobre sus labios como para darle un beso, y así quedó con la vista clavada en el techo de su dormitorio.

Cuando llegó a éste iba aturdida, confusa, sintiendo que el corazón le golpeaba en la garganta al latir; pero poco a poco se había serenado, sentía calmados sus nervios y, como si un período de su vida hubiese hecho crisis, notaba, en todo su ser, un cambio favorable... dulce... halagador... aunque se entremezclaran gratas visiones, tiernas languideces, ligeros sobresaltos, tal como si se iniciara en su espíritu una especie de aurora cruzada a trechos de nubes ligeras...

Bien claramente creía notar, al mismo tiempo, que sus ideas, antes confusas, se delimitaban más nítidamente; que sus facultades imaginativas antes dispersas o desordenadas, se reconcentraban, se orientaban y partían unidas y vigorosas hacia donde ella las enviaba; que cierta pusilanimidad anterior, experimentada en algún caso, se trocaba en una nueva energía moral pa-

ra afrontar cualquier situación y, en fin, algo raro comprobaba en sí misma, algo así como si hubiera desaparecido de pronto la muchacha que vivió en su cuerpo y que una mujer lo hubiera ocupado sin que ella misma supiese cómo... ni cuándo...

Dominada por tan extrañas sensaciones que le habían producido una especie de ebriedad, y a favor del profundo silencio reinante en la casa y que resaltaba, por contraste, con el continuado tubar de unas palomas torcazas que Leopoldina tenía en una pajarera puesta en el corredor al lado de su ventana, fué poco a poco entornando los ojos, acentuando inspiraciones profundas e isócronas, y, dejando caer de sus manos el libro que resbaló suavemente sobre su pecho, se quedó dormida.

Misia Eulogia pasó casualmente en ese momento, y, al verla dormir así, tomó de sobre la cama de Lola una manta y la puso suavemente sobre los pies de Leopoldina que, a pesar de estar profundamente dormida, sintió tal vez el peso del abrigo, porque sin despertar se sonrió.

La sonrisa de Leopoldina y la acentuada coloración de sus mejillas no pasaron inadvertidas para la madre que durante un instante permaneció en el sitio contemplando a su hija con curiosa atención hasta que se alejó de su lado pensando :

—¿Qué estará soñando esta muchacha?...

*
* *

La conducta observada por misia Indalecia, y especialmente por Leopoldo, agregada al tiempo transcurrido, habían contribuído a modificar bastante la actitud de don Anacleto para quien el nombre de Lola y sus visitas no producían ya la contrariedad que al principio de sus relaciones con Leopoldo ocasionaban.

Sin modificar en lo íntimo su actitud primitiva aceptaba o toleraba en silencio lo que ocurría a su alrededor, y hasta podía pensarse en que lo consentía al verle producirse con Lola afable y cariñosamente ; pero todo ello significaba un nuevo acto de homenaje hacia misia Indalecia que se encontraba así menos violenta que al principio.

Por su parte los novios se encargaban de exagerar un poco el cambio operado gradualmente en don Anacleto, y a favor de tan holgada interpretación extremaban un poco la situación de resignación pasiva en que lo veían colocado. Las visitas de Lola eran más frecuentes y más prolongadas, y para el espíritu sagaz de Quintuay no había pasado inadvertido un detalle en la apariencia casual : en cuanto se nublaba el cielo con amenazas de lluvia, Quintuay anunciaba sonriendo maliciosamente :

—Niña Lola viniendo hoy.

—¿Por qué, Quintuay? — le preguntaba alguien, y la india contestaba dando el carácter de una sentencia a su anuncio :

—¡ Niña Lola viniendo hoy !... ¡ Oh !...

Y así ocurría en efecto, pues la lluvia era o podía ser un recurso para quedarse en casa de su tía, y Lola lo aprovechaba en cuanto amenazaba llover. Era, al fin y al cabo, un inocente recurso de novios, tan hábiles por lo común para inventarlos o aprovecharlos.

Don Alciro, por su parte, se había también ablandado bastante a favor de las noticias que le llegaban con respecto a don Anacleto y que más de una vez pudo comprobar por sí mismo asumiendo por su parte una actitud que no dejaba de influir en el ánimo de éste.

No hablaban de ello los dos viejos ; pero se engañaban mutuamente, convencidos de que la situación había cambiado, y como a don Alciro le interesaba particularmente fingirse o aparecer cabestreado por don Anacleto, cuanto menos airado veía a éste frente a Lola, más amable se volvía él para con Leopoldo, con quien las relaciones estaban cada día menos tirantes.

Lola había influído para esto con su decisiva intervención en favor de su padre y a base de las perspectivas que misia Eulogia anunciara desde un principio : «Cambiará», había dicho y repetido, y era evidente que don Alciro cambiaba.

Era dentro de aquel cuadro el más interesado en cambiar después de todo lo ocurrido, y era también el más interesado, porque su situación económica se agravaba por momentos, y la úni-

ca perspectiva para resolverla favorablemente era don Anacleto, y tras de éste Leopoldo.

La perspectiva del concurso pecuniario de los Bergalli se había desvanecido, y don Alciro era lo suficientemente astuto y vivo para comprender que esa puerta quedaba cerrada remachadamente y cada día más, desde que los amores de Lola prosperaban a paso de gigante, y desde que él ignoraba en absoluto la nueva rendija abierta en aquella puerta por la propia mano del ingeniero Bergalli.

Mientras ignoraba la nueva tentativa de éste para «entrar en su familia», sus angustias económicas crecían con la inminencia de fuertes obligaciones contraídas con intereses usurarios, y que habiendo sido renovadas «por última vez» se escalonaban en sucesivos vencimientos de inmediato plazo.

En tales circunstancias, se encontraba sin hacienda disponible para vender y con la próxima cosecha vendida por adelantado; con el crédito bancario lleno y con todas las fuentes de recursos agotadas, salvo don Anacleto.

El pedido hecho a la sucursal del Banco de la Nación, y de que Leopoldo había informado a su padre, fué reiteradamente negado por el directorio de la casa central, no obstante gestiones personales hechas por don Alciro, auxiliado con la influencia de algunos políticos de su amistad, que sólo le aportaron el ilimitado concurso de la «buena voluntad» ; pero no el de la garantía personal, que acaso pudo serle conveniente.

Entre esos políticos había uno a quien don Al-

ciro sirvió eficazmente con su propaganda y con su dinero en épocas no muy remotas ; pero cuando recurrió a él lo encontró en el apogeo de su prestigio y de su influencia de personaje encumbrado, y en las peores condiciones desde luego y por lo mismo para servicios de la índole del que gestionaba don Alciro.

Cuando éste le pintó su situación momentánea y grave y las perspectivas que su establecimiento de campo ofrecía, y que en efecto eran positivas, aquél le dijo :

—¡ Pero, Ledesma, usted está en situación de resolver sus conflictos muy fácilmente !

—¡ Qué !... Si el Banco no me da, ¿de dónde voy a obtener lo que necesito?

—¿Quiere seguir mi consejo?

—¡ Cómo no !... ¿Cuál es?...

—¿Cuánto necesita usted?

—Ya le he dicho : cien mil pesos.

—¡ Pídaselos a don Anacleto Luna... que está riquísimo... su cuñado...

—No es mi cuñado—se limitó a replicar don Alciro, halagado con la pequeña lección que daba.

—¿No está casado con una hermana de su señora?

—Sí... y... ¿qué hay con eso?...

—¿No es cuñado de usted, entonces?

—Claro que no.

—¡ Ah !... ¡ es cierto !... bueno : su «concuñado».

—¡ Tampoco !

—¿Entonces yo no sé lo que es «cuñado» ni «concuñado»?

—Claro está que no sabe—contestó don Alciro ardiendo de rabia, al tomar su sombrero y disponerse a salir.

—¿Ya se va?

—¿Y qué?... ¿quiere que me quede aquí para escucharle consejos?

—Vea, Ledesma, le he hecho una indicación discreta... Luna es una persona excelente.

—Sí; pero no es ni cuñado ni concuñado mío —repuso don Alciro con una sonrisa forzada, y agregó:—A cada rato se da uno estos chascos: cree uno que es «cuñado» una persona y resulta que no es y cree que es «amigo» uno que después resulta que no es tampoco...

—¡Qué bueno!... ¿eh?...

—¡Muy bueno!... sí... ¡Adiós!...

—Adiós, Ledesma, y siempre a sus órdenes... ¿eh?...

No le fué mejor en otras diligencias hechas con el mismo objeto, y con el mismo resultado, hasta que al fin, ante la marea que subía, no tuvo más remedio que decidirse a recurrir a don Anacleto sin que por cierto influyera en lo más mínimo el consejo del «político» aquel.

La necesidad ineludible de dar ese paso fué un vigoroso estímulo para suavizar sus resistencias a Leopoldo, que era el administrador, el cajero y el poseedor exclusivo de los fondos de don Anacleto, y de quien podía temer una actitud contraria a su pedido, según lo ocurrido en casos anteriores.

Doblarse ante Leopoldo no era por otra parte motivo de violencia para don Alciro, ni de sospechas en nadie, ya que podía suponérsele ce-

diendo a los ruegos de misia Eulogia, lo que era, sin disputa, simpático y hasta enaltecedor como acto de afecto y consideración hacia su esposa y que hasta ésta misma podía calcular así.

Proyectado su plan de conquistar a Leopoldo, poco tuvo que hacer para conseguirlo desde que éste se sentía inclinado a bajar sus armas por los reiterados pedidos de Lola, movida a su vez por las incitaciones de su propia madre, y el hecho fué que al cabo de pocos días Leopoldo comía en casa de Lola, invitado por el mismo don Alciro.

Durante aquella comida, tuvo ocasión más de una vez de notar cierto cambio en la conducta y hasta en el aspecto de Leopoldina, a quien dirigía después bromas sin sospechar, ni remotamente, cuál era la causa de ese cambio, ignorada todavía por todas las personas de su casa.

—¡ Vamos, Leopoldina, a ti te pasa algo, confiésalo !... Tú has cambiado mucho en este último tiempo.

—Y tú, Leopoldo, sigues todavía viendo visiones y cosas raras, por todas partes y hasta en todas las caras.

—¡ Qué intencionada te has puesto !... No te enojes ; ¿pero no es verdad, tío, que Leopoldina ha cambiado mucho?

—¡ Pues hombre ! yo no me he fijado ; ésta me parece la misma de siempre.

—Es que soy la misma, tatita ; son pavadas de éste—y se puso colorada.

—¡ Ché !... ¡ Ché !... Si fueran pavadas no te habrías puesto así... ¡ qué coloradita estás !...

—De rabia al oirte tanta tontera ; pero, dime, ¿no tienes otra cosa en qué ocuparte?

A una seña de Lola, Leopoldo cambió de conversación y ésta giró sobre motivos de campo dando pretexto feliz para que don Alciro se refiriera muy veladamente a las dificultades opuestas a la industria agropecuaria...

Aquella comida se repitió en breve, y a poco Leopoldo comía diariamente en casa de Lola y era ya su novio oficialmente consentido por don Alciro.

No esperó éste mucho para llevar su pleito a don Anacleto, apremiado por un plazo brevísimo, para el vencimiento de la primera obligación esperada, y una mañana a la hora en que Quintuay cebaba el mate a sus patrones, se presentó en *La Querida* provocando cierta sorpresa en don Anacleto que le saludó diciéndole :

—¡ Hola, amigo ! a quien madruga Dios le ayuda.

—Así dicen los refranes—contestó don Alciro bajando de su caballo,—pero otra cosa es con guitarra ; ¿y qué tal?... Buenos días.

—Para servirlo, amigo ; buenos días.

—¿Y la vieja? — preguntó don Alciro empleando una fórmula afectuosa y habitual en él.

—Recién estaba aquí, mateando conmigo ; ha ido a ver a Carmencita.

—¿Qué, no está bien?

—Sí, perfectamente ; fué a hacerla levantar, ¡ porque es tan dormilona esta muchachita !...

—¡ Amigo !... a esa edad se duerme bien y no falta sueño nunca.

—Así es, compañero... ¿y por allá?... ¿Su gente?... ¿Está buena?...

—Todos muy buenos—y volviendo la cabeza dijo, al tomar el mate que Quintuay le daba respondiendo a una seña de don Anacleto:—¿Cómo te va?... Quintuay, buenos días.

—¡Lindo no más!—contestó la india, restregándose las manos para secárselas, pues se le había derramado un poco el mate al tomarlo don Alciro.

—¡Sí, señor...!—continuó éste como hablando consigo mismo, después de una larga chupada con que casi agotó el mate.—Todos buenos, a Dios gracias... sin mayor novedad—y después de otra chupada definitiva devolvió el mate a Quintuay.

—Hace días que no venía por acá, ¿no?—le dijo don Anacleto.

—Es cierto. Es que he andado y ando en unos trabajos...—repuso mientras movía la cabeza de un lado a otro, conservando la vista fija en un punto.

—¿Se puede saber...?—preguntó don Anacleto haciendo girar su pera blanca alrededor del índice de la derecha.

—¡Cómo no!... Si a eso he venido.

En ese instante volvió Quintuay con el mate, que don Anacleto rechazó y que, al ser ofrecido a don Alciro, éste rechazó también diciendo:

—Yo tampoco, ché; tomaba por acompañar... de vicio... si ya tomé antes de salir.

Quintuay continuó hacia adentro como buscando a su patrona, pero dando tiempo a oir las

primeras palabras del diálogo que se iniciaba a su espalda, sin conseguirlo, por cierto, pues don Alciro tardó bastante en reanudarlo diciendo:

—Pues, amigo; me encuentro en un apuro de recursos, porque me han salido mal mis cálculos y he tenido pérdidas fuertes en estos últimos tiempos... y unas ventas que hice me salieron «fallutas», porque unos gringos me dieron unos pagarés que ahora tengo que levantarlos yo, ¡figúrese!

—¡Caramba!...

—A más, voy y me presento al Banco, que yo le he cumplido siempre, y me salen «con que aquí lo puse...» y que la liquidación del trimestre... y figúrese que los muy canallas me salen pidiendo otra firma, ¡figúrese!...

—Es raro...

—¡Por cierto que me largué a Buenos Aires, ahí no más!... Como un «tuto», ¡pero nada!... lo dicho: otra oportunidad y... otra firma y... qué sé yo... ni sé cómo no les rompí el alma.

—Es muy raro...

—Si dijéramos: es para tirarlo o pasear por Europa, como otros hacen; pero, no, señor; es para trabajar y para producir... y en un apuro se encuentra cualquiera, últimamente, porque nadie está a cubierto de que le jueguen sucio... y lo estafen a uno.

—Así es...

—Yo no habría querido recurrir a usted, compañero, porque ya sabe que esto no me gusta; pero, antes que me protesten y me hagan «un hijo macho», he venido a pedirle su ayuda a ver si me saca del «berenjenal» en que estoy.

—¡ Cómo no !... Voy a hablar con Leopoldo, porque yo ni sé cómo andan mis cuentas ; usted sabe que todo lo hace él.

—¡ Conforme !... lo que usted diga... como me comprende... porque en eso yo no voy a hacer reparo... sólo que esta vez voy a necesitar más tiempo para devolverle ¿me comprende? hasta que venga otra cosecha un poco mejor y pueda invernar una buena novillada, que ahora no hay ni qué pensar, porque... ¡ cómo está el campo !

—¿ Cuánto es lo que necesita, Alciro?...

—También podríamos hacer una hipoteca, si le parece... porque, como usted sabe, el campo está libre...

—¡ No, hombre... ! ¡ Quién habla de eso !... De ninguna manera... Haremos todo lo que nos sea posible ; pero, ya le digo : tengo antes que hablar con Leopoldo.

—¡ Muy natural !... ¡ Lo encuentro muy natural !

—¿ Y cuánto es lo que necesita... más o menos?...

Don Alciro se rascó la cabeza con un tan rapídisimo como superficial movimiento de los dedos y, con la vista fija en el suelo, según su gesto habitual, dijo, después de estirar hacia adelante los labios :

—Me... arreglaría... con... unos... cien mil pesos.

—¿ Tanto?...—exclamó con natural asombro don Anacleto.

—¿ Y qué menos... para salir de todo y poder trabajar sin sobresaltos?

—En fin... sin comprometer nada, yo hablaré con Leopoldo... veremos...

—Bueno... entonces... me contesta... ¿eh?...

—¡ Sí, pues !... hoy mismo... o mañana a más tardar.

—¡ Adiós, compañero, y disculpe tanto amolar ! ¿no?

—¿Quién piensa en eso?... ¡ Nunca, Alciro !... con mucho gusto... al contrario.

Y después de un efusivo saludo de despedida, regresaba don Alciro a todo trote, mientras don Anacleto permanecía sentado en el mismo sitio, con los codos en las rodillas y la cabeza sostenida por ambas manos, como sumergido en hondos pensamientos.

Misia Indalecia, notificada de la visita por Quintuay, llegó tarde para saludar a su cuñado, ocupada en quehaceres de la casa, y, cuando salió al corredor y notó la actitud de su esposo, se le acercó con cierto sobresalto, diciéndole :

—¿Qué sucede?... ¿Ocurre algo?...

—Me había quedado distraído.

—¡ Caramba !... Me alarmaste con tu aspecto. ¿Alciro te ha dicho algo?

—Algo... sí... el hombre anda medio apurado por unos pesos...

—¿Pero ese hombre no tiene otra parte donde recurrir que a ti?... ¡ Vaya !... ¡ Vaya !...

—Siempre que sea posible, lo hemos de servir no más, mi amiga.

—Y ¿cuánto te pidió, Anacleto?

—¿Para qué quiere saber...? Esas cosas no se andan publicando...

—¡ Cállate !... ¡ hombre !... ¡ cállate !...—repli-

có misia Indalecia dirigiéndose hacia la cocina, mientras don Anacleto, mirándola, pensaba:

—¡Miren que es buena!... ¡Si es una santa!...

*

* *

El pedido de don Alciro dió ocasión para que Leopoldo se aventurara a tentar realizar su proyecto de adquirir *Las Potrancas* y a este fin empezó por aconsejar a don Anacleto que no accediese a aquel pedido.

—Mira, Leopoldo: si no se tratase de la tranquilidad de tu tía y por ende de tu madre, yo tal vez no me interesaría tanto en Alciro; pero después, en estos casos, son ellas las que pagan y las que sufren.

—Comprendo, tatita; pero hay que pensar en que ustedes han pasado una vida casi de privaciones y tú trabajando como un peón, ¿y todo eso para qué?... para que ahora venga tío a disfrutarlo o a pagar sus deudas, hechas con su vida de diversiones y de quién sabe qué más...

—Antes de ahora te he dicho que esas no son cuentas nuestras y que cuando se ha de hacer un servicio no se averigua tanto.

—Yo me creo en el caso de pensar de otro modo, porque ante todo debemos pensar en ustedes; en que puedan ir a vivir a Buenos Aires sin tener preocupaciones ni dificultades, pero si has de dar tus ahorros sin mirar para atrás...

—Si no se trata de darlos a nadie, sino de hacer un préstamo amistoso, y tú sabes mejor que yo que Alciro ha cumplido siempre.

—Sí, tatita ; por cantidades pequeñas que él devolvía endeudándose en el Banco o por ahí ; pero cuando se trata de 100,000 pesos las cosas cambian, porque, ¿de dónde va a sacar para devolvértelos?

—El sabrá cuando se compromete.

—El se compromete sin pensar en el mañana sino en el hoy, que es su apuro, y muy bien sabe que no le has de poner la soga al cuello si no cumple.

—Sí, ha de cumplir, hijo... Y al fin de cuentas, ¿cuánto tenemos disponible?

—Dinero hay para eso y el doble ; pero mira, tatita, me pones en el caso de hacerte una confesión : yo pensaba reunir los fondos necesarios para que te compres una casa en Buenos Aires, como para ustedes, y pensaba también en algo que casi no me animo a decirte.

—Dejémonos de casa en Buenos Aires y de locuras de esa laya ; nosotros no somos hechos para esas cosas, y mucho mejor nos sienta un pucherito aquí que un banquete allá... y a más que ya estamos viejos y yo siento cada día nuevas «goteras».

—Tus goteras, tatita, son como las del ombú... que se llueve por entre las hojas ; ¡ qué goteras!... ¡ ni qué goteras!... ¡ Si cada día estás más sano y más fuerte.

—Tomaré tu misma comparación. Sano y fuerte por fuera, como el ombú copudo y vistoso ; pero al que los bichos del campo y los años

le han carcomido por dentro, mi hijo, y un buen día un viento cualquiera, ¡ pumba !... lo da contra el suelo... y a todo esto nos hemos salido de la cuestión y no me has dicho el secreto ese... tan reservado.

—Como te decía, en el Banco hay fondos crecidos en tu cuenta... más de 200,000 pesos.

—¿Tanto?...

—Sí, tatita, y más ; espérate, voy a decirte exactamente—dijo Leopoldo sacando un pequeño libro del cajón central de su escritorio de pie y hojeándolo rápidamente hasta encontrar un folio en el que se detuvo un instante.—Eso es —exclamó por fin,—aquí, en la sucursal, hay un saldo de 32,016 pesos con 81 centavos, y en la cuenta de la central tienes 220,600, lo que hace un total de 252,616'81.

—¿Estás seguro, hijo?

—¡ Cómo no he de estar !... y hay que agregar algunas cantidades que andan por ahí, facilitadas por tu orden a varios... como los últimos 9,000 pesos que le diste a tío Alciro... y que no te los devolvió... y a más un resto de lana... y algunas otras cosas.

—No ha de ser mucho—dijo don Anacleto, y agregó :—¿y de deudas nuestras, cómo andamos?...

—Se debe la contribución, no más, porque no he ido a pagarla, pero hay mucho tiempo todavía.

—¿Y nada más?

—Nada más, tatita.

—Entonces me parece que sería bien que le facilitáramos a Alciro, ¿no?

—Bueno : atiéndeme lo que te voy a decir y que lo vengo pensando hace mucho tiempo : *Las Potrancas* es un desquicio sin nombre y hasta una ruina ; yo sé porque lo veo ; allí todo va a la de Dios que es grande ; nadie se ocupa sino de pasarlo bien y no se sabe ni lo que entra ni lo que sale ; tío está endeudado hasta los ojos ; el mayordomo es un bribón que le roba las entrañas y como le deben más de dos años no se puede desprender de él, que se cobra por otro lado ; cualquier día algún acreedor fuerte va a caer sobre *Las Potrancas*, y quién sabe lo que pueda suceder, porque hay que pensar lo que es un protesto y un embargo... con los abogados y los jueces de aquí... capaces de seguir en silencio un juicio en rebeldía y quitarle todo de la nohe a la mañana.

—Me parece que estás exagerando las cosas.

—No, tatita ; no exagero... lo que hay es que nunca has pensado en esto, y todo te toma de nuevo ; pero las cosas son como lo digo, y entonces pienso : antes que *Las Potrancas* vaya a caer en otras manos, ¿no te parece que sería lindo rehacer la vieja estancia de abuelito, comprándole a tía Eulogia su campo, y que todo volviera a ser *La Querida* de antes?

Don Anacleto sentía en ese momento un nudo en la garganta, más que por el tierno proyecto de su hijo, por el cuadro que éste le había pintado y cuya realidad le parecía entrever, hasta que por fin, sobreponiéndose, dijo :

—Y si eso sucediera, ¿cuál sería la condición en que quedarían ellos?

—¿Si sucediera qué, tatita?

—Lo que me has dicho.

—Si los acreedores le quitan el campo, como podría suceder, es claro que quedarían sin nada, porque ese es el destino natural de un concursado, aunque tenga cien veces más activo que pasivo ; pero si hiciéramos lo que he pensado, la situación sería muy distinta, pues administrado todo por nosotros produciría muchísimo... muchísimo...

—¿Y la familia dónde iría?

—Aquí, con nosotros ; viviríamos todos juntos y tía podría tener su renta colocando lo que le sobrara, si es que algo sobra, en alguna hipoteca o en una pequeña propiedad de renta.

—¿Todos juntos, dijiste?... ¿Aquí?

—¿Y por qué no? Ustedes se llevan bien y hasta sería una compañía recíproca, porque en los inviernos, si son lluviosos, no es fácil andar visitándose. Claro está que esto no impediría mi otro proyecto : de procurarte una buena casa en Buenos Aires para pasar, precisamente, los inviernos.

—Mira, hijo, tu idea de rehacer la vieja estancia no me parece mal, si las cosas son como dices, pero yo no me animaría a tocar ese asunto ahora... precisamente... en que Alciro...

—Esos escrúpulos no los comparto, porque creo firmemente, tatita, que la solución fatal es la que yo pronostico, y al fin y al cabo si otros se han de quedar con *Las Potrancas* por cuatro reales, me parece sensato evitarlo, pero no dándole ahora a tío una suma que no podrá devolver y que creo serviría para aplazar, empeorando, lo que ha de suceder al fin. Déjame a mí

esto por mi cuenta, y si me autorizas yo les hablaré de este asunto.

—Habría que hablarlo antes con tu madre, para saber qué le parece.

—¿Y si le parece bien?...

—Sería siempre cosa de pensarlo mucho, porque tendríamos que ver de dónde sacamos lo necesario para todo eso.

—Corre por mi cuenta... De eso no te preocupes... con tu firma el Banco me da todo lo que yo le pida.

—Sí, mi hijo ; no lo pongo en duda, pero una obligación así tan fuerte... para cumplir... después serían las aflicciones.

—No, tatita ; si mis cálculos son muy claros ; atiéndeme : sacamos del Banco de la Nación lo que falta para el total de la operación, y una vez rehecho el título primitivo de todo el campo lo hipotecamos por las cédulas necesarias para pagar al Banco de la Nación y quedamos con un servicio muy liviano para lo que la estancia produzca, para lo que le haré producir.

—¿Y qué le digo, entretanto, a Alciro?

—Yo voy a hablar con él, no te preocupes.

—¡ En fin !... ¡ Será lo que Dios quiera !

—Dios ha de querer lo mejor tratándose de una obra buena como ésta ; voy a decirle a mamita—y Leopoldo salió del escritorio en que había sostenido la conversación con su padre que, al quedar solo pensó :

—¡ Qué muchacho bueno !... es un santo... en todo está... todo lo piensa... un hijo así es una bendición del cielo... ¡ tan hombre !... ¡ y tan decente !... quién no lo va a querer, si basta mi-

rarle la cara... es una pura nobleza... ¡ y cómo es conmigo !... ¡ cómo es conmigo !... ¡ Señor !... —y se puso a llorar el pobre viejo porque en ese instante le asaltó de nuevo la idea de que le quedaba poco tiempo para disfrutar de su compañía.

*
* *

Irreprochablemente montado en su doradillo —que era como un espejo brillante,—salió Leopoldo bien temprano con rumbo a *Las Potrancas*, para hablarles a sus tíos del proyecto que el día antes había comunicado a sus padres, y que había merecido el asentimiento de misia Indalecia, «a condición—según dijo la noble señora—de que no venga a alterar la concordia en que hemos vivido siempre».

La noche antes había llovido fuerte, y de los hilos de los alambrados colgaban todavía las últimas gotas, que ora permanecían pendientes y temblorosas, como si supieran que habían de caer por fin ; ora se corrían, a favor de alguna ligera inclinación del alambre, a unirse con otra, para seguir juntas el desnivel, y al engrosar el caudal de la inmediata, fundirse en ella y caer juntas, como desgranándose, hasta salpicar en el pequeño charquito del que luego el sol las levantaría hasta el cielo para que cayeran de nuevo en fecundante lluvia sobre la beatífica y solemne placidez de los campos.

Al frente y hacia la izquierda de Leopoldo, se levantaba el sol, cuyos rayos rebotaban de pronto sobre algunos charcos e iban a dar en los ojos de aquél, obligándole a entornarlos hasta dejar a un lado la líquida y breve superficie refractiva.

Restos de nubes dispersas cruzaban por el cielo velozmente, semejando montones de trapos barridos a escobazos, mientras en el suelo daban alaridos de asombro los «teros» levantando alto las patitas al caminar, como si procuraran no humedecérselas demasiado, al mismo tiempo que en los pequeños laguitos, formados por la lluvia, boyaban movedizos y ufanos los patos laguneros, que a veces se clavaban de pico, alzando las patas y la cola, en busca de algo oculto en el fondo de la charca.

En los sitios en que el camino era más alto, y las aguas no se habían detenido, Leopoldo inclinaba imperceptiblemente el cuerpo hacia adelante y el doradillo galopaba hasta que los aguazales imponían de nuevo la marcha al tranco.

A poco andar pasó por el lado del poste «esquinero» que sostenía el alambrado, límite entre *La Querida* y *Las Potrancas*, y detuvo su caballo un momento, haciendo cálculos sobre los resultados magníficos que la supresión de aquel alambrado aportaría para todos el día en que su acción personal no estuviera detenida por aquellos cuatro hilos que se corrían hacia el horizonte, interceptados a trechos por los postes, como una pauta musical, cuyas notas estuvieran señaladas por los pajaritos que se detenían en aquéllos.

Paralelo al alambrado divisorio se alzaba, como a dos kilómetros, la cortina de movible cresta, formada por los eucaliptos que bordeaban el camino de acceso a las casas de *Las Potrancas*, y que tantas veces había recorrido Leopoldo bajo la presión varia de tantas sensaciones emocionales.

Tocado suavemente con la rienda, el doradillo reanudó su marcha al tranco, facilitando así las observaciones de Leopoldo sobre el aspecto tan distinto que los dos campos limítrofes presentaban, pues iba viendo de nuevo en *Las Potrancas* puntas de ganados entremezclados inconvenientemente, extensiones labradas que no habían sido sembradas, parvas desmoronadas y podridas, máquinas de labranza dejadas al acaso en cualquier parte, osamentas pestilentes, alrededor de las que revoloteaban verdaderas nubes de caranchos, y, en muchos casos, entre abrojales amenazantes, más de una oveja sarnosa esperando resignada su caída final, y que se ofrecía como un símbolo del conjunto ante la imaginación absorta de Leopoldo.

Al llegar a la casa se encontró con don Alciro entretenido en limpiar una escopeta bajo el corredor, frente a su escritorio, y así que se saludaron, le anunció Leopoldo el deseo de hablarle un momento.

—Has de saber que te estaba esperando, cuando de repente te vi venir por el camino, tranqueando despacio. ¿Hay mucha agua?

—A trechos, tío, porque llovió casi toda la noche ; pero con este viento se orea pronto.

—Entremos, ché—dijo don Alciro dirigién-

dose al escritorio,—pero primero anda a saludar a tu tía y a las muchachas; estaban en el comedor recién.

Aceptando la indicación, se alejó Leopoldo, mientras don Alciro, sentado en un sillón, pensaba, no sin sobresaltos:

—¿Qué vendrá a decirme éste?... Cuando viene él... me da mala espina... yo creía que viniera el mismo Anacleto; pero éste es capaz de haberlo hecho desistir, y... ¿qué hago yo si éstos no me apuntalan en esta situación?... ¡Bah!... estoy pensando pavadas; éste se ha comedido por ver a su rompecabeza... ¡Qué muchachos estos, cómo se quieren!

Leopoldo conversó un instante con Lola, y en unión de misia Eulogia llegó de nuevo a la puerta del escritorio, donde le dijo, en forma que su tío oyó perfectamente:

—Ya le digo, tía, puede ser que tenga que llamarla para que hablemos con tío de un gran asunto.

—Pero, ¿de qué se trata, muchacho?

—Después lo sabrá; todavía no es oportuno.

—¡Vaya con el misterio!... Bueno, esperaré entonces en el comedor—y separándose de Leopoldo, que entró en el escritorio, regresó al sitio en que estaban las muchachas, y dirigiéndose a Lola, le dijo:—¿Qué será eso que Leopoldo tiene que hablar conmigo?... ¿No te ha dicho nada?...

—No, mamita; pero, ¿qué puede ser?... Alguna broma de él no más.

—No... no me parece... ¿Cómo es posible que tú no sepas...?

—Pero si no sé... tú has oído lo que hemos hablado con él recién... y antes no me ha dicho nada.

Entretanto, Leopoldo, sentado frente a su tío, inició la conversación diciéndole :

—Tenemos mucho que hablar, tío ; y como yo creo que puedo considerarme ya como un hijo suyo, le voy a hablar como lo haría con mi propio padre : con toda franqueza y sin rodeos.

—Tú dirás—se limitó a contestar don Alciro entreviendo la negativa que había calculado.

—Usted le ha pedido a tatita cien mil pesos que necesita con urgencia para unos pagos.

—Eso es.

—Con ese dinero usted se dispone, tío, a pagar algunas deudas, ¿no?

—Pues está claro ; no lo voy a pedir para comprar caramelos.

—¡ Qué gracioso ! — exclamó Leopoldo, forzando una sonrisa como para ir preparando el terreno ;—bueno, pero el caso es que usted, tío, no va a pagar con eso todas sus deudas, porque usted debe más, mucho más, ¿no es cierto?

—Suponiéndolo ; voy a pagar lo que más me apremia, ¿y qué hay con eso?

—Vea, tío, y perdóneme que le hable así, le repito, porque comprendo que me coloco en una situación molesta ; usted debe más del doble y del triple de esa suma ; yo lo sé porque todo se sabe ; atiéndame, y al paso que van las cosas usted se va a encontrar cada día peor, porque *Las Potrancas* produce muy poco y usted no está ya para trabajar fuerte, como antes, y eso

se ve en el estado de su campo y de las haciendas.

—Te estoy oyendo y ni te entiendo, ni sé a dónde vas... ¡habla claro!...

—Voy a esto, tío; ¿por qué no aprovecha el momento favorable para vender y liquidar todo de una vez?

—Mira, Leopoldo; yo no preciso consejos, ¿me entiendes? ni los he pedido a nadie; hablé a tu padre.

—Ya sé, tío—interrumpió Leopoldo en tono amable e insinuante,—ya sé todo muy bien; pero vea: usted puede pasar un mal rato, cualquier día, porque esos pagarés suyos que andan por ahí, aquí y en Buenos Aires, de mano en mano, pueden caer en las de un bribón o de varios que lo ejecuten y que... últimamente se le queden con todo.

—¿Pero te crees que yo me he pasado la vida firmando pagarés y que no sé cuándo vencen ni quiénes los tienen?...

—¿Cómo puedo pensar eso, tío?... Pero lo que le digo a usted es la pura verdad, y lo hemos hablado con tatita, que lo sabe todo, como sabe también que usted pidió un crédito de cien mil pesos al Banco con la firma del gringo Bergalli y que se lo negaron.

—¡Es mentira!... ¿Quién ha dicho eso?... ¡Es una infamia!—rugió don Alciro; pero Leopoldo, sin contestarle, continuó:

—Si ese gringo le da la firma es para quedarse después con el campo; ¡esté seguro!

—¡Esa es otra infamia!

—No, tío; eso es la verdad; serénese y va-

mos a hablar tranquilamente. Mire : a ustedes les conviene liquidar ahora que los precios son buenos, y con lo que sobre pueden comprar una propiedad de renta en Buenos Aires y vivir tranquilos sin estas aflicciones.

—Vivir, ¿dónde?... ¡en un rancho!

—No, tío ; atiéndame : tatita no tiene el dinero necesario para adquirir *Las Potrancas*, pero lo puede conseguir, porque usted sabe que tiene mucho crédito, del que no ha usado nunca.

—¿Y... él compraría esto?

—Sí, señor... es decir : mamita lo podría adquirir, y rehacer así la antigua estancia, viviendo todos juntos en casa.

—¿De modo que ustedes quieren aprovechar el momento difícil en que me encuentro para hundirme del todo?...

—Mire, tío ; si no fuera usted quien es, no se atrevería a decirme eso, de tatita ; porque, entiéndalo : él es incapaz de acciones bajas, y si se ha pensado en esto es porque yo, yo... ¿me entiende?... yo... lo he sugerido, porque conozco la situación de usted mejor que usted mismo y sé perfectamente que a todo esto se lo lleva la trampa.

—¡Leopoldo!...

—No hay Leopoldo que valga, y me voy a decirle a mi padre lo que usted piensa de él... y de mi madre... y de todos.

—¡Santo Dios!... ¿Qué sucede?—preguntó lívida misia Eulogia, entrando de pronto en el escritorio, en cuya puerta se quedaron las muchachas en medrosa actitud.

—¿Qué ha de suceder?...—dijo disimulada-

mente don Alciro.—¡ Nada ! sino que éste no puede hablar conmigo sin alterarse por todo.

—¡ No es cierto !... Y si usted me permite, tía, le diré todo en cuatro palabras...

—¿ Le vas a decir a Eulogia lo que me has dicho a mí ?

—¡ Sí, señor !... Si ella me autoriza.

—¡ Pero de qué se trata, por Dios !... La incertidumbre es más cruel que la peor realidad, y últimamente—dijo irguiéndose y asumiendo una actitud serena y digna—yo necesito, yo quiero saberlo todo : ¿ qué hay ? Siéntate, Leopoldo.

—Yo te lo voy a decir, hija.

—¡ No, señor !... Déjeme hablar a mí : vea, tía ; se trata de la situación y de la tranquilidad de ustedes.

Misia Eulogia, advirtiendo la presencia de las muchachas, interrumpió un instante a Leopoldo y les dijo tranquila y cariñosamente :

—Vayan para allá, hijitas.

—Se trata de salvar este campo—continuó Leopoldo—de las garras de los acreedores, que son muchos y por fuertes sumas, y se trata, finalmente... ¡ Déjeme hablar !—dijo, al ver que don Alciro se disponía a interrumpirlo,—se trata, finalmente, de que tatita lo adquiera por su justo valor para que tío pague todo, y con lo que sobre se compre una propiedad de renta... y viviéramos todos juntos en *La Querida*, rehaciendo al mismo tiempo la vieja estancia de antes.

—¡ Ya lo ves ! Como ellos están ricos, quieren aprovechar la coyuntura para quedarse con todo.

—¡ No hable así, señor ! No queremos ni so-

mos capaces de aprovecharnos de las dificultades de nadie, y mucho menos de ustedes.

—¿Y eso sería posible?—preguntó misia Eulogia.

—¡Cómo no ha de ser, tía! Si este campo está poco menos que arruinado, y apenas produce lo necesario, ¿con qué va a hacer frente a los compromisos?... ¿Cómo se va a evitar, mañana, que algún acreedor canalla caiga sobre todo esto, y entre gallos y media noche se queden con todo?

—¡Dios mío!

—¿No es entonces más sensato anticiparse a liquidar decente, honorablemente esta situación con beneficios para todos?

—¿Y tú, qué dices, Alciro?

—¿Yo? ¿qué quieres que diga?

—Ya ha dicho demasiado, tía; pero le advierto que esta proposición que yo le hago nace de que tío le pidió a tatita.

—¡Te ordeno que te calles!—rugió don Alciro.

—¿Que me calle? ¿por qué? ¿qué hay de malo en que tía sepa que usted precisa cien mil pesos?

—¡Cien mil pesos!—moduló la señora, como abrumada de asombro, al mismo tiempo en que don Alciro decía:

—Has hecho bien, al fin y al cabo, en decirlo, para justificar tu propuesta.

—Que se justifica por sí sola.

—Pero que no prosperará; porque si es cierto que necesito esa suma es cierto que hay quien me la dé, con menos intereses...

—Ese será, mañana, el verdadero dueño del campo—dijo Leopoldo poniéndose de pie en el momento en que misia Eulogia le decía :

—Oyeme... hijo... ¿y no habría forma de arreglar esto? ¡ por Dios !

—¡ Cómo no ha de haber, tía ! pero con tío no se puede hablar.

—Sí se puede, mientras no me falten al respeto.

—Yo no le he faltado, tío ; le he hecho una proposición decente y usted la ha tomado mal.

—Bueno ; no hablemos más de esto ahora ; dejémoslo para otro día—dijo misia Eulogia poniéndose de pie, para salir.

—Adiós, tío — dijo Leopoldo tendiéndole la mano.

—Adiós, que te vaya bien.

Juntos salieron misia Eulogia y Leopoldo, que un momento después conversaba con Lola, de lo sucedido, refiriéndole todo hasta en sus menores detalles.

—Y dime, si tatita consintiera, ¿ustedes lo comprarían?

—Sí, pues.

—¿Y qué harían de esta casa?

—Aquí viviríamos nosotros dos, después de repararla como para que tú la ocuparas de dueña de casa.

—Pero, él no quiere, ¿no?

—Así parece ; ¡ si se puso furioso en cuanto le dije... !

—¡ Pobre !... Hay que pensar lo que tiene que ser eso para tatita ; mira, Leopoldo : si no te enojaras, yo te diría una cosa...

—¡Pero, mi santita!... ¿Cómo me ha de enojar nada que tú me digas?... Si basta que seas tú, para que lo encuentre, como tiene que ser, razonable y digno y tierno.

—Eres muy bueno—dijo casi a media voz Lola, bajando la vista en una profunda emoción y permaneciendo en silencio contemplada embelesado por Leopoldo, en actitud de ansiosa expectativa.

—¿Y...? dímelo, pues.

—Es que... acaso yo... no... debiera... ¡no me animo!—exclamó por fin.

—¡Pues te exijo seriamente, eh, que me lo digas!—repuso él tiernamente.

—Dime, Leopoldo—dijo alzando la vista y echando ligeramente hacia atrás su divina cabeza, en una magnífica actitud de imploración y como si no pudiera ya contener aquel exquisito movimiento de ternura filial,—si pueden, ¿por qué no le facilitan a tatita lo que precisa?...

—¡Desde este momento lo tiene, santita mía!... ¡eso y el doble! Y todo por ti; ven, vamos a decírselo.

—No, Leopoldo; déjame, yo no...

—¡Ven... ven!... ¡no seas tonta!...—repetía sonriendo Leopoldo, atrayéndola hacia el escritorio, tomada de la mano.

—¡No seas loco!... déjame... yo no...

—Ven, entonces; vamos a decirle a tía.

—¡Tampoco!... dile tú solo.

—¡No!... ¡juntos!... ¡ven!...

Y cuando llegaron juntos a la puerta del comedor, en el preciso instante en que también

llegaba a él misia Eulogia, que había estado en el escritorio comentando lo sucedido, Leopoldo exclamó :

—¡ Tía !... ¡ tía !... Aquí venimos a darle una noticia—y como no se cuidase mucho de retener por la mano a Lola, ésta escapó por el corredor del costado, diciendo, al pasar por una de las ventanas :

—¡ Es mentira !... mamita... son cosas de él no más.

*
* *

Tras una temporada de vida normal y apacible, tanto en *La Querida* como en *Las Potrancas*, y especialmente en ésta, surgió en el espíritu de misia Eulogia un motivo de preocupación que la tenía en un gran desasosiego ; había creído advertir en Leopoldina la ratificación de las sospechas manifestadas por Leopoldo la primera vez que comió con ellos, después del compromiso con Lola.

El visible cambio operado en la conducta de Leopoldina no era el resultado de una evolución natural de su carácter juvenil, sino la influencia de una causa poderosa y de un orden distinto. De otra manera, Leopoldina debía ser la misma de siempre, y fué Carmencita quien más contribuyó a que misia Eulogia lo advirtiera, pues en su natural ingenuidad le habló cien veces de

lo mismo, con patentes deseos de conocer la causa.

Si Carmencita la conociese, se la habría comunicado a su tía o se habría callado, para disimularlo, pues era de todo punto incapaz de fingir la actitud de viva curiosidad en que se mostraba.

Lola, por su parte, debía estar en la misma ignorancia, pues de lo contrario se habría comunicado con ella para informarla sobre el secreto que la conducta de Leopoldina revelaba claramente.

Leopoldina, pues, tenía un secreto para todos y debía ser muy importante para ella, cuando ni a su madre, ni a su hermana, ni a su prima y confidente lo había revelado. Leopoldina debía estar enamorada; pero... ¿de quién?

Una sospecha terrible cruzó un instante—como cruza en la noche un murciélago—por la imaginación de misia Eulogia; una sospecha monstruosa, engendrada por la misma perplejidad en que se encontraba, y por la necesidad de hallar en alguien la causa del sentimiento que dominaba, sin duda, en el espíritu inexperto de su hija.

Admitida la hipótesis de que estuviese enamorada, podía pensarse en un movimiento pasional desordenado y despótico que se hubiese adueñado de Leopoldina, a favor de su inocencia y de su temperamento fuertemente acentuado, como propicio para el incendio voraz de una pasión; pero no podía concebirse o tolerarse la sospecha de que su aturdimiento juvenil, por grande que fuese, le impidiera medir la enormi-

dad, casi criminal, de convertirse en posible rival de quien debía pesar en su conciencia con todo el imperio que su propio carácter de hermana amantísima le daba, y con un verdadero sacudimiento moral, con un arranque de vigorosa energía, necesaria para quitar de la imaginación una obsesión que la dominaba, misia Eulogia, exclamó, decidida y convencida :

—¡ No !... ¡ no puede ser !

La asiduidad y la frecuencia con que Leopoldo frecuentaba a Lola fué indirectamente una de las causas que dieron nacimiento a la tremenda y cruel sospecha, desalojada al fin, pues su presencia de casi todos los momentos en la casa, determinaba la muy explicable abstención de concurrir a ella por parte del ingeniero Bergalli, que no obstante mantener con Leopoldo las mismas relaciones de vecinos que antes, había reducido en todo lo posible, hasta casi anularlas, sus visitas a don Alciro, con quien, sin embargo, solía verse en sus jiras por el campo.

La ausencia de Bergalli, pues, fué causa suficiente para que misia Eulogia, en sus devaneos, no pensase en él, hasta que por fin, y como resultado de un verdadero proceso de eliminación, no muy difícil, ya que el núcleo de análisis era bien reducido, surgió su recuerdo, y aunque confundido con el de su tentativa frustrada, empezó a crecer en la imaginación de misia Eulogia, acentuándose gradualmente hasta que acabó por pensar :

—¿ Será así?... ¡ Santo Dios !... Ahora me explico el disimulo de sus ausencias... claro está... por eso no viene... ahora... por eso...—y se le

cayó de las manos el abanico, que resbaló por sus faldas y dió de punta sonoramente en el piso.

Al sentir el ruido don Alciro, que estaba en la pieza inmediata, apareció en la puerta de comunicación, preguntando:

—¿Qué se cayó?...

—Nada, hijo: mi abanico.

—¿Te quedaste dormida?—preguntó don Alciro, mirando a su señora por sobre los lentes, mientras tenía con ambas manos un diario abierto que le cubría el pecho, como una enorme servilleta gris.

—¡Todo lo contrario!... No pensaba en dormir... pensaba en otras cosas.

Al oir esto, don Alciro avanzó resueltamente, y sacándose los lentes, se aproximó hasta ponerse al lado de misia Eulogia, y le dijo:

—¡Ché!... ¿en qué pensabas?... ¿Qué, hay alguna novedad?...

Misia Eulogia lanzó un hondo suspiro, y golpeándose una mano con el abanico, repuso:

—Sí, Alciro... hay una novedad... trae esa silla... siéntate aquí, a mi lado y atiende.

Así lo hizo don Alciro, con los movimientos nerviosos que le eran habituales, y con las piernas casi rígidas en fuerza de su mismo vigor muscular, y sentándose, al mismo tiempo que guardaba sus lentes en el bolsillo del chaleco y que ponía el diario en el suelo recostado en las patas de la silla, dijo con visible curiosidad:

—¿De qué se trata?

—Se trata, hijo, del cambio que se opera en

Leopoldina, y cuya causa creo que he descubierto.

—¿Amores?

—Quizá... no diré tanto.

—¿Con quién?... hija.

—Tampoco me aventuraría a decir que sea con quien me imagino.

—¿Total?... ¡Niquis!...

—Mira, Alciro, estas cosas no se encaran así.

—¡Yo sí, ché!... Ahora las encaro de muy distinto modo, y si me dijeran que esta chiquilina se ha comprometido con Leandro, el peón del tambo, yo diría: «¡Si es su gusto...! ¡Que lo haga!...

—¿Cómo puedes hablar así tratándose de tu hija, por Dios?...

—¿No me dijiste la vez pasada que estas cosas no se discuten?... ¿Que se aceptan?

—Se trataba de Leopoldo y de Lola, que es muy distinto; Leopoldina es una criatura todavía, y ¿adónde iríamos a parar si yo también pensara así?...

—¿Y al fin?... ¿Hay algo de cierto?...

—Yo no tengo más que sospechas, muy fundadas, por cierto, porque cada día que pasa compruebo que Leopoldina tiene una preocupación, que no puede ser sino eso...

—¿Y con quién?

—Has de ver que a fuerza de cavilar y cavilar se me ha ocurrido que puede ser... o que podría ser... ¡vaya uno a saber!... Con el ingeniero Bergalli.

Con todos los recursos de su experiencia y con toda su práctica de disimulos, don Alciro no pu-

do reprimir un gesto de asombro, pero de asombro grato, de viva complacencia casi. Al oir ese nombre pensó... no en el posible casamiento de su hija, sino en la probabilidad de poder restituir a don Anacleto en su oportunidad, ya no muy remota, aquellos cien mil pesos con que lo sacó de apuros ; porque don Alciro era así : a veces se preocupaba más de una deuda que del destino de una hija. Tenía esa clase de honradez, que hace digno al más indigno ; pero era una honradez al fin y al cabo, y muchos hay que no tienen ninguna.

Ante el silencio guardado por don Alciro, la señora continuó :

—¿Tú sabes algo?

—Te diré... ¿Yo...? no ; pero ahora que me dices eso, me quedé pensando y atando cabos, y... ¡sabes que bien podría ser...!

—¿Bergalli te ha dicho algo?

—No ; no me ha dicho nada ; pero ahora me doy cuenta de algunos apuntes sobre sus deseos de entrar en nuestra familia... y formar su hogar... ¡pero si es claro!... ¡Ahora me estoy acordando!...

—Y dime, Alciro : si todo esto fuera verdad, ¿que dirías?

—Lo mismo, hija, y con más razón, porque no veo motivo para lo contrario.

—Está tan fresco el recuerdo de lo pasado...

—Lo pasado... ¡pasado!

—¿Qué pensará Leopoldo?

—¡Pero!... qué, ¿Leopoldo se va a casar con las dos?

—Quién sabe lo que le parezca esto de que

Bergalli entre en nuestra familia, después de lo sucedido...

—¿Y qué le puede parecer?... ¡Es ganas de cavilar, no más, y, por otra parte, él no puede condenar a Leopoldina a que le pida la venia para casarse con quien quiera, desde que nosotros seamos gustosos, me parece! ¿no?...

—Sí, hijo, sin duda; pero... ¡en fin!... nos estamos adelantando demasiado. Lo que es yo, voy a aclarar esto hoy mismo.

—Sí, ché; háblale a Leopoldina—dijo medio displicentemente don Alciro, girando un poco en el asiento para tomar el diario, y agregó :—Y después me cuentas—poniéndose de pie y dirigiéndose a su escritorio.

Misia Eulogia permaneció un largo rato en silencio, abriendo y cerrando mecánicamente su abanico, mientras su imaginación, como un ave extraviada, volaba de Leopoldina a Bergalli, a Leopoldo, a misia Indalecia, hasta que al fin, en un vuelo recto, fué a detenerse en Dios.

*

* *

Al caer la tarde, en esa hora en que parece que el sol se acerca a la tierra y que su disco crece de tamaño a causa de la menor distancia; en que el suelo y los pastos se obscurecen como si de entre ellos saliese y se levantase de a poquitos la sombra nocturnal, alzándose indecisa

sobre la llanura en tenuísimos cendales que se elevaron despacio ; en esa hora en que los animales lanzan quejumbrosos gritos, como entristecidos ante el día que acaba, y como si temieran quedarse solos entre la aguda desolación de la noche ; en esa hora tristísima y divina, en que la llanura se horizontaliza aún más, y en que el cielo empalidece su azul cenital, una tarde paseaban del brazo Carmencita y Leopoldina, vestidas de blanco, por bajo el parral del jardín de *La Querida*. Todos habían ido en el *breack* grande a comer a *La Querida*, porque cumplía años Miguelito, y las «chicas» se paseaban mientras los viejos conversaban bajo el corredor a poca distancia de Lola y Leopoldo, sentados en un banco de hierro entre los canteros florecidos del jardín.

—Pícara—dijo Carmencita a Leopoldina, en cuanto se encontraron a solas ;—¿cómo no me has dicho nada?...

—Pero... ¿de qué?... no sé...

—No te hagas conmigo «la mosquita muerta»... Si ya tengo noticias... ¡Cómo habías sido!...

—¡Pero si no hay nada!—repuso Leopoldina, dando así el primer paso hacia la confesión final que se imponía fatalmente.

—¿Vas a seguir negándomelo?... ¡Cuando lo sé todo!...

—¡Vamos a ver!... ¿qué es lo que sabes?

—Que el ingeniero Bergalli te festeja.

—Eso no sería bastante para que yo tuviese nada que confesarte...

—¡Cómo que no!...

—Por cierto ; tú puedes saber que Bergalli me festeje, y Bergalli podría festejarme sin que yo supiera nada todavía.

—¡ Ché !... ¡ Ché !... Cómo te has puesto de pícara para argumentar ; pero convengamos en que si yo lo sé ya... no has de ser tú la última en saberlo.

—¿ Y por quién lo sabes ?... ¡ a ver !...

—¿ Quieres que te diga ?... Bueno : Quintuay me ha contado todo. ¡ Ahí tienes !...

—¿ Y qué puede saber Quintuay ?

—¿ Quintuay ?... Quintuay sabe todo lo que sucede, ché ; yo no sé cómo hace, pero es así.

—¿ Y de dónde sacará eso la «india» ?

—Como habla con todo el mundo, y los peones son tan habladores, puede ser que alguno de tu casa le haya contado... ¡ quién sabe !

—Bueno, mira ; te voy a decir la verdad : no hay nada todavía.

—¡ Pero, cómo no va a haber !... ¡ No seas así !... Cuenta.

—El me festeja, a lo que parece, y hasta me ha dicho algo.

—¿ Qué, ché ?... ¿ Qué te dijo ?... ¡ Cuenta !... No seas así.

—Nada ; la primera vez fué en el escritorio de tatita... ¡ Vieras qué susto !... Figúrate que yo estaba escribiendo un apunte para el almacén... lo más ajena a que él podía llegar... y de repente siento pasos ; levanto la cabeza y me encuentro con él.

—¡ Sigue !...

—Lo saludo, lo más naturalmente, como comprenderás... porque yo estaba lo más ajena... y

cuando le dije que iba a avisarle a tatita me dijo... que... ¡ qué sé yo ! ¡ no me acuerdo !...

—¡ No seas así !... ¿Cómo no vas a acordarte?...

—No me acuerdo... de veras... me dijo que... yo... que él... ¡ no me acuerdo !

—Bueno, ¿y la otra vez?...

Ante esta pregunta, Leopoldina palideció intensamente, y como en ese instante llegaran a una altura del camino en que estaban más cerca de los otros grupos, giró, obligando a Carmen a hacer lo propio, y dirigiéndose de nuevo hacia el extremo en que se encontraba la caballeriza, le dijo con la voz temblorosa :

—¡ No vayas a decirlo a nadie !...

—¿Cómo te imaginas...? ¿Qué te dijo?...

—Me escribió—repuso bajando la voz y enrojeciéndose de pronto, con tonos que aumentaba la luz crepuscular que le daba de frente.

La idea de los amores de su prima constituía un motivo de expectativa tan emocionante para Carmencita, que contra su conducta habitual, circunspecta y mesurada, extremaba la nota de sus exigencias por saberlo todo, y así exclamó, casi anhelosamente :

—¿Tienes aquí la carta?

—¡ Dios me libre !... Las tengo escondidas donde no las podrían encontrar jamás.

—¿Te ha escrito varias?

—Sí ; porque al principio no le contesté.

—¿Y qué le contestaste, ché?...

—Nada ; le decía... dos líneas, nada más... y ni las firmé... no me animé...

—Pero, ¿qué le decías?

—Le decía... espérate, que me acuerde... le decía... que yo no podía decirle nada... porque nunca había pensado en que él se fijara en mí.

—¿Y después?

—Nada más...

—¿No volvió a escribirte ni a decirte nada?

—Sí; una tarde que fué con tatita a casa... por no sé qué asunto de un molino... Al darme la mano me la apretó... ¡vieras cómo!... y mientras tatita ponía el sombrero en la percha, me dijo a la disparada: «Usted me debe una contestación categórica, con la que me hará feliz o desgraciado».

—¡A la mesa, chicas!—gritó Lola desde el corredor, y las dos muchachas, al unísono, respondieron:

—¡Allá vamos!—y al dirigirse hacia el comedor, Carmencita volvió a preguntar:

—¿Y tú qué le contestaste?

—Cállate... después te voy a contar—dijo Leopoldina, y viendo que por un camino del jardín corría a su encuentro Miguelito, exclamó:—¡Ché!... el del santo... ¿Cómo te va, Miguelito?... ¡que los cumplas muy felices!

El chico se limitó a contestar con una sonrisa que podía traducirse de varios modos, pues lo mismo podía expresar: «muchas gracias», que: «no seas pava» ya que por momentos se acentuaba en él una forma de indiferencia, de egoísmo casi, que parecía y era inconcebible en un niño de su edad.

El hecho de cumplir años le era tan indiferente como el de cambiarse botines, y acaso más; cuando se sentía objeto de una amabilidad

simulaba no atenderla o la recibía con un insoportable gesto de desprecio o de burla, y ni aun a las ternuras más intensas de su propio padre retribuía con formas o expresiones visibles de reciprocidad.

No era, sin embargo, un niño malo; no era bueno tampoco; no era nada; era cuando más un monosilábico vocal, mental y moralmente, que por pereza iba cada día disminuyendo el bagaje de su vocabulario empleado a pequeñas dosis, como si así reflejara mejor las que daba de su afecto y de su inteligencia, y por todo eso era, en definitiva, el brutal contrasentido encerrado en esta cruel expresión: era un niño antipático.

No se daba con nadie; no demostraba alguna preferencia por nadie; nada le gustaba con predilección, sobre nada, y pudiendo ser la alegría de su casa, andaba por ella como un enigma que nadie podía descifrar, y así, sin contestarle ni una palabra a Leopoldina, salió corriendo hacia el corredor, y luego por éste hasta el comedor, en el que se colocó en su asiento, antes que las personas mayores; se puso la servilleta, cortó pan, y cuando la familia llegó, conversando animadamente, se metió un buen bocado en la boca y se puso a masticarlo mirando hacia el campo.

Al verlo, en su asiento, se le acercó misia Eulogia, y golpeándole cariñosamente la cabeza con la palma de la mano, le dijo en el tono más afable y más dulce:

—¿Qué dice el del santo?... Ya está hecho un mocito... ¿Cómo le va?...

—¿Yo?... ¡nada!—repuso, contestando ape-

nas a la primera pregunta, y metiéndose otro pedazo de pan en la boca.

—Tú aquí, Eulogia, a mi lado—dijo don Anacleto retirando una silla.

—Voy, ché ; estaba conversando con Miguelito—repuso misia Eulogia al dirigirse al sitio que se le indicaba, y echando aquella amable mentirilla que podía pasar entre el bullicio alegre que los demás hacían.

Sentados todos a la mesa, don Anacleto advirtió la falta de Leopoldo, y preguntó, dirigiéndose a misia Indalecia :

—¿Y Leopoldo?... ¿qué hace que no viene?

—Fué a cambiarse el saco ; ya viene, tío—contestó Lola, poniéndose roja «cual flor de ceibo», al comprender el irreprimible desliz en que había incurrido.

Don Anacleto se inclinó sobre el plato de sopa y hubo un silencio que pareció larguísimo...

Poco a poco la conversación fué siendo más animada, y mientras la riquísima y fresca agua del aljibe desbordada en las copas como única bebida, desfilaron apetitosos y nutritivos los platos del suculento menú formado por la sopa de fideos finos, asado con ensalada de lechuga y rábanos ; carbonada con duraznos ; bocadillos de acelgas polvoreados con azúcar ; arroz con leche, y café.

El primero en abandonar la mesa fué Miguelito, que un momento después se acostaba, sin despedirse ; luego las muchachas con Leopoldo, que no fumaba delante de su padre ; tras de ellas misia Indalecia con su hermana, quedando so-

lo en el comedor don Anacleto y don Alciro fumando y «hablando de bueyes perdidos».

Las dos hermanas fueron a sentarse al otro extremo del corredor mientras las muchachas se paseaban por éste, acompañadas de Leopoldo, dijo de pronto misia Eulogia:

—Pues, hija, tengo que confiarte un secreto que me tiene sin sombra hace muchos días.

—¿Un secreto?... ¡Caramba!...

—Sí, ché: un secreto, porque has de saber que...

—Te prevengo—le interrumpió misia Indalecia—que para mí no es secreto.

—Pero, ¿cómo?... ¿que tú sabes?

—¡Vaya si lo sé!... ¡y hace rato!... lo de Leopoldina con Bergalli, ¿no?...

—¡Precisamente!... pero, ¿por quién lo sabes?

—Por Quintuay.

—¿Y qué te dijo Quintuay?

—Que le parecía muy bien, porque Leopoldina era muy capaz de hacer feliz a cualquiera.

—No te pregunto eso. ¡Qué me importa lo que piense Quintuay! Te pregunto ¿qué fué lo que te contó?

—Eso, que sabía que el ingeniero Bergalli se le había declarado a Leopoldina y que había sido aceptado.

—¡Aceptado!... ¿Por quién?... ¿Pero, de dónde saca eso esta india?

—Me dijo que se lo habían dicho, y hasta me agregó que se escribían.

—¡Eso no puede ser! Escribirse. ¿Cómo?... ¿Por intermedio de quién?...

—No estoy segura, pero creo que me dijo que Leandro les lleva las cartas.

—¡Qué canalla!... pero eso no puede ser... ¿Cómo se van a escribir?... Leopoldina me lo habría dicho.

—Cállate, que ahí vienen—dijo misia Indalecia, en momentos en que las muchachas y Leopoldo llegaban junto a ellas disponiéndose a hacerles sociedad.

—¿De qué se trata, tía?—preguntó Leopoldo sentándose cerca de misia Eulogia.

—De nada, hijo; estábamos ponderando la noche, y ya ha de ser hora de que nos pongamos en marcha, ¿no?

—Es muy temprano, tía, y mejor es esperar que salga la luna.

—¿La luna?—dijo Leopoldina, que estaba sentada al lado opuesto, desde donde divisaba el naciente, y agregó tendiendo el brazo y señalando con el índice:—Mírenla... allí aparece.

Lola y Leopoldo se dirigieron al sitio en que estaba Leopoldina, y de pie, en el extremo del otro corredor, quedaron contemplando al astro después de decir Lola:

—¡Es cierto!... ¡Qué linda está!... ¡y qué enorme!...

—Es luna llena—dijo Leopoldo en el mismo instante en que Lola decía a media voz, contemplada extasiado por él:

Cual se eleva la luna
  Sobre la pampa,
Alumbrando el paisaje
    Con su luz clara,

De mi vida en las sombras
Alzóse tu alma,
Como el foco divino
De una alborada!...
Y desde entonces forman
Una mañana
Perpetua y sin ocaso
Nuestras dos almas.

—¡ Eso es!... ¡ eso es!... ¡ que recite... que recite!...—exclamó Carmencita.

—¡ Dios me libre!... ¡ Ni loca que estuviese!...

—¿ Por qué no recitas, hijita?—dijo misia Indalecia.

—¡ Sí, señor!... ¡ que recite!... ¡ que recite!...

—No, tía; si no me acuerdo de nada... son cuatro versos sueltos...

—¡ Mírala ahora!—dijo Leopoldo por cortar el diálogo, y las esbeltas figuras de los dos novios iban iluminándose gradualmente y destacándose sobre el follaje entenebrecido, como Cástor y Pólux, un poco más arriba, se destacaban en el cielo.

Entretanto, en el comedor se había iniciado otro diálogo de circunstancias al que dió origen don Anacleto exclamando en una pausa de la conversación:

—¡ Pero, hombre!... Ahora que me acuerdo: ¿Qué hay de cierto en los runrunes que corren sobre el mocito Bergalli?

—No sé... ¿a qué se refiere?...

—¿ No dicen que se ha dedicado «ahora» a Leopoldina?

—¿A Leopoldina?... ¡Cuentos, Anacleto! ¿Cómo no iba a saber yo...?

—Mire, amigo, que cuando el río suena...

—¡Cuentos... hombre!... ¡si lo sabré yo!...

—Usted sabrá o no sabrá; esas no son cuentas mías; pero yo le digo a usted que no son cuentos.

—¿Pero, qué usted sabe algo?

—Sí, Alciro, yo sé y también Indalecia lo sabe, que ese mocito se dedica a Leopoldina, y hasta creo que hay algo serio.

—Pues tiene que ver, que ustedes sepan mejor que yo lo que pasa en mi casa...

—¿Cierto, Alciro?... ¿Usted lo ignoraba?...

—Es decir, algo me dijo Eulogia, anteayer precisamente, de que ella notaba un cambio en la chiquilina y que se le ocurría que podían ser amoríos con el ingeniero Bergalli; pero yo no le hice caso—dijo don Alciro abriendo fijos sus ojillos al hacer un gesto de suficiencia y de desprecio.

—Pues, amigo, parece que Eulogia no se equivoca... a estar a las noticias que nos llegan.

Don Alciro se puso de pie, y rascándose la cabeza, con más decisión que en otros casos, dijo:

—Mañana mismo lo voy a averiguar... no sea el diablo que...—pero fué interrumpido por misia Eulogia que a la cabeza del grupo entró y le dijo:

—¿Has resuelto pasar aquí la noche?

—No, hija. ¿Ataron ya?

—Sí, tío—dijo Leopoldo, que se había detenido en la puerta quedando por casualidad al la-

do de Leopoldina a quien dijo, bajando la voz y aprovechando la conversación general: —Tú eres la más apurada por regresar... parece que por allá te espera algo... ¿eh?...

—¡No seas pavo!

—Mucho cuidado, ché, con la sangre napolitana...

—No sé qué me quieres decir.

—Pero yo sé que sabes...

Momentos después el *breack* de don Alciro se destacaba, sobre el fondo del cielo, iluminado por la luna y a un costado del coche, la gallarda silueta de Leopoldo en su doradillo que, al galope, les acompañaba hasta la tranquera de entrada a *Las Potrancas*, sin que se oyora ni una palabra dentro del carruaje... ¡ni una!

Del lado en que la luna iluminaba al coche, recostado el brazo en la barandilla y la cabeza en la mano, Lola seguía con la vista a su novio, que a trechos aproximaba el caballo para mirarla mejor.

*
* *

—¿Qué tienes?—preguntó Lola a Leopoldina, incorporándose en la cama, al tratar de distinguirla en la penumbra del rincón en que tenía la suya débilmente alumbrada por un velador de porcelana celeste.

—¡ Nada !... ¿Por qué?...

—Estás suspirando seguido... ¡ y en una inquietud !...

Leopoldina se incorporó violentamente, y, después de echar hacia atrás sus cabellos desordenados, pasándose las manos rápidamente por los costados de la cabeza, dejó caer ésta entre aquéllas, y echándose de lado sobre la almohada se puso a llorar.

Inmediatamente Lola bajó de la cama, y después de cerrar con mucho cuidado la puerta de comunicación con el cuarto de misia Eulogia, se puso ligeramente el batón de levantarse en la mañana, y encendiendo la vela se acercó a Leopoldina, diciéndole a media voz :

—¿Qué te sucede?... ¿Por qué lloras?... Leopoldina... despacio... que mamita puede oir... ¿qué te sucede?...

Leopoldina se incorporó de nuevo, y abrazándose a su hermana, lloró a sollozos en forma tal, que Lola, haciendo un movimiento como para desasirse de ella, le dijo :

—Voy a llamar a mamita.

—¡ No !... ¡ No, por Dios !... Lola... ¡ por Dios !...

—Bueno... serénate... ¿qué te pasa?...

—¿Tú no sabes?

—No, mi hija ; no sé nada.

—¿Leopoldo no te ha dicho...?—preguntó Leopoldina, conteniendo el llanto.

—¡ Ni una palabra !... ¿De qué?...

—De Bergalli...

Al oir este nombre, Lola se sobresaltó, y ajena como estaba en absoluto a todo, pues su pro-

pia situación no le dejaba libre el ánimo para analizar la ajena, exclamó como asustada:

—¿De... Bergalli...? ¿Qué es lo que hay?...

—Todos lo saben ya... hoy me lo dijo Carmencita... y Leopoldo...

—¿Pero qué sucede?...

—No te vayas a enojar conmigo...

Ante estas palabras, Lola comprendió todo en un instante, y, como su propia felicidad la cubría como un velo y como una coraza, no pudo apreciar la situación que se creaba en su casa, ni las consecuencias que podría tener, y casi alegre exclamó:

—Entonces... ¿contigo?... ¡qué bueno!...

—¿Te parece? ¿de veras?

—¡Ya lo creo!... ¿y mamita sabe?

—Yo no me he animado a decirle nada... ni a nadie... porque no sé qué hacer...

—¿Y desde cuándo, ché?—dijo Lola, sentándose en el borde de la cama.

—Hace mucho... y yo creo que me quiere con locura... por las cosas que me dice...

—Pero... qué pícara, ¿eh?... ¿Cómo no me has dicho nada?

—Yo temía que tú te enojases... porque como al principio gustó de ti.

—¡Qué gracioso!... ¿De dónde sacas eso?...

—Y a más, ¡cómo venían mamita y tatita en el coche!... ¿te fijaste?... ¡Mudos!... Para mí les han dicho algo en casa de tía... porque Quintuay lo sabe también.

—¿Cómo lo puede saber?

—Yo no sé; pero Carmencita me dijo.

—¿Y Leopoldo que te dijo?...

—¿No te fijaste? Cuando fuimos al comedor se puso a darme bromas con Bergalli.

—No me he dado cuenta.

—Yo creo que a Leopoldo no le parece mal... pero no sé qué hacer con mamita...

—Lo mejor es decirle... ¿Para qué vas a estar en esta zozobra?

—Sí... ¿y si se enoja?

—¿Por qué se va a enojar si tú también lo quieres?

—¡Con toda mi alma!... ¡Porque es bonísimo y lo más caballero!...

Sin darse cuenta, habían levantado un poco el tono de la voz y el oído finísimo de misia Eulogia la había despertado no obstante estar cerrada la puerta de comunicación. Las dos muchachas se miraron de pronto a la cara como consultándose, porque oyeron el inconfundible «rist-rist» de un fósforo, que en el silencio profundo de la noche se destacaba como el áspero serruchar a un quebracho.

Antes de poder tomar una resolución conveniente, sucedió un breve silencio, en el dormitorio de la señora; luego el ruido del candelero arrastrado sobre el mármol de la mesita de luz; el crujir de la cama, y en seguida los pasos pesados y suaves de unos pies descalzos que se dirigían a la puerta.

Lola y Leopoldina pensaron lo mismo en ese instante, y encontraron la solución del avestruz, que ante un peligro oculta la cabeza bajo el ala: ¡apagaron la vela!, sin pensar en que la señora entraría con una luz en la mano, como lo hizo,

alarmada al ver la puerta de comunicación cerrada.

Así que abrió la puerta vió la extraña actitud de Lola, semivestida al lado de la cama de Leopoldina y a ésta incorporada en el lecho mirándola con una visible expresión de estupor.

Misia Eulogia se tranquilizó inmediatamente, pues su corazón de madre le dió sin dificultad la clave de aquel cuadro y se limitó a preguntar casi afablemente :

—¿Qué están haciendo, hijitas, a esta hora?...

—Es que Leopoldina no se podía dormir.

La señora se había parado a la altura de los pies de la cama, casi en medio del cuarto, y haciendo pantalla con la mano izquierda puesta entre la vela y su cara, que así quedaba en la sombra, dijo mirando a Leopoldina :

—Conque... ¿no te puedes dormir, eh?

—Sí, mamita... si ya me iba a dormir...

—¿Cómo dice Lola que...?

—Es que...—moduló apenas Leopoldina.

—Es que a ti te está pasando algo raro y ahora mismo me lo vas a decir—dijo misia Eulogia poniendo el candelero, que tenía en la mano, sobre la mesa de luz al lado del que las muchachas habían encendido y que aun humeaba, y sentándose en la silla en que Leopoldina había puesto su ropa al desvestirse.

Leopoldina miró a Lola como implorando su concurso, al mismo tiempo que ésta tomaba una pequeña manteleta y la ponía cariñosamente sobre los hombros de la señora, diciéndole :

—Está refrescando, mamita.

Hubo un largo instante de silencio, que Lola empleó en arreglar con excesiva prolijidad los pliegues de la manteleta caídos sobre el busto de misia Eulogia, hasta que ésta exclamó por fin :

—¡ Vamos !... Habla.

Lola, que se había puesto frente a la señora durante aquella tarea, se sentó en la cama, al lado de Leopoldina, y contestó por ésta :

—La pobre no sabe cómo decirte lo que le pasa ; pero yo te lo voy a decir por ella, porque has de saber, mamita, que el ingeniero Bergalli la tiene loca con sus atenciones y con sus amabilidades, y la pobre está, como es natural, que no sabe qué hacer.

Leopoldina oía a su hermana como en un sueño y no atinaba a explicarse el sentido de sus palabras, pues ella había esperado que le dijera a su madre lo que un momento antes ella misma le había confesado, de modo que se quedó perpleja cuando misia Eulogia le preguntó :

—¿Entonces no ha pasado de eso?

—Claro que no—se apresuró a responder Lola,—claro que no, mamita, porque Leopoldina no iba a decirle nada ni hacer nada sin decírtelo primero.

—¡ Ya decía yo !—exclamó con honda satisfacción la buena señora relacionando lo que oía con lo que su hermana le había referido.

—El caso es que ésta—continuó Lola señalando a su estupefacta hermana—gusta también de él, según me parece... ¿no?...

—Si mamita no se opone...—balbució Leo-

poldina, que empezaba a comprender el feliz procedimiento de su hermana.

—¿Yo por qué me he de oponer? Si tú lo quieres... si te gusta... pero hay que pensarlo mucho... y decírselo a tu tatita—dijo misia Eulogia echándose hacia la espalda la ya innecesaria manteleta.

—Se lo podrías decir tú misma, mamita—se atrevió a murmurar Leopoldina.

—Mejor es que seas tú, hijita, porque eso le va a halagar a tu padre.

—¡Me da una vergüenza!... ¿Y si se enoja?...

—No me parece, hijita, porque él lo estima mucho a Bergalli.

—Que le diga Lola.

—¿Por qué ha de ser Lola y no tú? Eso no está bien—dijo la señora poniéndose de pie y echando mano a su candelero, agregando:—pero yo debí ser la primera, ¿eh?... y en cambio soy casi la última, pues hasta la india Quintuay lo sabe...

—Yo no sé qué es lo que puede saber cuando no hay nada todavía.

—El hecho es que lo sabe; bueno, hijitas, duérmanse que ya es muy tarde—y salió acompañada por Lola que la llevó hasta la cama, mientras Leopoldina encendía de nuevo la vela que tenía al lado.

Así que la señora se acostó, Lola se inclinó sobre ella y en voz muy baja le dijo:

—Hay mucho más de lo que te he dicho: están entendidos ya. Mañana te lo voy a contar.

—Ya decía yo—moduló de nuevo la señora,

a tiempo en que Lola regresaba a su dormitorio en el que al entrar se sacaba el batón, mirando a Leopoldina, y se ponía el índice sobre los labios en cruz aconsejando silencio.

—Hasta mañana, ché.

—Hasta mañana, Lola.

Instantes después era tan absoluto el silencio, en la casa, que misia Eulogia oyó ladrar toda la noche los perros de una estancia vecina.

*
* *

La caída de un rayo no habría producido tanto efecto en *La Querida*, y en seguida en la comarca entera, como la que produjo una mañana la noticia de que don Anacleto estaba enfermo y de que «no estaba bien», fórmula ésta con la que frecuentemente se oculta todo lo contrario.

Antes de llegar el día, misia Indalecia despertó a Leopoldo para que fuese o mandase en busca de un médico, «porque, le dijo, tu padre se ha descompuesto anoche».

—¿Qué tiene tatita?—preguntó Leopoldo al vestirse aceleradamente.

—Está con un dolor müy fuerte en la espalda y mucha dificultad para respirar. ¡ Apúrate !

—No ha de ser nada.

—Me parece que tiene fiebre ; yo le di un mate de cedrón y mosquetas, que pareció aliviarlo un poco.

—No ha de ser nada—repitió con emoción Leopoldo saliendo en dirección al dormitorio de su padre, seguido por la señora que decía entre dientes :

—¡ Qué contrariedad... Dios mío !

—No... ha... de... ser... nada...

Al salir al corredor se encontraron con el capataz, Eleuterio Gómez, que habiendo notado luz y movimiento en las piezas de los patrones, había hecho levantar los peones, por si sucedía algo. Al ver a Leopoldo le dijo, mientras marchaba a la par de éste por el camino del jardín inmediato al corredor :

—¿Que sucede algo, niño?

—Tatita... que se ha enfermado ; vea, Eleuterio—agregó Leopoldo, deteniéndose junto a la puerta del escritorio, por donde se disponía a entrar, y dándole paso a misia Indalecia :—mande a Narciso o a José que vaya ligerito hasta la chacra del doctor Nardelli ¿sabe? y le diga de mi parte que venga en seguida.

—Ya fué Hermógenes, niño, que tenía caballo ensillado.

—¿Mamita lo mandó?

—No, niño ; oí a Quintuay que le decía.

—Bueno—repuso, y entró rápidamente, mientras Gómez subía al corredor y, arrimado cautelosamente a la puerta, quedó inmóvil en actitud de escuchar.

En cuanto Leopoldo entró en el dormitorio, comprendió que su padre se hallaba seriamente enfermo, pero, dominando su emoción, se le acercó tranquilamente y en tono natural le dijo :

—¿Qué es eso, tatita?... ¿Qué tienes?...

—Estoy... mal... hijo... pero... alguna... vez... tenía... que... ser—contestó con dificultad el noble viejo, respirando penosamente.

—No ha de ser nada... ¿Alguna indigestión tal vez?...

Don Anacleto no contestó ; miró a su hijo, con los ojos brillantes y ya hundidos en sus cuencas, que parecían más hondas aún porque las tupidas cejas entrecanas caían sobre ellos como la visera de un quepís antiguo ; miró luego a su compañera como interrogándola y hubo un tristísimo silencio, interrumpido, al fin, por la entrada de Carmencita, que, pálida como un cirio, preguntó mirando a todos :

—¿Qué tiene tatita?

—Nada... hijita—respondió don Anacleto, alzando con visible esfuerzo la mano derecha como para hacerle una caricia, que ella facilitó hincándose junto a la cama.

En ese instante, Leopoldo pasó al escritorio, caminando lentamente, paso a paso ; se detuvo al lado de la mesa ; contempló los papeles y cuanto había sobre ella, se pasó la mano por la frente, como si le doliese mucho la cabeza, y tomando una lapicera, se sentó en el viejo sillón de su padre y escribió en un papel de carta : «Lola : Tatita se nos ha enfermado anoche y no está bien. Avísale a tía.—Tuyo, LEOPOLDO.»

Dobló pausadamente el papel, con la vista fija en un punto, y, al levantarse, entró Gómez, que lo había estado observando desde afuera, y le dijo en voz baja :

—¿Hay que llevar eso?... ¿Cómo está el viejo?...

—No está bien, Eleuterio; mándeme esto a *Las Potrancas* y que se lo den a Lola.

El capataz salió en puntas de pie, y Leopoldo quedó en el sitio viendo que la luz de la aurora iba tendiéndose sobre el campo, como si fuese un inmenso rollo de tenuísima tela amarillenta que se desenrollase gradualmente sobre la llanura.

Por su imaginación atribulada se inició, como una misteriosa visión anticipada, un dantesco desfile de cuadros lúgubres: Don Anacleto agravándose por instantes; médicos y más médicos en un ir y venir agitadísimos; la familia amontonada en pequeños grupos por los rincones; su padre agónico... ¡muerto!... el entierro, con un gran cortejo de vecinos amigos; la vuelta al hogar... el llanto... el luto... la soledad... y, en medio de todo, a la manera de esas estrellas que en las noches tormentosas quedan brillantes en un claro de nubes, Lola mirándole cariñosa, tierna, apasionada!

En la pieza contigua, el respirar anheloso de su padre se confundía con preguntas de misia Indalecia.

—¿Cómo te encuentras?... ¿Te sientes mejor?... ¿Quieres otro matecito?...—y con suspiros contenidos de la pobre hija, que, resistiéndose a consentir en la posibilidad de una desgracia, volvía la imaginación hacia su madre, en el afán de encontrar la esperanza de un refugio, pues en su espíritu combatían ideas encontradas y abrumadores presentimientos, en aquella primera hora de dolor de su vida.

Leopoldo, casi sin pisar en el suelo, llegó has-

ta la puerta de comunicación y, recostado en el marco, se puso a contemplar aquel cuadro que le llenaba de frío y en cuyo ambiente se confundían los tintes, cada vez más rosados, de la aurora y los destellos, cada vez más amarillos, de la lámpara, a la que, por fin, se aproximó para tomarla del pie y salir con ella, bajándole la luz hasta apagarla del todo, después de soplar suavemente en la parte superior del tubo.

La respiración de don Anacleto se hacía más penosa, y tras de algún acceso de tos se quejaba sin poder evitarlo ; abría muy grandes sus ojos, miraba en derredor y apoyando de nuevo su hermosa cabeza en la palma de la mano puesta sobre la almohada, bajaba los párpados y caía en una especie de sopor, durante el cual las expiraciones, contenidas, salían de pronto, levantando las hebras de su bigote, por entre las que pasaba el aire produciendo un ruido lúgubremente estertoroso.

Cada minuto de espera se prolongaba atormentadoramente en el espíritu de cuantos compartían aquella situación y lo eran todos los de la casa, informados ya por la voz agorera de Quintuay, que en su media lengua pronosticaba una tremenda desgracia.

De pronto sintió Leopoldo que le tocaban suavemente en la espalda, y al darse vuelta se encontró con Quintuay, que le dijo :

—Hermógenes—dándole a entender que éste estaba de regreso.

En el corredor estaba Hermógenes con el sombrero en la mano, y en cuanto salió Leopoldo le dijo :

—El doctor no estaba, patroncito, porque anoche había ido a un parto ; pero le dejé dicho, y como Quintuay me dijo que el patrón estaba mal, fuí y me corrí hasta la colonia ¿sabe? y le dije al médico que se viniera y ahí viene.

—¿Dónde?

—Ahí no más ; si ya ha de estar por llegar.

Minutos después entraba a todo trote el tílburi del doctor Gallejú, que descendió sin tardanza y al saludar a Leopoldo, que se adelantó a recibirle, le preguntó :

—¿Qué es lo que tiene su padre?

—Desde ayer no estaba bien... y anoche se descompuso ; parece que tiene fiebre y respira con dificultad... Pase.

—Y dígame : ¿lo ha visto otro médico?

—No, señor... pase.

—Porque, mire : yo vengo, ¿no? porque me han ido a llamar, pero no quisiera quitar la plaza a nadie, ¿no?...

—No, doctor... yo mandé buscar al doctor Nardelli en el primer momento ; pero usted es lo mismo... Pase.

—Vea, don Leopoldo : en esto yo soy muy cuidadoso, ¿no? porque no me gusta que ningún colega diga de mí : ¡ ése !... se metió... y a mí me correspondía.

—Nadie ha de decir eso, doctor... Pase.

—Pero, dígame : ¿Nardelli va a venir?

—Es probable, porque le dejaron dicho ; pero eso no será inconveniente... Pase.

—Entonces será mejor esperar, ¿no? a que venga, si es que ha de venir.

—Mientras, podría usted ver a mi padre, que es lo urgente... Pase, doctor...

—Yo no tengo ningún inconveniente, porque no es el primer enfermo que veo, ¿no? y lo veré porque usted me lo pide, aunque no soy el médico de ustedes... porque nunca tuve ese honor...

Después de saludar prolijamente a misia Indalecia y a Carmencita, preguntándoles por casi todas las personas de su familia, se volvió el doctor Gallejú hacia don Anacleto, diciéndole casi sonriente :

—Vamos a ver qué tiene este enfermito, ¿no? ¿Cómo va, señor Luna?... ¿Qué le duele?

—Aquí—respondió el enfermo, señalando la espalda.

—Déme el pulso—y, sacando un enorme reloj de oro, permaneció en observación durante el tiempo necesario para hacerlo con un regimiento.

—¡ Venga una toalla ! y siéntese usted un poco.

Así lo hizo el enfermo, dolorosamente, y allá fué la toalla y sobre ella el «médico».

—Respire con la boca abierta... Contenga la respiración... diga : cuarenta... acuéstese ahora... ¿qué ha tomado? ¿Desde cuándo está así?

Y después de auscultarlo y tactarlo y percutirlo en toda dirección, dijo entre la natural expectativa de todos :

—La cosa no me gusta mucho, ¿no? pero ha de pasar—y alzando aún más la voz, agregó : —¡ Usted es fuerte todavía ! ¿no? y es sano, de modo que no ha de suceder nada...

—¿Usted cree, doctor?—preguntó la señora humildemente.

—¡Pst!... ¿Creer?... Esto está recién al principio, ¿no? Y esta maldita enfermedad suele durar mucho, y a más, ¿no? que tiene sus períodos... Vamos a darle unos remedios... para probar... ¡y veremos!

—Pase al escritorio, doctor—le dijo Leopoldo,—si va a recetar.

—¡Con mucho gusto!—contestó, dirigiéndose al escritorio, del que tomó posesión como dueño de casa y empezó la tarea de formular recetas.

En eso estaba cuando apareció de pronto don Alciro, azoradamente, y, sin saludar, preguntó:

—¿Qué es eso?... ¿que Anacleto está mal?...

—¡Hola!... Don Alciro... ¿Cómo le va?—exclamó el doctor Gallejú, al mismo tiempo en que Leopoldo decía:

—Sí, tío; no está bien; pase, véalo, ¿y tía?

—Ya vienen... no van a tardar... yo me vine a caballo—y pasó a la pieza del enfermo.

—¿Ustedes tendrán yodo aquí, ¿no?

—Creo que sí, doctor; sí, ha de haber.

—Me le ponen una buena pincelada, ¿no? en la espalda... ahí donde dice que le duele, ¿no?

Y siguió escribiendo recetas, contemplado por Leopoldo, que al cabo de un momento le dijo, inclinándose sobre el escritorio y bajando la voz:

—¿Usted cree que sea de gravedad?

—Sí... y... no... ¡hombre!... porque el pulmón derecho está muy congestionado... y a su edad... estos casos son muy traicioneros... Yo

volveré luego y me gustaría verlo, ¿no? con otros colegas... el mismo Nardelli... el doctor Paupalof... ¡ en fin ! lo que ustedes quieran... a mí me tienen a sus órdenes.

—¿ A qué hora puede volver, doctor?...

—¡ Hombre !... tengo que ver unos enfermos, ¿no?... A las doce... de vuelta—dijo el doctor Gallejú consultando su reloj.

Convenida la hora, el doctor Gallejú dió sus instrucciones a la familia y se retiró.

Leopoldo envió dos mensajeros con llamamientos a los médicos indicados ; pero al mismo tiempo dirigía un telegrama a Buenos Aires pidiendo a su excelente amigo el doctor Emilio Rodríguez Zález, que se trasladara sin pérdida de tiempo a *La Querida* para asistir a su padre.

El doctor Rodríguez Zález era amigo de la infancia con Leopoldo, aunque mayor que éste, y habían hecho juntos los estudios en alguna escuela, siempre en distintos grados, conservando con verdadera ternura los vínculos de aquella primera amistad, que fué creciendo con ellos, hasta convertirse en un verdadero culto mutuo.

Teniendo ambos en idéntica proporción, seguramente, el caudal de cariño necesario y suficiente para las necesidades más imperiosas de aquel culto de amistad, en el doctor Rodríguez Zález aparecía quintuplicado, simplemente por la manera cálida con que lo empleaba.

Era un maestro en el querer y manejaba su cariño como un esgrimista su espada ; en el momento preciso caía «a fondo» en el corazón de sus amigos, con la rara facultad de volcarse íntegro en una simple exclamación de afecto.

Era uno de esos seres raros, que viven empeñados en querer a cualquiera cien veces más de lo que merece, y a sus propios amigos mil veces más ; uno de esos seres intensamente afectivos, que elevan a la categoría de culto el sentimiento de la amistad, y que cuando estrechan, como amigos, una mano, experimentan la sensación de que contraen un vínculo de honor.

Su forma de expresión vocal era de tal modo enérgica, vigorosa y rotunda que bien podría decirse que no hablaba, como cualquiera, sino que tiraba, que arrojaba palabras, no a los oídos, sino a la cara de aquel a quien se dirigía, y cuando se hallaba frente a un amigo, como Leopoldo, volcaba su alma en torrentes de ternura y de afecto, con la vehemencia sincera de una madre que reencuentra a un hijo ausente.

No había terminado la lectura del telegrama de Leopoldo, y ya estaba en el teléfono pidiendo un tren expreso y... allá fué (1).

*

* *

A medida que pasaba el tiempo se acentuaba la agravación en el estado de don Anacleto,

---

(1) El autor se permite, a propósito de la personalidad y actuación del Dr. Rodríguez Zález en esta novela, llamar la atención del lector sobre el concepto que ha puesto como epígrafe de esta obra.

cuya visible postración crecía por instantes, como crecía el número de personas llegadas a informarse de su estado.

A las once de la mañana había más de cien caballos en los palenques y en los postes del alambrado de la quinta, y una veintena de diversos coches, cuyos dueños, en grupos, comentaban en voz baja la tremenda desgracia que amenazaba a todos, con la pérdida posible de aquel amigo común, de aquel consejero leal, de aquel verdadero juez inapelable en todos los casos en que alguna diferencia surgía entre los vecinos de toda la comarca.

Los que llegaban se agregaban a los grupos en espera del resultado de la junta de médicos, y en las piezas interiores las personas de la familia se agrupaban también en los últimos rincones, sin hablar y sin mirarse a las caras, como para demorar en algo la confirmación de la desolante sospecha. A ratos aparecía y se asomaba por alguna puerta la silueta de Miguelito, como empeñado en compartir la congojosa situación de los demás, para desaparecer luego, y, a favor de la absoluta libertad del momento, correr al monte de frutales a comer damascos y duraznos y ciruelas y pelones!...

De pronto se advirtió un movimiento de atención en los diversos grupos diseminados por la quinta, producido por la proximidad de los coches de los médicos, que al cabo de breves instantes llegaron puntuales a la cita.

El doctor Gallejú llegó primero y solo, viéndose inmediatamente cercado por muchas personas en demanda de una impresión optimista;

pero se mantuvo solemnemente reservado, diciendo únicamente :

—Ahora veremos, ¿no? Ahí vienen mis colegas.

Y se dirigió al escritorio, en cuya puerta le esperaba Leopoldo, profundamente afectado.

En el coche del doctor Paupalof llegó éste con el doctor Nardelli, y aun permanecieron un momento sin descender, entre la natural expectativa circundante, hasta que, por fin, bajaron, y siguieron el mismo trayecto que el anterior.

Imposible encontrar dos seres físicamente más distintos : Nardelli, pequeño de cuerpo, cara angulosa, de labios casi imperceptibles, rubio, lampiño, de ojos chiquitos y aun empequeñecidos tras los gruesos cristales de sus lentes prodigiosamente sostenidos sobre el caballete de la nariz ; Paupalof, enorme, inmenso, mostrando una gran cara en la parte que dejaba descubierta la tupida y colosal barba negra ; los ojos perdidos bajo las cornisas voladas de unas cejas que serían excesivos bigotes en los labios de su colega, con quien formaba un grupo análogo al del elefante y el faldero de lo circos de pruebas.

Los tres médicos rodearon el lecho del enfermo que Nardelli examinó atentamente primero, haciendo una exploración que fué luego seguida punto por punto por Paupalof mientras Gallejú hablaba sin cesar, anhelosamente escuchado por toda la familia que al anuncio de los médicos llenó los sitios extremos del amplio dormitorio.

Después de mil preguntas y de examinar cuanto podía servirles como elementos de juicio, pasaron a la sala a deliberar los tres galenos, guia-

dos por Leopoldo, que al regresar por el corredor fué interceptado por Miguelito diciéndole :

—Ché... ahí te buscan.

—¿Quién?

—Ese hombre—contestó aquél señalando a un peón italiano que se le acercó a una seña, y que amenazando con sacarse el sombrero le dijo :

—Vengo de la parte de don Guido y el ingeniero para saber de su tata.

—Que está lo mismo, y que muchas gracias, dígales — contestó Leopoldo, siguiendo su camino.

Paupalof, que no había estado nunca en *La Querida*, dijo en cuanto quedaron solos :

—Me llamó la atención tanta gente ; ¿este señor es algo aquí?

—Es muy rico—contestó Nardelli agitando la mano derecha—y es muy querido.

—Además, ¿no? que hace muchos años que están aquí ; son pobladores de los primeros.

Y la conversación giró, durante mucho rato, alrededor de don Anacleto, su fortuna y su familia hasta el límite de la zona conocida.

Por último convinieron en que el enfermo estaba muy grave y en que Nardelli, como médico de la casa, llevase la palabra bien que tras la protesta del doctor Gallejú, que dijo :

—No tengo, ¿no? inconveniente en cederle mi puesto ; pero yo fuí llamado y lo tenía, ¿no? en asistencia cuando pedí la consulta con ustedes, ¿no?

—Permítame : yo fuí llamado primero, como médico de la familia.

—¡ Y usted no vino!...

—Pero ahora estoy en mi puesto y a mí me corresponde porque en este caso soy el médico de cabecera, como lo quiere la familia.

—A mí no me han dicho nada, ¿no? por eso es que yo digo.

—Va bien... Va bien...—exclamó Paupalof, cortando el diálogo, y agregó :—Vamos... que ya es tiempo.

La aparición de los médicos en el corredor determinó un movimiento de honda emoción en todos los que querían adivinar el pronóstico que formularían.

Al verlos Leopoldo se dirigió hacia ellos conduciéndolos al escritorio donde pidieron hablar con él y con la señora.

—Mamita... un momento—dijo Leopoldo asomado al dormitorio, cuya puerta cerró, así que pasó la señora ; pero ello no impidió que por las otras puertas aparecieran misia Eulogia, don Alciro, Lola y algunos más.

Ante aquel auditorio de acongojados y de personas sencillas, dijo el doctor Gallejú :

—El colega, como médico de la casa—señalando a Nardelli,—les va a dar nuestra opinión, ¿no?

Todas las miradas, entristecidas y angustiosas, se dirigieron hacia el diminuto médico que como si lo dijera de memoria expuso :

—Estamos clínicamente frente a un caso de pleuroneumonía con su dolor pungitivo típico ; la rubicundez característica de la mejilla correspondiente ; la expectoración penosa con sanguinolencias viscosas por exudación en la pleura...

la percusión da tonos macizos y aunque el estertor crepitante percibido ya hoy, por la auscultación del colega, deriva tal vez a soplo tubario con broncofonía sintomática de una incipiente permeabilidad pulmonar, la situación es delicada... La temperatura se mantiene... podría sobrevenir una defervescencia, pero hay que pensar que tenemos un pulmoníaco de tipo diabético y todos ustedes saben bien lo que esto implica en un proceso patológico microbiano de esta índole, cuya patogenia sintomatológica es tan enigmática como eventual... intertanto vamos a continuar con el tratamiento iniciado por el colega, que es estrictamente indicado y mañana a esta hora lo veremos otra vez.

—¿Está muy grave, no, doctor?—balbució misia Indalecia como conteniendo el llanto que la ahogaba.

—¡Tanto!... es decir: no; pero la edad del señor...

—*Ecco!*—exclamó el doctor Paupalof dejando caer de lado un índice como un bastón.

—¿De modo—continuó temblorosamente la señora—que no nos dan esperanzas?...

—Nadie ha dicho eso, ¿no? y bien claro les habló el colega—dijo el doctor Gallejú señalando a Nardelli,—sólo que la enfermedad es grave; él es, además, diabético y de una complicación nadie se salva, ¿no?

—*Ecco!...*—volvió a decir el doctor Paupalof, dejando caer su enorme dedo que volvió a reposar, unido a sus compañeros, sobre la curva plataforma de su abdomen.

—Me diga—exclamó de pronto el doctor Nar-

delli dirigiéndose a Leopoldo,—¿el papá ya estuvo otra vez así?

—No, doctor, nunca; ¿por qué?

—Me venía la idea de haberlo sentido decir...

—¿No sería bueno—dijo entrando en el grupo don Alciro, cuyo aspecto parecía anticipar el que treinta años después tendría el doctor Nardelli,—no les parece que sería bueno llamar un médico del Rosario o de Buenos Aires?

—Eso les iba a decir, tío; porque he llamado a Rodríguez Zález que lo conoce mucho a tatita.

—Perfectamente—dijo Paupalof ante el hecho consumado, que obtuvo, por lo mismo, la aprobación de sus colegas que en seguida se despidieron convenidos en reunirse al día siguiente a la misma hora.

Así que los médicos salieron al corredor, misia Indalecia se abrazó de su hermana y de Lola, llorando a sollozos, al mismo tiempo que don Alciro, pasándose el pañuelo por los ojos, les decía con la voz temblorosa:

—Pero, hermana, ¿a qué ponerse en el último extremo?... Anacleto es un roble...—y no pudo seguir hablando porque pocas cosas producen tanta emoción en un viejo como ver a otro viejo enfermo.

Tras de los médicos salieron los visitantes, unos en los coches y los más al tranco lento de sus caballos, aumentando así la profunda tristeza caída sobre *La Querida*, que parecía quedar abandonada y sola al ver las largas hileras de jinetes que la dejaban entristecidos.

Jamás la figura humana ofrecerá una más

fiel imagen del dolor, que un paisano cruzando campo, al tranco de su caballo... las riendas flojas... la barba sobre el pecho...

Al caer la tarde de aquel día silencioso y abrumador, casi por igual para todas las personas de la casa, se encontraban junto al lecho del querido enfermo su compañera «de toda la vida», su cuñada, su hijita Carmen y don Alciro, cuando de pronto abrió aquél sus ojos e incorporándose un poco con gran trabajo dijo:

—Indalecia... ¿y Leopoldo?

—Aquí está en el escritorio; ¿quieres que lo llame?... ¿Cómo te encuentras?...

—Lo mismo... hija... sí... llámalo—respondió don Anacleto respirando cada vez más penosa y más aceleradamente.

Don Alciro, que, como todos, se había aproximado al lecho para atender las palabras del enfermo, se acercó rápidamente a la puerta y dijo:

—Te llama, Leopoldo.

Este que estaba con Lola, sentados en el sofá del escritorio, se alzó como tocado por un resorte y acudió al llamamiento, seguido por ella, que se quedó en la puerta, como sin atreverse a entrar.

—¿Qué quieres, tatita?...—le preguntó el hijo amantísimo, en el tono más dulce y más afable que es posible imaginar, mientras todos se acercaban aún más, formando un marco de caras anhelosas a la cara demacrada y hermosa del noble viejo.

—Tienes que portarte... como un hombre...

mira... ante todo tu madre... pobre... mi compañera... es una santa...

Don Anacleto hizo una pausa más larga; de los ojos de todos empezaron a caer lágrimas silenciosas, y la luz del crepúsculo, al acentuarse, daba la sensación de que se iba alejando de aquel lecho, como si ella también se apagara de a poquitos.

—...la hermanita... también... ¿eh?... pobrecita... que no... sufra... mucho...

—No!!, tatita!—gritó Carmencita en un alarido desgarrador, y abrazándose a su madre rompió a llorar desesperadamente.

—...No llore así... hijita... no aflijan... tanto... a esa... santa... hay que tener... conformidad... y seguir viviendo... como antes... para ella... ¿y... Miguelito?... ¿dónde está?...

—Llámalo, Lola—dijo a ésta Leopoldo, irguiéndose hacia ella y antes de que don Anacleto pudiera continuar entraba Miguelito con los bolsillos llenos de duraznos y de pelones y de ciruelas.

—...Más acá... ¡hijito mío!... que te quiero dar... un beso...— e incorporándose, aun más acercó, con la mano temblorosa, la cabeza del niño a sus labios, y después de besarlo largamente, cayó de golpe sobre la almohada exhalando una especie de ronquido que parecía un sollozo.

Casi instantáneamente se incorporó un poco y continuó muy fatigosamente, mirando a Leopoldo.

—Me lo haces... estudiar... ¿eh?... todos ustedes... me lo hacen estu... diar... que estu-

die... recuerden... que este... es... mi último... pedido... ¿y Lola?... que venga...

Lola avanzó lentamente, mientras don Anacleto permanecía callado como renovando algo las fuerzas perdidas, al mismo tiempo que tendiendo un poco el brazo derecho, que tenía libre, pues con el izquierdo sostenía su propia cabeza, tomó la mano de misia Indalecia apretándosela un poquito con las últimas energías que le quedaban y le dijo :

—¡ Pobrecita !... mi compañera...—y notando la proximidad de Lola, la miró diciéndole :— Acércate... más... aquí... así... y tú... también Leopoldo... junto... con ella... así... ven... Yo... los voy a... dejar... y antes... quiero... darles... mi... bendición... y que... sean... felices... y se quieran... mucho—y haciendo un supremo esfuerzo les pasó el brazo por el cuello y esta vez sí, se puso a llorar el pobre viejo, derramando sobre las frentes nubladas de esos hijos, que su infinita bondad consagraba, la sacrosanta bendición de sus últimas lágrimas.

*

* *

Tras una noche de espantosas angustias y de continuos sobresaltos para los habitantes todos de *La Querida*, llegó con las primeras luces del alba el doctor Emilio Rodríguez Zález, solícito y vibrante ante el llamado de Leopoldo.

Inmediatamente de recibido por éste, pasó a ver al enfermo cuyo mal avanzaba gradualmente y así lo comprobó con un examen cariñoso y atento.

—Tú eres fuerte y viril, Leopoldo, y en tu espíritu se concentran todas las energías más saltantes del alma humana... precisas... necesarias... ineludibles... en trances como éste y aunque se me parte el corazón y me duele, como si una garra férrea me lo estrujase, tengo que presentarte la cruel realidad en toda su brutal desnudez; tu padre se muere, sin remedio— dijo el doctor Rodríguez Zález.

—¡Qué tremenda desgracia!... ¡pobre!...

—Yo comparto en la mayor proporción tu tribulación... y tu dolor... tu pena es mía... ¡pero cómo quieres que yo!... ¡a ti!... ¡pero tan luego a ti!... te oculte... te engañase... te mintiera... cuando mi conciencia me grita que te sea veraz... porque tu virilidad moral no se embota ante el dolor... por lo mismo que es fuerte y enérgica... y en estas tempestades del espíritu la dilación es estéril y lo decente y lo leal está en desgarrar el velo que pueda ocultarte la verdad, siquiera sea por un instante...

—¿Crees entonces que todo será inútil?

—Lo sé, Leopoldo; el estado de tu padre se me presenta como si lo leyera en un libro; no es caso de hipótesis más o menos fundadas: es un caso que se ve. Su organismo es sano pero está gastado y el corazón afloja hasta no dar más.

—Luego a mediodía van a venir los médicos— dijo distraídamente Leopoldo,—ayer resolvieron volver a reunirse hoy.

Así ocurrió en efecto; pero al concurrir a la consulta no sospechaba ninguno el imprevisto desenlace que tendría por obra del doctor Rodríguez Zález que llevado por su carácter asumió la actitud que mejor cuadraba con él.

Después de un breve examen al enfermo, los médicos se dirigieron a la sala en compañía de Leopoldo que luego de llegar se dispuso a retirarse; pero lo contuvo el doctor Rodríguez Zález diciéndole:

—No te vayas, no; ven tú también, porque debes estar.

—¿Cómo?... ¿en la consulta?—preguntó con asombro el doctor Nardelli.

—¡Consulta o lo que resulte! El señor es el hijo y no puede haber inconveniente en que nos oiga en la situación en que nos encontramos.

—No es lo correcto, ¿no?—dijo el doctor Gallejú.

—¡Usted no va a enseñarme, «señor», lo que es correcto!

Entra, Leopoldo.

—Cálmate, Emilio.

Este dijo, luego de tomar todos asiento:

—Ante todo, he dicho ya a Leopoldo cuál es la situación desesperada en que su padre se encuentra sin que sea posible arbitrar medio alguno para aplazar siquiera el desenlace que sobrevendrá dentro de pocas horas, y esta situación debió ser clara, muy clara, «ayer a esta hora»: Hay un corazón destrozado, un corazón como un trapo, que ya no puede más, y así, pues, este no es caso de asistencia médica sino de asistencia amistosa, y aquí sobra el médico

y no se necesita más que el concurso confortativo del amigo.

—¿Vale decir, entonces, que estamos de más? —dijo el doctor Nardelli.

—Absolutamente demás: ustedes y yo, como médicos, porque no hay nada que hacer. Tu padre, Leopoldo, está muerto virtualmente y no volverá del estado, ya comatoso, en que se encuentra; lo que queda son restos de respiración mecánica que irá decreciendo hasta desaparecer; por dura que sea, esta es la verdad y no supongo que ninguno de ustedes pretenda rebatirla.

—Nosotros, ¿no?, lo teníamos muy bien visto desde ayer.

—¿Y entonces?, doctor Gallejú, ¿a qué esta consulta?

—Es un consuelo, ¿no?, para la familia.

—Es una crueldad, diga más bien; hacerles alentar la esperanza de una posibilidad irrealizable.

—Bien, don Leopoldo, dijo el doctor Nardelli; supuesto que estamos de más yo me retiro.

—Creo que debemos imitarlo, ¿no, doctor Paupalof?

—*Ecco!*—contestó éste inclinando la cabeza o dejándola caer más bien como si se le hubiera desarticulado.

Con un seco: «Ustedes lo pasen bien», los despidió el doctor Rodríguez Zález. Leopoldo les acompañó hasta cerca de los coches, y al verle regresar sin ellos al escritorio, misia Indalecia, que los esperaba, se dejó caer en el sofá exclamando a sollozos:

—¡ Ya no hay nada que hacer ! ¡ Santo Dios !... ¡ Qué injusticia !...

Leopoldo y el doctor Rodríguez Zález, que llegaban a la puerta del escritorio, se abalanzaron sobre la señora para tranquilizarla o consolarla, pero en ese mismo instante un alarido espantoso, un grito estentóreo : ¡ ¡ TATITA ! ! lanzaba Carmencita, y al acudir todos al dormitorio la encontraron caída sobre el cuerpo de su padre, que había dejado de respirar para siempre.

... ...

La triste noticia circuló con asombrosa celeridad, y en todos los establecimientos vecinos se suspendió el trabajo para que «los hombres» pudiesen concurrir a la casa del prestigioso y querido don Anacleto, como lo hicieron llegando en numerosos grupos para desfilar después de a uno, descubiertos y contritos, por delante de aquel hombre cuya rigidez cadavérica parecía una prolongación corpórea de la estricta rigidez de su conciencia y de su virtud en vida.

Nadie faltó en aquellos momentos, pues al caer la tarde, ya puesto el sol, hasta don Guido Bergalli y su hijo podían verse entristecidos y mustios, parados al pie del cajón en que reposaba don Anacleto Luna, contemplándolo como resistiéndose a creer que aquella vida, tan sana, tan buena, tan fecunda, tan útil, se hubiera extinguido del todo.

El ingeniero Bergalli miraba en derredor sin poder distinguir las caras pálidas en la penumbra imperceptible que la mortecina luz de las velas producía, y ante la esterilidad de sus es-

fuerzos tomó la hábil resolución de contemplar a don Anacleto por todos sus radios, e inició una disimulada jira en torno, seguido instintivamente por su padre, cuya compañía le permitió escudriñar con más detenimiento echando sus agudas visuales hacia el frente, por sobre el cuerpo que aparentaba contemplar entristecido.

Para dar paso a un sirviente, que cortaba, de cuando en cuando, las mechas humeantes de las velas, retrocedió un par de pasos, dando lugar a que otras personas se interpusieran entre él y el motivo aparente de su contemplación, y así pudo observar a las personas sentadas en derredor de la sala, viendo entre ellas a Leopoldina, con quien cambió breves palabras de efusiva condolencia.

—Querríamos saludar a don Leopoldo—le dijo Bergalli,—pero entre este gentío no lo veo.

—Allí está —le contestó Leopoldina, señalando a un extremo de la sala,—¿quiere que lo hable?—y al ponerse de pie como para hacerlo, el viejo Bergalli la vió y le dijo en su lengua blanda y fofa :

—¿Gómo la ba?

Aceptado el ofrecimiento, se dirigió, seguida de Bergalli y del padre, al sitio en que estaba Leopoldo con Lola, y le dijo :

—Leopoldo : te quiere saludar el señor Bergalli.

Leopoldo se puso de pie, dando paso a la luz de una vela que dió en la cara blanca y divina de Lola, realzada su belleza por el traje negro y orlada su frente por la espléndida cabellera renegrida.

—«Nuestro» pésame más sincero; créamelo —le dijo Bergalli, dándole la mano.

—E el mío—agregó el viejo.

—¡Gracias! ¡muchas gracias!

Y guiados de nuevo por Leopoldina, siguieron hacia la puerta de salida y se fueron para *La Caserta*, en silencio; pensando el viejo en la fortuna que dejaba don Anacleto, y pensando Victorio en aquellos dos caminos que un día se mostraron delante de él...

Al pasar en el coche, por un costado de la caballeriza, fueron vistos por Quintuay, que en ese momento cosía una bata negra y que al advertirlos quedó con la aguja en alto, frunció el ceño y después de dejar caer el labio inferior, dijo, medio entredientes:

—¿Patrón?... ¡Mentira!... ¿Niña Leopoldina? ¡Mentira!... Quintuay sabe...

A la mañana siguiente llegó el fúnebre, tirado por una yunta de caballos, cansados por el largo trayecto recorrido hasta la estancia, y a la presencia del coche fatídico, la gente se aproximó en silencio hacia la sala, sacándose los sombreros y caminando despacio.

Al oir acercarse el féretro, Leopoldo tomó a Lola de la mano, diciéndole:

—Ven; vamos a llevar a mamita que se despida.

La pobre señora estaba embargada por la anestesia moral que una tremenda desgracia produce en el ánimo de quien la experimenta y a favor de la cual pueden soportarse esos dolores que de lo contrario matarían también, y se dejó llevar con la mirada perdida y el paso vacilante.

Los presentes hacían cancha para que el pequeño grupo pasara y tras de él no se oía más que una palabra, una sola, repetida por todas las bocas, como la sentida síntesis que el aspecto y la situación de misia Indalecia, podía inspirar : ¡ pobre !...

Cuando cayó enloquecida de dolor sobre la cabeza helada de don Anacleto, Leopoldo se abrazó de Lola, llorando a sollozos ; de todos los ojos caían lágrimas y hasta el plomero se pasó por los suyos la manga sucia de su blusa azul. Uno tras de otro se agregaban los íntimos al grupo de los que se despedían, acariciando y besando frenéticos aquella cabeza, aquella frente, aquella inmensa ternura helada y que al conservar aún sus formas exteriores parecía complacerse en provocar la exaltación del hondo afecto que supo inspirar, para que sufrieran con su impávido silencio como acaso ella misma sufría al no poder romperlo...

Miguelito, parado a los pies de su padre rígido, creía ver que los ojos del muerto se movían y que hasta sus labios se plegaban ligeramente en una ternísima sonrisa de placer, y llegó a pensar :

—Ha de ser lindo morirse... ¿si verán los muertos?... ¿Si me estará mirando tatita?...— y, por fin, lloró él también, como todos, hasta que contuvo su llanto ante una reflexión súbita :

—¡ Llorar sí que es lindo !

Momentos después se iniciaba la marcha del cortejo quedando en la casa dos hombres nada más : don Alciro y Eleuterio, que se ocupó en

recoger las flores caídas en la sala, poniéndolas dentro de su sombrero una por una y hasta la última hojita, para irse después con ellas llorando hacia su cuarto, de donde no salió en toda la tarde.

A la cabeza de la larga fila de vehículos salió el fúnebre, al paso de sus caballos hasta pasar la tranquera de la quinta donde aceleró la marcha, a favor de la cual las cortinillas flecosas que caían a los costados del techo rematado por una cruz, se agitaban como unas manos que saludaran en la sombra.

Después, los numerosos y variados carruajes de los vecinos pudientes, y tras de éstos, en una larguísima, interminable fila, los paisanos, que, de a dos o tres, en sus caballos multicolores iban saliendo por la misma tranquera junto a la cual en inmenso grupo cada uno esperaba sin impaciencias el momento de seguir, semejando el conjunto, un gran ovillo, de una de cuyas puntas, desenvolviéndolo, tirara alguien...

Con la mano apoyada en uno de los pilares del corredor, Quintuay, inmóvil, contemplaba aquella escena, hasta que al salir la última pareja de paisanos y separarse algo de la tranquera, como si fuese la punta extrema del final del ovillo, bajó la mano, que cayó pesada y sonorosamente sobre el muslo, y exclamó :

—¡ Cuerpo, allí !... ¡ Patrón, aquí, viviendo siempre !...

*
* *

Con la muerte de don Anacleto no sólo se perdió un padre amantísimo y un amigo leal y un consejero impecable, sino que para don Alciro, en primer término, desapareció una fuerza atemperadora y hasta algo así como un guardián de su propia decencia, pues las únicas sanciones que más de una vez pesaran en su espíritu, fueron las amables o severas de aquel hombre honesto y puro.

Desaparecido de la escena, quedaba don Alciro librado a sus idiosincrasias y a su moral más que turbia, y así como en presencia de don Anacleto había negado la posibilidad de que Bergalli llegara a ser su yerno, con su muerte se desvanecieron sus escrúpulos y puso de su parte lo necesario y más para que Leopoldina se enamorara de aquél, llegando hasta invitarle a comer en su mesa.

Bergalli, más cauteloso o menos impaciente que su futuro suegro, no se prodigaba demasiado y mantenía a cierta distancia sus relaciones amorosas, sin calcular que su actitud servía de incentivo a la creciente simpatía, al amor, en realidad, de la ingenua Leopoldina y a los paternales afanes de don Alciro.

Esta situación y la muerte de don Anacleto

especialmente, determinaron la inmediata realización del casamiento de Leopoldo y Lola celebrado en la intimidad por el duelo que pesaba sobre la familia, a los pocos meses de morir aquél.

Efectuada esta unión con más lágrimas que alegría, pues la ausencia del querido muerto contribuía precisamente a reavivar su recuerdo y el dolor de su partida, ante aquel acto trascendental en los destinos de Lola y Leopoldo, éstos tuvieron su alojamiento en la propia casa de *La Querida*, aportando así el mejor consuelo para el corazón herido de misia Indalecia, que ganaba una hija excelente y veía realizado un hondo ideal de madre, fundado en un concepto instintivo : «Vale más bueno conocido que muy bueno por conocer», y ella conocía a Lola más aún que a la misma Carmencita por lo mismo que había significado un motivo de constante preocupación para su espíritu.

«De encargo—solía pensar—no se conseguiría una muchacha más buena, más virtuosa ni más digna de Leopoldo», con lo que formulaba el más alto juicio que podía concebir, porque ni ella ni nadie pudo imaginar un tipo superior a Leopoldo en sus descollantes calidades de todo orden. Se congregaban en él, afianzados por influencias recíprocas, las virtudes inmaculadas de sus padres y si cada uno de ellos fué honesto y puro y bueno y vigorosamente virtuoso, él lo era como la suma de los dos y aún más.

Era una de esas almas nacidas para modelo de los demás, tan inclinado al bien como resistente, sin violencias, a todo lo que se apartara

de la línea recta, sin violentarse jamás para seguirla porque tenía la trayectoria divina de un rayo de sol, impedido, por ley ineludible, de apartarse de su ruta. El camino del vicio quedaba siempre a su espalda y era ingénitamente insensible a sus llamados, a tal extremo que ser virtuoso tenía en él el mismo mérito que ser alto y físicamente bello, como lo era.

Al poco tiempo de morir su padre hizo un breve viaje a Buenos Aires, con objeto de poner a Miguelito en el colegio procurado para éste, en fiel observancia del ruego que aquél había formulado al morir y que lo cumplió sin la menor indecisión, malgrado las reiteradas protestas del chico, que repetía como único estribillo :

—No sé para qué me quieren hacer estudiar ; ¡ qué pavada !... Yo quiero ser estanciero como tío, que no ha estudiado nunca y muy bien que le va.

Miguelito quedó, pues, en el colegio de pupilo, bajo la vigilancia inmediata del tutor indicado : el doctor Rodríguez Zález, quien pudo comprobar, en poco tiempo, el poco amor al estudio que acusaba su apoderando, del que no esperaba obtener que fuese siquiera «el mejor entre los peores» del colegio.

La ausencia de Miguelito pasaba casi inadvertida en *La Querida* para todos, salvo para misia Indalecia, como es natural, y contribuía a ello no sólo la ingrata condición de él, sino la nueva situación creada en aquella casa por la ausencia abrumadora de su dueño y por la presencia vivificante de Lola, que la llenaba toda, como los acordes del órgano sacro inundan de

armonías hasta el último hueco en las bóvedas del templo.

La muerte de don Anacleto provocó una resolución inquebrantable en misia Indalecia, resuelta a no salir jamás de la casa, «sino para el cementerio», según lo dijo y lo había de cumplir, y esa decisión tan natural y explicable solucionaba una situación que podía ser molesta, pues obligando a misia Eulogia a visitar a su hermana asiduamente excluía la necesidad de que Lola fuese a *Las Potrancas* a visitarlos y a encontrarse seguramente con Bergalli, cuya presencia estaba muy lejos de serle grata.

Bergalli, entretanto, había formalizado su compromiso con Leopoldina ; pero su casamiento quedaba aplazado por decisión de misia Eulogia, que encontraba a su hija demasiado joven para casarse, y esta situación debía prolongarse por un par de años, cuando menos, según sus deseos, y salvo lo imprevisto.

En *La Querida* todo había vuelto a la normalidad, y la acción inteligente y laboriosa de Leopoldo, coincidente con una acentuada valorización de la tierra, acrecentaba, por días, el caudal de aquella fortuna honestamente elaborada. Ello no impidió que Leopoldo se aplicara a regularizar algunas cuentas pendientes por créditos otorgados generosamente por su padre, y entendiendo que en su carácter de administrador de los intereses librados a su custodia, no le era lícito tener contemplaciones con nadie, ni aun con don Alciro, que adeudaba ciento nueve mil pesos facilitados en aquella forma.

Consultar con su madre cualquier medida de

ese orden era provocar, seguramente, su anulación en irresistible homenaje a la memoria de don Anacleto, que él era el primero en guardar con honda unción en su espíritu ; pero dejando de lado consideraciones afectivas y a las que don Alciro no era acreedor, decidió por sí mismo presentarle su exigencia, que a la sazón era la única que no había hecho efectiva entre todos los créditos de aquella índole.

Leopoldo podía callar, no ocultar estos propósitos a misia Indalecia, pues ni entendía ella de esas cosas ni su espíritu estaba todavía serenado lo bastante para hablarle de asuntos semejantes ; pero Lola era para él como su propia conciencia, y le habría parecido mentirse a sí mismo si no se lo hubiera dicho, como lo hizo, estimulado además por una razón que había conocido casualmente referida por Quintuay. Esta había sabido, por conversaciones transmitidas por Leandro, que el novio de la niña Leopoldina le había prestado plata a don Alciro...

—En el paso que voy a dar, Lola, no sólo respondo a un dictado de mis deberes, porque yo no puedo regalar ese dinero de mamita, sino al propósito de evitar que ustedes se queden sin *Las Potrancas*, que es lo que va a suceder sin beneficio para nadie de nosotros y con perjuicio para todos.

—¿Cómo podría suceder eso?

—Muy fácilmente : las deudas de tío crecen cada vez más, y el campo cada vez produce menos, desatendido como está, y a este paso cualquier día los acreedores se quedarán con todo.

—Pero, Leopoldo, si tú le exiges a tatita que

devuelva esa suma, contraerá otra deuda para devolverla, y su situación será peor.

—Tienes mucha razón ; pero lo que yo me propongo es no sólo salvar la suma que le debe a mamita, sino salvar para ustedes ese campo tan valioso y que puede perderse por pocos pesos, relativamente.

—¿Cómo?... Yo no entiendo eso, y me da mucha pena tatita, porque las más de sus deudas son por haber dado su firma a otros.

—Aunque así fuera, que eso está por verse, el hecho es que esas deudas existen, y yo pienso que ha llegado el momento de poner un término a esa situación mediante la forma en que he pensado, y que consiste en levantarlas todas, haciendo una hipoteca, ¿comprendes?

—¿Y cómo se haría esa hipoteca?

—La haríamos nosotros mismos, porque al fin y al cabo la mitad del campo será tuyo, y entretanto impediríamos que fuera a otras manos.

—Yo no sé qué decirte, Leopoldo ; no querría que tú hicieras nada que pudiera incomodarlos ; pero si crees que debes hacerlo...

—Sí, Lola ; debo hacerlo por el doble motivo que te he dicho, y esto será conveniente para todos.

—Nosotros no debemos pensar en las conveniencias sino en la tranquilidad nuestra, ¿no te parece?

—Es muy sensato, y no seré yo quien le altere, mi querida ; debes estar bien segura de ello ; pero cuando he sabido que tío ha pedido dinero a Bergalli.

—¿Quién dice eso?

—Lo he sabido casualmente por Quintuay, pues ayer, cuando te dije que iba hasta la sucursal del Banco para depositar el dinero de los novillos de que te hablé, Quintuay me dijo que tío también tenía mucha plata ; yo, por contestarle algo, le dije que de dónde iba a sacarla, y entonces me contó que Leandro les había dicho en la cocina que ahora estaban con plata en *Las Potrancas*, porque tío había recibido un dinero de los Bergalli y les había pagado a todos.

—Cosas de la india... Esa mujer se mete en todo... y quizá en lo que no debe.

—No te enojes con ella, que fué la primera en entusiasmarse con la noticia de nuestro compromiso, y acuérdate todo lo que hacía por nosotros.

—Lo mismo le dijo a tía en cuanto supo que Bergalli festejaba a Leopoldina... y a mamita también se lo dijo.

—Pues yo creía lo contrario.

—Sí ; al principio decía que Bergalli era esto y lo otro y lo de más allá, y que no estaba enamorado ; pero después cambió...

—Ha de tener sus razones, Lola, porque Quintuay no se equivoca nunca... ¡ Yo le tengo una fe !...

—Yo la tengo por una india habladora, y nada más... y hasta le estoy tomando fastidio, por metida.

Leopoldo se acercó a Lola, que estaba en ese momento tejiendo un pequeño vestidito de lana blanca, e inclinándose sobre ella amorosamente, le dijo, pasándole la mano por el cabello, como alisándoselo :

—¿Entonces... tú querías... que te hubiera dicho... que iba a ser mujercita?...

Lola alzó la vista, impregnada de infinita ternura; contempló un instante a Leopoldo, y sin hallar la respuesta que buscaba, los bajó de nuevo, poco a poco, y continuó tejiendo, al mismo tiempo en que él, separándose de la silla y colocándose delante de ella, le decía, golpeando una mano sobre la otra y dando pequeños saltitos como un chico alegre:

—¡Pues será varón!... ¡Será varón!... ¡Será varón!...

*
* *

—Te prevengo que no me tomas de sorpresa, Leopoldo; desde que murió tu padre te he estado esperando día por día... y te diré más... para que veas que es cierto... porque yo no sé mentir—decía don Alciro, medio sentado sobre su mesa-escritorio, pero afirmado con un pie en el suelo, mientras balanceaba el otro al aire y mientras buscaba en su imaginación la forma de salir del imprevisto trance;—ni he mentido nunca... ni de chico... porque la mentira me ha parecido siempre el vicio más feo...

—Y el hombre que miente es un cobarde—dijo Leopoldo, con marcada intención, pues sabía que a su tío le molestaba mucho menos el mote de mentiroso que el de cobarde.

—No digo tanto... pero... como te iba diciendo... me encuentras «perfectamente» preparado para satisfacer tu exigencia.

—Permítame, tío ; yo no soy exigente con usted, y en este caso, menos ; pero póngase en mi situación y dígame si usted no haría lo mismo.

—¡ Hombre !... yo... en tu caso... haría lo que tu padre...

—¿ Qué me quiere decir con eso?

—¿ Tú crees que si él viviera te habría autorizado a dar este paso?... a venir a decirme ¡ a mí ! que debo pagarles esa deuda, como si yo la desconociese o me hiciese el olvidado?

—¿ Y quiere decirme usted, a su vez, lo que haría tatita, si por suerte viviera y necesitara ahora el dinero a que nos referimos?... ¿ Lo trataría usted de cobrador exigente?...

—Pero, ¿ cómo?... ¿ Que ustedes están necesitados de dinero?...

—Supóngalo.

—Me dejas frío... ché... ¿ Pero no es que ustedes tenían cómo comprar este campo?

—¿ Y...?

—¡ Y mira lo que son las cosas !... No hace muchos días me dijeron que *La Querida* había vendido ochocientos novillos de invernada... pero... ¡ a muy buen precio !...

—Es posible.

—¿ Entonces?... ¿ A qué tanto apuro?

—¿ Pero no acaba usted de decirme que está preparado para reintegrar ese dinero?... ¿ A qué hablar tanto?...

—Si no te digo que no... ¿ Para cuándo lo necesitas?

—Para la semana que viene.

—¡Convenido!... lo tendrás... puede ser que no todo... pero cuando menos la mitad.

—¿La mitad?

—Sí.

—La mitad es cincuenta y cuatro mil quinientos pesos.

—¡Justo!... Si en total son ciento nueve mil... ¡Ya ves si lo tengo bien presente—dijo don Alciro tocándose la frente con el dedo mayor de la mano derecha y forzando una sonrisa que no pasaba ni una línea más allá de los labios, y saliendo de la postura en que se encontraba, empezó a pasearse de un lado para otro, «como gallo en corral «ajeno».

—Y el resto, ¿cuándo lo tendremos?

—En poco tiempo más... en muy poco tiempo más... muy poco...

—¿Y de dónde va a sacar usted esa suma?...

—¡Ché!... ¡Ché!... ¿quién te ha hecho mi tutor?

—No, tío, no pienso semejante disparate; pero creo tener derecho a preguntarle buenamente lo que le he preguntado y en lo que no puede haber un misterio.

—¡Pues no me da la gana de decirte...! ¡Ya ves!...

—Hace mal, tío, porque entre nosotros no debe haber secretos de ninguna clase, y menos de ésta.

—Pero si te he dicho que tengo el dinero, ¿qué más te puede interesar?...

—Su procedencia.

—¿Crees que lo haya robado?

—¡ Pero, por Dios!... ¿Cómo puede usted decirme semejante monstruosidad?...

—Bueno, mira; no debía decirte nada; pero para que no te formes malos juicios te diré que este mozo Bergalli quiere colocar una suma.

—No siga, tío; ¡ basta! Desista usted de ese recurso, que no es honorable.

—Eso necesita una explicación: ¿por qué no es honorable?

—Porque ese hombre es festejante de una hija de usted, movido por el afán—usted mismo lo ha dicho—de entrar en nuestra familia, y bien puede pensarse que así sea, ya que antes pretendió festejar a Lola.

—¿Y qué hay con eso?... No veo...

—¡ Es que es preciso que vea! porque estas cosas no se pueden hacer sin que se interpreten de mala manera y, últimamente, tío, para qué vamos a andar con medias palabras: ¿cuánto le debe usted a los Bergalli?...

—¡ Nada! Yo no les debo nada...—contestó vacilante don Alciro.

—No me lo oculte; usted les debe.

—Si te digo que no...

—Me está ocultando la verdad, y no podrá explicarme satisfactoriamente una sola pregunta que yo le haga.

—Tú dirás... ¿A ver?... ¿Cuál?...

—¿De dónde consiguió usted dinero para pagar aquí a todos, desde el capataz hasta el último peón?

—Me lo facilitó Bergalli.

—¿Y cómo me dice que no les debe nada?

—Quise decirte que no les he firmado paga-

ré... ni nada... me facilitaron esos pesos amigablemente.

—¿Cuánto?

—¿Para qué quieres saber?

—Para que usted se los devuelva en seguida... mañana mismo...

—Yo no podría hacer eso con esa gente.

—Yo le voy a dar lo necesario para eso y para todo y para que ustedes vivan tranquilos; pero a condición de que me den a mí un poder general para administrar yo los intereses de ustedes y así pueda usted descansar y salvarse de compromisos de dar dinero «o su firma» a nadie.

—Eso habría que pensarlo dos veces: porque no soy ni un achacoso ni un idiota para no poder trabajar y administrar yo.

—Ya sabemos; pero mejor es que sea yo y no usted, y así será no más; pero, entretanto, ¿cuánto le debe usted a esa gente? y en definitiva: ¿cuánto debe usted en total, para pagarlo todo?...

—¡Qué conferencia tan larga!—dijo entrando misia Eulogia seguida de Leopoldina, a quien no dejaba con soga larga después de su compromiso.

La entrada de la señora hizo derivar la conversación hacia otros temas; pero el principal estaba planteado y podía decirse que resuelto también, ya que don Alciro, contra su costumbre, se había batido en retirada.

Una nueva entrevista saldaría las últimas dificultades y el campo de *Las Potrancas* podría acaso agregarse algún día a *La Querida*, pero jamás a *La Caserta*.

El ingeniero Bergalli quedaba otra vez vencido por Leopoldo.

Cuando éste volvió al lado de su mujercita, le refirió todo lo ocurrido, explicándole el recto alcance de sus propósitos y la posibilidad, casi segura, de verlos realizados, mereciendo en todo y por todo, el más vivo aplauso de ella, que al terminar su conversación le dijo :

—Durante tu ausencia me he reído en grande con las cosas de Quintuay, que se vino a conversar conmigo, aprovechando que tía y Carmencita se recostaron un rato y quedé sola.

—¡ Cuéntame !... ¿Qué te dijo?...

—¡ Qué india loca !... Figúrate : me dijo que por mi modo de caminar sabe que será varón !... ¡ Qué gracioso !...

—¿ Y si resulta cierto?

—Será una casualidad ; ¿pero qué va a saber esta gente de esas cosas? Hablando del compromiso de Leopoldina dice que «él» no le gusta porque no la quiere ; pero que «ella» lo va a hacer bueno y que por eso le agrada el casamiento... ¡ Pero qué gracioso !...

—No te rías... Lo que soy yo no me río, porque fíjate : tu hermana fué y es todavía acaso una chica vanidosa y superficial, pero eso puede ser causa de su poca edad, y con el tiempo y con su casamiento no es imposible que cambie.

—¿ Y tú crees que Quintuay puede hacer ese raciocinio?... ¿Una india ignorante y bruta como ella?...

—Todo lo que quieras, pero cuando anuncia

lluvia llueve, y cuando anuncia seca no cae ni una gota, y... así por el estilo.

—¡ Ah ! otra cosa más curiosa y en esto sí que me hizo impresión... no sé cómo nació la conversación... ¡ Ah ! sí, ya me acuerdo : hablábamos de la pobre tía, y de tío y de su muerte, y me preguntó si yo creía en la muerte y qué pensaba. Me quedé atónita como comprenderás, limitándome a contestarle que cómo no iba a creer sabiendo que existe desde que la gente se muere ; pero entonces me habló del alma... ¡ las cosas más raras ! y acabó preguntándome si yo creía que el alma moría también como el cuerpo.

—¡ Ya ves !... mira qué problema en boca de Quintuay ; ya ves que no es tan bruta ni tan ignorante.

—¡ No es eso solo !... Como yo le contestara confusamente, me dijo en su media lengua que, para ella, el alma existe, pero no es inmortal, por más que dura mucho más que el cuerpo, y me hizo una comparación que me asombró, Leopoldo ; figúrate lo que me dijo : que el alma es como el olor de las flores, que queda en la ropa hasta mucho después de que las flores se sequen y se tiren a la basura.

—¿ Y tú qué le dijiste?

—Le pregunté que de dónde sacaba esas cosas, y se limitó a contestarme : «¡ Quintuay sabe !... ¡ Quintuay sabe !...», como si hablase de otra persona... como si dentro de ella misma hubiese otro ser que le dictara lo que ella ha de decir... ¡ qué sé yo !... ¡ qué cosa tan rara !...

—¿ Te ha dejado preocupada, mi querida?

—¡ De veras !... ¿ preocupada?... No sé... pe-

ro estoy nerviosa... después de haberme dicho tanto... ¡ me ha dicho tantas cosas !

—¿Qué otras cosas? ¡ dime !

—No me puedo acordar... me habló de ti... que tú me quieres mucho porque eres muy bueno... y porque estamos solos... aquí... ¡ No sé !... ¡ no me acuerdo !... Que aquí seré feliz... muy feliz siempre... pero no pude entenderle bien... que la felicidad no es como el perro... que sigue a las personas... sino... como el gato... que se encariña con el sitio en que vive... y cuando la gente se va... la deja que se vaya... y él se queda... como si tú fueras a olvidarme algún día...

Y Lola se puso a llorar, no sólo por lo que Quintuay le había sugerido sino por el estado avanzado en que se encontraba y en el cual la sensibilidad de la mujer se exalta por todo.

Leopoldo le tomó la cabeza tiernamente entre las manos y besándole los cabellos renegridos le dijo :

—¡ Aquí y en todas partes seré siempre el mismo contigo... tontuela !... ¿Quién hace caso de las cosas de Quintuay?...

*
* *

—¡ Qué te dije, mamita?... ¡ Varón ! Un muchachote... ¡ así !...—decía Leopoldo, con la voz ahogada y los ojos vidriosos al abrazar a su ma-

dre, que al desprenderse suavemente de sus brazos, le dijo, mirándole dulcemente en los ojos a través de los suyos humedecidos también.

—¿Le pondrás «su» nombre?...

—Ya lo habíamos pensado—contestó Leopoldo abrazándola de nuevo y dejando ambos correr a torrentes el antes contenido llanto que caía sobre el recuerdo reavivándolo como un riego bendito.

—¡Varoncito!... qué suerte, ¿eh?—exclamó Carmencita, llegando al lado de ellos hasta permitir que Leopoldo le pasara un brazo sobre el cuello, diciendo:

—Tu primer sobrino... ya eres «tía»—y separándose del grupo dijo nerviosamente:—Voy a mandarle la noticia a tía, y tú, Carmencita, hazme el favor de hacerme... ahí tienes fórmulas... un telegrama para Miguelito diciéndole...

Y sin terminar, por innecesaria, la frase, se puso a escribir sentado en el escritorio de «él», frente a su hermana.

Leopoldo escribía algunas palabras y rompía el papel, para volver a hacer lo mismo repetidas veces, hasta que al fin, notando que misia Indalecia y Carmencita lo observaban, exclamó haciendo todo lo posible por reir mientras sus mejillas temblaban convulsivamente:

—¡Qué pavada!... Estoy nervioso, ¿quieren creer?

—¡Parece increíble!...—repuso Carmencita; —¿qué te cuesta tanto?

—El nombre...—contestó Leopoldo, por cuyas mejillas rodaban en ese instante algunas lágrimas;—el nombre... no puedo escribirlo.

—¿Cómo le vas a poner?

—«Su» nombre...

Y volvió a la tarea, para la que quedó solo, porque misia Indalecia, tomada de la cintura por Carmencita, se dirigió lentamente hacia la sala, llevando apoyada en un hombro la cabeza caída de su hija.

Poco después de esta escena llegaban a *La Querida* misia Eulogia, don Alciro y Leopoldina, y pasado el primer momento de felicitaciones y de lágrimas, la casa tomó un aspecto tal de alegría y de amabilidades recíprocas, por el recién llegado, que casi parecía haber caído en olvido el recuerdo del que se había ido para siempre.

En Leopoldo, especialmente, la felicidad era de tal modo intensa que, sólo por contraste, aun le parecía grande su dolor, y es que con la conciencia, acaso, de haber sido un hijo modelo en su pasado, se le presentaba en adelante la doble tarea conjunta de ser un marido y un padre ejemplar. La visión de tal porvenir tenía que ser más fuerte que un dolor moral alzado a su espalda, y si en la escala de los dolores el mayor anula al menor, cuando en ella se interpone una gran felicidad, todos los dolores morales desaparecen o se anestesian por largo rato.

Lo que ocurría en el espíritu vibrátil de Leopoldo, ocurría en todas las personas de *La Querida*, en todas, hasta en misia Indalecia; pero había en aquel cuadro una excepción, una no más: Quintuay, que desde que nació «Anacletito», y ante todo motivo con él relacionado, expresó la misma idea:

—¡ Pobre patrón... pobre !... ¡ Muriendo primero... ahora... naciendo nene... pobre patrón !...

En la cocina—sitio que en las estancias de antes era como el centro preferido para las reuniones sociales y chismográficas—el nene era, a poco de nacer, el «patroncito», algo como el príncipe heredero, y todos a cual más, de Eleuterio para abajo, ansiaban conocerlo y comprobar el gran parecido con don Anacleto que Quintuay aseguraba haber notado.

—De veras—les decía a los peones don Alciro, que siempre tuvo cierta predilección por las conversaciones con ellos,—no es broma : se parece al viejo como dos gotas de agua : la misma nariz... los ojos... todo... ¡ es igualito !

Y lo decía de buena fe, porque es difícil en esos casos substraerse al contagio de los más, y los más se preocupan siempre en encontrar parecidos entre todo recién nacido y sus parientes longevos, sin pensar en que, invariablemente, todo recién nacido se parece o es igual a todo recién nacido, y nada más.

Don Alciro, que vivía preocupado en halagar a Leopoldo, en cuyos brazos se había echado resueltamente, se apartaba a ratos de aquel concepto para rendir tributo a otra modalidad común en los casos análogos :

—Pero más se parece a Leopoldo—decía don Alciro, como rectificando el anterior concepto. —¡ Si es su vivo retrato !... ¡ Fíjate, Eulogia... hasta el modo de mirar !...

Y como no hay nada que complazca tanto a los padres, como parecerse a los hijos—en el con-

cepto de las gentes,—don Alciro preparaba el camino para obtener un anticipo sobre la próxima cosecha.

El nene no había cumplido veinticuatro horas de edad, y entre las felicitaciones recibidas por sus padres llegaba efusiva la del ingeniero Bergalli, que por Leopoldina había conocido la feliz noticia, aprovechada sin dilación para dar a Leopoldo una nueva prueba de afectuoso respeto hacia él y hacia Lola.

Cada vez que Bergalli realizaba un acto de esa índole recrudecía sus protestas de pasión a Leopoldina, que, aceptándolas ingenuamente, reforzaba en equivalente proporción su creciente cariño hacia su prometido.

Esta doble conducta de Bergalli le daba los frutos apetecidos, pues, a medida que más hondo entraba en su alma el diabólico proyecto engendrado a la vista de aquellos «dos caminos» con que cierta vez se encontró, más confianza inspiraba en el espíritu sencillo de toda aquella familia.

En cambio, Leopoldina acentuaba día por día una saludable reacción en sus maneras y en su conducta, y a medida que avanzaba en el camino iniciado, sus calidades intelectuales y morales se hacían más serenas, más vigorosas, más eficaces. El nacimiento de Anacletito le dió una sensación aproximada de sus deberes futuros, y su alma de niña, su alma de mujer enamorada, encontró recursos y medios de ganarse, inconscientemente, el afecto de Bergalli, que fué, poco a poco, enamorándose de ella, sin perder su recóndito punto de mira.

A medida que Leopoldina se le presentaba a Bergalli cada vez más atrayente, más amable, más sencilla, más discreta y hasta más linda, don Alciro iba modificando también sus formas afectuosas para con el prometido de su hija, respondiendo a la influencia de diversas causas. Por lo pronto, había perdido, acaso para siempre, la perspectiva de recurrir a él, ya que Leopoldo era su administrador y su banquero, y ya que su edad y sus dolencias, iniciales de una vejez dolorosa, excluían la necesidad de recursos extraordinarios, y, finalmente, influía en su propio espíritu ese sentimiento de egoísmo paterno hacia las hijas, que se desarrolla con la edad avanzada en los padres viejos.

Don Alciro comprobaba en Leopoldina la creciente ternura que Bergalli le inspiraba, y el pobre viejo sentía como que le robaban el cariño que su hija debía tener para él y, naturalmente, crecía, si no su hosquedad, su recelosa animadversión hacia el mismo que antes fué el objeto predilecto de sus afanes amistosos.

Bergalli, por su parte, se sentía objeto de cierta resistencia o indiferencia por parte de don Alciro, y, olvidando que cuando misia Eulogia le había mostrado poca voluntad, lo atribuyó a una hábil maniobra de madre astuta, decidía, en la nueva situación, vencer «al viejo», ganándose a cualquier precio el amor de su hija y triunfando así sobre resistencias que atribuía a meros sentimientos de orgulloso abolengo.

Esta constante preocupación de Bergalli, recogida entre los guiñapos de su humilde cuna, importaba un inestimable aliado de Leopoldina,

estimulado a la acción por la nueva conducta de don Alciro.

—¡ Viejo orgulloso !—se decía Bergalli.—¿ Se cree que su aristocracia me está vedada?... ¡ Lo veremos !... Leopoldina será mi esposa y en sus tarjetas de visita se leerá : Leopoldina Ledesma de «Bergalli».

En esa lucha sorda, de resultados imprevistos, se desenvolvía la vida en *Las Potrancas*, donde Leopoldina empezó a enamorarse, engañada por Bergalli, que, tras un afán bastardo, la tomó como medio de realizarlo, sin pensar en que pudiera llegar a sentirse fuertemente atado a ella ; donde don Alciro, que fué un entusiasta heraldo de las calidades y de las virtudes de Bergalli, llegó a mirarlo y a considerarlo como un novio vulgar que lo suplantaba en el corazón de su hija, y donde, finalmente, solía caer recelosa y hosca alguna mirada de Leopoldo, para quien Bergalli era siempre un antecedente poco amable...

Y mientras misia Eulogia conservaba invariable su línea moral y su acción decentemente inspirada, regulando en la casa cuanto de ella dependía, afianzada a favor de la nueva situación creada por obra exclusiva de Leopoldo, Bergalli empezaba a considerarse parte de la familia, contemplando las cosas como bienes propios, mientras una declinación hacia el ocaso se iniciaba en don Alciro, que solía sentir ligeros tirones en la nuca y cierta flojedad en las piernas, que ya no le servían para largas excursiones de caza.

Entretanto, Bergalli tramitaba afectuosamen-

te un viaje de su padre a Nápoles, estimulándolo a realizarlo en excepcionales condiciones de comodidad principesca, y, por una de aquellas coincidencias casualísimas en la vida, con aquel propósito y casi al mismo tiempo había surgido en él el deseo de abreviar plazos y efectuar su enlace, pues cada día sentía más vivo el anhelo de que circularan, por ahí, tarjetas de visita en que se leyera: «Leopoldina Ledesma de Bergalli».

*
* *

Como en la naturaleza, la calma había seguido a la situación tormentosa que con más o menos violencia azotara, durante algún tiempo, la zona comprendida desde *La Querida* hasta *La Caserta*, y todo era paz o silencio en ellas.

Paz y felicidad en *La Querida*, donde Anacletito jugaba con sus hermanitos por los corredores; donde Lola compartía con misia Indalecia los quehaceres de la casa; donde Carmencita vivía consagrada a su santa madre y a sus sobrinos; donde Leopoldo, cada día más feliz y más bueno y más digno, seguía las huellas y ocupaba noblemente el lugar de don Anacleto.

En *Las Potrancas* la situación había cambiado en otro sentido, pues misia Eulogia vivía aplicada a cuidar y acompañar a don Alciro, víctima de una ataxia progresiva que apenas le

permitía pasear a ratos por los jardines, llevado del brazo de su compañera. Leopoldina, casada y madre, viajaba por Europa con su marido, y *La Caserta*, en manos de Eleuterio, que había pasado a ser su mayordomo, estaba sola y tranquila, porque don Guido Bergalli prolongaba en Nápoles su permanencia de gran señor.

Todos habían realizado sus ideales en la medida en que la suerte humana podía consentirlo, y si Bergalli había tenido que substituir uno por otro, éste le permitía codearse en París con la colonia argentina, después de haber dado una buena zapullida en lo más hondo de la aristocracia, un tanto descolorida, de la sociedad porteña. El ingeniero Bergalli ostentaba su título, previa raspadura de la palabra «agrónomo» ; tenía dinero abundante ; estaba emparentado con la campanuda familia de Ledesma, y era natural que las puertas más sólidas se abrieran ante él, acompañado por su título, «su plata» y su señora.

Así y todo, cada vez que, en los salones, en los teatros o en los bulevares de París, se encontraba con una mujer esbelta, de ojos y cabello negro, exclamaba, sin poderlo reprimir : «Parece Lola», hasta tal extremo, que en más de una ocasión Leopoldina se fastidió de ese verdadero estribillo.

Lola, por su parte, encarnaba la completa felicidad, tan robusta, que la única sombra, la enfermedad de su padre, no alcanzaba a nublarla siquiera un punto y era estímulo para acrecentarla la plena conciencia de que Leopoldo pretendía sinceramente ser más feliz que ella.

Su prole había aumentado hasta tener tres varones y una mujercita, sanos y robustos, en la plena salud de los campos, en cuyo ambiente vivificante la moral parece nutrirse también como si el oxígeno vital fuera su savia, y así la salud del cuerpo y del alma en Leopoldo y Lola se integraban vigorizándose a favor de la vida sana y tranquila que llevaban, en aquel medio en que el trabajo era un entretenimiento, la paz un premio constante, y en que hasta el aburrimiento era un motivo para buscarse y acercarse más.

En una de estas situaciones, más o menos frecuentes en la vida del campo, conversaban una noche Lola y Leopoldo en el propio escritorio de don Anacleto, y recordándolo, como de costumbre, dijo Leopoldo :

—¡ Pobre !... ¡ murió sin querer que yo realizara mi propósito de comprarle una casa en Buenos Aires, para que pasara los inviernos siquiera, con mamita.

Después de un momento de silencio, durante el cual permaneció él golpeando, como inconscientemente, un cortapapel de marfil contra la carpeta, y Lola, haciendo repiquetear los dedos, también como distraída, sobre la tapa de un libro, dijo ella pausadamente :

—¿ Y tú... abandonaste... ese propósito?...

—Naturalmente... desaparecido «él»...

Un nuevo silencio siguió a estas palabras, conservando ambos la misma actitud, hasta que Lola dijo :

—Queda tía... y la pobre Carmencita... que... pasa aquí... ¡ una vida !...

—¡Qué!... mamita no sale de aquí.

—¿Y... si nosotros... también... nos fuéramos?...

—¡Dios me libre! ¿Irnos? ¿A qué?

—Para llevarlas... y para educar los chicos...

—¿Tú te irías?... ¿Querrías irte?—preguntóla él con viva extrañeza.

—¡Contigo, es claro!

—¿Lo dices en serio?...

—¡Sí, Leopoldo!... mil veces lo he pensado; pero nunca hubo oportunidad de decírtelo; ya basta de campo, ché, ¿no te parece?...

—¿De modo que tú has estado ocultándome este deseo?... ¿Qué bonito, eh?...

—No; he pensado en esto por tía y por Carmencita, a la que se le está pasando el tiempo, y además por los chicos, porque aquí, ¿qué educación se les va a dar?...

—¿Y no has pensado en que tía y tío se quedarían solos?

—¡Qué!... hoy se está a un paso de todo... y lo más probable es que ellos se fueran también con nosotros, con lo que tatita podría atenderse mejor.

—Mira, Lola, nada de eso sucederá; ni mamita, ni tus padres se van a vivir a Buenos Aires, ni por todo el oro del mundo.

—Nosotros... podríamos... irnos.

—¿El qué?... ¿y dejarlos a ellos?...

—Nosotros tenemos que pensar en nuestros hijos y en educarlos.

—Aquí se les puede dar una educación tan buena como en Buenos Aires, y mejor... Si no, mira a Miguelito: repite por tercera vez el ter-

cer año y debe no sé cuántas materias de segundo y otras tantas de primero.

—¿Pero no decía en una carta que tiene aprobadas materias de cuarto año?

—¿De cuarto?... y de quinto; pero debe latín, agricultura y creo que anatomía de segundo; geometría, historia universal, trabajo manual, inglés, francés, castellano, latín y creo que dibujo de primero.

—¡Pero, ché!... ¿Qué es entonces lo que tiene aprobado?...

—No me acuerdo bien... espera... aquí tengo la carta... a ver: «...pero tengo aprobada—dice—geografía de 5.° por el «nuevo plan»; gramática de 6.° por el «plan transitorio»; italiano de 4.° por el «plan antiguo», y ejercicios físicos en todos los cursos por el «plan complementario», y el italiano también lo aprobé».

—¡Ya ves... hasta por ese lado convendría nuestra ida... porque podríamos atender de cerca los estudios de Miguelito, que ya no es un chico... y repetir el tercer año!... ¿Cuándo va a poder ir a Córdoba a estudiar?... ¡Nunca!

—De todo esto, mi querida, se deduce que tú tienes muchas ganas de irte a Buenos Aires.

—Sí, ché, tengo; no es que me esté cansando del campo después de más de diez años sin moverme de aquí, lo que ya sería suficiente; es que por los chicos, por educarlos, y hasta por ti mismo, que trabajas sin descanso.

—Pues, mira: esta vez no estamos de acuerdo; yo creo que nuestra conveniencia y nuestra felicidad están aquí, y que, como decía el

pobre tatita, mejor nos sienta un pucherito acá que un banquete allá.

—Si no se trata de banquetes ni de nada por el estilo, sino de salir un poco de esta vida y de iniciar la educación de los chicos ; podríamos pasar aquí los veranos... Piensa en la vida que hace Leopoldina.

—¿Le estás envidiando su suerte?

—Si me vas a decir esas cosas, me voy—exclamó Lola frunciendo el ceño, con más coquetería que enojo.

—Tú las dices como si no supieras que cuanto más me contraríe complacerte, más grato me será siempre hacerte el gusto ; pero no puedo dejar de hacerte algunas reflexiones, porque este paso no puede darse sin pensarlo mucho.

—Bueno ; si ha de ser para ti un sacrificio... tan enorme... no hablemos más.

—Ven ; ven para acá ; no te vayas ; no seas así ; ¡cuánto más enorme el sacrificio, mejor! Con más gusto me violentaré para complacerte. Mi única ambición es que tú seas feliz.... muy feliz... pero mira : por lo pronto nos iríamos solos, porque ni mamita ni tía se moverán de aquí ; después, ¿quién nos dice que seamos capaces de amoldarnos a la vida de Buenos Aires?... Aquello ha cambiado enormemente... Su sociedad actual es muy distinta de la que era antes... y las costumbres son otras... la gente está muy mezclada.

—¡Pero nosotros no iríamos a mezclarnos con esa gente!

—Te parece... Tendríamos que alternar en sociedad... siendo quienes somos... y frecuentar a

los parientes... que hacen la misma vida de todos... Yo no he sido nunca amigo de esas cosas... Soy un atrasado... lo comprendo ; pero para mí el mundo entero eres tú... y nuestros hijos... y mamita... y... ¡ salir de aquí para ir a meternos en aquel infierno !

—¡ Caramba !... Haces un cuadro realmente horripilante... como para desistir de ir a Buenos Aires ni por un día.

—¿ Desistes ya ?

—Yo no ; ¿ por qué ocultarlo ?... Yo tengo muchas ganas ; pero muchas ganas de vivir en Buenos Aires... siquiera unos años... Es demasiado sacrificio esto de estar aquí soterrados eternamente... y al fin es un viaje de horas.

—Bueno, mi querida ; no seré yo quien te contraríe ; ¡ nos iremos a Buenos Aires !

—Sí, Leopoldo ; no te pesará. Tú también tienes que salir de esta vida. ¿ Por qué has de ser una excepción ?... Todos los estancieros de tu clase viven allá, sin desatender por eso sus intereses.

—Lo dicho, mi querida ; nos iremos, y mañana mismo empezaré a tomar medidas aquí ; y le escribiré a Emilio pidiéndole que nos busque casa.

—¡ Eso no !... La buscaremos nosotros mismos... Nos vamos a un buen hotel mientras, ¿ qué te parece ?

—Me parece muy bien ; pero hay que pensar en decírselo a mamita, ¿ eh ?... ¿ Qué efecto le hará ?

—¿ Qué efecto le va a hacer ? Es lo bastante sensata para comprender que nosotros no pode-

mos vivir eternamente aquí... Deja, no más, eso por mi cuenta; yo le voy a explicar nuestra resolución.

—«¿Nuestra...?» ¡Tuya!...

—¡Pero ahora es de los dos!

—¡No, señor! — exclamó Leopoldo, riendo cariñosamente;—ahora es mía sola como todo deseo tuyo, y mira: tanto es así, que de esta improvisada conversación queda definitivamente resuelta nuestra ida, sin pensarlo más ni volverse atrás por ninguna razón, que no parta de ti.

—¡Tan bueno con su mujercita!—le dijo Lola, golpeándole tiernamente con la mano la mejilla y revelando la honda emoción que sentía ante el acto de incondicional adhesión de su marido.

—Tú lo mereces y basta con que lo pidas.

—Es lo primero que te he pedido ¿eh? desde que nos casamos.

—Es cierto; nunca me pides... nada... ni un beso siquiera...

La noticia de aquella resolución circuló rápidamente sin chocar más que con Quintuay, pues todos comprendieron al instante que Leopoldo cedía a un pedido de Lola y que por nada ni por nadie modificaría su decisión de trasladarse a Buenos Aires.

Misia Indalecia recibió la noticia como la cosa más natural del mundo, sin dejar ni sospechar siquiera la más leve sombra de contrariedad, limitándose a decir, ya sin repetir como antes cada frase, porque su espíritu embotado

por el dolor había perdido la energía viril que lo había caracterizado :

—Me parece bien... si eso ha de contribuir a la felicidad de ustedes... Pero lo que es conmigo, no cuenten... Yo, ya les he dicho : «De aquí al cementerio».

Era sensato respetar esa actitud, a la que se agregaba la de Carmencita, que por su parte decía :

—¿Separarme de mamita?... ¡Dios me libre! aunque se vinieran tío y tía a vivir aquí... ¡Qué disparate, pensar en que yo la deje!... ¡pues, no!... Lo que siento es que se lleven a todos los nenes... Bien podían dejarnos alguno...

La administración organizada por Leopoldo en las dos estancias a su cargo, era de tal modo perfecta, que su presencia personal no le agregaba nada, pues la solidaridad, cada día más fuerte, en todo el personal a sus órdenes, convertía a cada uno en celoso guardián de los intereses de la «patrona», y en la ingénita lealtad legendaria de los criollos a su servicio habría parecido una profanación o un crimen cualquier inobservancia de los deberes a que respondían.

Poco tuvo que hacer Leopoldo para disponer lo necesario para separarse de *La Querida*, sin preocupaciones de ningún género, y, entretanto, Lola se ocupaba en prepararse por su parte para el viaje proyectado, molestada a cada rato en su tarea por las insoportables lamentaciones de Quintuay.

—Si por algo me encanta nuestra ida a Buenos Aires—le decía Lola a Leopoldo,—es por se-

pararme de esta Quintuay, que me tiene, ¡ hasta aquí !... con sus estupideces.

—¡ No le hagas caso !

—¡ Si no hay cómo salvarse de ella !... ¡ Caramba !... «El mosquito pica y se va» ; pero esta mujer se me prende de la pollera, como un cuzco, y no me deja ni a sol ni a sombra.

—¡ Qué gracioso !... Siempre ha sido así, cuando se le pone una idea en la cabeza ; ¿y qué dice, al fin y al cabo?...

—¡ Qué sé yo !... Que en Buenos Aires hay mucha gente, ¡ figúrate qué noticia !, y que aquí es muy lindo... y que allá es muy feo... y que aquí no... y que yo soy muy linda... y que tú también... en fin, un cúmulo de desatinos.

—¿Desatino?... ¿que tú eres muy linda?... ¡ vaya un desatino !...

—¿Ya empezamos?...

*

* *

Como esos pichones que caídos del nido se agrupan piando temerosos al pie del árbol o entre los yuyos cercanos, estaban mirando absortos por entre los balaustres del balcón del lujoso hotel Anacletito y sus hermanitos.

Casi no hablaban, limitándose a contemplar todo con miradas de estupor : los colosales edificios, que les atajaban el aire ; las multitudes allá abajo, moviéndose en toda dirección, dándo-

se encontrones en un ir y venir constante y desordenado que les recordaba la disparada de aquellas pequeñas hormiguitas coloradas que ellos solían sorprender amontonadas en la boca del hormiguero en los jardines de *La Querida;* el gritar constante de los vendedores ambulantes y de diarios, que les recordaban los alaridos confusos de Eleuterio y los peones cuando encerraban hacienda en el corral, y, sobre todo, les llamaba la atención la falta de espacio... la falta de campo... «¡ Cómo había sido una ciudad !»...

—Niñitos : a tomar el te—les dijo un mozo galoneado y solícito, que de un primer golpe de vista comprendió que los nuevos ocupantes del fastuoso departamento merecían que él descendiera a la subalterna función de una mucama cualquiera.

Los chicos abrieron desmesuradamente los ojos y la boca ante aquel personaje, y obedeciendo instintiva y humildemente a la dirección de la mano tendida, marcharon paso a paso y rígidos, al mismo tiempo que la nena le preguntaba a Anacletito :

—¿ Es un general?...

—Por aquí, chicos—les dijo Lola, apareciendo tras de un pesado cortinado, y los cuatro corrieron hacia ella, como librándose de una amenaza terrible.

Al sentarse a la mesa del pequeño comedor íntimo, todos, y a cual más, observaban y ponderaban el lujo y el buen gusto con que eran servidos, y hasta los chicos llegaron a encontrar que la leche del hotel era más rica que la de la estancia.

Lola no llegaba todavía a tales extremos ; pero empezaba a pensar que teniendo fortuna era una insensatez no gozar del confort y de los refinamientos delicados de la vida moderna en los grandes centros de civilización, como Buenos Aires, en la que experimentaba la sensación de una gran sociedad unida, solidarizada, feliz.

No podía mirar las acicaladas, bonitas y cultas mucamas del hotel puestas a su exclusivo servicio, sin acordarse del desgaliche de Quintuay y sus iguales en la estancia ; los mozos afeitados e irreprochablemente vestidos y calzados con finos zapatos de charol, le recordaban los peones de bombachas y alpargatas, sugiriéndole desastrosas comparaciones, y hasta el aire que respiraba, saturado de distinción y de elegancia exquisitas, le hacía pensar en aquellos vendavales que solían azotar la estancia torciendo las copas de los eucaliptos, golpeando las puertas como frenéticos de rabia salvaje y arrastrando en sus rachas los olores mezclados de las cosas de lo campos.

Compraba las seleccionadas flores puestas elegantemente en divinos violeteros y en delicados floreritos, con aquellas de la estancia, nacidas entre floripones, amapolas, dalias y mirasoles, y hasta las flores de la estancia—¡ santo Dios ! —salían perdiendo ; y, finalmente, se comparaba ella misma, atendida por numeroso y culto personal de servicio selecto en el hotel, recordando, aquellos días, ¡ aquellos años ! durante los cuales fué su propia sirvienta y casi hasta su propia cocinera, en el manejo simple y modesto de la casa de *La Querida*.

La transición le pareció un sueño de hadas y al pensar que todo esto se lo debía a su marido, sentía como que la ahogasen oleadas de ternura y de pasión por él ; sentía que lo quería más ; sentía algo así como que el amor puro, sencillo y casto no fuese completo si no lo aromatiza el perfume de la gratitud, de la gratitud alegre que empezaba a invadir su alma ingenua.

Ella comprobaba una deficiencia en su vida anterior, sufrida por la ignorancia o por el espejismo, más bien de una existencia simplísima y que había creído bastante para ser feliz ; pero comprendía que había salido del error y que al fin se encontraba en marcha por el camino de la verdadera felicidad.

—La felicidad que yo he disfrutado hasta hoy —pensaba Lola,—es comparable a una tela perfecta, sin ningún defecto ; pero... sin marco, y el marco lo tenemos al fin y aunque haya quien piense lo contrario—yo misma lo he pensado,— ese marco está formado por estas comodidades... este confort... esta gran sociedad elegante y distinguida... esta... esta... esta aristocracia, en fin.

La última vez que había estado en Buenos Aires era aún muy niña y sus gustos reflejaban no más los sencillos y modestos de don Anacleto y de misia Indalecia ; pero aquella niña, que cuando tenía un peso lo invertía en caramelos, se había convertido en una madre de familia, mimada y consentida por su esposo, y dueña en parte de una fortuna considerable.

Vinculada por lazos de parentesco con muchas familias de figuración social, ¿cómo no sen-

tirse, al fin, en su centro?... ¿Cómo no comprobar que su puesto de distinción bien merecido estaba en la alta sociedad porteña, y no bajo el alero de los corredores de *La Querida?*... ¿Cómo no sentirse, al fin, verdaderamente feliz? Y luego, la educación de sus hijos puestos en manos de institutrices eximias...

—Lola—dijo Leopoldo entrando en el salón, —aquí está... ¡entra!... Miguelito... fíjate qué altura.

—¡Pero muchacho!... estás hecho un hombre... ¿Cómo te va?...

Miguelito giró una mirada por los tapices, los adornos y cuanto lo rodeaba, y por último, tras una expectativa demasiada prolongada, dijo:

—¿Para qué se han venido?

Lola sintió vehementes deseos de darle unos mojicones, pero se limitó a decirle:

—Para tenerte más a la mano y ver que estudies, porque es una vergüenza que estés todavía en tercer año... tamaño gandul.

—¿Y...? ¿Qué tiene?...

—¿Te parece poco?

Miguelito volvió a su actitud anterior, y al cabo de un momento dijo:

—¿Hasta cuándo van a estar aquí?...

—Hasta siempre... no nos volveremos más a *La Querida*.

—¿Aquí, en este hotel?

—Aquí, hasta que encontremos casa...

—Y... ¿para qué se han venido?...

Leopoldo, que había permanecido leyendo una carta, intercedió en la conversación para decirle a su hermano:

—Pero, ché, ¿no se te ocurre otra cosa?... ¿Has preguntado por mamita?

—Me escribió el otro día—repuso Miguelito, agregando :—Bueno, adiós, me tengo que ir por qué me dieron permiso hasta las 11.

—¿No quieres almorzar con nosotros?

—Tengo que estar en el colegio a las 11.

Y se fué sin que Lola insistiera en que se quedara, y así que se alejó dijo :

—Ché, Leopoldo, me parece que a éste no le hace mucho efecto el colegio, ¿eh?

—Y, sin embargo... se está educando en Buenos Aires... ya ves.

—Es que ha de ser él, no más ; este chico fué siempre apático... indiferente a todo... ¿no?

—Es un chico igual a todos...

—No, ché... eso sí que no... ¡ qué ha de ser !...

—Más o menos.

—Eso sí, menos... mucho menos...

—¡ Qué enconada estás con él !

—¡ Qué voy a estar !... ¡ Tan luego yo !... y con él... Es que... me da una rabia verlo tan impávido.

—De cortado no más ; se avergüenza—y cambiando de conversación agregó :—Hoy tenemos invitados a comer, ¡ te aviso !

—¿Quiénes?...

—Emilio y un joven Claveles, muy simpático, que me presentó un amigo a quien tú no conoces... compañero de la facultad.

—¡ Pero cómo !... Te lo han presentado hoy y vendrá a comer luego?... ¿Pero eso se usa ahora?

—Ya te dije que las costumbres han cambiado mucho aquí...

—¡Ya van dos!... ¿eh?

—¿Cómo dos? ¿dos qué?...

—Sí: lo de la educación en Buenos Aires, que me hice la desentendida, y ahora lo de las costumbres... estás muy irónico...

—Pues te lo he dicho sin segunda intención.

—Ché, Leopoldo, y ¿quién es ese señor, al fin?

—Es un joven... muy joven me ha parecido... que se ocupa de crónica social en no sé qué diario... no me acuerdo... y que pidió ser presentado a nosotros.

—¿Cómo a nosotros?

—Sí, pues, y por eso lo invité a comer; conoce a toda la familia, te lo advierto, a la tuya, la mía, la de todo el mundo.

—¿Y aceptó la invitación?

—¡Volando!... esos bichos no se hacen repetir una invitación a comer bien.

—¿No será un «tipo», ché?...

—Emilio me dijo que no; que es muy relacionado y muy de la casa de la de Hardet, figúrate, y muy metido en todas partes.

—¿Y a qué cuento quería conocernos?

—Ha sabido que nos hemos venido a establecer, porque a estos cronistas no se les escapa nada, y quiere datos...

—¿Datos?... ¿qué datos?

—¡Pero hija!... ¡qué sé yo!... quiere saber si quedaremos aquí mucho tiempo... Si iremos a Mar del Plata... Si daremos recibos en el invierno...

—¡ Ché !... ¿Y tú qué le dijiste?

—Que estamos recién llegados, y que no habíamos pensado en nada de eso.

—¡ Qué pavada !... ¿pero por qué le dijiste eso?... ¡ qué pavada !...

—Mi querida, luego tú le dices todo lo que se te antoje, y asunto concluído, ya sabes quo yo no me opongo a nada de lo tú quieras o resuelvas.

—Sí... pero... ¿para qué le dijiste... eso... para... qué... le... dijiste...?

*

* *

La mala noche pasada en el tren, las emociones de la llegada y un poco de costumbre también, determinaron en Lola una siesta que se prolongó hasta las últimas horas de la tarde, a favor del silencio que le guardaron las personas del servicio y a favor, en alguna medida, del voluptuoso lecho de que disponía en su nuevo alojamiento.

Cuando despertó tuvo un instante fugaz de sobresalto, pues no atinó en el primer momento a darse cuenta del sitio en que se hallaba, ni de la hora en que vivía, pero así que se puso de pie entró una de las mucamas y con voz suave y amable le dijo, después de pedir «permiso» para entrar:

—¿Ha dormido bien la señora?... ¿Desea tomar el te?...

—¿Qué hora es?

—Las seis y media, señora.

—¿El señor está?

—Ha salido y vuelto varias veces ; pero como la señora reposaba, volvió a salir y aun no ha regresado.

—¿Cómo me dijo usted que se llama?

—Catalina, señora.

—¿Y los niños, qué hacen?

—El señor los mandó a pasear con una señora de confianza. ¡ Oh ! ¡ que los cuidará muy bien, sí !

—Bien ; tráigame el te.

—¿La señora prefiere masas? ¿bizcochos? ¿algún buen sandwich acaso?...

—Unas masitas, secas, no más.

—Al momento — respondió Catalina, disponiéndose a salir ; pero, como recordándolo de pronto, se detuvo y preguntó respetuosamente :

—¿No desearía antes tomar el baño la señora?

—No, más tarde ; vaya no más—contestó Lola por no revelar lo impensado de su orden anterior, pero sin dejar de recordar que en *La Querida* ella misma se preparaba el baño.

Momentos después se encontraba en el pequeño comedor de su departamento, tomando el te, cuando llegó Leopoldo y saludándola más cariñosamente que de costumbre, le dijo :

—Me he encontrado con una porción de conocidos... Tomé te en el Jockey con unos amigos... Te compré... ¡ una cosa !

—¿Qué? mi hijo, ¡ dime pronto !...

—Adivina : empieza con a...

—¡ Un abanico !

—No ; mucho más grande.

—¡ Bueno, no sé !... ¿qué?

—El automóvil más lindo que ha venido a Buenos Aires.

—¡ Qué bueno !... ¡ Cuánto me alegro !...

—Mañana a las 10 va a estar aquí con un *chauffeur* que facilita la casa hasta que tomemos uno ; le van a poner tus iniciales en las portezuelas... ¡ es espléndido !

—¿ Te habrá costado un sentido?

—Me ha costado exactamente la millonésima parte de lo que tú mereces... ¡ mi divina !

—¡ Quieto !... ¿ Y a quiénes encontraste?

—¡ A una punta !... ¡ Ah ! y a mi tío Emiliano, ¿te acuerdas?

—¿ Mi... tío Emiliano?

—Tío mío... no tuyo... tío segundo ; primo de tatita... hijo de misia Carmen Montenegro de Balino... que una vez pasó una temporada en *La Querida*, con la señora y las chicas, ¿no te acuerdas?

—Creo que sí... dos chiquilinas, ¿no?

—Que ahora están casadas las dos.

—¡ Fíjate lo que es vivir acá, eh ! ¡ Qué bueno habría sido traer a Carmencita !

—Pero si tú crees eso, quiere decir que si ustedes hubieran vivido aquí, no te habrías casado conmigo.

—Sí me habría casado contigo.

—¡ Quién sabe !

—Yo sé... y tú también lo sabes perfectamente. Bueno, ¿y qué te dijo tu tío?

—Que luego después de comer va a venir con la señora a saludarte.

—De ella no me acuerdo nada.

—Sí, ¿cómo no vas a recordarte? Una señora gruesa, bajita, que habla hasta por los codos y que mamita ha recordado mil veces, especialmente por su tacañería.

—¡ Ah !... ¡ sí ! ¡ ya sé !... espérate... misia Adela, ¿no?

—Eso es : Adela Pérez de Balino.

—¿Y qué tales son, ché?

—Yo estoy poco informado, porque nos hemos visto de tarde en tarde ; sólo sé que están riquísimos y que son medio... cursis.

—¡ Ay ! ¡ qué pereza !... Que no vengan, entonces.

—Y dime, hablando de otra cosa : ¿te has ocupado de la comida?

—¡ Si he dormido toda la tarde ! Por cierto que Catalina, la mucama ésta, me preguntó si íbamos a comer en el comedor o aquí, y si teníamos invitados y si yo quería hacer alguna indicación al *maître*.

—¿Y qué le dijiste?

—Por cierto, ché, que cuando le dije que sí, que «todos» íbamos a ir al comedor—porque es más lindo, ¿eh?—me dijo : «¿Pero los niños, comerán antes, en el comedor especial para ellos?» ¿Hay algún comedor para chicos?...

—Es posible que haya, pero a mí no me gusta que ellos coman lejos de nosotros.

—Sin embargo, Leopoldo : eso es muy distinguido, ¿eh?... y muy cómodo, sobre todo teniendo invitados.

—Como te parezca.

—No ; si a ti no te gusta...

—Estoy pensando en que, efectivamente, puede ser mejor, porque así comerán siempre a su hora.

—¡ Es claro !... Y el método es lo esencial en la alimentación de los niños. ¿No se podrá ver ahora el comedor?

—Cómo no : llama a una de éstas.

Al disponerse Lola a tocar un timbre oyó unos golpecitos en la puerta de comunicación y una voz que decía : «Con permiso».

Otorgado éste entró Catalina y dijo :

—Los niños han regresado ya, ¿pueden pasar?...

—Que pasen—contestó Lola tranquilamente, disimulando la emoción que acababa de experimentar en un instantáneo y brutal choque entre sus sentimientos de madre y su incipiente orgullo de dama aristocrática. Y volviéndose hacia Leopoldo exclamó :—¿Qué me dices?... ¡Qué educación, eh !...

—¡ Pero esa imbécil creerá que nuestros hijos tienen que pedir audiencia para estar con nosotros !

—No es eso, ché ; no juzgues así ; podíamos estar vistiéndonos, por ejemplo.

—Pero si esa mujer ha podido entrar.

—¡ Cállate, que ahí vienen !

Los niños entraron radiantes de contentos, seguidos por la mujer que los había acompañado y que Lola no conocía, llevando cada uno un globito y un pequeño cencerro de madera colorada que hacían girar frenéticamente.

La sirvienta hizo una reverencia impecable ante Lola, que le pregùntó :

—¿Cómo se han portado?

—¡Ah, señora! Yo conozco muchos niños, muchos... ¡No hago otra cosa!... Pero como éstos hay pocos... ¡Qué educados son!... ¡La gente se paraba a mirarlos!

—¿Y de dónde han sacado eso?—preguntó Leopoldo, señalando los juguetes, y, antes que los niños contestaran, la sirvienta dijo :

—¡Ah!... Señor... es nada... cosa de nada.

—¿Usted se los compró?

—¡Ah!... es nada... señor... es cosa de nada.

Leopoldo y Lola se miraron, y ella se le acercó disimuladamente hasta preguntarle en voz baja cuánto le daría en recompensa, mientras la sirvienta se había inclinado, casualmente, a prender mejor la hebilla del zapatito de la nena, y cuando, terminada la prolija operación, se levantó, Lola a su lado le tendía la mano con dos billetes de diez pesos muy nuevos y muy dobladitos.

Aquello fué una verdadera batalla, en la que sólo el empuje y la decisión de Lola pudo darle el triunfo, consiguiendo al fin que la sirvienta se rindiese y aceptara, con visible contrariedad, los doblados billetitos.

—La señora—dijo Leopoldo—quiere conocer el comedor de los niños.

—Es muy lindo, en verdad. ¿Quiere venir la señora?

—¿Vamos, Leopoldo?

—Vamos... te acompañaré.

Seguidos por los niños salieron a la amplia

galería, regiamente tapizada y adornada con magníficos bronces, mármoles y plantas ; pasaron por el *hall*, en el que varias personas, que conversaban o leían, quedaron absortas ante la belleza de Lola, y tomando otra galería igual a la anterior llegaron al salón-comedor de los niños, elegante y lujosamente alhajado.

—¡ Qué bonito, eh !...—dijo Lola.

—Efectivamente—repuso Leopoldo.

—Si la señora quiere elegir una mesa...

—¿ Cuál te parece mejor, Leopoldo ?

—Cualquiera... que sea para cuatro. Esta, por ejemplo.

—¡ Ay ! no ; está muy cerca de la puerta.

—Entonces, aquélla.

—¿ No te parece demasiado arrinconada?...

—Bueno ; elige la que te parezca.

—¿ Cómo se llama usted ?

—María, señora.

—Bueno ; vea, María, para los niños aquella redonda que está en el medio.

—Me parece que está tomada, señora ; pero no importará ; voy a preguntar—dijo disponiéndose a salir, pero en la puerta del comedor estaba el gerente, el jefe de mozos, el *maître* y otros que en desempeño de sus funciones habían acudido para ver a Lola, cuya belleza era el tema del día.

La mesa estaba tomada, en efecto ; pero quedaba para los niños de Luna desde ese instante.

Al regresar, Lola manifestó deseos de ver también el comedor de «los grandes».

—Tenemos que bajar al piso bajo, señora.

—Entonces no.

—En el ascensor es cosa de un segundo.

Y como ahí a la mano había uno, el gerente tocó el botón de llamada. Lola se resolvió a descender, diciendo a María :

—Lleve los niños a nuestro «apartamento».

En el piso bajo la concurrencia era mayor y más numeroso el concurso de los admiradores de Lola, que notando la impresión que producía se puso muy colorada aumentando, por lo mismo, la noble y fresca belleza de su cara.

Elegida una mesa, de las más inmediatas a la puerta, y en momentos en que se disponían a regresar, un mozo se acercó a Leopoldo y le dijo :

—Llaman al señor Luna por teléfono—y agregó, señalando una puerta inmediata ;—por aquí, señor.

Leopoldo siguió instintivamente la indicación del mozo, sin darse cuenta de la situación en que quedaba Lola, que al verse sola entre aquellos hombres se puso más linda todavía, porque se colorearon al rojo sus mejillas.

—¿Quién te llamó?

—Es la casa que me vendió el automóvil, para preguntarme si quería que me mandaran uno provisional esta noche.

Vueltos a su departamento, Lola se desbordó en estrepitosos elogios del hotel, de sus instalaciones, del servicio y llegó en su entusiasmo a decir :

—Si no fuera muy caro, sería cosa de no moverse de aquí.

*
* *

A las ocho en punto, con la precisión de un tren que sale de la estación inicial, se hizo anunciar el doctor Emilio Rodríguez Zález, a quien Leopoldo recibió en su sala.

—Y tu señora, ¿cómo se encuentra? ¿Descansó del viaje?

—Sí, ché; está perfectamente; ya viene.

—¡Qué idea feliz ha sido la de venirse!... Te felicito, de veras, con toda la más cálida efusión de mi alma.

—«Ella» ha sido la autora de esta calaverada.

—¡No la motejes de tal!... ¡No!... Esta es la actitud digna que corresponde como legítima recompensa a tu dedicación varonil y fecunda en tus tareas del campo... Tareas abrumadoras... que anonadan y que exigen para el espíritu—¡y un espíritu como el tuyo, tan vivaz... tan intenso... tan nutrido!...—exigen, te decía, reclaman con vigoroso imperio la traslación a un medio como éste.

—Por mi parte te aseguro que yo jamás habría necesitado, por mí, venirme a vivir aquí.

—Pero... ¿cómo no?... Comprendo que tu alma poética se engolfara en la voluptuosidad de los campos dilatados... e inmensos... me compenetro con tu tendencia ingénita y aprecio bien

esa característica de tu temperamento... pero uno debe moldearse a sí mismo... gobernarse... y buscar... darle al espíritu otras satisfacciones... que lo reequilibren y lo compensen de las torturas, acaso subconscientes, que tiene que padecer por fuerza en ciertas orientaciones meramente instintivas.

—Todo lo que quieras, Emilio; pero te repito que si me he resignado a esto es sólo por complacer a Lola.

—¡Ah!... ¡Oh!... y tendrás que agradecérselo a boca llena... Ella ha sabido de ti más que tú mismo... con esa fineza de juicio... con esa penetración inerrable... con esa clarovidencia sutil... que tienen ciertas mujeres... y que en la tuya sobreabunda por su origen... por su educación... por su exquisita cultura moral.

La detonante peroración del doctor Rodríguez Zález fué interrumpida por la presencia de Lola, saludada por él con «una salva de veintiún cañonazos», pues, ante su aspecto, él sintió algo como un vértigo, algo raro... algo como si su propio espíritu hubiera perdido su equilibrio de siempre y al renovar sus ardientes felicitaciones puso en ellas alguna expresión demasiado excesiva, aun dentro de los excesos comunes en su habitual elocución, y acaso para disimularlo le dijo a Leopoldo en un momento en que después de una breve charla quedaron solos:

—Cómo se ha puesto de hermosa Lola... Llamará la atención por su belleza... y por su porte... de eximia distinción.

—Sí—se limitó a responder Leopoldo,—siempre ha sido muy linda.

—¡Oh!... Ahora es espléndida... es que tú mismo no lo adviertes, en fuerza de verla a cada rato.

Lola regresó de nuevo, y como para acentuar la inocente ingenuidad de sus juicios, le dijo Rodríguez Zález:

—Hablábamos de usted, Lola.

—¿Mal?—preguntó ella, sonriendo.

—¡Oh!... ¡jamás!... Hablaba de su aspecto actual... de fuerza... de salud... de esa bella salud que usted ostenta a torrentes.

—Felizmente, siempre he sido muy sana... es de familia... todos somos muy sanos.

Lola cubría con esas formas el deseo de «plantarle una fresca» al doctor Rodríguez Zález, en cuyas miradas más aún que en sus palabras, creyó ver reflejos de sentimientos indignos de la amistad de que alardeaba para con Leopoldo, quien a su vez empezaba a sentirse molesto en alguna medida con el lenguaje que su amigo empleaba y del que no era él, en realidad, el único culpable.

Entretanto, el tiempo transcurría y el cronista Claveles no llegaba, hasta que al fin Lola, sospechando que no fuera después de la inconsulta manifestación de Leopoldo, dijo a éste:

—Me parece que se está haciendo demasiado tarde, ¿no?

—Efectivamente; vamos a comer; ¿qué te parece, Emilio?

—Lo que Lola disponga—contestó éste, agregando:—¿Pero esperan a alguien?

—A ese joven Claveles; ¿no te dije hoy?

—Me hablaste de él; nada más.

—Bueno, vamos al comedor; lo esperaremos comiendo—dijo Leopoldo.

Al salir a la galería, Emilio exigió que pasara Lola primero, y así que ésta lo hizo pasó él, quedando por un instante entre ella y Leopoldo.

Cuando entraron en el comedor se alzó un murmullo de admiración y todas las cabezas giraron hacia la mesa en que Lola acababa de sentarse, dando frente a la sala, al mismo tiempo que se pasaba la mano por el cabello como arreglándoselo, repitiendo el mismo gesto que misia Eulogia en aquella inolvidable mañana en que la sorprendió comprometiéndose con Leopoldo.

La sensación que la presencia de Lola produjo sirvió al doctor Rodríguez Zález para decirle a Leopoldo, a cuya lado estaba, golpeándole cariñosamente con la mano el muslo:

—¿Qué te dije?... ¿Has visto?...

Leopoldo se sonrió entre complacido y molesto, al mismo tiempo que al desdoblar su servilleta notó que una hermosa señora rubia, sentada en una mesa próxima, lo miraba intensamente...

Al servirse el primer plato apareció Claveles, con actitudes y maneras propias del dueño de casa, y al ser presentado a Lola le dijo en un verdadero torbellino de palabras pronunciadas con un ligero seseo:

—¿Qué dirá usted, señora, de mi tardanza? Pero recién termina el te en lo de Valenzuela, y ¡qué enormidad de concurrencia distinguida! ¡Si no había cómo dar un paso, y yo tenía que hacer la lista con los trajes; imagínese usted,

señora, qué tareón, porque... ¡ ay ! si se me pasaba alguien ; después iban a ser las quejas. ¿ Y cómo se encuentra usted, señora?

«Aturdida» estuvo por contestar Lola, pero se limitó a decir :

—Muy bien, señor ; gracias—en una frase que Claveles no oyó porque en ese mismo instante, volviéndose al mozo que los atendía, le dijo :

—Ché, Antonio, me traes agua mineral, ¿eh? ¡ Ya sabes—y así que dió, en forma tan familiar, la orden al mozo, atacó valientemente al plato que tenía delante, al mismo tiempo que decía :
—¿ Y usted, doctor Rodríguez Zález, cómo es que no fué a lo de Valenzuela? Porque usted tiene relación, ¿no? ¡ Viera lo que se ha perdido ! ¡ Figúrese que estaba hasta el presidente ! Con eso le digo todo.

Lola no volvía del asombro que esa máquina de comer y de hablar le producía, pero había observado en él un detalle muy sugerente : todas o casi todas las personas que se hallaban en el comedor saludaban a Claveles con delicada amabilidad, y él a cada saludo a que respondía, agregaba invariablemente y como si hablase consigo mismo el nombre, posición o cargo de quien le había saludado : doctor Glauco, camarista de lo civil ; señora de Lucena y sus hijas ; general Pereyra, jefe de la tercera zona ; secretario privado del arzobispo ; ministro de Austria-Hungría ; Lorenzo Victorín, que festeja a la de Ocampo ; las de Cano, que acaban de llegar de Europa ; el doctor Peláez, candidato a la intendencia ; Jorge Martínez y señora, recién casa-

dos ; señor Maturana, inspector de sociedades anónimas, etc., etc.

El doctor Rodríguez Zález se había quedado en posición de cortar un bocado ante la pregunta de Claveles, y sin modificarla, repuso :

—Yo no puedo concurrir a todas las invitaciones que recibo, y me desenvuelvo eligiendo la que más me agrada ; ¿no le parece, Lola?...

Lola no tuvo tiempo de contestar, porque con la última palabra del doctor Rodríguez Zález hicieron súbita irrupción, a remolque de un mozo de hotel, don Emiliano Balino y su robusta señora doña Adela Pérez de Balino.

Don Emiliano «debutó» por un abrazo a Lola, con sonoras palmaditas en la espalda que coincidían con las que doña Adela daba casi empinándose en la de Leopoldo, hasta que terminada esta primera parte del saludo, doña Adela acometió con Lola diciéndole en voz bien alta para que fuese más efusiva, y a son de las sonoras caricias :

—¿Cómo estás, Lola?... ¡ Pero qué (aquí un estrepitoso beso) bien te has (otro beso al otro lado) puesto, desde (otro beso más fuerte) que no te veo !...

Después de presentados a Rodríguez Zález y a Claveles, que por excepción no los conocía, tomaron asiento ambos visitantes a los costados de Lola, quedando el señor Balino entre ella y Leopoldo.

La concurrencia del comedor se tranquilizó de nuevo ; Claveles se inclinó sobre el segundo plato después de una rápida ojeada al traje y especialmente a la gorra de doña Adela, que amena-

zaba desplomársele por sobre la oreja izquierda; Rodríguez Zález contemplaba a Lola enrojecida por los formidables besos de su «tía»; Leopoldo lamentaba no estar en la estancia; doña Adela pasaba en revista espejos, adornos, plantas, «mozos» y los artefactos de luz eléctrica, torrencialmente lumínicos, y en medio del breve silencio, habló el señor Balino:

—Este hotel debe ser muy caro, ¿no, Leopoldo?

—No, tío; como todos...—respondió éste en voz baja.

—Lola, ¿y los nenes?—preguntó el señor Balino, como abandonando el tema.

—Ya han de estar acostados, señor.

—¿Y no han comido?

—Comen antes.

—¡Es lo mejor!—dijo doña Adela abanicándose frenéticamente, sin notar que estaba bajo un ventilador de amplias y veloces palas, lo que le hizo pensar a Claveles:

—Esta señora debe tener «transformación» cuando no siente el fresco en la cabeza.

—Y dime, Leopoldo—exclamó el señor Balino,—¿cuántas piezas has tomado?

—Las necesarias, tío; como no hemos de estar muchos días...

—Es lo mejor—repitió doña Adela encantada en su concepto, pero refiriéndose a la comida de los niños, y encarándose con Lola, agregó:—Porque así, hija, le dejan a una tiempo para todo.

—Es cierto, señora.

—No me digas «señora», ché; dime «tía» a

secas, que para eso lo soy; y te prevengo que hemos venido para invitarlos a comer mañana y ni pienses en decirme que no, porque se lo escribo a Indalecia. ¿Y cómo quedó la pobre?

—Tía esté siempre lo mismo—contestó Lola mirándola apaciblemente, con sus enormes ojazos profundos y serenos que inspiraron a la nueva «tía» una exclamación del mejor tono, dicha como para que la oyera todo el mundo, y así sucedió:

—Ché, Emiliano...

Este, que hablaba a Leopoldo sobre alquileres, gastos, etc., no oyó; pero su consorte volvió a la carga:

—¡Ché!... ¡Emiliano!... ¿Pero has visto cómo se ha puesto de linda esta muchacha?...

Lola compartía en esos momentos con Leopoldo el deseo de estar en la estancia, ante la situación en que los ponía la presencia de aquellos parientes tan poco mesurados para expresarse, y que de tal modo les habían malogrado el natural deseo de comer, y de comer tranquilamente.

La mesa transcurrió así bajo el constante temor de que los «tíos» dijeran algo, hasta que al fin se sirvió café, cigarros y licores, ante cuya vista exclamó el señor Balino:

—Ché... ¡Cigarros también!...—y sonriendo al tomar uno de los más grandes, agregó:—¡Cuánto te irán a cobrar por estos cigarros!...

Cuando el mozo que los ofrecía se colocó al lado de Claveles, quedando así junto casi a doña Adela, ésta sacó un cigarro, entre el natural es-

tupor de todos, y riéndose con buena gana lo guardó en su amplia cartera vacía, diciendo:

—Se lo voy a llevar a Alberto, que es el más fumador de todos mis hijos.

*
* *

Lo primero que hizo Lola al despertarse fué llamar a Catalina con el timbre y pedirle los diarios. Claveles le había dicho que anunciaría en la Crónica social la llegada de ellos, y estaba impaciente por ver la noticia, que sería «tan minuciosa cuanto lo permitiera el espacio».

Salir en la Crónica social de un gran diario era, sin duda, entrar con buen pie en la vida aristocrática de la gran metrópoli sudamericana, y, sobre todo, para su ingenua imaginación era como adquirir patente de notoriedad en el gran mundo. ¿Cuántas y cuántas de sus amigas y de sus parientas no habían salido nunca en la Crónica social? ¡Y qué buen efecto produciría en la estancia cuando vieran el anuncio de su llegada convertida en un verdadero acontecimiento social! ¡Y cómo la mirarían todas las personas que la vieran pasar después de la noticia!

En cuanto recibió los diarios buscó el que ansiaba ver, arrojando los demás al suelo en informe montón, y ávidamente recorrió sus páginas hasta que por fin, al volver una vió, al vuelo, como si fuese escrita con enormes caracteres o

con tinta de color la palabra «Luna», por ahí, en una de las columnas repletas, que las recorría de arriba abajo con sus enormes ojazos dilatados, sin poder encontrarla de nuevo.

Allá, al extremo de la sección «Vida social», encontró por último, entre muchas líneas formadas con tipo muy pequeño, la siguiente noticia :

—«De Santa Fe: El Sr. Leopoldo Luna, su señora Dolores Ledesma de Luna y sus niños».

Leyó veinte veces aquellas dos líneas, tan breves, tan frías, tan distintas del suelto amable que había supuesto ; pero al fin se consoló viendo que, en el grupo, eran las más extensas, y pensando que, acaso en ese mismo momento, todo Buenos Aires se había detenido a leerlas con tanto interés como ella.

Dobló el diario, dejando a la vista el sitio en que estaba la noticia ; lo puso sobre la mesa de noche, recostado en el pie de la preciosa lámpara eléctrica circundada en la parte superior de nutridos hilos rojos a favor de los cuales la luz caía sobre él verticalmente, y empezó a vestirse, interrumpiendo a cada momento la tarea para releer aquella noticia, que cada vez le parecía mejor.

Leopoldo dormía aún, y Lola empezaba a impacientarse por mostrársela, hasta que no pudiendo resistir más tomó el diario y dando un golpe de luz a la araña central exclamó :

—Mi hijo, mira la noticia.

Leopoldo se incorporó en la cama, en cuyo borde se había sentado Lola, y después de darle

los buenos días besándola en la frente, le dijo con vivo interés.

—A ver...

—No—repuso Lola ;—yo te la leo—y poniéndose de pie, como para acercarse a la luz, dijo pausadamente :—«Ayer han llegado de su establecimiento de campo en Santa Fe el conocido hacendado señor Leopoldo Luna y su distinguida señora Lola Ledesma de Luna, que vienen a establecerse en Buenos Aires para atender a la educación de sus hijos y para radicarse definitivamente entre nosotros. Los esposos Luna han sido ayer muy visitados en el lujoso apartamento del hotel en que se encuentran parando.»

—¡ Ché !... ¡ Qué suelto !... A ver.

—¿ Te ha gustado, eh?

—¡ Cómo no !... A ver...

—Fíjate, si yo no podría ser también periodista, como Claveles—dijo Lola, dándole el diario, que Leopoldo tomó y miró rápidamente.

—Ya me parecía demasiado—dijo ;—pero me lo creí.

—De todos modos, está bien, ¿ no?

—¡ Por supuesto ! ¿ A qué más? Y dime, Lola, ¿ en qué quedaste anoche con tía Adela?

—¡ Qué pereza, ché !... No tuve más remedio que prometerle ir pasado mañana a comer ; pero, ¿ qué gente, eh? ¡ Y qué papelones en el comedor !...

—¡ Pobres !... Son muy buenos.

—Serán, no lo dudo ; pero mejor es que se queden en su casa ; y... ¿ qué me dices de lo del cigarro?...

—Fué una ocurrencia de tía.

—¡ Vaya con la gracia !... Si todos sus hijos y el marido fueran muy fumadores, la buena señora se habría llevado todas las cajas—dijo Lola, riéndose a carcajadas.

—No seas así... ¡ Cómo estás de criticona !

—¡ Qué criticona... ni qué criticona !—repetía Lola, riéndose ;—¡ es que tus tíos, esos, son unos mamarrachos !... ¡ La levita de tu tío tiene un brillo que ya lo quisiera el marfil !... y aquel sombrerito... ¿Y qué me dices de la gorra de tu tía?... ¿y los guantes mareados?...—y riendo cada vez más se dejó caer en un diván, contemplada cariñosamente por Leopoldo, que sonriéndose también le dijo :

—En realidad... no están a la última moda...

—¡ Ni a la primera !... ¡ ni a ninguna !... ¿y son muy ricos, ché?

—¡ Riquísimos !... pero siempre han sido lo más económicos.

—Ya se ve... si «eso» es ser económico, lo son sin duda. Bueno, voy a ver a los nenes ; levántate—dijo Lola, y se dirigió al dormitorio de los niños.

Entre esa y otras tareas como la de llamar modistas y proveerse de cuanto podía necesitar en la posición en que se encontraba, pasó Lola la mañana, mientras Leopoldo tomaba nota de algunos avisos ofreciendo casas en alquiler, hasta que poco después de las 10 llegó el anhelado anuncio, dado por una sirvienta :

—Está el automóvil de la señora.

—Está bien—contestó Lola serenamente ; pero así que aquélla se alejó, corrió al balcón para verlo, seguida de Leopoldo.

—¿Cuál es, ché?...

—Aquél... mira... el tercero... ¿ves?...

—¡Qué esplendidez!... ¿y podremos salir ahora?

—¡Pero, mi querida, si para eso ha venido!

—Bueno, vamos; ¿adónde podríamos ir?

—Vamos a ver casas, si te parece.

—¡Eso es!... ¡magnífico!...

Leopoldo tomó el apunte de casas que había hecho y salió con su compañera a estrenar la hermosa máquina y a despertar las más intensas envidias.

En cuanto el automóvil se puso en movimiento, deslizándose como si volara ras con ras con el suelo, Lola dijo a Leopoldo, mirándole con infinita ternura:

—¡Qué distinto al *break* de la estancia!...

—¿Viste tu monograma?

—¡Qué iba a ver! Si no sabía lo que me pasaba cuando me encontré con esta maravilla... ¡Qué cristales! ¡y qué tapizado tan distinguido!...

Mientras Lola analizaba su automóvil hasta en los menores detalles, la marcha pausada a que el enorme tráfico obligaba permitía a las personas del público mirarla y admirarla en todo el esplendor de su belleza, realzada por la intensa alegría de que se sentía poseída.

Visitaron varias casas; pero desde el primer momento, Lola se decidió por una situada en la calle Santa Fe, a la altura de Callao, declarando que era la más adecuada para ellos y que tenía además el atractivo del nombre de la calle. En

una segunda visita hecha antes de regresar al hotel quedó decidido que se tomase esa casa, a cuyo efecto Leopoldo vería al propietario en seguida de almorzar.

—¿Cuánto pedirán por esa casa, Leopoldo?

—¡Lo que pidan!...

—Eso no; no vayas a hacer una locura.

—¡Lo que pidan!... ¡Diez mil pesos al mes!...

—¡Qué loco!; para eso sería mejor comprar una.

—¿Quieres que compremos ésa?... ¡La compro!

—¿No dices tú mismo que mejor es edificar?

—Sí; pero si quieres, compro ésa y la vendemos después, cuando hayamos edificado la que tú mereces.

—No; mejor es alquilar por ahora, como tú pensaste, y después, con tiempo, veremos dónde nos guste más para edificar; ¿no te parece?

—A mí no me parece nada; yo dejo que te parezca a ti, para hacer después lo que a «ti» te parezca.

Con el último bocado salió Leopoldo para ver al dueño de la casa, y al pasar a la galería para tomar el ascensor, Lola lo alcanzó para decirle:

—Mándame hacer papel timbrado y tarjetas, ¿quieres?

Y tras la contestación afirmativa entró de nuevo en sus habitaciones, caminando paso a paso y fué a ponerse frente al gran espejo de la consola de la sala, contemplándose en él ligeramente pálida, porque junto al ascensor que Leopoldo

iba a tomar vió a la señora rubia que la noche antes lo había mirado impertinentemente durante la comida.

Tras un instante de vacilación corrió al balcón y vió que Leopoldo cruzaba la calle a pasos ligeros contemplado por la «rubia» que sostenía con una mano la portezuela abierta de un automóvil, en el que al fin entró y partió en otra dirección.

—¿Quién será «ésa»?—monologó en seguida, sentada en el sofá;—¡qué tipo de mujer tan antipática!... ¿Adónde irá «sola» a estas horas?... no ha de ser una señora muy estimable... cuando sale así... y tan resuelta... ¡qué facha!... ¿quién será?...

Lola sentía impulsos de esperarla en la galería cuando volviese, y decirle: «Usted, que ha de ser una cualquiera, no más, ocúpese de otra cosa y no de estar mirando a Leopoldo, que es mi marido, ¿me entiende?... y que es un hombre decente... un caballero!», y levantándose del sofá empezó a pasearse de un lado a otro restregándose las manos y pisando con inusitada energía, a cada paso que daba.

Los minutos le parecían siglos en aquella espera, y cada vez que se aproximaba a ver la hora en el reloj de la consola, quedaba un rato mirándose en el espejo y creyendo ver aparecer a su espalda reflejada en la bruñida luna la cara divina y apasionada de su Leopoldo; pero en más de una vez su imaginación alterada le hizo creer que por la puerta del fondo, opuesta al espejo, se asomaba cautelosamente la cabeza de

la «rubia», y reanudaba nerviosamente sus paseos cortos.

Nunca había tenido celos ni los tenía tampoco, porque era incapaz de tenerlos, y porque Leopoldo estaba por arriba, muy alto, de las sospechas que pudieran alimentarlos; pero la indignaba la idea de que «aquella mujer» pensara que Leopoldo fuese un cualquiera capaz de fijarse en ella, ni en nadie, siendo su marido, ¡suyo!... ¡exclusivamente suyo! ¿Qué se habrá pensado «ésa»?...

Leopoldo, entretanto, había tomado la casa de la calle Santa Fe, consiguiendo después de una verdadera batalla que el propietario substituyese la exigencia de «una fianza comercial» por el importe de diez meses de alquileres en depósito y garantía equivalente; había mandado timbrar papel e imprimir tarjetas de visita, y al pasar por una joyería se había «tentado» con una pulsera-reloj formada por un delicado tejido elástico de hilos de oro y platino, que llevaba en el bolsillo para su mujercita.

Al entrar en el hotel oyó que en la portería lo nombraban y aproximándose al sitio se encontró con una señora joven y muy bonita, de ojos verdes muy expresivos, que tendiéndole la mano y dejando ver, al reirse, dos hileras de lindísimos dientes que asomaban como tras los bordes de un tajo, exclamó:

—¡Leopoldo!... ¿Cómo te va, Leopoldo?... ¿no me reconoces?... soy Adelina.

—¿Cómo estás? No te había reconocido en el primer momento: ¡han pasado tantos años sin verte!

—¿Y tu mujer?... Vengo a visitarla.

—Muy bien está; ven, subamos.

En el ascensor y mirándolo con cierta fijeza, le dijo Adelina a Leopoldo:

—En la calle yo tampoco te habría reconocido... ¡te has puesto tan buen mozo!...

La puerta del ascensor se abrió en ese instante y al salir de él vió Leopoldo que Lola abría la puerta de la sala como comprendiendo que él llegaba y aun alcanzó a ver el gesto de contrariedad que la aparición de aquella compañera le produjo.

—Aquí tienes una visita, Lola—se apresuró a decir al dirigirse hacia ella seguido por Adelina, que a pasos ligeros llegó a su lado, exclamando casi al mismo tiempo en que él decía:—nos encontramos en la puerta:

—¡Cuánto gusto, Lola!...

—Es Adelina, ¿te acuerdas? hija de tío Emiliano.

Lola respondió al saludo con cierta perplejidad y entraron a la sala a tiempo en que Leopoldo le decía:

—Tomé la casa; aquí traigo las llaves; mandé hacer todo lo que me encargaste y... aquí te traigo una chuchería.

—¿Tomaste la casa? ¡Cuánto me alegro! ¿Y qué me traes?—y volviéndose a la visita le dijo:—Siéntese... «siéntate», Adelina, porque nos trataremos de tú, ¿no?

—¡Bueno fuese!—repuso Adelina.—¡Si somos primos, como quiera que sea!

—¿Y cómo están por allá?

—Todos muy buenos. ¡ Qué bien instalados están aquí !...

—¿ Qué es lo que me traes, Leopoldo?

—Espérate que lo desenvuelva... ya está... mira.

—¡ Qué preciosura !... pero, ¡ qué preciosura !...

—¿ Te gusta de veras?

—Mira, Adelina, qué preciosura.

—¡ Ché !... ¡ qué lujo !—dijo Adelina alzando con los dedos enguantados la delicada cinta tejida de la pulsera, y agregó, como comentario de familia :—¡ Cuánto te habrá costado !... ¡ uf !...

—Una bicoca.

—¡ Pues no ! Yo he visto una parecida, pero sin platino ni brillantes y pedían ochocientos pesos...

—Esas son más caras—respondió Leopoldo sonriendo mientras hacía correr la pulsera deslizándola por la mano acartuchada de Lola, que lo miraba tiernamente.

—¿ Y ya han tomado casa?... ¿ Dónde?...

—Sí ; hemos tomado una casa en la calle Santa Fe, al llegar a Callao... una de altos y bajos... con jardín al frente...

—¡ Ah ! ¡ ya sé ! ¡ ya sé !... ¿ yendo de aquí a mano izquierda?... ¿ frente a un bazar?

—Eso es.

—¡ Qué casa !... ¡ ché !... ¡ qué casa !...

La visita de Adelina—que era digna hija de sus padres—se prolongó durante toda la tarde, investigando todo, comentando todo, metiéndose en todo y hasta metiéndose unas masas en la cartera, de las que sobraron al tomar el te.

Cuando se retiró—despidiéndose «hasta pasado mañana, ¿eh? no falten»,—Lola le dijo a Leopoldo:

—¿Adelina también vive con tus tíos, ché?

—Creo que sí... como tienen una gran quinta en Flores... creo que pasan los veranos juntos.

—¿Y ella se va sola hasta allá a estas horas?...

—Eso es muy común aquí; las señoras casadas andan solas por toda la ciudad.

—No lo haré yo en mi vida.

—¡Qué gracia!... Tú me tienes a mí.

—¿Y ella no tiene a su marido?

—Sí, pero él tendrá que trabajar a ciertas horas.

—¿Con quién dijo que está casada?

—Con un señor Simompietri...

—¿Simon... qué?

—No, hija; todo junto: Simompietri.

—¡Ah! Adelina Balino de Simompietri. ¡Qué bien suena, ¿eh?

—¡Ya está criticando!... Y al fin no me has dicho nada de la pulsera.

Pero sonó un beso.

*
* *

Después de dos días de agitación perpetua, producida por las mil exigencias que Lola y Leopoldo tenían que satisfacer, empezaba a serenarse un poco la vida que llevaban.

Las modistas entraban y salían en la prueba de trajes para ella y los niños ; ella a su vez salía con Leopoldo para elegir muebles, vajillas, alfombras, cortinajes y diversas cosas necesarias para «la casa de la calle Santa Fe», como la designaban los dos ; los más diversos tipos de institutrices habían desfilado hasta elegir la mejor, la más cara, pero la más recomendada ; y en medio de todo eso habían tenido un momento para hacer una rápida visita matinal al suntuoso palacio del Jockey Club, que Lola recorrió de asombro en asombro, provocando a su paso la misma emoción entre los que la veían pasar, como si hubiera ido a burlarse de la Diana del vestíbulo.

Al salir del Jockey Club, Leopoldo se empeñó en hacer a pie por la calle Florida el recorrido hasta el hotel, y aunque Lola se oponía, despachó al automóvil y se pusieron en marcha.

—¡ Qué empeño en fastidiarme ! Si no me gusta andar entre tanta gente.

—¡ Pues aunque te fastidies !... Yo quiero lucirte—respondía él, satisfecho y orgulloso del efecto que Lola producía en cuantos pasaban ; —y a más que tengo un proyecto—le decía.

En efecto, al llegar a una deslumbrante joyería dijo Leopoldo :

—Entremos.

—¿ Para qué ?... ¿ Qué locura vas a hacer ?...

—¡ Ahora lo verás !

Al verlo entrar, el joyero se dirigió a él rápidamente, saludándolo como a viejo conocido.

—Muéstrenos los aros de ayer—le dijo Leo-

poldo; y así que quedaron a cierta distancia del joyero, que abría su gran caja de hierro, Lola le dijo:

—¿Este era el proyecto, no?... No vayas a hacer un disparate.

—¡Tú te callas! te diré como le decía aquella vez tío Alciro a tu mamá, ¿te acuerdas?

El joyero, aproximando unas sillas para los clientes, puso sobre el cristal biselado del mostrador tres estuches con seis soles que Lola contempló estupefacta.

El joyero, habituado a la vista de joyas divinas, miraba embelesado a Lola pensando que no había en su tienda ninguna que pudiera competir con ella, y a tanto su embelesamiento llegó, que aun en la habitual sordidez de su espíritu se abrió un paréntesis de hidalguía caballerosa y pensó en que «ella» obtendría cualquiera de sus alhajas por el precio que quisiera fijarle.

—¿Por cuáles te decides?

—...¡Es una locura!...

—A mí me gustan más éstos... Son un poco más chicos, pero, ¡mira qué luces!

—¿Y cuánto valen?—preguntó Lola al joyero, que contestó poniéndose muy colorado:

—Para la señora... cinco mil doscientos...

—¡Qué gracioso!—exclamó ella riéndose, y agregó:—¿Conque para mí?... ¿A otra señora le cobraría más?...

—Es que el señor—contestó el joyero, atónito, señalando a Leopoldo—las apartó ayer... ¡es ya cliente!...

—Es un disparate, Leopoldo.

—Entonces, ¿son éstos los que te gustan?— dijo Leopoldo, sonriendo cariñosamente, y antes que Lola contestara, agregó :—A ver : póntelos.

Lola se sacó las perlas que tenía de aros y se puso los que su marido le indicó.

—¡ Ahora ya no hay remedio ; ya te los has puesto !

—¡ Eso es muy justo !—exclamó el joyero, celebrando amablemente la feliz ocurrencia de su cliente.

—¡ Bueno ! Esos aros, hija, necesitan la compañía de un prendedor.

—¿Qué estás diciendo?...

—Traiga los prendedores que vi ayer—dijo Leopoldo al joyero, que poco tardó en poner dos estuches delante de Lola, que al verlos exclamó :

—¿Pero tú estás loco?...

—¡ Tú te callas ! Estos son los que más me gustan. Elige tú.

Momentos después salía Lola con sus estupendos solitarios y con un magnífico prendedor en la cartera y un torrente de ternura y de pasión por su apasionado esposo.

Mientras ellos efectuaban esas y otras compras, entre las que figuró un montón de juguetes para los nenes, la casa de Balino estaba agitadísima por los preparativos para la comida con que iban a obsequiar a sus acaudalados «sobrinos».

La quinta del señor Balino ocupaba dos manzanas de terreno, adquiridas en la forma más casual del mundo y más «graciosa», a punto de que cada vez que él lo recordaba lo hacía riendo a carcajada tendida ; y no era para menos,

pues el caso, referido en dos palabras, era el siguiente : su anterior propietario necesitó en cierta ocasión 30,000 pesos ; recurrió al señor Balino, que solía colocar «algún dinerito», y los obtuvo con «pacto de retroventa», sobre la quinta que valía diez veces más, y aquí viene lo gracioso : no pudo levantar la hipoteca, y legalmente el señor Balino se quedó con la quinta «de hecho y de derecho».

La señora de Balino había tenido en sus mocedades más de una situación difícil o incierta ; pero al doblar los cincuenta se habían despertado en ella dos tendencias curiosísimas : se había hecho caritativa con los «pobres pobres» del barrio, y amiga frenética, o poco menos, de las muchachas o señoras que tenían la edad que ella en aquellos tiempos de su inexperta vida.

Sus procedimientos, revestidos de inocente amistad o simpatía, tenían por oculta finalidad alguna «caída» y propendía a producirla, como si pudiera aportar algún consuelo a su conciencia más o menos intranquila. Era solícita con las muchachas casaderas, especialmente, y organizaba en el gran caserón de la quinta reuniones sociales para jugar a la lotería, bailar, recitar y hasta jugar a las escondidas, invitando a los jóvenes de su amistad, que tenían por ella verdadera idolatría.

«Doña Adela» es una santa, decían los «pobres pobres», las muchachas y los jovenzuelos del barrio, en el que ella era centro de atracción irresistible, y así cayeran rayos nadie faltaba a la cita en una noche de reunión en la quinta de Balino.

La noticia de que en ella se organizaba una «comida» bastó para que sus amigas y amigos se ofrecieran para preparar todo lo necesario, y, a cual más, unas y unos se disputaban el honor de ser útiles en algo. Doña Adela les repartía trabajo inteligentemente, ocupando a cada cual en la tarea para la que mejores aptitudes tenía.

En aquel día compartían los trajines de la organización de la mesa sus hijos: Adelina, Alberto, el fumador, mocetón de veinticuatro años pasados en la más absoluta haraganería; Arnaldo, casado con Sara Wiendenbroug, que en el caso ayudaba también en aquellos preparativos, y dos muchachas de la íntima amistad de doña Adela: Cecilia Remington, hija del «boticario de la esquina», y María Cervignini, hija de un honesto empresario de pompas fúnebres y que, naturalmente, participarían del banquete.

—Cecilia—decía de pronto doña Adela,—vaya con Alberto al sótano y cuenten cuántas botellas hay de cerveza.

—María—decía en otro momento,—vaya con Arnaldo y tráiganme unas mosquetas de la glorieta del fondo.

Y no hay para qué decir con qué subordinación y presteza se cumplían las órdenes de doña Adela, pues tenía el prestigio de su cariñosa ternura, de su enorme fortuna y de sus canas, que, aunque modestamente ocultas bajo la «transformación» sospechada por Claveles, no por eso dejaban de aportarle el eficaz concurso que a una sosegada vejez conviene. Agréguese a ello el natural interés que despertaban y se com-

prenderá con cuánta facilidad se cumplían sus órdenes.

Para la idiosincrasia moral de doña Adela, Lola representaba un verdadero ideal, y la intensa felicidad que Leopoldo le aportaba era más bien un estímulo para su espíritu, pues tendría que matar dos pájaros de un tiro, empezando por él; pero ella ignoraba que una émula suya, de más fuste y en un plano social muy superior, iba a disputarle la presa hasta anular sus esfuerzos tal vez.

Una sorda lucha celestinesca iba a provocar Lola por su juventud, por su belleza y por su insoportable felicidad visible; pero había en ella una fortaleza quizás inexpugnable para la táctica y los recursos de quienes iban a disputársela.

Cuando la mesa, cubierta por dos manteles sobrepuestos, porque ninguno alcanzaba a cubrirla del todo, quedó lista, doña Adela, sola, absolutamente sola, se aplicó a la tarea de distribuir los asientos, y, después de mucho combinar, llegó a la solución más conveniente.

—Yo aquí—decía parada en la cabecera,—a mi derecha Arnaldo, a su lado Lola... eso es... junto a Lola, Alberto, y después Cecilia; de este otro lado: aquí Adelina, después Leopoldo... ¡magnífico!... después Sara, Simompietri, María... y en aquella cabecera Emiliano.

Este llegó del centro acompañado por su benemérito yerno, Jenaro Simompietri, que se casó con Adelina llevándole diez y ocho años justos, y que en aquel momento cargaba con los

paquetes de provisiones encargadas por doña Adela.

—¿Traes todo, Emiliano?

—Vamos a ver; aquí tengo la lista que me diste; ponga aquí, Simompietri.

—¡No... ahí no!... En la mesa de trinchar.

—Pues a la mesa de trinchar—repitió don Emiliano, y allí se ocupó en desatar y anotar lo que había llevado.

—Vamos viendo—decía, rodeado ya de todos los asistentes para la comida:—sardinas, de las mejores, cuatro latas; queso del país, un kilo; vino blanco, dos botellas.

—¿Alcanzará, ché?—preguntó doña Adela.

—Es lo que me encargaste.

—Sí, ha de alcanzar—dijo la señora;—a más hay un resto de priorato y bastante cerveza.

—Manteca — prosiguió don Emiliano, — un pan grande; aceitunas aprensadas, un cuarto kilo; palitos de dientes; una botella de Oporto; una yema quemada; dos saleritos; un frasco de encurtidos... y... el café; me parece que está todo, ¿no?

—¡Te has portado, Emiliano! Bueno, Simompietri, abra dos cajas de éstas... tome... ábralas en la mesa del patio y ponga las sardinas en esta fuente... tome... Tú, Alberto, abre el vino blanco y pones las dos botellas en la mesa... Tú, Sara, corta el queso y lo pones en dos platitos.

La actividad en aquella casa era frenética: órdenes de mando; carreritas de un lado a otro; rectificaciones iracundas; pero, en fin, cuando todo estaba listo, dijo de pronto doña Adela, a gritos:

—¡ Rosa !... ¡ Rosa !...

—¿ Señora ?—interrogó desde la puerta la italiana sirvienta.

—¿ Y las servilletas ?... ¿ Que no las ha planchado todavía ?

—Es que se están secando, ¿ sabe ?... colgadas en la cocina.

—¡ Vaya, hijita !... que las planchen así no más—dijo doña Adela a María.

No había transcurrido mucho tiempo cuando las servilletas calientes y húmedas se ponían sobre los platos de la mesa, que se encargaron de conservar su calor hasta después de servidas las sardinas.

Quedaba todo listo, y para dar a la casa el mayor aspecto de normalidad, los concurrentes todos se sentaron en el patio a esperar...

Adelina se hacía la décima pasadita del cisne, cuando se oyó el grito de orden : ¡ ahí están !... en momentos también en que Simompietri sudaba a mares por asegurar un nuevo cuello en su camisa, empapada por el trajín laborioso de todo el día.

Adelina arrojó instantáneamente el cisne y salió corriendo a recibir a Leopoldo... y a Lola—que se presentaron irreprochable y lujosamente vestidos y que, después de las presentaciones del caso, tomaron asiento en amplios sillones de paja, muy adecuados para dormir la siesta.

—Muy linda casa—dijo Lola dirigiéndose a doña Adela, que sin esperar más se apuntó un tanto, diciendo :

—Muy cómoda ; Arnaldo—agregó,—acompaña a Lola y muéstrale la casa...

—Después, tía; recién llegamos—dijo Lola.

—Pero anda a sacarte el sombrero.

—Eso sí, tía.

—Acompáñala, Adelina.

—Que la acompañe Sara; yo me quedo aquí conversando con Leopoldo.

Cuando Lola se alejó acompañada por Sara, Alberto le dijo a doña Adela:

—¡Qué linda es!... ¡realmente!...

—¡No te dije!...

En un extremo del patio conversaban, de pie, don Emiliano, Leopoldo, Simompietri y Adelina, que a quema ropa le dijo a Leopoldo:

—Cómo llamarán la atención ustedes, porque son una pareja espléndida a cual más simpático...—y aprovechando de un instante en que su esposo le daba fuego al suegro para encender un cigarrillo, le agregó bajando la voz,—y tú estás lo más buen mozo...

—¿Qué te diré yo a ti?—contestó Leopoldo, y alzando la voz dijo a don Emiliano:—¿Enciende usted un cigarrillo al sentarse a la mesa?...

—¡Fumo todo el día!... pero tu observación me hace pensar que estás con hambre, ¿eh?

—No, tío, ¡qué esperanza!

—Sí; Adela: ¿pasaremos a la mesa?...

—Cuando quieran—dijo la señora poniéndose de pie, y agregó:—María, diga que saquen.

La de Cervignini se dirigió al interior, y los demás, con Lola que regresó con Sara, se dirigieron al comedor, al mismo tiempo que Adelina le decía por lo bajo a Leopoldo:

—Tú a mi lado, ¿eh?...

Así quedaron, en efecto, con marcada contrariedad de Lola, para quien no pasaban inadvertidas las confidencias insinuantes de Adelina, y a quien torturaron atrozmente durante la comida los groseros cumplimientos de Arnaldo y de Alberto, entre quienes fué sentada. Más de una vez al pasear la mirada por la mesa se encontró con la de doña Adela que la contemplaba insinuantemente y como embargada por plácidos pensamientos.

Leopoldo, asediado por Adelina y a ratos por Sara, pasaba alternativamente de la contrariedad a cierta incipiente complacencia de hombre solicitado como él lo era, y a favor de los momentos que pasaban, estrechaba gradualmente la distancia con Adelina, mientras Simompietri comía tranquilamente, cambiando de cuando en cuando algunas frases con don Emiliano.

Doña Adela comía poco, pero a cada oportunidad favorable echaba un párrafo al mismo tiempo que desempeñaba prolijamente las funciones de dueña de casa.

Las sardinas tuvieron un éxito estrepitoso, y algún plato quedó sin señal de que hubieran pasado por él, y aunque ni Lola ni Leopoldo las comieran, doña Adela les dijo con la más exquisita amabilidad :

—¿ Otra sardinita ?...

A ese «fiambre» siguió una sopa de fideos gruesos ; asado reseco ; zapallitos rellenos ; patitas de cordero ; un delicado guiso de porotos ; luego yema quemada y café recalentado.

Lola ardía por levantarse de la mesa y por regresar al hotel, mortificada por las torpezas de

Arnaldo y por las saltantes inconveniencias de Adelina, y de Sara, en parte ; así fué que en cuanto terminó la comida y doña Adela invitó a pasar al jardín, ella se puso de pie, la primera, retirando por sí misma su silla.

Al salir del comedor doña Adela dijo a la sirvienta en voz alta :

—Llámela a Juana que le ayude a levantar la mesa y ponga la carpeta.

Tomó del brazo a Lola y guiándola hacia el jardín salió diciéndole :

—Juana es la lavandera porque aquí se lava y se plancha todo en casa ; es lo más cómodo y mucho más económico ; yo te aconsejo que hagas lo mismo en cuanto pongas casa—por cierto que ya he sabido que han tomado una muy linda,—y si quieres yo te puedo recomendar una excelente y lo más acomodada que lava por día, pero que no se coloca, mientras que Juana es con cama, así es que yo, ché, la aprovecho para todo y es una mujer excelente... lo más reservada...

—¿Y los demás no vienen?...—preguntó Lola, viendo que se alejaban por un camino sombrío, casi tenebroso.

—Ya vendrán... no te preocupes... se han quedado conversando... ¡ pero, ché !... ¡ cómo brillan tus aros !... ¡ y el prendedor !...

—En lo obscuro brillan más ; son como ciertas personas...

—¡ Ché !... ¡ Qué filosófica estás !... ¿De dónde has sacado eso?... Lo que es yo no creo, hijita, en esas cosas... y menos tratándose de ti, que tienes una gran posición... y que eres tan

joven y tan linda... ¿cómo llamarás la atención, eh?... ya me imagino cuántos andarán locos por ti a estas horas... ¡No me digas que no!

—¡Pero qué obscuro está aquí!... ¡yo no veo dónde piso!...

—Bueno, hija, volvamos... una tarde de éstas voy a ir a buscarte y te mostraré entonces la quinta... y te presentaré a mis relaciones... una porción de muchachas como María y Cecilia... ¡y unos muchachos más buenos mozos!... ¡ya verás!... ¡te vas a quedar encantada!...

Por un camino que cruzaba al que ellas recorrían apareció en ese instante Arnaldo llevando un jazmín del cabo, que ofreció a Lola diciéndole:

—Lo acabo de cortar para ti, no para que te adornes con él, sino para que lo adornes tú poniéndotelo en el pecho.

—No me gusta usar flores—repuso Lola con cierta sequedad.

—¿Me desairas?...

—Ya te digo: no me gustan las flores...

—Pero... tómalo, siquiera.

—No insistas, Arnaldo—dijo doña Adela a tiempo en que Lola decía:

—Llévaselo a tu señora... que es más natural.

Arnaldo arrojó el jazmín displicentemente a un costado del camino, y en silencio siguieron los tres, a cuyo encuentro salieron Sara y Cecilia, para invitar a Lola a que tocara el piano.

—No he vuelto a tocar desde que murió tatita—contestó.

—Alguna vez ha de ser—insistió Sara.

—No insistas, ché—le dijo Arnaldo,—no insistas que no es de «buen tono»...

—Además—continuó Lola indiferentemente, —nos tenemos que ir ya.

—¿Que ya se piensan ir?—exclamó doña Adela sorprendida.

—Sí, tía; porque los niñitos están solos—y como en ese momento llegaba a la puerta del patio en el que se encontraba Leopoldo, le dijo:

—Ya es hora de que regresemos.

—Cuando quieras, Lola.

Las protestas no tuvieron éxito, y Lola le pidió a Sara que la acompañase a ponerse el sombrero, como lo hizo también Adelina, que se agregó a ellos.

Cuando Lola, con cierta nerviosidad se lo hubo puesto, Adelina le dijo:

—¡Estás divina!... ¡divina!... ¡divina!...

Lola la miró, fingiendo amabilidad, pero pensando: sí, disimula, no más, que ya te conozco; y breves instantes después se despedía de todos y subía a su espléndido automóvil, resuelta a no volver jamás a aquella casa.

En cuanto la máquina se puso en movimiento, le dijo a Leopoldo, con la voz ligeramente velada:

—¿Tú estarás muy satisfecho de esta visita?

—¿Por qué me lo dices en ese tono?

—¿Cómo no?... ¿Crees que he podido no notar la conducta de «esas» dos?...

—¿Y qué querías que hiciera?... Me sentaron entre ellas, como a ti entre esos estúpidos.

—No me hables de volver a poner los pies en

esa casa ; pero ¡ qué clase de gente, por Dios !... ¿Entre quiénes estamos?...

—Estamos, mi hija, en la sociedad de que te hablaba en la estancia.

—¡ Qué !... Esto no es ni puede ser la sociedad... esta es una gentuza sin educación y sin vergüenza...

—¿A ti te han dicho algo ofensivo?

—¡ Todo !... Y te juro que a ratos tenía deseos de levantarme como una loca y salir corriendo.

—Pero, ¿qué te decían?... ¡ Dime !

—¡ Qué sé yo !... Impertinencias de todo género.

—¿Quién?...

—Todos... Si todos son iguales...

—Con no volver más...—dijo Leopoldo pausadamente.

—¡ Y tú menos !... Porque yo me mato si me roban tu cariño...—exclamó Lola, apasionadamente, pasando un brazo por sobre el cuello de Leopoldo, y atrayéndole con ternura hacia ella.

—Bien sabes que eso no podrá suceder jamás y que no hay poder humano que me desvíe de tu lado.

Y el automóvil pasaba volando bajo los grandes focos lumínicos de la avenida Rivadavia.

Entretanto, la familia del señor Balino comentaba la visita aquella, de la que Lola y Leopoldo salieron con más apetito que al llegar ; y entre los comentarios más diversos decía riendo de placer doña Adela :

—¡ Y cómo han comido !... ¡ Qué barbaridad !... ¡ Si han dejado los platos limpios !...

*
* *

Lola leía una mañana los diarios junto a Leopoldo, que hacía lo mismo, cuando ella le dijo de pronto :

—Ché... podríamos ir esta noche al Odeón. ¿Qué te parece?

—¿Qué hay en ese teatro?

—Una compañía dramática española muy buena.

—¿Drama?...

—¿Y qué tiene?... Si no nos gusta, nos salimos ; pero habremos conocido, yo al menos, ese teatro.

—Como quieras : iremos.

—Contra tu voluntad, no ; para eso nos quedamos aquí muy bien.

—Es que... estaba... pensando... que hoy va a venir a comer con nosotros Emilio.

—¡ Qué pereza !... Razón de más ; le hablas por teléfono y le dices que no podremos esperarlo, porque vamos al teatro.

—Bueno ; le hablaré ; pero voy a preguntar primero si conseguiremos localidades ; después le hablo.

Así lo hizo, desde su propio asiento, y, volviéndose hacia Lola, le dijo :

—Ya está ; palco bajo número seis.

—¿El Odeón es un teatro muy chico?

—No, regular; pero es muy simpático y lo concurre gente muy distinguida, siempre.

—Ya lo he notado por las crónicas; todos son apellidos conocidos; voy a ver si en la de hoy figura el señor Jenaro Simompietri y su distinguida «señora»...

—No pienses más en ella; no seas tan burlona. Voy a hablarle a Emilio.

Tomó el tubo; pidió la comunicación y en seguida se puso a hablar, observado atentamente por Lola: «...¿Emilio?... ¿Cómo te va?... Leopoldo... Para avisarte que no podremos esperarte hoy... Nosotros también lo sentimos... porque vamos al teatro... sí, esta noche... al Odeón. ¡Con mucho gusto!... ¿Para qué te has incomodado?... Muchas gracias... Adiós.»

—¿Qué dice, ché?

—Que puede ser que nos haga una visita en el teatro... y que luego te traerán unas flores que te envía.

—¿Flores?... ¿Asunto de qué?...

—Se las habrán mandado a él de regalo.

Lola ocultó la doble contrariedad sufrida con las dos noticias y especialmente con la de la visita de Emilio en el palco, pues no sólo le era ya poco grata su presencia, sino que la mortificaba sobremanera la perspectiva de mostrarse en público con él, por más que estuviera con Leopoldo, naturalmente.

Para ella, y cada vez más, el mundo entero era Leopoldo, y ese sentimiento surgía en su espíritu por sí mismo, por la creciente ternura de él y por su alejamiento de sus íntimos deja-

dos allá en las soledades de *La Querida*. No concebía que la vida necesitara para ella ni más halagos ni más atractivo, ni más compañía que la de su esposo y en unión con él se sentía poseedora de la suprema felicidad.

Deseaba figurar en el mundo y en la aristocracia social, pero siempre unida a Leopoldo, sin que nada ni nadie se interpusiera entre los dos, y tan absurdo le parecía lo contrario, si alguna vez lo pensó, como sería pretender salir a paseo dejando la cabeza o los brazos guardados en su armario.

Ella y él en el palco, solos, sin nadie; así le complacía el teatro, y la idea de que Emilio se les agregara, casi le sugería el propósito de desistir de la ida. Estas ideas nacían en ella como resultado de la propia observación hecha en los demás, pero comprobando casi siempre, o siempre más bien, una desesperante falta de verdadero respeto hacia la mujer en los hombres, de toda catadura, pues en la calle, en las tiendas, donde quiera que hubiese estado alguna vez, se había visto mortificada por miradas insolentes y provocativas, cuando no se dejaba al pasar en su oído frases capaces de enrojecer al mármol.

La aristocracia social, tal como ella la entendía, se le presentaba como un consuelo y como un refugio para su decoro y para su vida de mujer social, integérrimamente virtuosa y digna. La aristocracia, la legítima, la de abolengo, debía estar formada exclusivamente por personas parecidas a ella y a Leopoldo, con quienes se podría estar en leal y honesta relación, pura y sinceramente amistosa, sin tener que torturarse

á cada rato para buscar una contestación discreta o eludir una agresión innoble.

Lo vulgar, lo inculto, lo bajo, lo abyecto, no debería caber en el campo de la aristocracia sana y hasta allí no deberían, no podrían llegar, los torpes salivazos babosos de la calle ni la soez impudicia de los corruptores corrompidos. La vida, la vida decente debe tener su centro de ambiente puro y sano donde las almas limpias se busquen, se encuentren, se acaricien y se conforten cuando lo necesiten; donde los sentimientos bajos no lleguen; donde el eco ponzoñoso de los lascivos no alcance a turbar, ni un instante, la paz celestial de las conciencias honestas.

El ambiente moral en esa sociedad debe ser, ¡tiene que ser!—pensaba Lola, y lo pensaba por primera vez—puro, fresco, saludable, como el aire diáfano y aromatizado que se respira bajo los eucaliptos de la estancia...

Lola sufría mortificada, en su decoro, del que estaba plenamente segura; pero sufría también y más por Leopoldo, con esa instintiva exactitud de juicio que por causas imperceptibles agita y conmueve a veces el corazón de una mujer como ella. El era incapaz... ¡oh! ¡bien lo sabía!—él era incapaz de engendrar ni el más remoto propósito deshonesto, ni de desviarse jamás de la línea invariable de su afecto pasional por ella para seguir un impulso contrario; ¡él!... ¿pero ellas?...

—Está la señora Adelina, que viene a almorzar con los señores—dijo Catalina señalando respetuosamente a Leopoldo y a Lola que, sumer-

gida en aquellas reflexiones, tenía un diario, sin leerlo, al lado de su marido que leía en otro.

—¡ Dígale que no estamos !—exclamó Lola vivamente.

—¡ Señora !... ya le dije que están...

—¡ Bueno !, dígale que hemos salido sin que usted nos viera y que no vendremos a almorzar.

Catalina salió, y Lola, estrujando nerviosamente el diario, dijo :

—¡ Esto no tiene nombre !... ¿Esa mujer piensa vivir aquí?...

—No te alteres, mi querida ; con no recibirla...—repuso Leopoldo suavemente.

—¡ Me están dando ganas de volverme a la estancia !... ¡ y dejarnos de casa !... ¡ y de todo !...

En ese momento regresó Catalina llevando en la mano un largo cartuchito de papel rojo y extendiéndolo hacia Leopoldo dijo :

—La señora Adelina le ha dejado este cigarro que traía para el señor y dejó dicho que mañana tendrá el gusto de venir a almorzar con los señores.

—¡ Traiga para acá !—exclamó Lola rápidamente, y antes de que Leopoldo volviera de su asombro abrió una puerta y salió velozmente al balcón.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó Leopoldo saliendo tras de ella.

—¡ Ahora verás !... espérate...—contestó ella mirando para abajo hacia la puerta exterior del hotel que quedaba exactamente en la línea del balcón en que estaban.

—¡ No seas loca !... ¿qué vas a hacer?...

—Espérate... ahí sale... está parada... no sabe para dónde ir...

En ese mismo instante, Adelina bajó a la acera, encaminándose hacia la derecha, y Lola, hecha un Nemrod, arrojó a sus pies el cartucho rojo, que cayó a un metro adelante de Adelina, y se entró seguida de Leopoldo, que repetía :

—¡ Qué locura !... ¡ qué locura !...—mientras ella, riéndose nerviosamente, decía :

—¡ Toma cigarro !... ¡ Toma cumplimientos !...

Catalina, que se había retirado, interrumpió de nuevo a Lola, apareciendo con el mismo cartuchito rojo en la mano y dijo :

—¡ Está otra vez la señora Adelina !... ¡ Oh ! ¡ y qué furiosa !... y me preguntó quién le había tirado con esto, desde aquí... ahí está, esperando...

—¿ Y usted qué le ha dicho?

—Le dije, señora, que seguramente serían los niñitos... jugando... y entonces me mandó ver...

—Traiga—volvió a repetir Lola—y vaya, dígale que sí, que fueron los niños—y se puso a reir.

—¿ Qué vas a hacer ahora?

—Nada, Leopoldo ; no te agites—respondió Lola, al mismo tiempo que trataba de oir el descenso del ascensor tras el sonido característico de su puerta plegadiza.

Un momentito después de estar en esta actitud se aproximó de pronto al mismo balcón y al abrirlo tiró hacia adelante el cartucho, exclamando :

—¡ Ahora lo tiro al medio de la calle !...

Cerró de nuevo y se puso a mirar al través de las cortinillas, riendo de buena gana y notando desde allí el pequeño bulto, que sólo parecía un papel arrugado.

—Míralo de aquí—le dijo a Leopoldo, y agregó en seguida con viva satisfacción :—¡ Mira !... ¡ Mira !... Ahí atraviesa «ésa»... Ahí le pega con el pie... Mira qué gracioso... Ahí sube a la acera... ¡ y mira para acá !... ¡ qué delicia !... ¡ fíjate qué cara !... ¡ estará hecha una hiena !... ¡ qué divino !...

Y saltaba palmoteando como una loquilla, contemplada complacidamente por Leopoldo, que empezaba a saber lo que es una mujer celosa y a saberlo con cierta perversa satisfacción.

—Supongo que «ésta» no volverá...

—Dejó dicho que vendría mañana...

—¡ Tendría que ver !... No puede ser tan...

En ese momento entró Catalina, llevando un hermoso ramo de flores elegidas, y poniéndolo sobre la mesa, al lado del tubo, de pie, del teléfono, dijo :

—De parte del doctor Rodríguez... que no tiene contestación—y se retiró.

—Lindas flores, realmente—exclamó Leopoldo contemplándolas.

—¡ Qué buena idea !... ¡ Ché !... se me ha ocurrido...

—¿ Cuál ?... mi hija.

—Que se las mandes a «ésa» como retribución del cigarro.

—¡ Pero si estas flores son para ti !

—Como yo no las quiero, y tú estás encarga-

do de entregármelas, te quedas con ellas y... se las mandas.

—¿Y por qué no las quieres?

—Esto en serio, entiéndeme bien, en serio, ¿eh? ¡porque no las quiero!... ni quiero que nadie me mande flores ni nada, y si no las haces sacar de aquí, ya mismo, irán a hacer compañía al cigarro.

—No seas así... ¡no se puede ser así!

—¿Que no?... ¿Quieres ver cómo las tiro?...

—No harás eso...

—Bueno, ¿son mías resueltamente?

—Claro está.

—Entonces...—dijo ella tocando el botón de la campanilla.

—¡No vayas a hacer una tontera!...

—¿Qué manda la señora?—preguntó Catalina, apareciendo en la puerta.

—Tome esas flores y llévelas para usted.

—¡Oh! ¿para mí?... señora... ¡tan lindas!...

—Sí, para usted; ¡llévelas! le digo.

Así lo hizo la sirvienta, y en cuanto salió, antes de que Leopoldo pudiera articular ni una sílaba, Lola le dijo:

—Te juro, por mis hijos, que con todo obsequio análogo haré lo mismo.

—No comprendo...

—Lo que yo no comprendo son estos obsequios a una señora que no da lugar, ¡que... no... da... lugar! a que se le manden...

—¡Pero, hija! ¿viniendo de Emilio, que es como un hermano mío?

—Tú lo consideras así, yo no; ¡y, sobre todo,

yo no estoy acostumbrada a estas cosas ni me acostumbraré jamás!...

—¿Y qué le diremos luego, si nos ve?...

—Nada. Ni una palabra. No creo que vaya a implorarnos que le demos las gracias; con callarse, se acabó.

Para Leopoldo esa actitud no necesitaba ser puntualizada con palabras, y significaba, para él, la suficiente causa para una sospecha intolerable; pero optó por dominarse y cambiar de conversación, reanudando el tema de la adquisición de enseres para «la casa de la calle Santa Fe».

En ello pasaron el día, hasta que después de comer—bastante molestada Lola por la conducta de la señora rubia de la mesa inmediata—salieron para asistir al teatro.

Al descender del automóvil y entrar al vestíbulo, la concurrencia abrió cancha y se formó en dos alas, contemplando a la bella pareja, y naturalmente, a la compañera, que llamaba como nunca la atención por su traje, sus joyas, su porte y su belleza extraordinaria.

Al entregar las entradas en la puerta de acceso, se les cuadró el doctor Rodríguez Zález, irreprochablemente vestido, y entre la casi envidia de los circunstantes, los saludó con efusiva amistad, que ellos retribuyeron dignamente, continuando hacia el palco, mientras él quedó en el sitio asediado por las preguntas a veces vilmente intencionadas de sus amigos o conocidos.

—Son Leopoldo Luna y su señora; excelentes personas... ¡Oh!... ¡de alta!... ¡de muy alta cultura!... dos nobles espíritus... ¡dignísi-

mos !—repetía ahuecando la voz más que de costumbre y levantando más alto que nunca la mano rígida.

—¡ Qué cejas de mujer !... ¡ Qué cejas !—repetía enardecido un amigo del doctor Rodríguez Zález,—¡ pero qué cejas !...

—¡ Qué boca !...

—¡ Qué ojos !...

—¡ Qué colores !...

—¡ Qué elegancia !...—exclamaban otros en el grupo, por el cual pasaban indignadas o despreciativas las que pasaban inadvertidas, pero oyendo aquellos comentarios.

En la sala no fué menor la emoción que la presencia de Lola produjo, y hasta en los palcos inmediatos la gente volvía impávidamente la cara para mirarla casi frente a frente.

En el primer entreacto el doctor Rodríguez Zález abrió la puerta del palco bajo número seis, asomando su cara sonriente y azorada al mismo tiempo, o pareciéndolo por la expresión de sus ojos más abiertos que habitualmente. Puso con dificultad su sombrero sobre una silla, y con más trabajo el bastón recostado en ella y ocupando otra, preguntó al saludar de nuevo :

—¿Qué les parece la sala?... Hermosa concurrencia, ¿no?

—Efectivamente, muy bien concurrida—respondió Lola.

—¡ Pero !... ¡ Muy bien concurrida !—repitió el doctor Rodríguez Zález mirando a Lola fijamente, como queriendo expresarle : «note que lo digo por usted».

En ese momento Leopoldo saludaba en dis-

tintas direcciones a varios amigos, algunos de los cuales se dirigieron visiblemente hacia el palco, cuya puerta a poco sonaba al golpe repetido de unos nudillos.

Leopoldo se levantó para recibirlos como lo hizo, invitándoles a pasar al palco para presentarles su señora, a quien decía el doctor Rodríguez Zález en ese mismo momento :

—Ya habrá notado usted cuán viva admiración provoca en todos los espíritus.

—Yo no he notado nada ; no me ocupo del público, sino del espectáculo.

—¡ Pero es que todo el público se ocupa de usted con entusiasmo !... con...

—Lola—dijo Leopoldo,—te voy a presentar dos viejos amigos : el doctor Pereyra y el doctor Hurtado.

Se saludaron cortésmente, y Lola, desde el primer instante, experimentó un consuelo al encontrarse con los nuevos visitantes mesurados y cultos que luego de saludar a Rodríguez Zález como ya conocidos, entablaron una amable y discreta conversación de carácter general.

Al terminar el entreacto, aquéllos se retiraron cortés y dignamente, dejando en Lola la sensación grata de que esos dos caballeros lo eran de veras y debían ser leales y dignos amigos de su esposo, a quien no perdió tiempo en transmitirle esa impresión, recalcando intencionadamente cada palabra.

—Son así, en efecto ; dos muchachos excelentes en todo sentido, y grandes amigos míos desde hace muchos años.

La concurrencia reentraba por los pasillos co-

mo pequeñas corrientes en un caudal mayor, y cuando Lola esperaba que el otro visitante se retirara también, le oyó con profunda contrariedad que decía :

—Si no les incomodo, me quedaré a ver este acto con ustedes.

—¡ De ninguna manera ! ¡ Pero cómo has de incomodar !... ¡ Al contrario !...

—Esa es tu opinión, Leopoldo ; pero falta la de Lola...

—Yo ni tengo ni me permito tener más opinión que la de Leopoldo, y lo que él diga o resuelva en todos los casos, es y será siempre mi única voluntad.

Se alzaba el telón lentamente ; el público se disponía a escuchar ; los retardados pasaban en puntas de pie, y, en medio del silencio que se acentuaba, Claveles se presentó en el palco y saludando en voz baja les dijo a Leopoldo y a Lola en tono y forma confidencial :

—¡ Les traigo una noticia !... ¡ Un notición !... Yo al menos lo considero así : misia Ana Gómez de Hardet quiere ser presentada a ustedes... ¡ Dense cuenta !... ¡ Cuanto hay de más distinguido y encumbrado en la más alta sociedad porteña !... ¡ El efecto que va a producir esto !... ¡ Es recibir a ustedes con las puertas abiertas de par en par !... ¡ Esto va a ser el «acabóse» !...

—¿ Y a qué título?—preguntó Leopoldo.

—Yo no sé ; en cuanto entraron al palco, porque vinieron un poco tarde, y los vieron a ustedes, me llamó misia Ana, que está allá enfrente... ¿ ven?... derecho a este calvo que está ahí... en la platea... y un poco a la izquierda de aquel

otro, y me preguntó si ustedes eran los esposos Luna; le contesté, naturalmente, que sí, y me acaba de decir que les transmita su deseo... ¡La impresión que va a producir esto!...

—¿Qué hacemos, Lola?

—¡Pero, aceptarlo!—exclamó Claveles.

—Lo que tú digas—contestó Lola.

—Bueno—dijo Leopoldo,—invítela usted a venir en el entreacto.

—¡Verán qué gente!... ¡Qué distinción!... ¡Qué cultura!... ¡Qué chic!...—y salió radiante.

La sala entera comprendió que Claveles tramitaba un trascendental acto social y así lo dejó entender el doctor Rodríguez Zález, diciendo:

—Es, necesariamente, seguramente, la primera vez que la encopetada señora de Hardet implora, ¡es la palabra!, implora así, una vinculación social.

—¿Para qué será, ché?

—¡Pero, para vincularse con ustedes y nada más! ¡Esto se repetirá día por día!... ¡Se repetirá... ustedes lo verán!...

Al terminar el acto el doctor Rodríguez Zález se puso de pie para salir, y tomando su sombrero hizo una breve reverencia diciendo simplemente:

—¡Con permiso!...

—¿Te vas?

—Allí vienen las visitas de ustedes; ya volveré—y casi al oído de Leopoldo agregó, saliendo ya:—voy a traer unos bombones.

Leopoldo no tuvo tiempo de pedirle que desistiera, pues se escurrió por la galería velozmente, como si llevara tolerado y admitido el ob-

sequio que iba a buscar, y que, deliberadamente, lo anunció en la forma empleada.

—Señor Luna...—dijo melosamente Claveles, con el sombrero en la mano y sobre ésta volcado, con insuperable gracia, el puño desprendido de su guante crema pálido.

Leopoldo y Lola se pusieron de pie para recibir a la señora de Hardet, que, acompañada por una de sus hijas, entró en el palco, a tiempo en que Claveles, encogido en el más pequeño rincón del estrecho local, las nombraba :

—La señora de Hardet... El señor Luna... Su señora... la señorita María.

Si en ese momento se hubiera alzado el telón o se hubiera incendiado el teatro, la concurrencia habría seguido mirando extasiada hacia el palco bajo número seis, en el que los aros de Lola brillaron como ni en la propia vidriera de la joyería, porque nunca estuvieron puestos sobre una seda más suave ni sobre un color más lindo.

—Ustedes querrán conocer la explicación del pedido que me permití transmitirles por intermedio de mi buen amigo Claveles, y voy a satisfacer esa curiosidad, porque han de saber ustedes que nosotros somos viejos amigos.

—Desde este momento, señora, tenemos el honor de considerarnos así con respecto a ustedes—dijo Leopoldo.

—¡ Si casi estoy por tutearlos !—exclamó misia Ana riendo afectuosamente ;—imaginen ustedes que su abuelito de ustedes, porque ustedes son primos hermanos, ¿ no?

—Sí, señora—contestó Lola.

—Era uno de los amigos más queridos de mi tatita, el doctor Telésforo Gómez, a quien ustedes habrán oído nombrar, y yo conservo, ¡ cosas de vieja ! ¿eh? un retrato del coronel Contreras, que tatita tenía en su escritorio, con una dedicatoria cariñosísima.

—Qué casualidad tan grata, ¿eh? Leopoldo —dijo Lola.

—¡ Gratísima, hija ! y yo creo que en casa había también un retrato... o unas cartas... del doctor Gómez... ¿no te acuerdas?

—¡ No sería extraño !—intercedió misia Ana ; —¡ si eran amiguísimos !... Aunque tatita era bastante menor... ¿Y tienen mucha familia?

—Cuatro hijitos, señora—contestó Lola :— tres varoncitos y una mujercita.

—A mí me quedan dos : ésta y Eulalia, que es la mayor ; allí está en el palco.

—Parece que muy bien acompañada, señora—dijo Leopoldo.

—¡ Qué !... ¡ hombre !... cosas de muchachos... nada de fundamento.

—¿Y a usted, María, le dieron permiso para acompañar a mamá?...

—Yo no tengo a quien pedirlo, señor.

—¡ Para qué lo ocultas !—exclamó misia Ana. —¡ Vaya una tontería !... ¿A qué viene eso?... También tiene su «peor es nada»... un mozo excelente... socio del Jockey y del Círculo... ¿Usted no es socio todavía, Luna?... ¡ pero qué Luna !... Leopoldo, no más ; yo los voy a tratar así... sin cumplimientos.

—Muy honrados, señora.

—¿Y ya es socio?

—Todavía no ; aun no he pensado en eso.

—¡ Hágase presentar !... Son los dos centros de la clase distinguida... ¡ Mira qué buena oportunidad, María, para que Pepín lo presente ! ¿eh?...

La conversación siguió en el tono de «viejos amigos» realmente, y terminó quedando misia Ana en ir con Eulalia a visitarlos al hotel, «cualquier día de éstos... mañana... o pasado».

En cuanto se retiró del palco, Lola le dijo a Leopoldo :

—¡ Qué señora tan encantadora es ésta ! ¡ tan distinguida y tan sencilla !... a mí me ha dejado la impresión de que la he conocido toda mi vida.

—A mí también, y qué encuentro tan casual, ¿eh?

—Lo más agradable... Cómo se conoce en dos palabras a la gente verdaderamente distinguida... Con razón goza de tanto renombre.

La puerta del palco se abrió de nuevo y reapareció el doctor Rodríguez Zález con un paquetito primoroso en la mano que ofreció a Lola diciéndole : «Para usted, Lola», al mismo tiempo en que, dirigiéndose a Leopoldo, agregó : «Los bombones que te dije».

Al oir esto, Lola tomó el paquete y diciendo «muchas gracias», lo puso recostado sobre la balaustrada del palco, sin hacer mención de abrirlo, y empezó el tercer acto.

Al caer de nuevo el telón tomó la palabra el doctor Rodríguez Zález, mientras el paquetito de bombones permanecía en el mismo sitio, y se puso a disertar sobre «la moral en el teatro y en la vida real», inspirado por el tema escénico.

—¡ Oh !...—decía,—son cosas muy distintas... en el teatro la moral la maneja a su paladar el autor del drama ; en la realidad la maneja la vida... el mundo... la sociedad... lo imprevisto... el egoísmo humano... la fuerza de las pasiones. Todo hombre tiene un precio se ha dicho... y bien, yo digo : todo hombre puede tener una caída ineludible, desde que una fuerza brutal le haga perder pie... y no hay moral que se imponga en ese caso. Ese hombre en la escena no roba... porque no tiene una necesidad superior a su moral... o porque no está frente a la suma con que la pague o la acalle... ¡ y así en todo !... ¡ Si hasta los buenos... los inofensivos... toman un puñal y matan !

—Tu tesis, que podrías llevarla al teatro—dijo Leopoldo,—conduce a la conclusión de que las virtudes más nobles son juguetes de chicos... Globos de jabón que se deshacen al soplo de una necesidad, de un capricho, de un deseo.

—No al «soplo»... ¡ ante un vendaval !... ¡ oh !... y entonces las virtudes se tronchan y caen... como los árboles seculares de la selva batida por el huracán ciclónico...

—¡ Pero, ché !... ¿ el amor ?... ¿ la amistad ?...

—¡ El amor !... ¡ precisamente !... Cuando sopla en un espíritu, barre de él todo otro sentimiento y nada se salva ante su empuje... La pasión del amor ha dado al mundo las más grandes tragedias que la mente humana puede concebir, y no creará jamás la más ardiente imaginación un monstruo igual a un hombre locamente, frenéticamente enamorado. ¡ Ah !... el teatro puede fingir todo lo que se quiera ; pero la vida

real es tan enorme en sus oleajes que no hay teatro capaz de representarla.

—¿De modo, ché Emilio, que para un enamorado no hay más ley ni más moral que los dictados de su pasión?

—Exactamente... no hay dique ni valla... es el torrente indomable, que busca su nivel, como en el mundo físico y que arrasa con cuanto se le pretenda oponer en su camino... yo lo entiendo así... ¡qué quieres!

El telón se alzaba nuevamente para el último acto, y el doctor Rodríguez Zález se interrumpió para despedirse, como lo hizo, y salir, golpeando acaso con demasiada fuerza la puerta del palco.

Cuando, terminada la representación, el público salió de la sala, y entre él Leopoldo con Lola del brazo, pudo verse olvidado un primoroso paquetito de bombones sobre la balaustrada exterior de un palco...

*
* *

La fortuna y la distinción moral de los esposos Luna les abrió de par en par las puertas de la sociedad porteña, a la que llegaron fácilmente por vía de algunos parientes, de más fuste que los Balino, y de viejas amistades o vinculaciones de familia que, a la manera de la de

Hardet, surgieron a cada paso para ellos ; pero aun sin este concurso el resultado habría sido el mismo, pues la aristocracia del dinero, que es, hoy por hoy, la única aristocracia existente o subsistente, si arroja, como el mar a la playa, los cadáveres de sus víctimas, como nuevo imán, en cambio, atrae decididamente a los metales preciosos...

No es que, según el tan falso como amable refrán «la plata busca la plata», con lo que se le adjudica tendencias afectivas hacia su propia especie, tal como si se dijera que los amigos se buscan entre sí para solidarizarse o para andar juntos, como andan juntos los pavos, los lobos o las sardinas cuya afinidad es tanta que después de formar grandes montones llamados «bancos» en vida, se les ve en la muerte agrupaditas en las consabidas latas ; porque ni siquiera simbólicamente es admisible aquel refrán, suponiendo que quisiera expresar el bienestar económico, que es por definición exclusivista de toda acción externa o hacia el prójimo, ya que otro refrán profundamente exacto enseña y prueba que «el perro es el único animal que se rasca para afuera».

No es, pues, que la plata busque la plata, sino que quienes la tienen se buscan entre sí para estar a cubierto de las posibles molestias de quienes no la tienen, y dicho está que, teniéndola en copiosa cantidad los esposos Luna, bastábales con dejarla ver al ojo experto e inerrable de los ricos para que éstos les tendieran la capa para que ellos al pasar pisaran sobre ella.

Ricos, muy ricos, y bellos, muy bellos, ostentaban los grandes atractivos para imponerse en

la sociedad actual, con tanto más imperio cuanto que tenían esa visible y sana robustez financiera que se nutre y se vigoriza con el sol y con el aire del campo, y que suele dar a sus poseedores masculinos el aspecto de gruesos novillos de exposición ganadera : pisan sólidamente, caminan con parsimoniosa lentitud, tienen ancho y fuerte el cuello, poderosas las mandíbulas, desarrollado el lomo y pesada la vista siempre, como si estuviesen en una perpetua digestión.

Esos ricos usan amplios los bolsillos, como para que quepa más y para poder meter sin dificultades la propia mano donde jamás cabe la ajena, por lo mismo que están llenos ; tienen generalmente crepitante y gutural la risa, como un rebuzno, que sale arrastrándose, de a pocos, como si la arrojaran en efectivo, y cuando comen se ponen la servilleta como un gran babero sobre el ancho tórax, masticando con una grávida majestad de rumia hasta que el bolo alimenticio pasa y cae dilatando el esófago, mientras las mejillas se elevan un poco en la indecisa iniciación de una sonrisa que suele llegar hasta los párpados inferiores.

Al lado de esos ricos gordos no es rara la presencia de algún rico flaco y enjuto, pero de idéntica capacidad ventral e intelectual ; pero mucho más común que el rico enjuto es el «imitación», especie de *doublé* financiero que copia al rico gordo y come y ríe como él, y que lo refleja trabajosamente en el rudo afán de mantener la posición de equilibrio aparente en que se tienen sostenidos por el crédito o el engaño, a la manera de aquellos retratos de antigua fotogra-

fía en que el sujeto aparecía inconmovible y firme a favor del oculto aparato de hierro aplicado a la nuca e invisible para el observador.

La aparición de un rico legítimo como Leopoldo, llegado a Buenos Aires tras larga ausencia empleada en trabajos camperos y archirreproductivos, fué el tema, no precisamente de todas las conversaciones entre los ricos, porque esta especie casi no habla, sino de las afiladas y penetrantes miradas de todos : los legítimos, y con especialidad los falsificados, que son siempre los más y los más temibles. Leopoldo no era un rico físicamente gordo ; no era un rico criado a pesebre o a galpón ; no tenía las líneas exteriores de los ricos invernados en Buenos Aires, en esos boxes que se llaman «palcos» o en las pesebreras de las grandes *rotisseries* o del Jockey Club ; ni en los potreros de los salones donde sólo se relinchan entre iguales ; no, Leopoldo, esbelto, delicado, conservaba ágiles y bellos los expresivos ojos, finas sus facciones apenas tostadas por el sol intenso de los ambientes puros, movible y liviano su nervudo cuerpo, fuerte y franca su mano sincera, y en todo su continente el ritmo elegante y amable de un hombre bueno, culto y feliz, sin agredir con su felicidad ni envanecerse por ella, cual si fuese la obra exclusiva de sus puños, como es frecuente que lo hagan quienes pasean la propia a la manera en que un chacarero muestra satisfecho la corpulencia alcanzada en sus repollos por su riego personal y su escardillo.

Los ricos legítimos lo calculaban con perfecta aproximación en su capacidad financiera ; pe-

ro lo contemplaban con cierta conmiseración porque veían que adolecía de una falla grave en la fácil y espontánea largueza de sus gastos y en la gallarda generosidad de todos sus actos. Los ricos «imitación», más sagaces y más hábiles en lides económicas, se lo disputaban frenéticamente, pero con esa mansedumbre de movimientos blandos y sinuosos con que el boa se desliza hacia la entrevista presa.

La entrada de Lola y Leopoldo en un teatro o en un salón determinaba un aumento de copiosa secreción salivar en los vichadores de aventuras donjuanescas o financieras; porque tanto ella como él eran dos ingenuos, dos inocentes criados a campo y caídos en la sociedad como dos mojarritas entre las tupidas mallas de un «medio mundo». Las presentaciones de carácter social se sucedían dejando en el espíritu de ellos la sensación de que eran centro y motivo de un movimiento de viva simpatía y de sincera admiración, y las invitaciones para un almuerzo, un te, una comida, una recepción, etc., se multiplicaban por instantes y constituían la nota saliente en las informaciones noticiosas de la «Vida social», abundosamente nutrida en el tema por Claveles que se había prendido a los esposos Luna «como un mono a una reja».

No pasaba día sin que apareciera en la «Vida social» una o más noticias como la siguiente, publicada a los pocos días de haber asistido a la función teatral del Odeón: «La señora Ana Gómez de Hardet ofrece hoy un almuerzo en su fastuoso palacio de la avenida Callao, a los esposos «doctor» Leopoldo Luna y señora Lola

Contreras, que lucirá un magnífico traje de taffetas azul con blusa de *chantilly* blanco».

Claveles, que conocía todos los resortes en estos trances, decía la verdad en esa noticia, pues había tenido la delicadeza de ir el día antes a entrevistarse resueltamente con Lola, que entre azorada y perpleja y un tanto complacida, le había dado el trascendental informe.

El sonado almuerzo se efectuó como estaba anunciado—por misia Ana en la visita que hizo a Lola en el hotel,—y a él concurrieron también el doctor Policarpo Flores y su señora Clotilde Wundt de Flores ; Juan Eugenio Bouchez Archambaud y su señora Delfina Scotti de Bouchez Archambaud ; el diputado nacional doctor Jacinto Alhucema, el infaltable Claveles, las señoritas Eulalia y María Hardet, los jóvenes Caupolicán y Eugenio Gómez, hermanos de misia Ana, la señora «doña» Martina Juárez de Gómez, madre de la dueña de casa y respetabilísima matrona de corte antiguo en cuya noble fisonomía se marcaban inconfundibles y acentuados rasgos de legítima distinción.

«Doña Martina» era como el escudo social de su hija, viuda como ella, y popular dama de corte moderno que frecuentaba los centros sociales arrogantemente y a cuyo alrededor giraban todos los chismes de la sociedad, en la que actuaba con decidido empuje y arrolladora eficacia. No se «hablaba» de ella ; pero no faltaba quien sospechase que la vida de «Ana», como cariñosamente la designaban sus relaciones, debía tener intimidades de orden discutible, contribuyendo a ello cierta excesiva ligereza de lenguaje con que

matizaba sus conversaciones de políglota muy dada a poner en evidencia su ilustración de tal adquirida especialmente en los prolongados viajes que había efectuado por Europa.

Ana tenía su automóvil, el suyo, de su uso exclusivo, en el que salía sola en misericordiosas jiras caritativas, realizadas siempre con un tan gran espíritu de modestia cristiana que nadie sabía dónde ni con quién la practicaba, y cuando durante esas ausencias se preguntaba por ella, sus hijas respondían :

—Por ahí anda mamá, como siempre, visitando a sus pobres.

En el fondo de todo eso, Ana en su plano social elevado era como una edición lujosa de doña Adela Pérez de Balino, agitada por la misma tendencia y movida por idénticos afanes de orden moral, si así podían llamarse. Con más finura y entre oropeles más deslumbradores actuaba con mejores disimulos, pero cuando la impelían apetitos o propósitos de orden íntimo, no se paraba en escrúpulos «ridículos». Para ella también, Lola importaba un medio excelente en sus planes maquiavélicos, y desde el primer momento en que la vió y la trató creyó que podía contarla como una presa segura ganada por su habilidad, su astucia, su figuración, su prestigio, y últimamente por sus mañas habilidosas y sutilizadas en larga experiencia y en arduas empresas.

Desde luego, comprendió que para sus planes tenía que empezar por interponerse entre Lola y Leopoldo, pero disponía para ello de medios y elementos que conceptuaba suficientemente irresistibles, y se puso en acción o la continuó, más

bien, desde la primera entrevista en el palco del Odeón.

A las doce y media llegaron, pues, Lola y Leopoldo a la casa de misia Ana, que los recibió al término de la soberbia escalera de acceso al *hall* en el que se encontraban los demás invitados entretenidos con la deleitosa conversación del doctor Alhucema.

Al aparecer Lola en la última vuelta de la escalera, misia Ana le dijo en campechana forma :

—Ya creía que nos iban a chasquear, ¡ pícara !

—¿Nos hemos demorado mucho?

—¡ No, hija, qué esperanza !

Lola llegaba al último peldaño acompañada por Leopoldo que la había tomado ligeramente del brazo ; las muchachas, Eulalia y María, se dirigían a su encuentro ; Claveles conservaba el cuello estirado hacia la escalera, en la actitud de un canarito que contempla el pocillo de su jaula ; el doctor Flores se miraba con su esposa como diciéndole : ¡ Ahí vienen ! ; Bouchez Archambaud se estiraba el chaleco ; pero el doctor Alhucema seguía en su cháchara simulando la mayor indiferencia por los que llegaban, porque él entendía que esa era la actitud adecuada en un hombre de mundo. Misia Ana presentó sus invitados a «doña Martina», a Bouchez Archambaud y su señora, al doctor Flores y la suya, a su hermano Eugenio y al doctor Alhucema que les hizo la más gallarda pirueta de su cuerpo de «pierrot».

Leopoldo cambió algunas palabras con doña Martina, y luego, dirigiéndose al doctor Alhucema, le dijo :

—Hace tiempo que conozco al doctor por sus discursos y su activa acción política.

—Se hace lo que se puede, mi doctor—repuso aquél en un movimiento que parecía un paso de tango y con el que brindaba invariablemente la francachela propia de los viejos camaradas.

—No soy «doctor»—dijo Leopoldo sonriendo.

—¡ Pero !... ¿ Cómo ?... ¿ «Usted» no es doctor ?... ¡ Pues, amigo... !

—Efectivamente, no lo soy ; dejé la carrera a la mitad.

—¿ Y por qué no la sigue ?... ¡ Es tan lindo !...

—¡ A la mesa !—dijo misia Ana, volviendo con Lola llevada a sacarse el sombrero.

—¡ Ayúdeme, Ana !... — exclamó el doctor Alhucema parándose delante de ella con los brazos tendidos y la cabeza inclinada a un lado como en una ferviente imploración ;—¡ ayúdeme !...

—¿ De qué se trata, Jacinto ?...

—Para que el señor—señalando a Leopoldo—concluya su carrera... que la dejó a la mitad... Vea si no es una lástima...

—¡ Jesús !... hombre... ¡ las cosas que se le ocurren a usted !...

—Vea, mi señor—siguió diciendo a Leopoldo el doctor Alhucema ;—a ratos perdidos... hoy una materia... mañana otra... y cuando acuerde ha concluído ; ¡ pero hágalo !... es tan lindo ser «doctor»...

Leopoldo no atinaba con una contestación discreta para aquella efusiva y paternal prédica tan fuera de lugar y sobre todo se sentía violento, porque el doctor Alhucema se paraba a

cada paso dejando que el grupo avanzara hacia el comedor e impidiéndole seguir con todos.

Por fin contestó una banalidad cualquiera y vió con cierto desagrado que el doctor Alhucema lo tomaba del brazo con excesiva confianza, invitándole a seguir al comedor y diciéndole:

—Vea, compañero, aquí hay que ser «doctor»... ¡acuérdese de lo que le digo!

Al entrar en el comedor, el doctor Alhucema se dirigió a Lola, como si la hubiera conocido toda la vida, y le dijo:

—Estaba convenciendo a su esposo, señora, de que debe seguir sus estudios y hacerse «doctor»; ¿qué le parece?... Usted me tiene que ayudar, ¿eh?...

—Leopoldo tiene otras cosas que hacer, señor...

—Siéntese ahí, Jacinto, al lado de Lola—dijo misia Ana, agregando: — y usted, Leopoldo, aquí entre Clotilde y Delfina; ¡dos buenas mozas!...

Sentados todos, quedaron en la cabecera doña Martina, a su derecha Clotilde, Leopoldo, Delfina, Claveles, Eulalia y Eugenio; a la izquierda de aquélla, Bouchez Archambaud, misia Ana, el doctor Flores, Lola, el doctor Alhucema y María; en la cabecera opuesta, el asiento de Caupolicán, que aun no se había levantado de la cama.

—Somos trece, mamá—dijo Eugenio.

—Ahora vendrá Caupolicán, que será el *quatorzième*—respondió doña Ana, a tiempo en que Bouchez Archambaud, con marcado arrastre francés, decía:

—El trece es peligroso «a» la mesa, cuando no hay comida «que» para doce.

Bouchez Archambaud era un distinguido caballero, ex agente consular de Francia, casado con Delfina Scotti, hija de italianos, pero argentina, por cuya belleza física parecía una afilada miniatura de Lola, diferenciándose no obstante en sus gruesos labios carnosos, rojos, constantemente humedecidos y cortos, porque tenía una boca en extremo pequeña. Delfina era de una coquetería pasiva y casi muda; oía sin protestas y callaba sonriendo en una forma indescifrable, ni aun a través de sus grandes ojos apacibles y divinos.

El doctor Flores era un carácter inquieto, vivaz y decidor, a quien su esposa daba rienda suelta en un hábil recurso de reciprocidad.

Clotilde Wundt, también argentina, hija de un fuerte comerciante alemán, rubia y delgada, era físicamente poco atractiva, pero en cambio lucía cierto ingenio en su conversación y abundaba en expresiones de excesiva franqueza al apreciar o juzgar personas o hechos, salvando siempre a su marido, por quien acusaba a boca llena un gran entusiasmo y una verdadera admiración, por más que casi nunca andaban juntos sino en actos sociales como el que se realizaba en aquel momento en casa de misia Ana.

Eulalia y María, las dos hijas de misia Ana, educadas en la escuela del gran mundo social, estaban medio comprometidas con dos amigos de Caupolicán y *clubmen* como él, que al servirse el segundo plato del almuerzo apareció en el comedor con cara de haber dormido poco y

con la voz cascada como si su garganta hubiera estado sometida a esfuerzos incalculables hacia afuera o hacia adentro.

Después de saludar tomó su asiento y se quedó un largo rato contemplando extasiado a Lola, con la cara apoyada en una mano y con la indiscreción de quien observa una cosa cualquiera y no una dama de la calidad visible de Lola.

Esta empezaba a sentir las mismas desazones sufridas en casa de doña Adela, si menos por la agresión en las palabras, con mucho recelo por actitudes cuyo recto alcance no podía descifrar, pues repetidas veces percibió cambios de intencionadas miradas entre Clotilde y Delfina con misia Ana y con el doctor Alhucema, especialmente, como si entre ellos se tramitara por gestos una conspiración o se recordara escenas pasadas quién sabe dónde ni cómo.

A ratos la asaltaba la sospecha de que la conducta de ella o de Leopoldo no fueran estrictamente adecuadas a las prácticas sociales; pero la lucidez de su ingenio mujeril le hacía desechar esa preocupación, comprobando que se desenvolvían con impecable compostura, o cuando menos en perfecta armonía con los demás.

En un momento de silencio producido después de cierta vivacidad en la conversación, dijo doña Martina:

—Estoy encantada, ¿quieren creer? contemplando a Lola; ¡qué líneas tan puras!

—Señora... ¡por Dios!—exclamó Lola,—es usted demasiado amable.

Misia Ana, entonces, inclinándose sobre la mesa y volviendo la mirada hacia Lola, dijo:

—Mamá no ha hecho más que interpretar lo que «todos» están pensando respecto a usted... los conozco perfectamente... y sobre todo, ¡ basta con verla !... ¡ y qué coloradita se ha puesto !...

—Yo me doy por interpretado—dijo el doctor Flores, pasándose rápidamente la mano por sobre el labio superior, al mismo tiempo que Clotilde le decía a Leopoldo, medio confidencialmente :

—Es realmente divina, su señora ; usted estará chocho con ella... ¿ eh ?

—Todavía no estoy, señora, en edad de chochear...

—Bien lo veo ; le decía no más—y bajó los ojos a compás de un tenue suspiro.

—Yo puedo certificar—dijo Claveles, teniendo en alto, a la altura del pecho, la servilleta tomada por las puntas con ambas manos—que la impresión de doña Martina es la de todo el mundo y que no se habla de otra cosa en todas partes.

—Eso lo dirán los que «hablan»—intercedió el doctor Alhucema ;—pero habría que ver lo que piensan los que callan...—y volviéndose rápidamente hacia Lola le dijo, bajando la voz y a favor de los comentarios que los demás hacían en ese momento :—yo soy el primero de éstos y se lo he de probar.

Misia Ana, mezclada a la conversación de los demás, dijo, inclinándose de nuevo sobre la mesa y más aún sobre el doctor Flores, en dirección al doctor Alhucema :

—¡ No me hable de los mudos o de los con-

templativos pasivos!... *¡Audaces fortuna juvat!...*

—¿Usted cree, Ana?

—Lo creo porque lo sé... *Et moi aussi, je fus pasteur dans l'Arcadie...* ¡Jacinto!...

Lola se estremeció una vez más al oir frases cuyo sentido no comprendía, y lo miró a Leopoldo, que le contestó con una mirada inteligente de estímulo hacia la conformidad necesaria en aquel medio social.

—¡Todos «hemos» sido lo mismo, Ana!...—respondió el doctor Alhucema, sonriendo como para acentuar el valor de sus treinta años.

—¡Cómo!... «¿Hemos sido?»... ¡Qué! ¿ya estamos en eso?

—¡Por desalojo!—replicó Alhucema, en el mismo tono.

—No le haga caso, Ana; éste tiene la manía de que le digan joven, cuando ya no pasa de un solterón con revoque—dijo el doctor Flores, que tenía con su colega Alhucema íntima confianza.

Este no le contestó, pero dirigiéndose a Clotilde, le dijo:

—Clotilde: rételo a su marido por lo que me está diciendo...

—Ahora—contestó ella distraídamente, al mismo tiempo que inclinándose hacia adelante para mirar a Delfina, sentada al otro lado de Leopoldo, le preguntaba:—¿Qué le decía, Delfina, al señor?—indicando a Luna.

—¿Yo? ¡Nada!—repuso Delfina bajando y alzando los párpados de sus enormes ojos, al mismo tiempo que plegaba aún más sus labios rojos y húmedos.

—¿Cómo nada?—insistió Clotilde, y mirando a Leopoldo, casi cara a cara, le preguntó :—¿Qué le decía Delfina?...

—Me hablaba del talento de su esposo de usted, señora.

—¡ Eso no es cierto !...

—¿Cómo puede usted creer que le falte a la verdad?... ¿Ni con qué objeto?...

—Con qué objeto, no sé ; pero eso no hablaban...

—¿Qué es eso?... ¿Qué es eso?... ¿Ya se están peleando?—dijo misia Ana.

—No, Ana ; estábamos discutiendo—repuso Clotilde al cambiar una mirada con Bouchez Archambaud, que hablaba en ese momento con doña Martina, y que no pasó inadvertida para Lola, cuya agitación moral crecía por instantes, viendo, palpablemente, que se reproducía, por medios más sutiles, más finos, el mismo o parecido cuadro observado en la de doña Adela, y que constituía para ella como una obsesión acrecentada por los recelos que le inspiraba la situación en que veía colocado a su Leopoldo.

Este había puesto su energía moral en el fiel de su balanza, pero así como en ésta el fiel se agita y oscila ante la presión de pesos indecisos, así también en su espíritu incauto empezaban a nacer vagas tendencias iniciales hacia el mundo extraño en que aquellas damas se agitaban, y como a manera de relámpagos fugaces, iluminaban su imaginación vagos presentimientos de lides imprevistas hasta entonces.

Ante estas sacudidas dirigía, sin poderlo reprimir, la vista hacia Lola, y el fiel de la balan-

za se serenaba y permanecía inmóvil y firme por un momento, hasta que una nueva frase, una mirada, un fugaz contacto quizá, lo agitaba de nuevo y oscilaba como si temblase de miedo...

Lola asistía a ese proceso en el alma de su marido; pero lo consideraba con la suficiente energía moral para sobreponerse y triunfar de todas las asechanzas de aquellas especies de sirenas avezadas, sin duda, a las lides en que él era inexperto por educación y por su moral heredada y cultivada ardorosamente en la vida honesta y sencilla de su hogar.

Por mucho que quisiera dominar su propia emoción, no podía Lola ocultarla del todo cada vez que se veía objeto de un cumplido excesivo o que lo veía dirigido hacia Leopoldo, en quien la más inocente atención de carácter social asumía, para ella, los contornos de una injuria, hasta el punto de que en cierto momento sintió impulsos de cometer una grosería, porque, habiendo dejado notar Leopoldo el deseo de tomar agua, Delfina, saliendo de su pasividad habitual, pidió a Claveles una jarra que éste tenía cerca y se la sirvió por su propia mano.

Leopoldo, por su parte, se sentía cada vez más cohibido viendo la desagradable situación en que su esposa se encontraba, y no sabía qué actitud asumir, ante las bromas que circulaban por la mesa como fuentes de salsas picantes y que subían de punto en fuerza de esa familiaridad que se desarrolla gradualmente en las comidas, aun en las de más estirada etiqueta inicial.

Para nadie pasaba inadvertida la molesta si-

tuación en que Lola y Leopoldo se sentían, pues cuanto más aquella familiaridad se acentuaba más incapaces de compartirla se mostraban y menos aptos para tramitar la más inocente broma, y así lo puso de manifiesto Clotilde diciendo, calculada e implacablemente:

—¿Sabe, Ana, que me parece que estos esposos no se «hallan» separados?

—¿Lo dice usted por nosotros, señora?—preguntó Leopoldo a tiempo que la voz cascada de Caupolicán garganteaba su primera frase:

—Ya lo estaba notando, ché, Ana, y me parece que a Lola no le gusta tener lejos a su marido; ¿no es verdad, Lola?

—Es decir, lo digo por su señora—respondió Clotilde a Leopoldo, al mismo tiempo en que Ana decía:

—Me parece que no se pueden quejar de la situación en que están colocados: él entre dos buenas mozas como ustedes, y ella—al referirse a Lola, Ana volvió a inclinar el cuerpo hacia adelante, echándose casi sobre el doctor Flores, y mirándola por delante de éste continuó: —entre dos «talentos»...

Lola, entonces, refiriéndose a Clotilde y a Ana, repuso, dirigiéndose a ésta y en un supremo esfuerzo:

—No sé de dónde sacan ustedes eso... ¡Si estamos lo más bien!

—Yo pienso como usted, señora—le dijo el doctor Flores,—¡es ganas de hablar no más!...

El tema dió motivo para animados diálogos, que sirvieron para aumentar las molestias de

Lola, hasta que doña Martina les puso término diciéndole a su hija:

—Bueno, Ana; ya basta; si la están molestando a Lola, ¿a qué seguir con esas bromas?

—¿A mí? No, señora; ¡qué esperanza!

—Cómo no, hija; si lo veo perfectamente— dijo doña Martina, al mismo tiempo en que Delfina se sonreía ligeramente, en que otros se cambiaban miradas picarescas y en que Caupolicán le decía a María, señalando a Lola con un gesto despreciativo de sus gruesos labios:

—Ché, ¿te fijaste que a mí no me contestó?

*
* *

Instalados regiamente en «la casa de la calle Santa Fe», Lola se planteó un problema grave, que, indirectamente, se lo había sugerido Leopoldo: «¿Los celos son una ridiculez o no...?», y que se relacionaba con la situación en que se había colocado, porque poner una espléndida casa, con todo lo más refinado del lujo y del buen tono, para no recibir a nadie, o poco menos, importaba un acto muy desairado.

Lola se había sentido inopinadamente mordida por los celos con tanta más violencia cuanto que la tomaron desprevenida, ya que nunca

tuvo ocasión de ver a Leopoldo en rueda de damas, y de damas capaces, cuando menos aparentemente, de arriesgadas empresas, ni pudo pasar por su imaginación la grosera sospecha de una infidelidad, pero el cuadro había cambiado completamente, y ella había creído ver a su marido expuesto a naufragar.

De ahí su actitud con Adelina y alguna otra equivalente con la señora de Bouchez Archambaud, con la del doctor Flores, y aun con la misma Ana, que en cierta ocasión, hablando con Leopoldo, había incurrido en la ligereza de decirle, sin cuidarse de ser oída, que: «con su elegancia, con su distinción y con su aspecto anda usted resucitando muertos...»

Chocar con esa gente, desairarla para alejarla de su lado, era, sin disputa, rendirse a los celos que le habían inspirado e incurrir en todas las ridiculeces a que conducen con despótico imperio, y, por otra parte, era eludir la lucha declarándose débil o impotente para afrontarla, estimulando por lo mismo a redoblar el empeño en las filas enemigas.

Lola se consideraba, por el contrario, inconmovible y fuerte en la absoluta posesión de su marido, y así, a lo grotesco e inconveniente de sus celos para el juicio de sus «adversarias», se agregaba lo injusto e inconsistente del agravio que infería a Leopoldo con sólo sospecharlo capaz de una deslealtad o inconsecuencia para con ella, ya que, en definitiva, bien podía ser que el amor la cegara o la hiciera ver propósitos solapados donde sólo existiera una forma de ama-

bilidad social consentible o de inocente simpatía personal, no más.

¿No ocurría algo análogo en el propio lenguaje que se empleaba en sociedad? ¿No había comprobado en más de un caso formas de expresión fundamentalmente excesivas para el concepto que ella tenía de las palabras y del sentido con que se empleaban? ¿No había sido sorprendida muchas veces con frases que nunca había empleado ni emplearía misia Eulogia o misia Indalecia y que, sin embargo, eran perfectamente admitidas en sociedad? ¡Oh! es tan distinto el criterio moral formado en la callada vida del campo, en el limitado círculo de padres e hijos y en la tramitación mesurada y parsimoniosa de pensamientos sencillos. ¡Oh! la vida social contemporánea goza e impone prácticas cuyo solo enunciado ruborizaría a cualquier persona honesta, educada en lo que «ya» se llama la «moral antigua» porque fué la de nuestros padres, a quienes se les habrían enrojecido las mejillas si se les hubiese invitado por ejemplo a entrar en el baño en franca promiscuidad de damas y caballeros ligeramente cubiertos con livianas telas empapadas... Y, sin embargo, hasta los mojigatos practican ya esa «civilizada» costumbre en nuestros balnearios de los que nadie se retira por pudor—salvo el mar que suele a veces alejarse de la playa, ¡quién sabe por qué!...

¡Hoy las señoras!, ¿pero qué de extraño?... las niñas andan solas por toda la ciudad; van, vienen, se detienen, se demoran, frecuentan las salas de te en las grandes confiterías o en las casas del ramo, y nadie hace aspavientos por ello,

ni lo encuentra inconveniente para la salud moral de esas niñas y de esas señoras que al conversar luego en los salones aristocráticos, cruzan la pierna ante los caballeros hasta permitirles que cuenten el número de botones de las botas, o aprecien el color de la media o cualquier otra futilidad más o menos equivalente.

¿Cómo pensar, pues, que se midan las palabras o los gestos cuando son las habituales porque son las que se recogen al pasar, las que están en todas las bocas y flotan en el ambiente y entran en las casas y moldean las inteligencias y hasta enriquecen el lenguaje?... ¡Bah!...

Había exceso de cavilosidades, sin duda, en la imaginación de Lola, aturdida tras su violenta traslación de los corredores de *La Querida* a los salones elegantes y amplios del gran mundo porteño, y la condición social en que ella se encontraba, imponía un poco más de equilibrio y de buen gusto moderno, reñido a muerte, reñido en absoluto, con aquella ingenua, inocente, ¡casi infantil! forma egoísta o romántica de querer que antes se llamaba ¡celos!

¡Quién que se precie tiene hoy «eso»!, pensaba Lola melancólicamente; pero, ¿quién que los tenga podrá arrojarlos de sí por un acto exclusivo de la voluntad?... Era necesario ensayarlo empero, no sólo porque así lo imponía el nuevo género de vida y un merecido homenaje a Leopoldo y hasta el natural deseo de no pasearse exclusivamente de la mano de sus hijos por los salones de su magnífica casa, sino para aceptar la lucha y alzarse luego triunfante sobre todas

«ésas» que acaso en algún momento de torpeza soñaron con robarle el cariño de Leopoldo.

En fuerza de tal propósito, Lola reaccionó sobre su momentánea conducta anterior, y tuvo en esta decisión el más caluroso aplauso de su marido.

—¡ Así !... Así quería verte : levantándote sobre preocupaciones tan subalternas y tan impropias de nosotros—le decía Leopoldo,—pues así como yo no podré tener celos de ti jamás, tú no has debido tenerlos de mí nunca. Nosotros no podemos evitar que desgraciadamente no falte quien nos crea capaces de traicionarnos a nosotros mismos ; pero, como no podemos hacer de nuevo a la gente, ¡ dejémosla que sea como es y sigamos nosotros siendo como hemos sido y como seremos eternamente !

—¿ No es verdad que sí ?... ¿ No es verdad que siempre serás el mismo conmigo ?... ¿ No es verdad, Leopoldo, ¡ mi Leopoldo !, que a ti no te importa nada de todas esas mujeres que te miran y que te dicen cosas ?...

—Bien lo sabes tú, y bien segura tienes que estar, Lola.

—¡ Sí !... ¡ Sí, lo estoy !... ¡ Estoy segura ; pero yo quiero que tú mismo me lo digas !

Con todas sus seguridades Lola se había resuelto a no perder detalle en la conducta de Leopoldo y a observar a sus «amigas» en todos los momentos, después de ofrecerles su nuevo domicilio, en el que aquéllas creían entrar recibidas sin reservas o acaso por principal intervención del dueño de casa.

Este, por su parte, redoblaba sus energías de-

fensivas y extremaba la nota de su ceremoniosa y rígida actitud ante las asiduas visitas que frecuentaban a Lola ; pero ésta notaba o creía notar que Leopoldo cambiaba en su manera de ser y que era marcadamente menos amable con ellas de lo que fué en los primeros momentos.

Ella lo habría querido o preferido más igual ; se estaba poniendo demasiado adusto ; casi desatento, especialmente con Delfina, la impávida señora de Bouchez Archambaud y con Adelina la de Simompietri, que como consecuencia de una explicación tramitada por doña Adela había reanudado relaciones con sus «nuevos» primos, sobre cuyos inocentes hijos cayó íntegra la culpa en el caso del cigarro arrojado por el balcón del hotel.

Y al mismo tiempo que Lola notaba ese cambio en Leopoldo, lo veía más dado a la vida social y más dispuesto cada vez a que se dieran recibos en su casa para cultivar las relaciones y ampliarlas ; sin dejar de ser cariñoso y tierno, siempre, solía pasar largas horas fuera del hogar, solicitado por asuntos de negocios relacionados con las estancias de Santa Fe y con gestiones bancarias destinadas a acrecentar su crédito en la capital por operaciones de descuentos que le permitieran «mover su cuenta» en los Bancos según el consejo de los expertos.

Las noticias que casi diariamente les llegaban de *La Querida* no podían ser más satisfactorias, y entre ellas habían recibido la muy grata del regreso, sin detenerse en Buenos Aires, de Leopoldina, con su marido y dos hijitos, quienes contribuían a la alegría de las abuelas y del

abuelo sobreviviente, cuya edad y cuya enfermedad lo habían ya convertido en un honorable anciano de luenga cabellera blanca.

Por cartas de misia Indalecia y de Carmencita habían tenido dos noticias muy agradables, una, que en parte conocían, de mucho antes, se relacionaba con la asombrosa reforma producida en Leopoldina, a quien la vida de casada y de madre había convertido en una verdadera «señorona» reposada, sensata y de tal modo triunfante en el alma de su marido, que éste, apasionado de ella y su cautivo, «casi ni respira—decía Carmencita en una de sus cartas a Lola,—sin pedirle permiso a Leopoldina. Tú no puedes formarte idea de un matrimonio más unido ni más feliz».

La otra noticia les informaba del proyecto de vivir todos juntos en *La Querida*, como años antes lo había proyectado Leopoldo, quien se apresuró a felicitarse de que sus ideas triunfaran al fin, y a aprobar con gran entusiasmo el proyecto sometido a su juicio, y que poco después quedaba convertido en un hecho, a pesar de las resistencias que Lola opuso, fundándolas en que para sus padres debía ser muy doloroso dejar la casa de *Las Potrancas*, vinculada a tantos recuerdos en la vida de ellos.

Leopoldo la convenció de que encontrarían una compensación compartiendo la vida en común, y Lola se dejó convencer, o, cuando menos, desistió de convencerlo a su vez.

Entretanto, y a medida que transcurría el tiempo, Lola vivía en medio de crueles alternativas y de frecuentes contrariedades; aquéllas

por Leopoldo y éstas por ella misma, que se veía a cada paso asediada por los galanteos desconsiderados, entre otros, de Arnaldo, el doctor Alhucema, de Caupolicán, del doctor Rodríguez Zález, del doctor Flores, y aun del mismo Claveles, que hasta en sus crónicas de vida social había consignado, con respecto a ella, apreciaciones demasiado vehementes y acaso calculadas para despertar viles sospechas.

Todo eso y mucho más, no pasaba de contrariedades más o menos intensas para el propio espíritu de Lola, fuerte e invencible en su moral y en sus virtudes inmaculadas, pero cuando comprobaba que doña Adela y que misia Ana pretendían, cada una por su lado y más o menos descaradamente, hacerle concebir la idea de una moral menos rígida que la de ella, y de una sociedad más tolerante y de una vida menos limitada ; ¡ ah ! cuando veía la forma casi licenciosa en que a veces se expresaban ante ella misma y cara a cara algunas de sus «amigas», la asaltaba el cruel presentimiento de que sus temores por Leopoldo se convirtieran en realidades.

No era Lola una mujer de vasta ilustración ni de una inteligencia extraordinaria ; pero tenía las calidades morales e intelectuales suficientes para analizar la situación de sí misma y de su marido en la nueva vida social a que se habían trasladado, acaso demasiado ligeramente.

Ella tenía sin disputa ventajas muy superiores para triunfar fácilmente y le sobraban razones en qué fundar su juicio : era rica por parte de sus padres y de su marido, hasta poder proporcionarse cuanto le sugiriera su deseo y su

buen juicio; podía casi vivir en la opulencia; estaba casada con el hombre por quien vivía y había vivido apasionada siempre; era madre de cuatro hijos encantadores, que bastaban para escudarla contra todas las asechanzas imaginables, porque se debía a ellos, y porque si alguna vez sucediese el absurdo hipotético de que su energía moral tambaleara, le bastaría con mirarlos, con oirlos, con recordarlos no más, para seguir por la línea de su conducta impecable; tenía, en resumen, cuanto podía aspirar a tener; se encontraba rodeada de defensas inexpugnables, si no fuera bastante la de su propia virtud de mujer, y sólo se la atacaba o se la podría atacar en una única dirección: doblar su virtud para que cayera. ¿Dónde? En la degradación moral y en la vergüenza ante sí misma. He ahí cuanto «el mundo» podía ofrecerle como atractivo para arrancarla de la dicha en que vivía y de la dulce paz de su conciencia.

En análoga condición se encontraba Leopoldo, sin duda; pero había entre ambos grandes diferencias, engendradas por la condición natural de los dos y por los medios empleados para combatirlos.

Ante todo, la mujer cae y se deshonra; el hombre, no y más bien lo contrario; para éste hay diversas vías de acceso con guías expertos; diversas vías que se yuxtaponen gradualmente; el lujo... el boato... la figuración social... la disipación... el juego... el alcohol... el amor...

Leopoldo se defendería. ¡Oh, sí! se defendería... Ella le daría fuerzas... Leopoldo no sería jamás un vicioso... ¡Que fuera al hipódromo era natural!... ¿no iban todos?...

*
* *

De todas las personas que había conocido Lola desde su llegada a Buenos Aires, la señora Delfina Scotti de Bouchez Archambaud le fué la más personalmente antipática. Era la más considerada y respetuosa de sus relaciones, la más amable, la más suave, la más medida, la más sobria de palabras, la más recatada en sus modales, la más discreta al opinar, la más bonita y la más antipática.

¡ Oh ! ¡ qué antipática ! Lo era tanto, que acaso por eso pudo ganarse en algo la simpatía de Lola desde el momento en que ésta creyó poder pensar que a Leopoldo también le era antipática. Felizmente era la visita menos frecuente, al extremo que en cierta ocasión misia Ana lo hizo notar, diciendo :

—¿Lola, nuestra amiga Delfina la visita poco, no? Rara vez la encuentro aquí. ¿Qué, ustedes no se dan?

—El lunes pasado estuvo—contestó Lola,—y en el Colón nos hemos visto frecuentemente ; somos muy buenas amigas y es tan simpática.

—¿Qué bonita es, eh?... Yo conozco a más

de cuatro que no dan la ida por la venida tras de ella—dijo misia Ana, con la mayor naturalidad del mundo.

—Pero Delfina es muy señora—exclamó Lola palideciendo ligeramente.

—¿Y eso qué tiene, hija?... Una puede ser muy señora y gustar a la gente... ¡vaya, qué cosa!...

El hecho es que Delfina constituía para Lola una verdadera pesadilla, y en su obcecación acaso llegó a ver aparecer su vagarosa silueta en el fondo de los ojos serenos de Leopoldo. Si Delfina le inspiraba tales pensamientos no eran más agradables los que le sugería la presencia de cuantas «amigas» la frecuentaban, pues no sólo ellas le habían hecho ver bajo otro prisma la belleza física y los atractivos de Leopoldo, sino que éste daba ancho margen para que las cavilosidades, más o menos fundadas, de su mujer prosperaran cada día más por lo mismo que cada día sus ausencias eran más frecuentes y más prolongadas.

La soledad es mala consejera para ciertos estados de ánimo, y el que dominaba en el de Lola era acaso el más propicio para engendrar tribulaciones y angustias, que iban creciendo y complicándose a medida que nuevos detalles o nuevas reflexiones brotaban en el aislamiento relativo en que vivía.

Muchas veces, muchas, Lola comía solita con sus hijitos, porque Leopoldo no siempre podía substraerse a compromisos de carácter social con sus numerosos amigos, que lo solicitaban empeñosamente, y desde mucho tiempo atrás

le ocultaba, o le callaba cuando menos, el monto y el fin de las operaciones bancarias que realizaba frecuentemente.

En sus horas de soledad recordaba las que había vivido en *La Querida*, y lógicamente comparaba las dos situaciones tan distintas : aquélla, serena, dulce, apacible, de una felicidad sin sombras, de una tranquilidad moral tan firme y tan quieta como la posición de una estrella en el fondo de la noche ; la otra, la que ella misma se había proporcionado, tan llena de contrariedades, de asechanzas casi perturbadoras, de tribulaciones a veces tan dolorosas, de sospechas, de sobresaltos, de recelos ; tan agitada, tan inquieta, tan insegura también, como si a cada paso la amenazara algo... algo incalculable... algo espantoso...

Si salía de su casa debía hacerlo con sus hijitos, porque Leopoldo casi nunca podía acompañarla, y adondequiera que iba hallaba sólo motivos de desagrado o de dolor por la irritante irrespetuosidad de los hombres, o por la burlesca actitud aun de sus mejores «amigas», en quienes veía o creía ver signos patentes del concepto que «ella» les inspiraba por el doble engaño en que vivía.

La existencia de Lola se hacía por momentos intolerable por todo ello, y porque en algún instante de angustia y de encono creyó que en su propio espíritu asomaba el fantasma de la más cruel de las venganzas, incitándola a seguirla... ¡ Oh, no !... ¡ Eso jamás !... ¡ Primero muerta !, aunque la fatalidad le diera la prueba absoluta de la abrumadora realidad de sus sospechas.

Agitada por esa verdadera tempestad moral que se había desencadenado en su espíritu, se disponía una mañana para salir con sus hijitos, y se vestía más nerviosa que de costumbre en su elegante tocador, cuando al colocarse un aro se le cayó de las manos y al recogerlo vió que el magnífico solitario había saltado del engarce.

Trató de colocarlo ; pero, temerosa de que volviese a desprenderse y lo perdiera, resolvió llevarlo a la joyería en que había sido adquirido, para que se lo colocaran en debida forma.

Acompañada por sus hijitos y una institutriz llegó en su automóvil hasta la puerta de la joyería, y como se trataba de una operación brevísima y muy simple, cual era la de entregar el aro y dejarlo para volver a recogerlo después, bajó sola, dejando el automóvil exactamente frente a la puerta por donde entró y por la que sus hijitos quedaron mirándola.

Al verla entrar el joyero experimentó la sensación de que el sol mismo entraba en su tienda, dando más brillo a sus joyas, y tuvo el indecible instantáneo placer de poder hacerle una amable confidencia a esa mujer divina, cuyo recuerdo había quedado tan firme en su imaginación que cada vez que tomaba en sus manos una alhaja pensaba invariablemente : ¡ qué linda quedaría puesta en «ella» !

En cuanto Lola traspuso la breve distancia que mediaba entre la puerta y el pequeño mostrador del frente, colocado casi en el medio de la tienda, el joyero le hizo una discreta reverencia, y dando a su voz, ya temblorosa, el tono más suave, le dijo :

—¿En qué puedo servir a la señora Delfina?

Lola, que se disponía a sacar el aro de su cartera, tembló de pies a cabeza al oir ese nombre y la alhaja se le cayó de las manos, determinando un rapidísimo movimiento del joyero que la levantó del suelo casi al caer.

—¿Qué me dijo usted?—le preguntó Lola tratando de disimular aquella impresión, pero comprendiendo que debía estar lívida, tal era la fuerza con que el corazón le latía.

—Le preguntaba en qué podía servirla, señora.

—¿Pero usted me nombró?

—¡Ah!... es que ahora sé el nombre de la señora; pero... ¡es un secreto muy grande!...

Y el joyero la miró como anunciándole que no desperdiciaría el placer de ponerla en posesión del secreto.

—¿Cómo puede usted estar en un secreto en el que esté vinculado mi nombre?

—Señora Delfina: ¡soy joyero!

—¿Algo que le ha mandado hacer mi esposo? —moduló Lola, sintiendo que las fuerzas la abandonaban y sintiendo al mismo tiempo las risas de sus hijos a su espalda, pues había dejado, al entrar, la puerta abierta.

—Usted lo ha dicho, señora: una preciosura... del mejor gusto... Mañana estará terminada, porque hemos tenido que ponerle su nombre... en la media esfera superior del reloj... es una carterita con reloj... ¡En fin, ya se lo he dicho todo!... Las letras van... así... ve: de las 9 a las 3: D.e.l.f.i.n.a.

—¿Y a qué hora estará para entregarla?

—¡ Ah, no, señora!... Me mataría. Es una sorpresa que el señor le quiere dar... cuando la señora no lo sabía.

—Bueno... vea—le dijo Lola al joyero en el tono de una súplica :—le pido que no vaya a decirle que lo sé, ¿quiere?

—Es lo que me corresponde, pero, aunque no fuera así, me bastaría que la señora me lo mande.

—Gracias, mil gracias. Ahí le dejo un aro para que me lo asegure, ¿cuándo estará?

El joyero desdobló el papel y después de mirar el engarce contestó :

—Es cosa de nada; más tarde... una hora.

Lola, entonces, para comprometer la reserva del joyero tuvo un movimiento de insuperable eficacia : le tendió la mano, que él tomó lleno de emoción, y le dijo :

—Adiós, señor; si «él» viene no vaya a decirle que yo he venido, ¿eh?

—¡ Jamás!... ¡ jamás!... Señora.

Lola se desplomó en el asiento del automóvil sintiendo ansias de llorar a gritos, de blasfemar, de morir...

¡ Qué perverso! — pensaba; — ¡ qué malo!... ¡ qué miserables!... ¡ qué canallas!... mientras sus mejillas se agitaban con un temblor extraño, y sus ojos creían ver los corredores de *La Querida*... las calles de eucaliptos... las siluetas de misia Eulogia y de misia Indalecia, llorando abrazadas...

—¡ A casa!—dijo al *chauffeur* que esperaba órdenes, y el automóvil partió.

—¿No vamos a Palermo, mamita?—le preguntó Anacletito, golpeándole la mejilla con la mano como para que dejara de temblar.

—No—fué lo único que pudo articular Lola, y fué tan seca y breve su contestación, que los niñitos guardaron silencio como si supiesen y comprendiesen que debían respetar aquel tremendo dolor moral de la pobre madre.

Al entrar Lola, desesperada, enloquecida de angustia, en su casa, después de disponer que los niños siguieran a Palermo con la institutriz, encontró un telegrama de *La Querida* en que misia Indalecia *les* decía lacónicamente:

«Murió la pobre Quintuay.»

... ...
... ...

Al día siguiente, Lola, con sus cuatro hijitos, tomaba el tren de las 5 de la tarde en la estación del Retiro con rumbo a *La Querida*, y en el momento en que el tren se ponía en marcha—más lentamente que de costumbre, como si le costara excepcionalmente desentumir sus miembros de acero,—Anacletito, asomado a la ventanilla, le dijo, medio lloroso, a su padre, alejándose gradualmente de él:

—¿Y... «vos»... no... vas... papito?—pero no alcanzó a oir la respuesta.

Cuando la cola del convoy se desprendió, como de un salto, de la punta extrema del andén,

Leopoldo salió de la estación y sentándose en una victoria descubierta, dijo al cochero, al mismo tiempo que cruzaba una pierna sobre otra y se golpeaba la suela del botín con el bastón :

—A Palermo.

FIN


BIBLIOTECA DE
LA NACION